

**Universidad Nacional Autónoma de México**

**Facultad de Ciencias Políticas y Sociales**  
**Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales**

La Seguridad Nacional en Estados Unidos de América. Toma  
de Decisiones Presidenciales en escenarios de crisis:  
George W. Bush (2001-2008)

TESIS

Que para obtener el grado de  
Doctor en Ciencias Políticas y Sociales

Presenta

Pedro Isnardo De la Cruz Lugardo

Comité Titorial

**Dr. José Luis Orozco Alcántar**

**Dr. Leonardo Curzio Gutiérrez**

**Dra. Lourdes Quintanilla Obregón**

**Dr. Javier Oliva Posada**

**Dr. César Pérez Espinoza.**

**Mtro. Juan Pablo Córdoba †**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*No haré nada con maldad. De lo que yo me ocupo es demasiado grande para manejarlo maliciosamente.*

Abraham Lincoln a un unionista de Louisiana, 1862

## Dedicatorias

*A mis abuelos y padres.*  
Hipólita. Pedro. Guillermo. Brenda  
Por la vida.

*A Ana Isabel*  
Por todo el amor.

*A mis hermanos.*  
Palmira Paola. Brenda Xoyoco. Walter Guillermo.  
José Izome. Cristal Julita. Brenda Érica.  
Por el dolor y el amor que nos acompaña siempre

*A Don Ricardo y Doña Gloria. A Ricardo y Gloria.*  
Por la generosidad incondicional.

*A mis tutores del Posgrado.*  
Por sus sabias enseñanzas y su paciencia  
Dr. Jose Luis Orozco, Dra. Lourdes Quintanilla,  
Dr. Leonardo Curzio, Dr. Javier Oliva,  
Dr. César Pérez. Mtro. Juan P. Córdoba

*A Juan Pablo Córdoba*  
Amistad y templanza ante la vida.

*A Juan Carlos Reyes. A Roberto Mellado*  
Por los azares del destino.

*A Xavier Rubert*  
La fraternidad del pensamiento universal.

*A mis amigos y familiares:*  
Afectos entrañables.

## ÍNDICE

<b>Índice razonado.</b>	13
<b>Supuestos principales; Hipótesis de trabajo y Tesis</b>	13-16
<b>Sinopsis capitular.</b>	17-20
<b>Conclusiones (sinopsis)</b>	21
<b>Introducción general.</b>	23-27
<b>Preámbulo.</b>	28-44
<b>Capítulo I Un acercamiento a la institución presidencial de Estados Unidos de América en la era global.</b>	46
Introducción	
I. La presidencia estadounidense como institución para la preservación de la seguridad nacional.	46-53
1 La presidencia estadounidense como institución para la preservación de la seguridad nacional.	54-58
1.1 La influencia política y constitucional inglesa en la construcción del sistema presidencial estadounidense.	
1.2 El juicio político al Presidente como salvaguarda del sistema constitucional y de seguridad estadounidense.	59-66
1.3 Seguridad nacional, primado presidencial de la protección de la vida y de la propiedad privada de los ciudadanos.	66-69

1.4 Carl Schmitt. La teoría política de la decisión soberana como eficacia máxima del poder político: el mito contemporáneo del momento definitivo de la nación.	69-88
1.5 El realismo político en las relaciones internacionales: la actualidad del pensamiento de Hans Morgenthau.	88-95
<b>Cap. II Decisión Presidencial en Escenarios de Crisis asociados a la Seguridad Nacional: de Harry Truman a William Clinton.</b>	97-103
2.1 Después de la Segunda Guerra Mundial: decisión presidencial en escenarios de crisis.	104-107
2.2 Toma de decisión presidencial en escenarios de crisis: ¿la fabricación de nuevos enemigos?.	107-142
2.3 Política/economía internas e intereses geopolíticos estadounidenses: el centro de gravedad de los escenarios de crisis.	142-182
<b>Cap. III La elaboración de las decisiones presidenciales en tiempos de crisis: los mandatos presidenciales de W. Bush</b>	183
Introducción	
3.1 Proteger el pacto constitucional: la presencia presidencial después de la tragedia.	184-185
3.2 Declarar la Guerra contra el Terrorismo.	185-187
3.3 Postular el instinto personal como eje de la confianza propia y guía de su toma de decisiones: el poder militar como guión suficiente de poder mundial.	187-189

3.4.- Aprovechar el capital político presidencial legado por el atentado terrorista, dando por consumados en el presente acontecimientos futuros	190-192
3.5.- Desconocer toda regla que pudiese limitar su margen de acción.	192-193
3.6 Formular expedientes de culpabilidad a naciones no terroristas.	193
3.7.- La dirección presidencial de un gabinete de guerra: el método de delegación de decisiones y responsabilidades.	193-201
3.8 Reformar, a raíz de la experiencia terrorista doméstica, la doctrina estratégica y la postura diplomática de Estados Unidos en el mundo.	201-202
3.9 La secrecía presidencial frente al Congreso, el poder judicial, la prensa y la opinión pública estadounidenses.	202-203
3.10 Psicología de la disuasión mediante un juego de desinformación táctica.	203-204
3.11 Minimizar las incidencias relacionadas con el ántrax.	205
3.12.- Fusionar las guerras de Afganistán e Irak como expedientes de la “guerra internacional contra el terrorismo”.	206
3.13 Instrumentación permanente de planes de contingencia civil y militar.	207
3.14 Montaje de una estrategia mediática y de relaciones públicas para respaldar las expediciones bélicas estadounidenses en Afganistán e Irak.	208
3.15 La improvisación política y militar en el despliegue de planes, táctica y operaciones inscritas en las campañas militares.	208
3.16. El “gobierno de sombra”.	210-211
3.17. La insularidad política, constitucional y estratégica presidencial.	211-221

<b>Cap. IV De la puesta en escena de un modelo contemporáneo de liderazgo presidencial a escala global.</b>	223
4.1 Un modelo contemporáneo de liderazgo presidencial a escala global?	226
4.1.1 Poder para decidir lo que es y lo que no es constitucional.	226
4.1.2 La presidencia, acumulando capital político y militar.	228
4.1.3 Del enemigo en el exterior al enemigo doméstico.	229
4.1.4 La elaboración de una esfera excepcional de poder presidencial castrense.	229
4.2 El poder ejecutivo como entidad superior que administra temores globales.	230-233
4.3 De la capacidad de reinención del liderazgo ejecutivo en escenarios de crisis: la credibilidad política y mediática.	233-235
4.3.1 Del ejercicio presidencial de gobierno, como campaña política permanente: conducir los temores y las esperanzas de opinión pública.	235-238
4.3.2 De la administración de seudo eventos presidenciales: imagen heroica edificada sobre el artificio del enemigo perpetuo.	238-243
4.3.3 De la agenda <i>neoconservadora</i> : la guerra antiterrorista, guión ideológico que sustenta la concentración de poder ejecutivo y la reedición doctrinal y estratégica de la hegemonía militar estadounidense a escala global.	244-245
4.3.4 De la doctrina presidencial de la guerra preventiva.	245-247

<b>Capítulo V. El Reloj del Antiterrorismo: la construcción del liderazgo presidencial en tiempos de crisis.</b>	249
Introducción	
5.1 La lógica política presidencial en el gobierno de W. Bush.	260-269
5.2 Una visión de liderazgo a contrapelo de la presidencia de W. Clinton.	270-295
5.3 El terrorismo, ¿el centro de gravedad de la estrategia presidencial estadounidense post 11S?	296-301
5.4 La Comisión Nacional de los Atentados del 11S del Congreso estadounidense.	301-305
5.4.1 Consideraciones sobre el Informe final de la Comisión de los Atentados terroristas.	305
5.4.1.1 Del Informe por sí mismo.	305
5.4.1.2 Del carácter de la Comisión como capital político presidencial.	306
5.4.1.3 Del análisis y los tiempos presidenciales de las recomendaciones.	306
5.4.1.4 De la unanimidad política que empaña la validez de las Recomendaciones.	307
5.4.1.5 De la unanimidad sistémica en la adopción de decisiones.	306
5.4.1.6 De la unanimidad como artilugio de condescendencias presidenciales.	307
5.4.1.7 De la premisa de la imposibilidad cultural y sistémica de prever el desastre.	308-313

5.4.1.8 De la Recomendación de la Comisión para construir un sistema de planificación centralizada de la inteligencia y el diagnóstico que circunscribe esta reforma en función de la necesidad de la prevención de un nuevo episodio terrorista, fundamentalmente, al modelo de ataque experimentado el 11S.	314-320
5.5. La elaboración de la política exterior estadounidense post 11S: la dimensión internacional.	322-331
<b>Cap. VI. La construcción de una biografía política hacia la Presidencia de Estados Unidos: George W. Bush y el factor Karl Rove.</b>	333
Introducción	
6.1 El linaje político.	333
6.2 El aprendizaje de los errores ajenos y el consejo político eficaz: George W. Bush	333-350
6.3 Rove conduce a W. Bush a la Presidencia de Estados Unidos de América.	350-353
6.4 ¿El consejero conduce la Presidencia?: el factor Karl Kristian Rove	353-364
<b>Conclusiones.</b>	365
<i>Sobre la Introducción General</i>	
Lincoln: el axioma de la necesidad como premisa de la prudencia política presidencial ante crisis nacionales.	366-368

<i>Sobre el Capítulo I.</i>	
El modelo del juicio político estadounidense como salvaguarda del sistema presidencial.	369
La filosofía política de John Locke, como principio de salvaguarda de los derechos sustanciales del individuo y de la nación, por la vía de las prerrogativas políticas del Ejecutivo federal.	369-370
Schmitt y el problema de la legitimidad de la política exterior: la actualización del enemigo mundial.	370-372
Las tesis de realismo político de Morgenthau muestran que en efecto la lógica política contemporánea ha de preservar el interés nacional en circunstancias adversas para la seguridad de un país.	372-373
<i>Sobre el Capítulo II</i>	
El axioma presidencial de que se conduce una guerra ejemplar.	373-376
<i>Sobre el Capítulo III</i>	
Pragmatismo presidencial antiterrorista como inevitable arquitectura doctrinal, política y estratégica global.	377-378
Pragmatismo presidencial de “la guerra a voluntad”	378-381
El desdén del Presidente W. Bush y de su gabinete de guerra, por los procesos y sistemas ordinarios de toma de decisión.	382-386

*Sobre el Capítulo IV*

Una crisis de seguridad nacional con saldo a la estabilidad y futuro de la estabilidad económica y financiera de Estados Unidos de América y del mundo. 386-389

La impopularidad presidencial, doméstica e internacional, como espejo de una política presidencial fallida. 390

*Sobre el Capítulo V.*

La disposición a la incomprensión presidencial del enemigo terrorista suicida. 391

En una dimensión estratégica geopolítica.

En una dimensión del terrorismo internacional como fenómeno socio/cultural propio de la era global. 391-394

El atentado terrorista como matriz de actualización geopolítica imperial y prevención de dominación de poderes rivales. 394-396

*Sobre el Capítulo VI*

La crisis ofrece la circunstancia 396-400

## **Epílogo**

La ejecución de Osama Bin Laden en la perspectiva presidencial. La fragilidad geopolítica del antiterrorismo occidental. 401-417

## **Anexos**

### **Anexo I**

Consideraciones sobre el estado del arte en la perspectiva teórica y evidencia empírica sobre la formación y el ejercicio del liderazgo político en Estados Unidos de América. 418-427

### **Anexo II**

Semblanza sobre el pensamiento ideológico neoconservador de Estados Unidos de América. 428-435

### **Anexo III**

Osama Bin Laden y Moussauí. Una narrativa sobre la preparación del atentado terrorista del 11 de septiembre del 2001. 436-440

Referencias bibliohemerográficas 444-467

Sitios web consultados 468-469

## *Índice Razonado*

Esta investigación se propone el estudio y comprensión del proceso de toma de decisiones inscrita en la política de seguridad nacional de Estados Unidos de América, particularmente el desplegado después del 11 de septiembre del 2001 en el periodo presidencial de George W. Bush, en el contexto de la propia historia del liderazgo y el sistema presidencial estadounidense. El recorrido teórico metodológico se desglosa en función de aportaciones derivadas de la ciencia política contemporánea, así como de saberes disciplinarios propios del campo de estudio de las ciencias sociales.

### *Supuestos principales.*

La investigación se despliega en función de las siguientes premisas en torno al objeto de estudio. Así, la administración de George W. Bush

- Asumió el episodio terrorista interno como una experiencia política de riesgo permanente, al proyectarse evento como un acontecimiento político que exigía una respuesta presidencial de alcance mundial, sobre la base de piezas doctrinales, estratégicas y tácticas, supuestamente sustentadas en el aprendizaje de escenarios adversos propios de la historia política presidencial y constitucional de Estados Unidos de América y en la interpretación presidencial de amenazas inminentes a la seguridad nacional estadounidense.
- Desplegó un posicionamiento del Ejecutivo federal como líder idóneo en tiempos de crisis nacional -resuelto, valeroso, beligerante-, que podría enfrentar una potencial reedición de la violencia terrorista doméstica.
- Vía la demanda de poderes “inherentes” dado su status de Comandante en Jefe, instrumentó la tesis del *Ejecutivo unitario* (ensayada en la *Guerra de Vietnam*), sustento de una política de expansión de la esfera de discrecionalidad y secrecía del poder presidencial, eje que actualiza la propensión presidencial a decidir lo que era o no constitucional, privilegio de concesión unilateral de atribuciones por encima de los poderes legislativo y judicial norteamericanos.

- Proyectó el terrorismo internacional de *Al Qaeda* como enemigo perpetuo y, en quiebre estratégico afgano e iraquí, como enemigo conquistable y personalizado en correspondencia a la tradición estratégica occidental: la detención o muerte de Bin Laden como esperanza nostálgica del fin de la amenaza de la violencia contemporánea terrorista, en su versión suicida y de inspiración fundamentalista, así como la supresión de regímenes políticos adversos a los intereses geopolíticos estadounidenses y para la preservación de la seguridad internacional.
- Concedió preeminencia a la experiencia y ascendencia ideológica, doctrinal, familiar y política de miembros clave del gabinete presidencial, que guardaban una relación estrecha con la biografía política de George W. Bush como con su padre el expresidente George H. W. Bush, circunstancia que confinó las prioridades, los alcances y los límites de la respuesta gubernamental a la crisis de seguridad nacional del 11S.
- Contextualizó sus políticas en el marco de periodos y liderazgos presidenciales considerados como emblemáticos en la historia estadounidense, dirigidas a expandir la órbita de poder ejecutivo en el escenarios de crisis y perfilar las expediciones militares administradas como *pseudoeventos políticos* (Daniel Boorstin), a manera de demanda satisfecha de heroicidad en el liderazgo político presidencial: la virtual democratización de regímenes políticos del Medio Oriente y de las victorias en las guerras libradas en Afganistán e Irak, sustanciaban una agenda propagandística orquestada para granjear popularidad y prestigio patriótico a favor de la administración bushista.
- Cristalizó una lógica de guerra promovida como estrategia racional de dimensión occidental, centrada en la imposición de cambios geopolíticos de mediano plazo y/o la obcecación presidencial –nutrida por una elite de funcionarios y asesores gubernamentales, designados con celeridad en posiciones de influencia desde la asunción del presidente W. Bush en el 2000, apremiado de contar con iniciativas/planes maestros de respuesta de corto y mediano plazo a la crisis-, a precio de pragmatismo, que habrá de corroborarse si estuvieron inspirados en una agenda doctrinal neoconservadora y de proyección electoral republicana de corto plazo.

***Hipótesis de trabajo.***

Sobre la base de estos supuestos de investigación, se articuló la siguiente proposición fundamental:

El presidente George W. Bush asumió el episodio terrorista estadounidense del 11 de septiembre del 2001 (11S) como una crisis inédita para el futuro de la seguridad nacional estadounidense. Para enfrentarla se modificó el andamiaje institucional de inteligencia y seguridad constituido desde 1947, reestructurando el andamiaje institucional y la capacidad sistémica de inteligencia antiterrorista doméstica para prevenir y evitar un nuevo atentado en territorio estadounidense, aunada la administración de temores sociales como amenaza permanente interna y global, sustentos de un guión político de doble arista: la rehabilitación post crisis de la confianza en su liderazgo y la construcción de un capital político electoral en alcance a su reelección presidencial en 2004, así como el gasto público/militar ominoso que permitiera hilvanar diversas campañas militares, en principio, una para destruir la madeja talibán en Afganistán y otra centrada en la eliminación de Sadam Hussein y del régimen político que encabezaba en Irak, que fueron decididas e instrumentadas con base en estrategias de guerra y una actuación presidencial sin prudencia política e histórica.

#### *Tesis.*

La comprobación de la hipótesis de trabajo que se formuló conlleva la validación de la presente tesis, que se presenta del modo siguiente:

*El presidente George W. Bush reaccionó y condujo el episodio terrorista del 11S como un acontecimiento que exigía una respuesta eficaz y oportuna de carácter político y militar, que se desplegó en tres dimensiones fundamentales: con la dimensión institucional, el imperativo fue la reestructuración del sistema de inteligencia antiterrorista doméstico para sortear un nuevo atentado en suelo estadounidense; con la dimensión de la política electoral, apostó al reinado de su agenda de gobierno centrada en favorecer su base electoral conservadora, una táctica de ofensiva ideológica y de polarización legislativa, la personalización e identificación del enemigo estadounidense –Osama Bin Laden/Al Qaeda-, la administración de temores sociales a escala nacional e internacional: núcleo de iniciativas que le permitió fraguar la circunstancia idónea para su reelección en el 2004 y la proyección de una agenda republicana de matriz neoconservadora; y finalmente, con la dimensión internacional, medró una política de hechos consumados, elaborados en función de campañas militares a modo de guerras a voluntad (A. Lincoln) que pretendió legitimarlas como expedientes de una guerra defensiva, sin objetivos estratégicos y políticos prudentes y limitados, con la intención de humillar al adversario, que glosó una especie de convicción de la responsabilidad estadounidense exclusiva de la geopolítica mundial futura.*

*La lógica de expansión de los poderes presidenciales en el gobierno de W. Bush anudó la dimensión institucional, electoral e internacional, tienen referentes en procesos y toma de decisiones plasmados en la evolución de la historia política/constitucional de Estados Unidos de América, y en particular, en escenarios presidenciales de crisis de seguridad nacional, enfrentados desde mediados del siglo XX hasta la fecha, por lo que se documenta la evidencia histórica y política de que la presidencia de W. Bush puede comprenderse en el contexto de un patrón de actuación estratégica propia de la cultura de Occidente: elogio de la heroicidad de la acción; propensión al control a voluntad de la realidad ajena.*

*Sinopsis capitular.*

Capítulo I Un acercamiento a la institución presidencial de Estados Unidos de América en la era global.

Una vez más el pensamiento occidental en su vocación tradicional de modelo y realidad. De acuerdo a nuestra hipótesis de trabajo, en este primer apartado capitular se puntualiza el papel de la presidencia estadounidense como una institución que, en la historia del sistema político y constitucional estadounidense, se ha consolidado como instancia fundamental para enfrentar escenarios de crisis de seguridad nacional. Se inicia la reflexión sobre la base de tres dimensiones de análisis, a saber: la dimensión teórico/conceptual, la dimensión histórica y la dimensión geopolítica del problema de la seguridad nacional. Se glosa así la influencia política y constitucional inglesa, la figura del juicio político del Presidente como escenario límite de la actuación ilegal ejecutiva pero también como legado de los *Padres Fundadores* en tanto dispositivo de protección constitucional de la órbita de poder presidencial, además de la ecuación de la vida y propiedad del ciudadano estadounidense, como improntas de la seguridad nacional. El capítulo se cierra con dos autores fundamentales para la comprensión del pensamiento estratégico norteamericano, al converger los postulados teórico jurídicos sobre la política mundial, la legitimidad y el enemigo *partisano* de Carl Schmitt, con los fundamentos de la visión *realista* de las relaciones internacionales contemporáneas de Hans J. Morgenthau, hacia la actualización de una veta de comprensión ideológica y doctrinal de la política exterior unilateral de W. Bush.

Cap. II Decisión Presidencial en Escenarios de Crisis asociados a la Seguridad Nacional: de Harry Truman a William Clinton.

Se abordan escenarios de crisis y conflictos internacionales que precedieron al 11 de septiembre del 2001, identificando el proceso de toma de decisiones presidenciales, en un periodo que abarca desde Truman a Clinton, donde primó el paradigma de la paz mundial concebida como la estrategia de evitar la guerra a escala mundial, por demás un objetivo directo de una potencia o grupos de potencias. Se exponen y analizan políticas ejecutivas instrumentadas en estudios de caso que muestran como las expediciones bélicas y los escenarios de crisis política interna catalizaron decisiones inscritas en procesos y decisiones sórdidas que derivaron en la conversión comunista de Filipinas, la guerra de Corea, ambas en la presidencia de Truman; la operación anticastrista de *Bahía de Cochinos* y la *Guerra de Vietnam* instrumentadas por la presidencia de Kennedy; la intervención militar en República Dominicana y la guerra de *Tonkín* bajo la presidencia de Lyndon Johnson; el escándalo *Watergate* bajo la presidencia de Richard Nixon; la espiral de infiltraciones de los servicios de inteligencia bajo la administración de G. Ford; la crisis del régimen del Sha de Irán que derivó en la crisis de los rehenes en

Teherán bajo la presidencia de Carter; la guerra contra los sandinistas en Latinoamérica, la política de concesión a terroristas adosada por la venta de armas a Irán para liberar a los rehenes, y la alianza con los fundamentalistas islámicos en Afganistán, auspiciadas en la presidencia de Ronald Reagan; la ausencia de una política exterior que trascendiera a la *Guerra del Golfo* de la presidencia de George H. W. Bush y la expedición militar en Somalia, asumida por George H. Bush e instrumentada por Clinton. Cerramos el capítulo formulando

### Cap. III La elaboración de las decisiones presidenciales en tiempos de crisis: los mandatos presidenciales de W. Bush

Se reconstruye el universo de acciones presidenciales que configuraron la política de la presidencia de W. Bush post *11S*, en términos de una práctica política que concatenó, progresivamente, una voluntad de respuesta enérgica al episodio terrorista, desplegada en correspondencia con un guión de liderazgo heroico capaz de revertir futuros escenarios de violencia terrorista, mediante, por un lado, la promulgación de leyes y directrices al interior del sistema presidencial, de inteligencia y seguridad interna sustancialmente antiterroristas, que pusieron en tela de juicio, el sistema de pesos y contrapesos constitucionales, las potestades tanto de la presidencia como de las agencias estratégicas, la privacidad y ejercicio de las libertades individuales de los estadounidenses. La obcecación por el cambio de régimen iraquí -promovido como objetivo e ideal de paz mundial-, consumó un designio de filón ideológico neoconservador y unilateralista, perfilado por una generación de funcionarios profesionales dos décadas antes, encumbrados nuevamente en el núcleo decisivo del gabinete presidencial de W. Bush, convencidos del papel hegemónico militar de Estados Unidos de América en la era de la post *Guerra fría*. Se aborda también el sistema (o su desdén) para la adopción de decisiones presidenciales de W. Bush. El capítulo se cierra contextualizando la dimensión de la opinión pública, la estrategia político electoral y la generación de condiciones de una economía recesiva de corto y mediano alcance.

### Cap. IV De la puesta en escena de un modelo contemporáneo de liderazgo presidencial a escala global.

En el pensamiento occidental, se asume que todo es sencillo con un plan, un objetivo y la voluntad férrea de consumarlo en la realidad. En este capítulo se retoma el procedimiento que nos ha permitido en capítulos anteriores abordar el proceso de toma de decisiones en escenarios de crisis de seguridad nacional de la segunda mitad del siglo XX, centrándonos en el que se elaboró por la administración de George W. Bush como reacción al atentado terrorista de septiembre del 2001. Con base en el enfoque metodológico del *Ejecutivo unitario* -

construcción de una esfera de secrecía presidencial que privilegia la interpretación constitucional presidencial en escenarios de crisis frente a los otros poderes del sistema político-, se aborda como W. Bush y un núcleo muy reducido de miembros de su gabinete presidencial con influencia capital en la hechura e instrumentación de la política interna y exterior de su país, asumieron el 11S como una experiencia de crisis de seguridad nacional estadounidense que debía decantarse con el prisma de decisiones ortodoxas de filón neoconservador, amparada en la tesis de posguerra fría en tanto necesidad de afianzar la dominación militar y geopolítica estadounidense a escala global, y a nivel estratégico, adopción de la guerra como matriz presidencial arbitraria para administrar temores asociados a la amenaza de reedición de la violencia terrorista y asegurar la defensa futura de los intereses de seguridad nacional estadounidense: *la guerra preventiva*.

#### Capítulo V. El Reloj del Antiterrorismo: la construcción del liderazgo presidencial en tiempos de crisis.

La historia presidencial de la nación se reinventa como modelo de liderazgo y actuación extrema exigida para preservar la seguridad interna y como guión mundial para consumir la paz con tutoría estadounidense. El capítulo quinto enmarca el problema de la temporalidad, las cualidades y expectativas racionales del comportamiento del Ejecutivo presidencial en un escenario de crisis nacional, en el contexto del ejercicio del poder propiamente dicho y de un núcleo de factores que condicionan su viabilidad y su éxito. Se enfatiza el papel de la cultura estratégica y la articulación óptima del proceso para la adopción de decisiones vitales para la seguridad nacional -o la ausencia de estos ejes de actuación-, en la articulación de las políticas antiterrorista y exterior de W. Bush, como en el despliegue de las guerras encauzadas en Afganistán e Irak: un teatro de guerra asumido de antemano como espectacular y exitoso. Asimismo, se formulan consideraciones críticas sobre el papel relevante que desarrolló la *Comisión de los Atentados Nacionales del 11S*, creada en noviembre del 2002 en el seno del Congreso estadounidense, que elaboró un diagnóstico de las circunstancias y responsabilidades sistémicas que involuntaria o inadvertidamente, contribuyeron al desenlace terrorista del 2001, incluyendo el estado de preparación para los ataques y la inmediata respuesta a ellos, abordándose la posición de la administración de W. Bush frente a su creación y desempeño, así como el análisis de los límites y alcances de las recomendaciones derivadas del *Informe Final de la Comisión*, en el contexto de la reforma estructural del andamiaje presupuestal e institucional de inteligencia y seguridad interna estadounidense, fundamental para prevenir la comisión de otro atentado terrorista doméstico. El capítulo concluye con referentes de la dimensión internacional estrechamente relacionados con la política exterior estadounidense instrumentada después de los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001.

## Cap. VI. La construcción de una biografía política hacia la Presidencia de Estados Unidos: George W. Bush y el factor Karl Kristian Rove.

El apartado capitular formula la trayectoria de George W. Bush como un personaje que construyó su capital financiero y su capital político al amparo de su linaje político nacional. Delinea como Bush hijo pudo haber hecho suyo el legado de liderazgo partidista republicano, el prestigio nacional, los alcances y límites tanto en la capacidad de apelar a electores moderados como al privilegiar la prudencia diplomática en escenarios de crisis en el que se vio involucrada la política exterior estadounidense, propios de la trayectoria política y presidencial de su padre, George H. W. Bush. W. Bush hijo fue un crítico severo de los errores políticos de Bush padre: su no reelección la atribuyó fundamentalmente a una debilidad de carácter y al error político de no ser capaz de aprovechar la aprobación popular tomando la iniciativa en asuntos domésticos, expresada a modo de ambigüedad ante la conducción de la economía e inconexión con las preocupaciones fundamentalmente de los ciudadanos estadounidenses. El capítulo continúa con el proceso de búsqueda de una identidad, trayectoria y modelo de actuación política independiente de W. Bush frente a la de su padre; asimismo, dimensiona el posicionamiento de su candidatura y su estrategia de campaña hacia la Presidencia -proyectando momentos de inflexión personales, familiares y religiosos, y por supuesto la reivindicación de una agenda de inspiración ideológica conservadora-. El escrito borda sobre la cuesta que debió enfrentar en su asunción como titular del Ejecutivo federal, al otorgarle el máximo tribunal un triunfo circunscrito a la mayoría de los votos electorales estatales -significativo s como el margen más estrecho obtenido en la historia electoral estadounidense-, legado de legitimidad sistémica que buscó afianzarse en primera instancia con un gabinete presidencial de conspicuos funcionarios supuestamente experimentados en escenarios de crisis, pero que garantizarían lealtad, ortodoxia ideológica, consejo experimentado y resolutivo, en una lógica de elaboración de planes de guerra y proyectos gubernamentales al mismo tiempo que se congraciaba y sustentaban los designios de poder interno e internacional del Presidente W Bush. Concluye con un análisis del peso capital concedido al consejo estratégico y táctico de Karl Kristian Rove en las decisiones de W. Bush tanto en su ambición presidencial, en la definición y ejercicio de una política interna de polarización legislativa y electoral, vía el aprovechamiento del atentado terrorista del 11 de septiembre del 2001 como un evento capital para la reelección de George W. Bush en la presidencia estadounidense, dado el despliegue de una agenda de filón ideológica neoconservadora que buscaba trascender a la administración W. Bush imponiendo una era hegemónica republicana.

## Conclusiones:

La historia de la institución presidencial estadounidense, confirma la existencia de un sistema constitucional y de gobierno, que en episodios de crisis de seguridad nacional, favorece la progresiva configuración de un capital político independiente en la esfera del Poder Ejecutivo federal: se asume la crisis como escenario de aprovechamiento de la ocasión y necesidad de reinención de la secrecía, de expansión de poderes excepcionales que ponen en cuestión la vigencia de la división de poderes y las premisas republicanas de los *Padres Fundadores*, de reestructuración institucional del andamiaje de seguridad interna, y la puesta en marcha de una política exterior predecible en objetivos y medios extremos para materializar designios unilaterales y geopolíticos: la *democratización* de Afganistán e Irak se inscriben en un modelo que desafía siglos de tradición política y cultural, como si fuesen sociedades maleables a la voluntad presidencial.

La *guerra preventiva* de W. Bush le garantizaba poderes extraordinarios a escala global (sin causa plausible, con el uso fraudulento de los servicios de inteligencia doméstico e internacional para justificar las expediciones bélicas, sin contrapeso político de potencia mundial o gobierno alguno), prólogo antiterrorista y axioma de *necesidad política* que alegó un obligado liderazgo resuelto para enfrentar la crisis de emergencia doméstica derivada del 11S [en la *discrecionalidad ejecutiva* necesaria (J. Locke); la *soberanía legítima de la decisión* (C. Schmitt), que por derecho divino presidencial orquesta la excepcionalidad de su núcleo de políticas contra el *partisano* enemigo, por definición occidental identificable, personalizado, para restaurar la viabilidad de la nación; el pretendido realismo internacional (Morgenthau) de la amenaza terrorista del régimen iraquí para el poder nacional estadounidense; en fin, imperativo de ejecutivo vigoroso y responsable, propenso a la demostración de poder y a establecer nuevos precedentes de valor político vía del ejercicio de la fuerza (T. Roosevelt)], condensada en la acción anticipada y decidida, desde una narrativa neoconservadora a modo de certeza geopolítica y condición de la paz mundial.

Desde un prisma estratégico occidental, se anuda el fin y los medios en la virtud de la acción (donde cualquier efecto justifica cualquier acción, y al ser acusado por una acción se excusado por sus resultados), y se elogia su propensión al riesgo: la decisión, el carácter y la persistencia como cualidades del ejercicio del liderazgo, fueron consideradas transferibles, en términos de *victoria consumada*, a los objetivos de la política exterior del Presidente en la guerra iraquí, a costa tanto de la credibilidad de la institución presidencial y del ejército de la potencia hegemónica en el orbe y, peor aún, como de la viabilidad de las economías tanto estadounidense como de la del mundo.

Esta administración presidencial asumió el *11S* como necesidad extrema de actuar, imperativo de proporcionalidad ascendente de poder y libertad discrecional gubernamental. Demostró que una crisis de seguridad nacional conducida sin prudencia política en este caso por el gobernante de una potencia mundial, pueden resultar en un núcleo de errores políticos de magnitud global: “no es verdaderamente sabio, esgrimió el florentino Maquiavelo, quien en un principio no conoce los males cuando nacen”. Al final, se formula a modo de epílogo, consideraciones sobre la cultura estratégica inscrita en la operación secreta liderada por B. Obama, que culminó en la eliminación de Osama Bin Laden en mayo de 2011, que consumó un episodio de la guerra antiterrorista y conducir al gobierno de Estados Unidos de América a la eventual liquidación de los liderazgos sucesores previstos por el terrorista de origen saudí para red *Al Qaeda*, al menos en cuanto a la generación formada bajo la inspiración y égida, política y doctrinal, de Bin Laden.

### *Introducción general.*

Con el atentado terrorista consumado en septiembre del 2001 en suelo estadounidense, se consagra un guión de actuación presidencial que buscó actualizar, al nivel del pensamiento político estratégico de inspiración hegemónica, la seguridad nacional estadounidense como sinónimo de seguridad internacional. Un eslabón es la pretensión de consagración de estatura de su protagonista -George W. Bush-, como líder emblemático en la historia de la potencia mundial.

El presidente George W. Bush se atribuía una afinidad personal e histórica fundamentalmente con dos predecesores republicanos - Abraham Lincoln y Theodore Roosevelt. En el primer caso, adujo que experimentó en sí mismo el significado de la carga personal que implicó para Lincoln el envío de cientos de tropas a la guerra de Secesión. En el segundo caso, su identificación vindicaba un modelo de liderazgo presidencial de inspiración republicana y proyección mundial - premisa que resultó de la lectura sobre el estudio biográfico *Theodore Rex* que le recomendara en los primeros años de su gobierno su estratega electoral en jefe -Karl Kristian Rove [véase Cap. VI].

Mientras Lincoln sustentó el fortalecimiento de la Oficina de la Presidencia en “la virtud del poder que le fue conferido por la Constitución”, W. Bush reclamó y ejerció autoridad unilateral ilimitada para enfrentar la amenaza terrorista con el argumento de la protección de la seguridad de Estados Unidos de América, al presentar el atentado como “un acto de guerra”.

Lincoln y W. Bush fueron frecuentemente señalados por representar pésimos gobiernos, y en el escenario de sus procesos de reelección, enfrentaron una especie de referéndum sobre sus primeros periodos gubernamentales; de la misma manera fueron objeto de duras críticas por sus acciones para restringir las libertades civiles. Mientras ambos justificaron por razones de guerra la puesta en escena de tribunales militares, el oriundo de Illinois fue acusado de censurar la prensa del Norte, mientras que el de origen texano, fue objeto de una fuerte controversia por medidas extremas de vigilancia doméstica en territorio estadounidense.

Lincoln era consciente del carácter extraordinario de sus acciones y de tener el respaldo público en el curso de su posición. Tenía el talento para presentar, astutamente, argumentos persuasivos. Era poseedor de una mente política aguda y de gran habilidad para propiciar acciones controversiales de una forma extraordinariamente sencilla, y apelar a grandes causas mientras defendía la constitucionalidad de sus acciones.

El presidente Lincoln afirmó su autoridad sobre la base de políticas de la Unión que involucraban asuntos extremadamente sensibles como la esclavitud y administró satisfactoriamente el abolicionismo ascendente en su partido sin consignar que el esfuerzo de guerra podría fracasar.

En varias de sus acciones, Lincoln fue mas allá de su autoridad como Presidente (llegó en algunos casos a admitirlo por sí mismo). Mientras algunas de las decisiones tomadas por él - o adoptadas por miembros de su gabinete-, seguramente fueron necesarias y por lo tanto justificadas (como su proclama de emancipación de la esclavitud), en otros casos se mostraron cuestionables, al traspasar los límites de la Constitución en circunstancias menos defendibles -como el uso de tribunales militares en territorios donde las cortes civiles ordinarias estaban al límite de su capacidad de respuesta local.

En una sesión de emergencia del Congreso, inmediatamente posterior al comienzo de las hostilidades en julio de 1861, Lincoln declaró: “¿Debe un gobierno, por necesidad, ser demasiado fuerte para asegurar las libertades de su propio pueblo, o débil para mantener su propia existencia?”.

Señalado tirano por muchos ciudadanos en el Sur y por varios de sus adversarios en el Norte de Estados Unidos de América, edificó su presidencia en el contexto de una crisis nacional: entre abril y mayo de 1861, el gobierno tenía que actuar decisivamente ante el peligro que

representaba la situación para el país: la disposición y conducción del Ejército -le fue autorizada hasta 30 días después de que se congregó el Congreso; el dilema no fue si actuar o no, sino calar las mejores decisiones y decidir quien las instrumentaría.

Lincoln logró evitar el colapso de la Unión y resguardó el sistema político de la tiranía, no obstante circunstancias de emergencia propiciadoras de abuso de acumulación de poder en su actuación ejecutiva: como cuando suspendió el *Habeas Corpus* en los primeros meses de la guerra civil (una medida que tuvo en 1215 el precedente internacional de implicar la violación de un principio legal, reservada a la legislatura en Inglaterra y que después sería sancionada por el Rey Juan I: el Ejecutivo tenía prohibido conducir arrestos arbitrarios), y tras dudarlo mucho, impulsó la emancipación de la esclavitud incluso con una fuerte oposición de miembros de su propio partido. Sin embargo, no se suspendieron elecciones en plena guerra ni se infringieron derechos políticos básicos de ciudadanos estadounidenses. En el fondo, el no creyó haber violentado las leyes ni actuado sin legitimidad constitucional.

Era sumamente consciente de la importancia de presentar los argumentos que sustentaban sus decisiones, y de las implicaciones de sus políticas. Al mismo tiempo que asumía las ventajas de la discrecionalidad individual presidencial, propició la expansión de prerrogativas ejecutivas -reconocía la importancia de la opinión

nacional para sostenerlas-, y se destacó por su proclividad a dimensionar el núcleo de responsabilidades que aquéllas contraían tanto para el prestigio de la institución presidencial y la perduración del sistema político, como para la vida estadounidense -premisas que en la actuación de W. Bush fueron tratadas con orgulloso desaire.

## *Preámbulo*

En el año de 2004 inició el trazo académico de este texto bajo un propósito esencial: el tratamiento de la seguridad nacional en el sistema político estadounidense. Y definimos un campo de reflexión mediado, en lo fundamental, por transparentar el proceso de toma de decisiones presidenciales ante el terrorismo como fenómeno sociopolítico global.

Reconocemos la prolífica producción de obras históricas en Estados Unidos de América sobre el tema. Muchas de ellas de notable calidad. Entre estos trabajos científicos recordamos las investigaciones fundamentales de Edgard Corwin, Peter Charles Hoffer, Harold Lasswell, Lawrence S. Wittner, James Macgregor Burns, Alexander L. George, Arthur Schlesinger, Walter Isaacson y Evan Thomas, Richard E. Neustadt, Stephen Ambrose, José Luis Orozco, Janes Irving, Ole Holsti, Higgins Trumbull, Theodore Sorensen, Loch Johnson, Walter Laqueur, James Bamford, Michael Klare, Leonardo Curzio, Bruce Hoffman, que han orientado el análisis del sistema político estadounidense (su pensamiento intelectual y estratégico, su reinención institucional constitucional), del proceso de toma de decisiones, de los modelos de liderazgo ejecutivo y finalmente, a los enfoques para la comprensión de la psicología política presidencial en escenarios diversos, desde los escenarios de crisis y guerras, a la

historia y la transformación del terrorismo como método de violencia global.

Asimismo, la investigación glosa la importancia de las tesis de Zbigniew Brzezinski, Henry Kissinger y Daniel Boorstin, para fundamentar la legitimidad de la política interna y exterior estadounidense, en función de los rasgos tradicionales, estratégicos y contemporáneos de la presidencia estadounidense encabezada por George W. Bush en su reacción al atentado terrorista del 11 de septiembre del 2001.

Sin embargo, si bien constatamos la profusión de axiomas y tesis, clásicas y contemporáneas, inscritas en la teoría, la filosofía y la ciencia política, aplicables a nuestro estudio de caso asociado al problema del liderazgo y la gobernación de escenarios de crisis asociados a la seguridad nacional<sup>1</sup>, pueden explorarse aportaciones que determinan

---

<sup>1</sup> "Se asume que la seguridad nacional anuda tres intenciones políticas centrales: la defensa y preservación de la soberanía de un país; la gestión eficaz de los conflictos políticos y sociales internos; la generación de condiciones materiales y psicológicas de prosperidad social. Llevar a buen puerto estas condiciones supone la disposición de un sistema planificado de inteligencia y espionaje en función de la naturaleza del peligro y/o enemigo: en su concepción moderna (este concepto) circunscribe la esfera de la jurisdicción estatal - la Constitución y las fronteras nacionales, así como la cooperación internacional- e implica su defensa frente a una nación o imperio enemigo. Es una especie de "Ley de Parkinson" de la seguridad nacional: el sentimiento de inseguridad de una nación se expande directamente en relación con su poder. Cuanto más grande y poderosa es una nación, más aumentan sus líderes, élites y con frecuencia su población el nivel de sus aspiraciones en los asuntos internacionales." Ver Kart Deutsch, *Análisis de las Relaciones Internacionales*. Gernika, México, 3ª edición, 1994, p.132. En el caso estadounidense, como veremos, en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, la estrategia cardinal se inscribe una lógica de dominación mundial, a través de la asunción de una vocación expansiva vía el despliegue de sus intereses geopolíticos y económicos en calidad de potencia no sólo militar, visión que evolucionó durante el periodo denominado de la *Guerra fría* hacia prevenir el ascenso de una gran potencia competitiva (y que los EEUU usara todos los medios necesarios para disuadir dicho proceso,

decisiones y políticas relevantes en circunstancias y contextos históricos concretos, en la medida que todo hecho y problema político, para nuestros fines, implica entender la lógica estratégica occidental de posguerra de mediados del siglo XX, y al paralelo, la incompreensión de la violencia terrorista que en su versión contemporánea desafía las nociones predominantes del sistema político, la inteligencia estratégica y la seguridad nacional contemporánea.

Para nuestra tarea adoptamos el episodio terrorista del 11 de septiembre del 2001, glosa el análisis de la dimensión coyuntural de una política presidencial antiterrorista que buscó reeditar el proyecto de hegemonía mundial estadounidense, así como de la explicación y comprensión de un escenario de crisis de seguridad nacional relevante para el funcionamiento sistémico del sistema político y constitucional de Estados Unidos de América, con consecuencias políticas reales diferenciadas según la naturaleza de la crisis, para el titular del poder Ejecutivo federal.

Se establece aquí, desde la arena de la ciencia política, un acercamiento a la comprensión de la institución presidencial estadounidense en el contexto de su propia elaboración histórica constitucional, y de los rasgos de su desempeño en escenarios de crisis nacionales e internacionales, lo que a su vez nos traza un horizonte de reflexión

---

incluyendo la fuerza militar preventiva cuando sea necesario) y desplegar designios estadounidenses como modelo de decisiones soberanas de alcance mundial.

sobre si la presidencia estadounidense se debilita como centro de poder sin par en el mapa político global.

Estas líneas de origen de nuestra investigación, condujeron a la necesidad de situar el objeto de estudio hacia un modelo de interpretación sobre un hecho que el proyecto inicial apenas podía prever, en la indagación de como se articuló una interpretación sobre los hechos consumados [léase experiencia nacional terrorista], para que de la mano de la libertad de decisión presidencial, se propiciara una cadena de eventos que -en los dos periodos de la administración de George W. Bush-, condujeran a expectativas presidenciales de comportamiento, vía empresas bélicas geopolíticas, en relación con actores políticos y regiones estratégicas internacionales, a modo de dirección y dominio unilateral estadounidense de sus decisiones y comportamientos futuros.

Este texto aborda la secuencia de decisiones presidenciales del gobierno de George W. Bush que hilvanó una respuesta al acaecimiento terrorista en suelo estadounidense, desde una doble configuración analítica: como eslabón de un engranaje más complejo que encuentra fundamentos [en clave de manipulación y aprovechamiento de la ocasión] en expedientes de administraciones presidenciales precedentes ensayados para revertir escenarios de crisis internas, constitucionales y/o internacionales, en la puesta en escena de una demanda progresiva de autoridad ejecutiva excepcional

respecto a la división de poderes, en el uso político de la información de inteligencia estratégica estadounidense e internacional y en la consecución de un proyecto hegemónico a escala global –articulación en un *proyecto* [denominado *neoconservador*] favorecida por una determinada *situación* a modo de administración de un escenario de crisis asociado a la seguridad nacional, al que se imprimió intensidad y polarización radical al interior y en el plano internacional- y por supuesto, en la pretensión de refrendar dicha actuación ejecutiva como propia de la tradición de valores, idearios y conducción estratégica, dada la historia Estados Unidos de América en Occidente.

El *corpus* del estudio tiene como hilo conductor el proceso de toma de decisiones presidenciales para atender el problema de la preservación de Estados Unidos de América en escenarios de crisis, proceso que encuentra su última elaboración en la coyuntura terrorista del 2001. Para esto, la primera correlación fundamental que construimos se vincula al peso relativo del constitucionalismo británico en el sistema constitucional estadounidense; en la perspectiva fundacional de los Padres Fundadores –para dimensionar las aportaciones constitucionales inscritas en el proceso de centralización político y jurídico instituido por Enrique II [soberano de Inglaterra y Normandía], y elucidar cómo se sorteó la experiencia de la tiranía en su versión inglesa con énfasis en el poder absoluto representado por el Rey Jorge III-.

De la misma forma, se documentan las tesis de John Locke y del juez británico William Blackstone, relativos a las prerrogativas del Ejecutivo federal y los poderes de guerra, que sustancia una versión moderna de la potestad gubernamental y presidencial de los derechos de propiedad así como de la salvaguarda de los derechos fundamentales de los individuos en términos de bienes públicos para la existencia de la sociedad y la nación.

Se articula también el análisis de los recursos políticos y constitucionales que se otorgaron a la Presidencia y al Congreso estadounidenses para frenar el abuso de poder -fundamentalmente el derivado de la desconfianza a que fuese el Ejecutivo el que tuviese la facultad exclusiva de declarar y promover expediciones militares-, para fortalecer la capacidad de respuesta del sistema político a crisis nacionales.

Un especial énfasis se ofrece en el análisis del juicio político al Presidente, sucedáneo de la protección inglesa del monarca respecto a las facultades de las Cortes, y de la preservación del principio de la división de poderes en Estados Unidos de América. Se trató de un legado de los Constituyentes de la Convención de Filadelfia que sólo se aplicaría en condiciones de emergencia excepcional, en las que el Ejecutivo era puesto a prueba pero no resultaba rehén del Congreso: no se exponía a su inhabilitación política en escenarios de crisis nacionales [recordemos el juicio político aplicado al presidente

Andrew Jhonson en 1789 y a miembros del poder judicial en 1804 (como el juez Samuel Chase)].

Un segundo apartado detalla las tesis predominantes en algunos estudios de caso inscritos en los periodos presidenciales de posguerra, desde Roosevelt a Clinton, dado que fue la paz mundial - concebida como el evitar la guerra -, por demás un objetivo directo de una potencia o grupo de potencias, en tanto se confinaron las expediciones militares a zonas de influencia geoestratégica que gravitaban en su esfera de interés nacional, por lo que la reflexión comprende las expediciones bélicas y los escenarios de crisis política interna que enfrentaron catalizaron procesos sórdidos como la conversión comunista de Filipinas, la guerra de Corea, ambas en la presidencia de Truman; la operación anticastrista de *Bahía de Cochinos* y la guerra de Vietnam instrumentadas por la presidencia de Kennedy; la intervención militar en República Dominicana y la guerra de *Tonkín* bajo la presidencia de Lyndon Johnson; el escándalo *Watergate* bajo la presidencia de Richard Nixon; la espiral de infiltraciones de los servicios de inteligencia bajo la administración de G. Ford; la crisis del régimen del Sha de Irán que derivó en la crisis de los rehenes en Teherán bajo la presidencia de Carter, la guerra contra los sandinistas en Latinoamérica, la política de concesión a terroristas con la política de venta de armas a Irán para liberar a los rehenes, la alianza con los fundamentalistas islámicos en Afganistán, auspiciadas en la presidencia de Ronald Reagan; la ausencia de una política exterior que

trascendiera a la *Guerra del Golfo* de la presidencia de George H. W. Bush además de la expedición militar en Somalia tomada por Bush e instrumentada por Clinton.

Realizado este recorrido histórico constitucional de posguerra sobre escenarios de crisis presidenciales, se formula una explicación que busca dimensionar la naturaleza del desempeño político de W. Bush en particular frente a los atentados del 11S, en la dramatización de un liderazgo y una administración gubernamental puestos a prueba, para superar una crisis de confianza en la actuación presidencial y en un sistema político en un escenarios de crisis.

El capítulo tercero se construyó con base en el núcleo del árbol de decisiones presidenciales desplegadas por W. Bush posterior a los atentados, teniendo como eje de articulación crítica testimonios documentados del propio presidente, estudios demoscópicos, la visión doctrinal de su gobierno, documentos oficiales desclasificados, además de bordar sobre la ecuación con el Congreso estadounidense y primar los efectos de la operación política gubernamental confiada a su estrategia electoral, principal consejero presidencial y subjefe de gabinete: Karl Kristian Rove.

El apartado traza el ensayo presidencial de la toma de decisiones a manera de condensación de cursos de acción [el gobierno de W. Bush pergeñó acciones y decisiones en el contexto de la propia historia política estadounidense], en términos de proteger el pacto constitucional: la presencia presidencial después de la tragedia; declarar la guerra contra el terrorismo; postular el temperamento como guía de confianza propia y en la toma de decisiones; aprovechamiento de la ocasión a modo de capital político presidencial legado por el atentado terrorista, dando acontecimientos futuros por consumados en el presente; desconocer toda regla, ley o institución que pudiese cercenar su margen de acción; formular expedientes de culpabilidad a naciones no terroristas; utilizar a la Alianza Atlántica y Europa como ejes de respaldo político a las posiciones de fuerza de Washington; la dirección presidencial de un gabinete de guerra: el método de delegación de decisiones y responsabilidades; reformar, a raíz de la experiencia terrorista doméstica, la doctrina estratégica y la postura diplomática de Estados Unidos en el mundo; la consistente secrecía presidencial frente al Congreso, el poder judicial, la prensa y la opinión pública estadounidenses; psicología de la disuasión mediante un juego de desinformación táctica; minimizar las incidencias relacionadas con el ántrax, fusionar las guerras de Afganistán e Irak como expedientes de la “guerra internacional contra el terrorismo”; instrumentar permanente planes de contingencia civiles y militares; promover una *campaña política permanente* en términos de una estrategia mediática y de relaciones públicas para respaldar las expediciones bélicas

estadounidenses en Afganistán e Irak; la improvisación política y militar en el despliegue de los planes y las expediciones bélicas; el “gobierno de sombra”; la insularidad política, constitucional y estratégica presidencial a escala internacional, como si la *guerra contra el terrorismo* fuese un expediente de dos guerras convencionales, propias de la era de la *Guerra fría*.

Un cuarto capítulo explora las decisiones presidenciales post *11S* a modo de identificación del proceso de transformación política y constitucional de la institución de la presidencia estadounidense, que la administración de George W. Bush quiso delinear sobre la base de un guión ideológico de tamiz neoconservador, castrense y sistémico, inscrita en la puesta en escena de un modelo contemporáneo de liderazgo presidencial a escala global, propósito que desvela un pensamiento y una actuación política ejecutiva llevada mas allá de sus límites constitucionales.

En efecto, la crisis de seguridad nacional derivada de la violencia terrorista, se trató como un problema de acumulación de liderazgo y capital político que exigía una campaña presidencial permanente, política y bélica, urdidas en los designios geopolíticos y económicos para afianzar la hegemonía estadounidense -hilvanada en una lectura transversal con supuesta inspiración doctrinal en las presidencias de A. Lincoln, F.D. Roosevelt, H. Truman, y R. Reagan, entre otros, y en

razón a una lógica política electoral cifrada en asegurar la reelección de W. Bush en el 2004.

Se exponen así los fundamentos de una actuación presidencial que asume el escenario terrorista como una crisis que autorizaba - [asumiendo las tesis del *Ejecutivo unitario* (ensayadas en la *Guerra de Vietnam* y la crisis del *Watergate*) como telón de fondo al expandir la esfera de discrecionalidad y secrecía del poder presidencial] -, elaborar el poder para decidir, o más bien interpretar, lo que es y lo que no es constitucional, con el propósito de afianzar una esfera excepcional de poder presidencial castrense a escala internacional [la creación de *Comisiones Militares* se aborda aquí en el contexto de los propios principios rectores de la Constitución estadounidense y de los tratados y convenios internacionales de dicha nación], y consolidar la presidencia como entidad superior que administra temores globales.

Se plantean a su vez en este apartado las ideas y prácticas de un ejercicio de gobierno que buscó validarse sobre la base de métodos de actuación y legitimación que privilegiaron la administración por un lado, de los temores y las esperanzas de la opinión pública y, por el otro, de *seudo eventos* presidenciales [axioma sugerido por los estudios de Daniel Boorstin y táctica precedente, que no siempre se tradujo en popularidad y reputación histórica exitosa, identificada en las administraciones de Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson, John F. Kennedy, Richard Nixon, Jimmy Carter, Ronald Reagan, William

Clinton], a medida de una imagen heroica edificada sobre el artificio del terrorismo como enemigo perpetuo, y en su versión afgana e iraquí, como enemigos y naciones conquistables.

Este capítulo confirma la pertenencia ideológica, doctrinal y estratégica de los ejes cardinales de la política exterior de W. Bush a la agenda *neoconservadora* [se glosan las corrientes de pensamiento predominantes que la fundamentaron (y algunos de sus detractores actuales), y sus tesis relativas a la necesidad de entablar una guerra a Irak, la extensión de la democracia en Medio Oriente, la expansión de los poderes presidenciales frente al Congreso], a manera de actualización del postulado de la excepcionalidad hegemónica, la guerra y la dominación mundial como espina dorsal de la paz internacional y la seguridad nacional estadounidense, vía la doctrina presidencial de la *Guerra Preventiva*.

El capítulo quinto ubica el objeto de estudio en la decisión política como núcleo de acción condicionada y sujeta al poder en cuanto ejercicio, a las expectativas racionales del comportamiento del político profesional -y con mayor exigencia en escenarios de crisis de seguridad nacional-, a la contingencia de las circunstancias y la capacidad de maniobra presidencial -en parte, a través de recorridos argumentativos inscritos en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo [sobre la base de cuatro premisas derivadas de la vida y obra del florentino: las tesis originales de un político que ejerció el poder, y no sólo de un pensador

que ha pensado el poder y la política (quince años de dedicarse a la toma de decisiones y a la conducción de la política diplomática y bélica de su patria: práctica mezclada de deliberaciones y discernimientos, de participación en intrigas, conjuras, pactos y alianzas, produciendo constantemente diagnósticos de *coyuntura*, y ocho años, después del ejercicio del poder, a racionalizar la experiencia política de la humanidad hasta su propia época); la conciencia del poder que supone una diferenciación nítida en los niveles de racionalidad entre el pensador (las razones de la práctica) y el político profesional (la *prudencia* política): el príncipe como actor obligado a pensar lo particular de lo universal, mientras que el teórico de la política piensa lo universal de lo particular, para ponderar si hay un proceso de adaptación de la política presidencial a modo de comprensión del tiempo estratégico inédito en el que se da el desafío terrorista del 2001; el problema de la actuación eficaz y exitosa de acuerdo a escenarios adversos a la seguridad nacional dado el problema de la duración y el tiempo político del que dispone el mandatario para responder al mismo (aquí acudiremos a las proposiciones teórico políticas de Carl Schmitt sobre la *decisión soberana* y *El Partisano* así como a las del teórico del *realismo* en la disciplina de las relaciones internacionales, Hans Morgenthau), y si la lógica de guerra (asumida como *necesaria* y prestigiada como antiterrorista en la administración W. Bush) ha sido pergeñada desde una racionalidad política y estratégica occidental o por una voluntad más pragmática, doctrinaria y electorera].

Así, la acción ejecutiva transformada por las circunstancias adversas, buscará dilucidarse en términos de variable de análisis que inscribe la personalidad, el estilo y el modelo de liderazgo político presidencial estadounidense: desde los eventos históricos y la influencia sociocultural que abreva, la ascendencia de sus mentores, los acontecimientos y cualidades personales que marcan la transformación de su comportamiento [formulados en las tesis de Harold Lasswell, James Macgregor Burns, Margaret Hermann, Alexander L. George y Juliette George, Edmund Morris, Richard E. Neustadt, Robert Robins, Robert Tucker, James Irving, Ole Holsti, Jerrold Post, Stanley Renshon], hasta su correlación con factores que inciden en el árbol de decisiones, pensados no sólo desde la lógica del poder [se privilegian *in extenso* los testimonios de W. Bush a partir de sus propias conferencias en el ejercicio de su presidencia y de los recogidos por el periodismo de investigación política representado por Bob Woodward, Joshua Green, Seymour Hersh, Elizabeth Drew, Kenneth y Stephen Walsh].

Se reflexiona sobre el contexto sociopolítico en el que se consuman aquéllas, la forma en que fue transformado coyunturalmente el sistema de reglas, tradiciones y leyes que privan en el sistema político estadounidense, la naturaleza de la amenaza (o enemigo), la psicología política y cultura estratégica del actor en cuestión –sin menoscabo de posicionamientos sobre la experiencia y la ascendencia ideológica de sus consejeros principales y de su gabinete de guerra-, ante la necesidad de resolver el escenario nacional de crisis [bajo la égida de

un doble supuesto símil histórico presumido por el propio W. Bush con los presidentes Abraham Lincoln y Theodore Roosevelt, además de una aversión manifiesta al gobierno encabezado por el demócrata William Clinton].

Al final de este quinto apartado, se establece un acercamiento crítico a la *Comisión de los Atentados Nacionales del 11S*, creada en noviembre del 2002 para formular un recuento de las circunstancias que rodearon a los atentados del 11 de septiembre del 2001, incluyendo el estado de preparación para los ataques y la inmediata respuesta a ellos. Así, se plantea un estudio de los precedentes de esta figura política en la historia institucional de Estados Unidos de América, su conformación bipartidista legislativa, la política presidencial de W. Bush frente a su creación y desempeño.

Asimismo, se exponen consideraciones sobre las recomendaciones derivadas del Informe Final de la Comisión, la corresponsabilidad de la administración Clinton/W. Bush en la edición del atentado terrorista, y la reforma estructural del andamiaje presupuestal e institucional de inteligencia y seguridad sistémicas estadounidenses, eje crítico pertinente para dimensionar la capacidad del gobierno estadounidense de prevenir futuros atentados terroristas –al interior de esta parte de la investigación se contrastan modelos institucionales de inteligencia internacional con el propio de Estados Unidos de América, además de abordarse testimonios documentados de presuntos

terroristas que participaron en la perpetración del atentado terrorista estadounidense-, dada su vinculación estrecha con Osama Bin Laden y la red terrorista *Al Qaeda* que debió evolucionar ante la política exterior y antiterrorista de Washington.

El capítulo sexto emprende las consideraciones finales de nuestro estudio, sobre la base de un eje cardinal de interés: la institución presidencial estadounidense, su transformación y capacidad de respuesta sistémica a un escenario de crisis asociado a la seguridad nacional: la violencia terrorista que la política de W. Bush sorteó su reedición a corto plazo y con un precio muy alto para la credibilidad de su presidencia a escala doméstica e internacional, que transformó en nuevos desafíos y riesgos para la seguridad de los estadounidenses en su propio territorio y en el orbe -sin menoscabo de las implicaciones en la economía y la política exterior a escala internacional.

El capítulo seis dimensiona la trayectoria política de George W. Bush en un doble espejo: su devenir en términos de su pertenencia a un linaje familiar prestigiado, y el andamiaje de riquezas y relaciones propias de la historia política contemporánea de Estados Unidos de América y, por otro lado, su dependencia del consejo de Dick Cheney y Karl Rove - un ejecutivo del negocio internacional del petróleo y experimentado funcionario de gobierno republicano en el periodo de la *Guerra Fría*, y un estratega exitoso de campañas políticas nacionales, al que se les delegó un amplio capital político y gubernamental, que

transformaron en una agenda, un gobierno y una política internacional de una potencia mundial cifrada en un gui3n doctrinal *neoconservador* promovido como imprescindible e inevitable, para administrar el escenario de crisis de seguridad nacional y asegurar la preeminencia de los designios estadounidense en el mundo.

“La verdadera vida política de un Estado y la verdadera paz interior y exterior consiste en mantener en lo posible este equilibrio en los asuntos públicos”

*N. Maquiavelo, Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, VI.*

“Hemos reconocido la situación precaria de la paz en una sociedad compuesta por Estados soberanos. El éxito continuado de la diplomacia depende de cualidades morales e intelectuales extraordinarias que todos los participantes principales deben poseer. Una equivocación en la valoración de uno de los elementos del poderío nacional, cometido por uno u otro de los estadistas de importancia, puede deletrear la diferencia entre paz y guerra”

*Hans Morgenthau*

"Elegimos un rey cada cuatro años y le damos el poder absoluto dentro de ciertos límites, quien los interpreta por sí mismo”

*Arthur Schlesinger, Jr.*

## Capítulo I Un acercamiento a la institución presidencial de Estados Unidos de América en la era global.

### *Introducción*

El papel de la institución presidencial en la historia política y constitucional de Estados Unidos de América, es uno de los ejes fundamentales para entender el problema de la preservación de un país en escenarios de crisis. En el caso de la administración de George W. Bush, el episodio terrorista del 11 de septiembre del 2001, se esgrimió como fuente de capital político y de demanda progresiva de autoridad ejecutiva excepcional, dos pilares del proceso de consolidación del status global del sistema presidencial, para sustentar la economía y los intereses geopolíticos estadounidenses.

#### *I. La presidencia estadounidense como institución para la preservación de la seguridad nacional.*

La tesis moderna de constreñir el poder político ejecutivo, tiene raíces profundas en las tradiciones de gobierno angloamericanas. La *Carta Magna* de 1215<sup>2</sup>; el *Habeas Corpus Act* de 1679<sup>3</sup>; la *English Bill of Rights* de 1689; el sistema del *Common Law*, otros documentos y tradiciones del constitucionalismo británico, proveen precedentes que los Padres Fundadores consagraron en el sistema constitucional estadounidense.

---

<sup>2</sup> Precedida por la *Carta Constitucional de Libertades* en la que el Rey Henry I declaró voluntariamente que sus propios poderes estaban bajo la ley. La *Carta Magna* estableció limitaciones al poder real y consagró el principio de la libertad individual.

<sup>3</sup> Emitida por el parlamento inglés durante el reinado de Carlos II que definió prerrogativas para los individuos detenidos ilegalmente.

De hecho, la matriz constitucional diseñada por los Padres Fundadores buscaron constituir un gobierno republicano capaz de sortear el modelo presidencial de la experiencia de la tiranía en su versión política inglesa – léase el poder absoluto representado por el Rey Jorge III-, al optar por el gobierno de un monarca electo en un sistema republicano<sup>4</sup> y otorgar la facultad de declarar la guerra exclusivamente al Congreso, un curso de acción asumido con la adopción del principio de la separación de poderes.

Con base en el estudio de la historia de otras naciones, del espíritu marcial, de la ambición política de emperadores y presidentes electos<sup>5</sup>, el examen de los modelos monárquicos de gobierno, la experiencia de abusos del monarca británico Jorge III durante el periodo colonial y la revolución que los precedió, los Fundadores asumieron que la proclividad presidencial hacia la guerra<sup>6</sup> representaba expedientes

---

<sup>4</sup> En la Convención de Filadelfia, Hamilton apoyó una Presidencia vigorosa e independiente que “pudiese vetar todos los actos del Congreso federal y dirigir la guerra cuando estuviese autorizado”; sin embargo, el texto constitucional permitió al poder legislativo limitar el veto presidencial, y legó un ámbito de ambigüedad al dividir entre las ramas legislativa y presidencial los poderes de guerra – al otorgar exclusivamente al Senado el poder de declararla y al Ejecutivo, previa autorización del Congreso, de dirigir la guerra. Hamilton, A., J. Madison y J. Jay, *El Federalista*, FCE, México, 2001, No. 69

<sup>5</sup>En 1793, Madison llamó a la guerra la verdadera enfermedad del engrandecimiento ejecutivo...En la guerra, los honores y laureles serán multiplicados. Las pasiones más fuertes y la mayoría de las debilidades peligrosas: la ambición, la avaricia, la vanidad, la fama, todos conspiran contra el deseo y el deber de la paz. 5 años más tarde, en una carta a Thomas Jefferson, Madison manifestó que la Constitución estadounidense “supuso, lo que la historia de los gobiernos demuestra, que el Ejecutivo es el más interesado en la guerra y el más presto para ésta. Dado el estudio cuidadoso de esta cuestión, se dejó en manos del poder legislativo”. Véase Letters of Helvidius, en *The Writings of James Madison*, 1793,.No. I, p.174.

<sup>6</sup> Para James Madison, uno de los principales autores de la Constitución, “entre todos los enemigos de la libertad pública, la guerra es, quizá, el más temible, puesto que contiene y desarrolla el germen de todos los demás. La guerra es la madre de los ejércitos; éstos generan deudas e impuestos; y los ejércitos, las deudas y los impuestos son instrumentos conocidos para llevar a los

fecundos de fama y gloria personal, escenarios para vengar afrentas, expandir negocios privados, medrar ambiciones personales, y no el cuidado de los asuntos e intereses de largo plazo del país.

Por esto, favorecieron que la rama legislativa tuviese el poder de definir cuando la nación debía transitar de un estado de paz a un estado de guerra, al desconfiar de decisiones presidenciales independientes y desenfrenadas en el uso de la fuerza: se proveyó al Congreso del deber constitucional unilateral de supervisar, decidir y restringir expediciones militares, *ex ante* o *ex post* de la decisión presidencial consumada<sup>7</sup>.

Sin embargo, con el tiempo los presidentes estadounidenses buscarían ampliar la órbita de su poder en dirección contraria a la que trazaron los Fundadores. De hecho, la expansión de los poderes presidenciales después de la Segunda Guerra Mundial ha sido un proceso consistente<sup>8</sup>, apoyado en los términos fijos para permanecer en la Oficina de la Presidencia incluso después de un fracaso político consumado<sup>9</sup>-, así como en las ventajas políticas que supone la secrecía,

---

muchos a ser dominados por los pocos". Véase Donovan, Frank Robert, *Madison's constitution: the story behind the constitutional convention*. New York, Dodd, 1965. p.36

<sup>7</sup> La Guerra de Vietnam y la Guerra de Irak en curso, testimonian la actualidad de estos postulados histórico políticos.

<sup>8</sup> Véase el Capítulo II de la investigación.

<sup>9</sup> En efecto, los Padres Fundadores no contemplaron mecanismos planificados de sucesión en la posibilidad constitucional implicada en la eventualidad de una gestión presidencial fallida, reflejada en la pérdida de la confianza popular nacional: asumieron que el presidente podría ser rehén del poder legislativo y que la Oficina del Ejecutivo sería débil si el Presidente pudiese ser removido por el voto de la mayoría simple en el Congreso estadounidense. La presidencia de George W. Bush, desde sus inicios hasta el fin de la administración en su segundo periodo, ha

la energía y la iniciativa política en el sistema político estadounidense, recursos centrales para responder a crisis políticas y constitucionales propiciadas por adversarios políticos y escenarios internos adversos.

Algunos presidentes estadounidenses han ostentado su posición de Comandante en Jefe de las fuerzas armadas, sin limitación constitucional alguna respecto a las circunstancias o propósitos de su uso: mientras el Congreso no sale de su espasmo<sup>10</sup>, el Ejecutivo federal se mantiene en movimiento.

---

demostrado las vulnerabilidades del sistema de elección presidencial, del enjuiciamiento político y de un Congreso renuente a defender sus atribuciones constitucionales en tiempos de guerra y en escenarios de crisis asociados a la seguridad nacional; tema que abordaremos ampliamente en la parte final de nuestro estudio.

Si el Congreso discrepa sobre una política presidencial específica, la Constitución le otorga sólo dos herramientas, ninguna prometedora: puede cortar los fondos – lo que ubica al legislativo en una posición crítica para castigar, con el consecuente riesgo de peligro para las tropas en la expedición bélica promovida por el Comandante, y puede acusar al titular del Ejecutivo – remedio que ha demostrado ser un expediente no promisorio y que favorece la parálisis gubernamental durante meses, dado el tiempo que dura el proceso de enjuiciamiento. Así, el Congreso puede disuadir y promover iniciativas simbólicas, pero difícilmente detener de manera abrupta el ejecutivo fuerte que los Fundadores diseñaron.

<sup>10</sup> En 1846, el presidente James K. Polk solicitó tropas americanas en una parte de Texas exigida por México y los Estados Unidos de América. Cuando las tropas mexicanas los atacaron, Polk exigió y consiguió una declaración de guerra en tierras mexicanas; recientemente después de la Guerra Civil, Lincoln proclamó un asedio uniltaral en los estados separatistas y promovió la intervención del Ejército (una atribución exclusiva del legislativo) sin la autorización del Congreso estadounidense, mismo que después tampoco repudiaría este curso de actuación; el presidente Harry Truman se negó a solicitar al Congreso cualquier autorización que respaldara el expediente de la guerra de Corea y asumió que la Carta Constitucional de las Naciones Unidas lo autorizaba a usar tropas estadounidenses cuando fraguó el ataque; el presidente Clinton hizo lo mismo en Kosovo y confió en el voto de la Organización del Tratado del Atlántico Norte; los presidentes Bush padre e hijo, consultaron al Congreso sobre librar la guerra en el Golfo – pero advirtieron públicamente que estaban mas allá de una negativa del mismo.

En *El Federalista No. 74*, Hamilton –proclive a un poder ejecutivo fuerte, y un hombre versado en lo que el presidente podía y no podía hacer en asuntos militares-, explicó los propósitos de asignar al Presidente el título de Comandante en Jefe: orden y dirección, ambas centrales para determinar el alcance y duración de una guerra. Asimismo, esta calidad de Comandante en Jefe del Ejecutivo federal, fue fundamental para asegurar la primacía del poder civil sobre el militar<sup>11</sup>.

La persona que conduce a las fuerzas armadas ha de ser el presidente civil, no un funcionario militar. Una de las quejas incluidas en la *Declaración de Independencia* era que el Rey Jorge III tenía predilección “por dar al Ejército independencia y superioridad frente al poder civil”<sup>12</sup>. Por otro lado, en 1895 la Suprema Corte notó que el propósito de la cláusula del Comandante en Jefe “era evidentemente estatuir en el Presidente el orden supremo por encima de todo el ejército, y no dividir las fuerzas, tal como sería necesario para la consecución de una guerra exitosa”<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> La *Declaración de Independencia* de 1776 acusaba al Rey Jorge III de Inglaterra de haber “hecho a los militares independientes y superiores al poder civil”, mientras el *Primer Congreso Continental* había condenado la utilización de las fuerzas armadas para hacer cumplir el pago de los tributos. Véase Elson, Henry W., *History of the United States of America*, The MacMillan Company, New York, 1904.

<sup>12</sup> Véase May Thomas Eurkine, *La historia constitucional de Inglaterra desde el advenimiento de Jorge III: 1760-1871*. Madrid, Fortanet, T. I, pp.45-56

<sup>13</sup> Véase Carter, Clarence, "The Office of Commander in Chief: A Phase of Imperial Unity on the Eve of the Revolution," en *The Era of the American Revolution*, Richard Morris Ed., 1971, pp. 209-210

En 1861, el Abogado General Edward Bates explicó que el Presidente no era Comandante en Jefe porque fuese “el más experimentado en el arte de la guerra, sino por estar calificado para organizar al país en el campo de batalla”<sup>14</sup>; no obstante, la autoridad ejecutiva en el terreno militar, es una prerrogativa que no le autorizaba a comenzar y continuar guerras<sup>15</sup>, salvo en escenarios de emergencia relativos a la seguridad del país, donde fuese necesario ejercer poderes defensivos<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Cualquier soldado lleva ejércitos americanos a la victoria contra un enemigo, “el está sujeto a las órdenes del magistrado civil, él y su ejército siempre son secundarios respecto al poder civil”. Véase Fisher, Louis, *The politics of executive privilege*, Clarendon Press, Oxford, 2004, p.67

<sup>15</sup> En 1787, los modelos de gobierno existentes a lo largo de Europa, particularmente en Inglaterra, colocaban el manejo de los asuntos extranjeros y los poderes de guerra, únicamente en la esfera del poder del Ejecutivo. Para John Locke, este poder era el *federativo* (desde entonces lo connotamos como política exterior), al asumir que separar los poderes federativos de los ejecutivos, podía conducir al desorden y la ruina. Locke, John, *Second Treatise on Civil Government*, 1690, p.146; asimismo, Blackstone, articuló las amplias prerrogativas del rey, incluyendo su derecho a declarar la guerra, enviar y recibir a embajadores, hacer la guerra o la paz, celebrar tratados, librar represalias (autorización de ciudadanos privados para emprender acciones militares), aumentar y regular ejércitos. Blackstone definió las prerrogativas del rey como “esos derechos y capacidades que el rey disfruta exclusivamente”: el poder no estaba por consiguiente sujeto a los controles de cualquier otra institución política (o del público): siempre que el rey ejerciera su prerrogativa legal él “es, y ha de ser absoluto; es decir, no hay ninguna autoridad que le pueda resistirsele. Blackstone, William, *Commentaries on the Laws of England*, Londres, 1803, pp.250-251

Tales poderes existían para los reyes ingleses, pero los diseñadores de la Constitución estadounidense estudiaron los modelos monárquicos -y el británico cuidadosamente-, y los rechazaron en su integridad, al grado que no concedieron al Ejecutivo ninguna de las prerrogativas de Blackstone: o las asignaron plenamente al poder legislativo (declarar la guerra, aumento o regulación de ejércitos, ejercicio de represalias), o las delegaron para ser compartidas al Senado y la Presidencia (nombrar embajadores y celebrar tratados internacionales).

<sup>16</sup> El 29 de septiembre de 1789, el Congreso aprobó una ley que tenía como propósito “proteger a los habitantes de la frontera de los Estados Unidos de América de las incursiones hostiles de los indios”, por lo que autorizaba al Presidente a “llamar a servicio, de tiempo en tiempo, a las milicias correspondientes de los estados, cuando lo juzgue necesario para el propósito mencionado”. El presidente Washington buscó actuar de acuerdo con la política establecida por el legislativo. Entre 1790 y 1791, el Congreso aprobó nuevas legislaciones para proteger a los habitantes en las fronteras. En cada uso de la fuerza militar, le exigió al presidente Washington que determinara si el propósito era ofensivo o defensivo. Para él, las guerras ofensivas, pertenecían exclusivamente a la esfera de decisión del poder legislativo. Después del estatuto de 1789, Washington escribió al gobernador Arthur St. Clair para instrumentar las instrucciones del mismo. Washington optó en primer lugar por ordenar un cese de hostilidades y establecer las condiciones para un tratado de paz; de no consumarse ese escenario, St Clair llamaría a los condados más cercanos de Virginia y Pennsylvania para separar a la milicia. Las tropas de Clair sufrieron una pérdida desastrosa frente a los indios. Washington notificó rápidamente al Congreso, prometiendo información adicional de “todas las

para “rechazar ataques súbitos” –salvedad prevista por los Fundadores fundamentalmente cuando el poder legislativo no estaba en sesión y por lo tanto, era incapaz de responder a la crisis.

Esta impresión se refuerza al leerse los debates de la Convención de Filadelfia, la ratificación de las Convenciones Estatales, y los Informes (papeles) Federalistas. John Norton Moore, quien sugiere una visión amplia del poder presidencial en asuntos exteriores, concluyó sin embargo que "parece bastante claro derivado de los debates a la Convención Constitucional Federal que la mayoría de los fundadores buscaron asignar el mayor poder de guerra en el Congreso, y dejarle sólo el derecho para rechazar ataques súbitos al Presidente."<sup>17</sup>

Las tres ramas del poder civil estadounidense entendieron la naturaleza esencialmente defensiva de la capacidad de despliegue de acciones bélicas reservadas a la institución presidencial -Harry Truman libró la guerra contra Corea en 1950, privilegiando no la autoridad del Congreso estadounidense, sino del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas<sup>18</sup>. Los escenarios de crisis<sup>19</sup> de seguridad nacional pueden tener

---

cosas que sean necesarias para permitir que la legislatura juzgue las medidas futuras que puedan ser apropiadas para seguir". El cuerpo de decisión política colectiva era el Congreso y el deber del Presidente, proporcionarle materiales y documentos para permitir a la rama del legislativo cumplir sus deberes constitucionales.

<sup>17</sup> John N. Moore, "The National Executive and the Use of the Armed Forces Abroad", *Naval War College Review*, 1969, no. 21, pp.28-29.

<sup>18</sup> Véase Hess, Gary, *Presidential decision for war: Korea, Vietnam and the Persian Gulf*, Baltimore, Johns Hopkins University, 2001.

un eje causal en políticas gubernamentales, amenazas extranjeras, implosión de la economía nacional, eventos demográficos, nuevas tecnologías o la combinación de todos los factores anteriores, en tanto puedan poner en peligro la existencia de una población o región del territorio nacional – o del país mismo.

---

<sup>19</sup> A diferencia de un problema de seguridad nacional, la existencia de una *crisis constitucional* sugiere un desafío a la autoridad establecida, una disputa entre los actores constitucionales, actores sociopolíticos, instituciones o movimientos políticos, sobre si el gobierno tiene la energía o la autoridad legal o legítima de la manera en que aquéllos exigen, o en cuanto a la naturaleza de la emergencia o escenario de seguridad nacional, o la manera legítima de responder a éste.

Aunque, tanto en los *escenarios de crisis de seguridad nacional* como en los asociados a *crisis constitucionales*, la existencia de riesgos relevantes para el país dependen de cómo los actores políticos involucrados conduzcan o busquen dominar las percepciones sociales sobre los hechos consumados; cómo decantan en el trasfondo de la política nacional, más allá de administraciones gubernamentales particulares o durante lapsos de tiempo más amplios, los efectos indirectos de las decisiones presidenciales asumidas, la gravedad de los problemas inscritos en dichos escenarios y sus consecuencias latentes, ocultas o diferidas.

En el caso de la *crisis constitucional*, los actores relevantes proclaman su fidelidad constitucional. El centro de la discrepancia es sobre lo que se requiere reformar constitucionalmente y quién sostiene el grado apropiado de poder: la crisis suele terminar cuando uno de los antagonistas cede, por un acuerdo mutuo, por la aquiescencia o aceptación del nuevo equilibrio de poder entre las fuerzas políticas, por el desenlace que supone la rendición derivada de la resolución de una disputa en el campo de batalla –como en el caso de la Guerra Civil.

En la historia del sistema político estadounidense, pueden citarse ejemplos representativos de *crisis constitucionales*: el esfuerzo de once estados de la naciente República para separarse de la Unión. Los Estados del Sur tenían argumentos plausibles para ejercer su derecho a separarse de la Unión aun cuando, en contrapartida, puede aceptarse la oposición constitucional de Abraham Lincoln a la secesión; la disputa del presidente Andrew Jackson contra la renovación de la Carta Constitucional del Banco de los Estados Unidos – Jackson vetó la petición, que formularon el director general y consejeros legales prestigiados de esta institución bancaria solvente y próspera, de renovación ante el Congreso federal de la licencia de funcionamiento del banco cuatro años antes de su fecha de expiración en 1836: la cuestión emergió como un asunto político relevante en las elecciones de 1832, en el que uno de quienes respaldaron la petición de licencia, Henry Clay, recibiría la nominación unánime a la candidatura republicana; la acusación al presidente Nixon por la presunción de haber autorizado intervenciones telefónicas ilegales, hecho que justificó argumentando que un presidente tiene el poder de superar la leyes del Congreso para proteger la seguridad nacional -la intervención sin orden judicial de comunicaciones privadas, se documentó como ofensa suficiente para procesar su destitución.

### 1.1 *La influencia política y constitucional inglesa en la construcción del sistema presidencial estadounidense.*

La genealogía del derecho estadounidense puede ubicarse en la matriz de sistemas jurídicos occidentales, cuyos principales fundamentos institucionales y doctrinales fueron sembrados a fines del siglo XI y durante el siglo XII en los monasterios y las universidades, en las casas reales y eclesiásticas de la Cristiandad de Occidente. Los juristas de esa época transformaron los sistemas jurídicos germánicos y francos, imbuyéndoles el espíritu del derecho romano, de la filosofía griega, y de la ética judía y cristiana.

Una de las vetas fundacionales del sistema jurídico norteamericano se encuentra en la que instituye Enrique II, soberano de Inglaterra y Normandía, en la segunda mitad del siglo XII<sup>20</sup>. De hecho, el progreso

---

<sup>20</sup> Enrique II estableció en Inglaterra, al lado del sistema jurídico eclesiástico vigente, el primer tribunal central permanente, con jueces profesionales y un método racional de procedimientos, epicentro doctrinal del derecho común angloamericano: la existencia de tribunales de equidad – tribunales creados por el Canciller, quien después del Rey, atendía las demandas regulares que el soberano no podía o no quería escuchar o atender, y tribunales de derecho común – asuntos que recaían bajo la jurisdicción de los tribunales reales centrales-, fue adaptada y aplicada a las colonias estadounidenses.

En la matriz histórico jurídica inglesa – el más evolucionado de los sistemas jurídicos civiles de la Edad Media-, tiene su origen la práctica angloamericana de juzgar por separado los casos civiles y criminales, enjuiciar con jurado en causas civiles que no sean de equidad, y en la concepción de la *confianza*, fundamental para el traspaso de propiedad por fallecimiento y obligar al cumplimiento de convenios comerciales. Así, se consolidó un sistema jurídico cuya raigambre nacional, vigorosidad profesional y nivel de racionalidad, vio innecesario el tránsito legal hacia el derecho romano clásico, como el que se operó en los principados alemanes, franceses y de otros países durante el siglo XVI.

En el siglo XIX se fundieron ambos sistemas, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, aboliéndose en general los tribunales de cancillería y administrando justicia de *derecho* y *equidad* los mismos jueces.

Los monarcas ingleses del siglo XVI y principios del XVII se impusieron a los tribunales suplementarios -los de equidad-, en causas que implicaran materias de carácter político. De hecho, crearon tribunales especiales con poderes extraordinarios, que competían, como los tribunales de

del derecho inglés en la era denominada de la Edad Media se debió en parte a la temprana centralización política y jurídica en el Rey, y a la expansión de la profesión legal civil.

En este sentido, los ingleses que colonizaron Norteamérica en los siglos XVII y XVIII fueron portadores del concepto occidental de la supremacía del derecho, incorporado en la tradición histórica de la Gran Bretaña. Sin embargo, gran parte del derecho común inglés del siglo XVII - o sea, de las leyes establecidas por los tribunales ingleses antes de la Revolución Norteamericana-, no fue adoptado por las circunstancias propias de los distintos órdenes jurídicos que se abrían camino hacia la conformación de los Estados de la Unión Americana<sup>21</sup>.

Es destacable el hecho de que la metrópoli se negó a otorgar a los colonos todos los derechos legales de los ingleses: la Declaración Norteamericana de Independencia de 1776 está formada principalmente por una lista de denuncias de los abusos tiránicos cometidos por el Rey Jorge III, privaciones y despojos que podía legalmente imponer a los súbditos de sus colonias, aunque no a los radicados dentro de las fronteras nacionales. De ahí que los colonos

---

equidad, con los de derecho común, con al menos una resultante: la supresión de los tribunales reales especiales y la concesión de la independencia e inamovilidad vitalicia de los jueces.

<sup>21</sup> Varios de los privilegios de los hacendados rurales carecían de sentido en las colonias de la frontera; además, la estabilidad de los vínculos familiares tenía menos importancia que las relaciones de propiedad y la igualdad de oportunidades para todos. En fin, el derecho estadounidense se caracterizó desde el principio por la iniciativa y la libertad de acción de jueces y legisladores.

acusaran al Rey de suspender leyes aprobadas por las legislaturas coloniales, promover la duración en el cargo de las colonias en función del criterio de su discrecionalidad, declarar la autoridad militar superior a la civil, negarse a la representación de las colonias en el Parlamento y despojar a los colonos, en muchos casos, de los beneficios del proceso con jurado<sup>22</sup>.

La tradición jurídica de los Estados Unidos, como la entendían los denominados Padres Fundadores, se sustentaba en el *common law* (derecho consuetudinario) y la tradición estatutaria de Inglaterra -en la que los jueces administran la ley según la costumbre y administran los reglamentos. Los jueces ingleses interpretaban la ley de acuerdo con los principios de equidad o imparcialidad, lo que es sinónimo de justicia natural<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Desde el siglo XIX, se desarrolló en Estados Unidos la doctrina de que los tribunales no pueden defender ninguna disposición legislativa o ejecutiva que consideren violación de las constituciones federales y estatales, 2) la función decisiva del poder judicial en la conservación del equilibrio constitucional entre la federación y los estados, 3) tomando distancia con la teoría jurídica inglesa, adopción de una mayor flexibilidad en las sentencias judiciales y la aceptación de que un tribunal superior nunca puede invalidar o revocar los precedentes que haya asentado.

<sup>23</sup> Grotius (1583-1645), el holandés fundador de la ciencia legal moderna, advertía que la equidad no debería ser más que "la corrección de aquello para lo que la ley es deficiente". Se recomienda al lector el texto de Posner, Richard, *Law and Legal Theory in England and America*, Clarendon Press Oxford, New York, 1996 que realiza un riguroso análisis histórico y jurídico comparado del derecho angloamericano.

Blackstone<sup>24</sup>, uno de los juristas ingleses más influyentes en el pensamiento de los constituyentes que diseñaron la Declaración de Independencia y que redactaron la Constitución de los Estados Unidos, planteaba que los jueces tenían que tener en cuenta tanto la justicia como la ley, pero que “la libertad de considerar todos los casos bajo la luz de la equidad no debe llegar demasiado lejos, no sea que destruyamos todo el derecho y dejemos que la decisión de todas las cuestiones descansa en el juez. Y la ley, sin la equidad, aunque sea dura y desagradable, es mucho más deseable para el bien común que la equidad sin ley, ya que ésta convertiría a cada juez en un legislador e introduciría una confusión infinita”.

Como el sistema estadounidense está basado (a diferencia del inglés) en una Constitución escrita, y tuvo que reconciliar las leyes federales con las leyes aprobadas por muchos estados, fue necesario cierto grado de revisión judicial de las leyes estatutarias<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Blackstone, William, *Commentaries on the Laws of England*, Ibid., p. 45. William Blackstone (1723-1780), uno de los más connotados juristas ingleses del siglo XVIII, asumió que las leyes se conservaron en la memoria antes de conservarse en documentos. La memoria colectiva de la comunidad fue el primer archivo legal. El derecho consuetudinario inglés era una práctica inmemorial que se remontaba un tiempo en que la memoria del hombre no indicaba lo contrario: en 1765, planteó que “en la profunda ignorancia de la literatura en que estaba sumido antiguamente todo el Occidente, las letras eran enteramente tradicionales por un sencilla razón, que las naciones en que ellas imperaban apenas si tenían idea de lo que era la escritura. En consecuencia, los británicos, así como los druidas galos, confiaban todas sus leyes, así como sus conocimientos a la memoria.” En Boorstein, Daniel, *Los Descubridores*. Grijalbo-Mondadori, Vol. II, 1986, p.466

<sup>25</sup> El expediente histórico en el que el Tribunal Supremo declara inconstitucional una ley del Congreso nos remite a la negativa del secretario de Estado de Jefferson, James Madison, a enviar el nombramiento para el cargo a William Marbury -juez de paz del distrito de Columbia y nombramiento secreto del presidente Adams en las últimas horas de su gobierno. Marbury se dirigió de inmediato al Tribunal Supremo para pedir un mandamiento judicial que obligara al cumplimiento de la ley. John Marshall, presidente del Tribunal Supremo falló que, aunque Madison no tenía el derecho a negar el nombramiento, la cláusula de la Ley Judicial de 1789 por la que había

Así, se formulan en el derecho consuetudinario angloamericano las simientes de la doctrina de la razón, la justicia, las leyes y los derechos -naturales- del hombre<sup>26</sup>, cuya raigambre histórica tamiza un núcleo doctrinal e ideológico que salvaguarda el principio de la superioridad del rey y de la autoridad monárquica, y en términos modernos, la protección liberal de la potestad gubernamental y presidencial de los derechos de propiedad<sup>27</sup>, las libertades individuales y la garantía de la igualdad de oportunidades: madeja doctrinal que pliega los deberes de protección del soberano con los deberes de obediencia de los individuos - aforía inscrita en todo gobierno constitucional contemporáneo.

---

demandado Marbury era contraria a la Constitución y por ello inválida. Marshall demostró sagacidad al elegir su fundamentación, resolvió en contra de la petición de Marbury y renunció a promulgar un mandamiento judicial, evitando una confrontación directa con el gobierno. No obstante, al afirmar el poder del Tribunal Supremo para declarar inconstitucionales leyes del Congreso, hizo evidente que había límites a la acción de su mayoría. Este caso sentó el precedente de la doctrina de la revisión judicial en el sistema constitucional estadounidense.

<sup>26</sup> Bajo la modalidad jurídica de concesiones soberanas, Juan *sin* Tierra en 1215 concedió la Carta Magna inglesa cuyas cláusulas versaban sobre las facultades y poderes que serían llamados en los siglos posteriores "derechos del hombre", reconocidos con el nombre de libertad, o sea, de esferas individuales de acción y posesión de bienes protegidas ante el poder coactivo del rey; estas antiguas cartas, "como por lo demás las cartas constitucionales *octroyées* de las monarquías constitucionales de la época de la Restauración y otras (como el estatuto libertino de 1848), adoptarían la forma jurídica de la concesión, que es un acto unilateral, mientras de hecho son el resultado de un acuerdo bilateral, fórmulas típicas de ficción jurídica, que tiene el objetivo de salvaguardar el principio de la superioridad del rey, y por tanto de asegurar la permanencia de la forma de gobierno monárquica, a pesar de la llegada de los límites de los poderes tradicionales del poder supremo". En Bobbio, Norberto, *Liberalismo y Democracia*, FCE, México, 1989, 13-14pp.

<sup>27</sup> "Ni el Presidente ni el Senado tienen poder de concluir tratado alguno que no los comprometa a ellos, a sus familias y propiedades, del mismo modo que al resto de la comunidad; y así no teniendo intereses privados distintos de los de la nación, carecerán de motivos para abandonar los de ésta". En Hamilton A., J. Madison, J. Jay *El Federalista*, FCE, México, 1994, 299p.

## *1.2 El juicio político al Presidente como salvaguarda del sistema constitucional y de seguridad estadounidense.*

El juicio político al Presidente<sup>28</sup> y la limitación de las libertades constitucionales de los ciudadanos estadounidenses, implican dos situaciones límite que, en la experiencia histórica estadounidense, condensan las contradicciones inherentes a la necesidad de garantizar la protección de las potestades presidenciales, la protección de la propiedad privada y la seguridad de los ciudadanos, aristas que versan sobre el asunto clave de la preservación de libertades y del Estado mismo<sup>29</sup>, y presuponen los principios necesarios de la autoridad del gobierno.

El juicio político en los Estados Unidos guarda correspondencia con una doble hélice histórica: la protección inglesa del monarca respecto a las facultades de las Cortes y la preservación del principio de la división de poderes en Estados Unidos de América.

El modelo inglés del juicio político otorga a la Cámara de los Comunes la facultad de acusar y a la Cámara de los Lores, la de juzgar y condenar a los culpables, cuerpos políticos revestidos de todas las leyes

---

<sup>28</sup> El Artículo II, Apartado 4, dispone que los delitos por lo que se puede iniciar un juicio político son "la traición, el soborno u otros crímenes graves y faltas menores". Esta última expresión es ambigua. Una escuela de pensamiento arguye que no se refiere a delitos que no estén previstos por las leyes federales o de los estados. Otras sostienen que esos delitos no previstos son precisamente los que dan lugar a que exista el juicio político, es decir, crímenes políticos contra la Constitución que ninguna legislación general puede definir fácilmente.

<sup>29</sup> Ver Orozco, José Luis, *Benjamín Franklin y la fundación de la República pragmática*. FCE, México, en particular el capítulo III "la geopolítica de la libertad", 2002, 185-270pp.

penales para castigar a los delincuentes; no obstante, siempre fue preservada la inmunidad política del monarca del riesgo de su inhabilitación<sup>30</sup>. En la práctica, el modelo de inhabilitación inglés funcionó como una modalidad legal de castigo, un proceso activado comúnmente por intereses políticos y un método para aumentar el poder del Parlamento frente a la potestad del monarca y sus funcionarios gubernamentales.

El establecimiento de los ingleses en Norteamérica en la primera mitad del siglo XVII, estuvo marcada por la disputa latente entre el Rey y el Parlamento, confrontación que alcanzó su cenit y terminó en una victoria, aunque restringida, de la institución parlamentaria<sup>31</sup>. De hecho, en la fase preconstitucional americana, las asambleas de las colonias americanas de la Gran Bretaña usaron ampliamente el proceso de inhabilitación, especialmente a lo largo del siglo XVII, sobre todo cuando el gobierno inglés no reconocía el derecho de las asambleas coloniales a establecer sus propios procesos de enjuiciamiento<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> Debemos señalar que el proceso de inhabilitación inglés fue usado en el siglo XIV contra altos funcionarios reales (y en algunas ocasiones contra individuos) quienes eran juzgados por delitos como el soborno o intimidación. Si la Cámara de los Pares decidía por la procedencia de la acusación, la Cámara de los Lores procedía el juicio y si se resolvía condenar al funcionario se le podrían imputar diversos tipos de castigo, incluyendo la pena de muerte, o la remoción de su cargo.

<sup>31</sup> En este expediente de lucha por la supremacía parlamentaria sobre el Rey, se corroboró el principio medieval de que el Rey está por debajo de la Ley, no por encima de ella.

<sup>32</sup> El lector puede consultar el proceso de inhabilitación en el periodo histórico colonial en Peter Charles Hoffer y N.Hull, *Impeachment in America 1635-1805*, Nueva York, Lanham, 1984.

Los denominados Padres Fundadores de la Constitución Americana reconocieron en el juicio de inhabilitación un procedimiento ordinario que debía contemplar el sistema político estadounidense, aplicable a todos los funcionarios civiles: el Presidente, el Vicepresidente, los Jueces y otros funcionarios del gobierno federal.

El presidente tenía que cumplir con un periodo constitucional y debía haber un procedimiento para removerlo antes de que su periodo expirara. Pero si el procedimiento implicaba un voto de desconfianza de ambas ramas del Congreso, la piedra angular del edificio erigido por la Constitución, la división de poderes, podría ser destruida<sup>33</sup>.

Se trasmina aquí la doble preocupación central de los Padres Fundadores - prevenir el abuso de los funcionarios gubernamentales en el poder, ofrecer una salida al escenario de la traición a los intereses del país y la labilidad presidencial al soborno auspiciado por un gobernante extranjero<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> De ahí que la solución fue crear un proceso de inhabilitación controlado procedimental y sustantivamente. En el primer aspecto, el principal mecanismo de control fue el requerimiento de las dos terceras partes del voto en el Senado para poder resolver a favor de la condena. El mecanismo sustancial implicaba la ambigüedad implicada en la definición constitucional sobre la naturaleza de los delitos por lo que se puede iniciar un juicio político al Presidente: parece establecer un estándar único en la clasificación de los delitos graves y menores y, deja abierta la interpretación sobre el universo de potenciales abusos de poder que podría cometer el Ejecutivo y todos los demás funcionarios gubernamentales - preocupación central de los Padres Fundadores.

<sup>34</sup> Se trata de garantías constitucionales "contra las traiciones y corrupciones -del Ejecutivo y las dos raas del legislativo-, al celebrar tratados internacionales...(previendo) que sacrifiquen los intereses (nacionales) en un tratado nocivo con una potencia extranjera...la salvación de la sociedad ha de depender del cuidado en que se ponga en encargar de esas funciones a personas dignas de ello, en interesarlas que las desempeñen con fidelidad y en dificultar lo más posible el que puedan formar cualquier combinación con intereses opuestos a los del bien público." En Hamilton A., J. Madison, J. Jay, *El Federalista*, op. cit, p. 284

El análisis del sistema jurídico inglés da cuenta de los paralelismos que pueden trazarse si se observan las potestades políticas del monarca y las propias del Ejecutivo federal estadounidense: “en Inglaterra el Rey es un magistrado perpetuo y en pro de la paz pública ha prevalecido la máxima de que no es responsable de la administración y que su persona es sagrada”<sup>35</sup>. En Estados Unidos de América, la garantía inglesa de protección del monarca como sucedánea de la protección de la seguridad nacional, se ha preservado bajo la figura constitucional del juicio político presidencial.

Los Constituyentes de la Convención de Filadelfia dieron por sentado el carácter inadmisibles de la ausencia de responsabilidad política que pesa sobre el Primer Magistrado, desacralizando la autoridad del monarca, exponiendo al Presidente a ser castigado en su persona y ser destituido con ignominia.

Los Constituyentes evitaron la inmunidad presidencial sobre su responsabilidad en conductas oficiales, al inscribir medidas constitucionales que la pudiesen vigilar y sancionar.

Así, instituyeron pesos y contrapesos constitucionales para impedir que el Presidente fuese un fácil rehén de los intereses facciosos que pudiesen prevalecer en el poder legislativo, buscando en el fondo,

---

<sup>35</sup> En Hamilton A., J. Madison, J. Jay *El Federalista*, FCE, México, 1994, p.302

prevenir una circunstancia que pudiera culminar en un fracaso o en un desastre nacional:

“El presidente de los Estados Unidos podrá ser acusado, procesado y si fuere convicto de traición, cohecho u otros crímenes o delitos, destituido, después de lo cual estaría sujeto a ser procesado de acuerdo a las disposiciones legales ordinarias. La persona del rey de la Gran Bretaña es sagrada e inviolable, no existe ningún tribunal constitucional ante el que pueda ser emplazado, ni castigo alguno al que se le pueda someter sin suscitar una crisis nacional.”<sup>36</sup>

En el modelo estadounidense, el juicio político es temido por su significación en términos de su objeto final – su posibilidad de afrentar el honor presidencial –, pero es menos temible en tanto previene la tiranía del legislativo, al impedir que los cuerpos legislativos reúnan todas las prerrogativas de los tribunales: el Senado estadounidense está en general obligado a tomar como base de su decisión un delito de derecho común, pero carece de los recursos del Código Penal, y por ende, de la posibilidad de imponer penas judiciales.

En efecto, el juicio político estadounidense trasluce un poder de juzgar el abuso del poder presidencial e impedir que ese mismo ciudadano se encuentre revestido de él en el porvenir: condensa el mayor rigor administrativo a un funcionario público, y al tiempo, carece de prerrogativas judiciales – como las que sí prevalecen en el modelo inglés y el francés; previsión que buscó neutralizar la posibilidad de

---

<sup>36</sup> En Hamilton A., J. Madison, J. Jay *El Federalista*, op. cit., p.292

que el legislativo, vía el juicio político, imponga sus reglas y sus intereses por encima de la división de poderes.

Así, la naturaleza administrativa del juicio político<sup>37</sup> al Ejecutivo estadounidense no pone en riesgo la división de poderes ni amenaza la libertad de los ciudadanos: es capaz de destruir políticamente al Presidente o sus adversarios<sup>38</sup>, al poder declarárseles indignos de ocupar el poder, promoviendo su destitución e interdicción política, pero dejándoles la libertad y la vida. Los tribunales políticos que lo juzgan no lo pueden condenar a la cárcel o la muerte - salvo que un jurado ordinario así lo determine<sup>39</sup>.

---

<sup>37</sup> El procedimiento exige que la Cámara de Representantes presente y apruebe una resolución solicitando el juicio político y el Senado juzgue y condene, o no, al acusado por una mayoría de dos tercios de los votos. Desde 1789, la Cámara de Representantes ha enjuiciado con éxito a quince funcionarios, y el Senado ha destituido a siete de ellos, todos jueces federales. Andrew Johnson fue el primer presidente en ser sometido a juicio político, por el margen más estrecho posible: 35 contra 19, un voto menos de la mayoría de dos tercios requerida; al final, este expediente de potencial inhabilitación resultó en el descrédito de sus adversarios políticos. El presidente Johnson se ganó a pulso la animadversión de sus adversarios con su persistente desdén y hostilidad hacia un Congreso controlado por el partido opositor. El contexto y la intensidad política del juicio político puede revisarse en Michael Benedict, *The Impeachment and Trial of Andrew Johnson*, Nueva York, 1973.

<sup>38</sup> La versión histórica estadounidense de este expediente la encontramos en el caso del juez Samuel Chase, quien representaba el blanco de la animadversión del partido del presidente Jefferson vía una persistente postura de agresividad contra los republicanos: sus comentarios injuriosos al juzgar casos surgidos de las leyes de Sedición e Inmigración propiciaron que se pidiera su desafuero y enjuiciamiento en 1804, proceso que Jefferson apoyó cándidamente. Fue la única vez que el Congreso intentó sustituir a un miembro de la Corte Suprema de esta manera, exhibiendo el episodio de inhabilitación como un método poco eficaz para intentar controlar la Corte por razones políticas. La actuación de Burr, el Vicepresidente de Jefferson, implicó el fracaso del proceso, ya que el Senado absolvió al juez de "sus delitos y mal comportamiento"; el saldo: el Senado deliberó sobre la ausencia de méritos en el caso integrado contra el juez Chase, los tribunales habían preservado su independencia, pero los jueces aprendieron a contener sus pronunciamientos públicos.

<sup>39</sup> Tocqueville, Alexis De, *La Democracia en América*. FCE, 1996, p.113

La administración presidencial de la seguridad nacional implica un mandato cuya magnitud atañe a la reputación y la vida política del responsable de administrar los asuntos estatales. Los Padres Fundadores abrevaron la experiencia histórica del juicio político del modelo político real inglés, al asumirlo como un escenario límite que sólo de manera excepcional, debía consumarse en la realidad del sistema presidencial estadounidense: la protección del poder del presidente en un régimen republicano contenía desde entonces la salvaguarda de los intereses fundamentales de los individuos, quienes han dado a quien administra ejecutivamente los poderes públicos, la inédita y refutable prerrogativa de gobernarlos: su vida y su patrimonio<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> Cuando todos los hombres eran libres e iguales, nadie se sentía seguro ante los demás. La vida era breve, y el miedo inmenso. Ninguna ley protegía a nadie de la agresión. Todo el mundo desconfiaba de todo el mundo, y de todo el mundo tenía que protegerse. Pues aun el más débil era lo bastante fuerte como para herir o matar al más fuerte, a traición o en confabulación con un tercero. Entonces los hombres establecieron una alianza para su común seguridad. Tras largas deliberaciones suscribieron un contrato que prescribía a todos lo que debían y lo que no debían hacer. El alivio fue grande, y por un momento el miedo pareció haberse esfumado. Pero el peligro no quedó desterrado. Al estado de naturaleza suceden el dominio, la tortura, la persecución; el orden desemboca en la revuelta, en la fiesta de la masacre. La violencia es omnipresente. Domina de principio a fin la historia de la especie humana. La violencia engendra el caso, y el orden engendra violencia. Este dilema es insoluble: fundado en el miedo a la violencia, el orden genera él mismo miedo y violencia. La guerra de todos contra todos no consiste en un perpetuo baño de sangre, sino en el miedo perpetuo a ese estado. La violencia sólo cambia de rostro. En los tiempos primitivos los hombres luchaban entre ellos hasta que uno ganaba o ambos abandonaban agotados el combate. Era un mundo de temor recíproco, directo. La proporción de las fuerzas cambió radicalmente cuando la violencia quedó en manos de los representantes del orden. La resistencia apenas tiene más posibilidades de éxito. El combate contra la autoridad está perdido antes de empezar, a menos que todos unan sus fuerzas y asalten el arsenal y el palacio. El orden represivo es inexpugnable. El poder político sustituye la amenaza imponderable, omnipresente, por la intimidación precisa, inapelable. Convierte a los que en otros tiempos eran adversarios iguales en fuerza, en víctimas indefensas de la persecución y del castigo, de torturas y ejecuciones. Aunque su misión es transformar la angustia en temor, el poder mantiene a los hombres aterrorizados. El régimen del orden crea al súbdito, al conformista, al marginal, y la víctima humana sacrificada, al dios del Estado. Así, el Estado nace para evitar la violencia que supone el miedo continuo y el peligro generalizado de muerte violenta, y para el hombre, una vida solitaria, pobre, desgraciada,

Derivado de lo anterior, un expediente de acusación por ambas casas del poder legislativo, pareció reservarse para los casos que estuviesen en los límites de la comisión de una conducta delictiva, sin remedio equivalente para la incompetencia o el fracaso político presidencial en sus diversos cursos de actuación ejecutiva.

### *1.3 Seguridad nacional, primado presidencial de la protección de la vida y de la propiedad privada de los ciudadanos.*

Motivados por el realismo y la necesidad de obtener el asentimiento de los estados, en los constituyentes de los Estados Unidos de América no sólo privó el conocimiento de la realidad inglesa y de la propia, sino también el de la influencia de las principales corrientes intelectuales de pensamiento de su época.

Así, en el campo de la filosofía política que les era contemporánea, destaca la recepción del pensamiento de John Locke<sup>41</sup> y Montesquieu<sup>42</sup>. En Locke, el absolutismo de un único detentador del poder resultaría peor que la violencia inherente al estado de naturaleza. Es necesario así dividir el poder entre una asamblea legislativa representativa que

---

brutal y corta. Véanse Hobbes, Thomas, *Leviatán*, cap. XIII y Sofsky, Wolfgang, *Tratado sobre la violencia*, Madrid, Abada editores, 2006, pp.5-11

<sup>41</sup> Locke publicó en 1690 los Dos Tratados del Gobierno, en cuyo segundo tomo Tratado del Gobierno Civil, desarrolla la teoría de los derechos naturales y del pacto social.

<sup>42</sup> Montesquieu publicó en 1748 *El Espíritu de las Leyes*: retomó la teoría de la separación de los poderes de Locke, añadió un Poder Judicial y sugirió la división del Legislativo en dos asambleas: una del pueblo y otra que representara "a las personas distinguidas por el nacimiento, la riqueza y los honores". Este postulado fue traducido por John Adams al sistema político estadounidense: "Un poder legislativo, un poder ejecutivo y un poder judicial representan todo lo que significa e implica la noción de gobierno. Sólo el equilibrio entre tales poderes es capaz de contener la inclinación de la naturaleza humana hacia la tiranía, de mantenerla en jaque y de mantener cierta libertad en la Constitución."

formule y vote las reglas y un Ejecutivo que aplique esas leyes, pero que no obstante pueda “actuar discrecionalmente con miras al bien común”. Para Locke, el Ejecutivo es más que una resultante: el responsable del bien público.

En el capítulo II del *Segundo Ensayo sobre el Gobierno Civil*, Locke establece que la ley de naturaleza “enseña a cuantos seres humanos quieren consultarla que, siendo iguales e independientes, nadie debe dañar a otro en su vida, salud, libertad o posesiones”<sup>43</sup>.

---

<sup>43</sup> Locke, John, *Ensayo sobre el Gobierno Civil*, Alianza, España, 1982, II, p.231 En Locke encontramos la afirmación del carácter innato de la naturaleza humana y de una *razón natural* que trasciende y precede por derecho al reino de las instituciones, premisas que tienen por postulado fundamental el *sentido común*, en tanto referencia encargada de determinar lo que es razonable y lo que no lo es, lo natural y lo desnaturalizado: es útil recordar aquí cuando Madison, Hamilton y Jay plantean, como método de discernimiento para refutar la adopción de la pluralidad en el Ejecutivo, la necesidad de “abandonar la incierta luz de las investigaciones históricas y guiándonos únicamente por los dictados de la razón y del buen sentido, descubriremos aun motivos más poderosos para rechazar, en vez de aprobar, la idea de la pluralidad del Ejecutivo, en cualquier forma que sea”. En Hamilton A., J. Madison y J. Jay *El Federalista*, FCE, México, 1994, 299p.

Dentro de las tesis de Locke destacan: *la razón natural*, que enseña a todos los hombres si quieren consultarla, que nadie debe perjudicar a otro; *la justicia natural*, cuyo uso sabio supone que cada uno tiene un poder incontestable sobre otro - de hacer respetar la razón natural, al grado que todo lo que cuando se tiene entre las manos a un culpable, todo lo que está permitido hacer es infligirles la pena que la razón tranquila, la pura conciencia dictan y ordenan naturalmente; *las leyes naturales*, en las que deben inspirarse las leyes civiles si quieren ser justas. Hay una proyección en el pensamiento de Locke de una cultura protestante (en particular por la pretensión de considerarse natural), en tanto el hombre es lo que será en la sociedad venidera: capaz de razonar correctamente, de devolver el bien por el bien y de castigar al culpable, de acordar un contrato con sus semejantes para una constitución política - contratos que históricamente han tenido lugar, pero que no han dejado huellas escritas, pues los registros, dice Locke, no existían todavía-, capaz en fin de eliminar el orden social así establecido a todos los indeseables: “pues se puede... tratar como bestias feroces a estos individuos peligrosos, que no dejarán de destruirnos y perdernos si caemos en su poder”. En fin, en Locke puede inferirse la *razón natural* como una instancia intelectual autorizada a juzgar lo verdadero y lo falso, el orden y el desorden, la medida y la desmedida. Locke, John, *Ensayo sobre el Gobierno Civil*, *op.cit.*, 9-15pp.

James Madison planteaba que “la diversidad de facultades de los hombres, de los cuales se originan los derechos de propiedad, es un obstáculo insuperable para la uniformidad de intereses.

La protección de estas facultades es el primer objetivo del gobierno. De la protección de facultades diferentes y desiguales para adquirir derechos de propiedad, resultan los diferentes grados y clases de propiedad, y de la influencia de estos sentimientos y visiones de sus propietarios, surge la división de la sociedad en diferentes intereses y partidos<sup>44</sup>.

Seguridad al individuo y a su patrimonio: criterio genealógico del pacto social, de los asuntos inherentes a la administración de la seguridad nacional.

La conducción de la seguridad nacional guarda estrecha relación con la responsabilidad presidencial de salvaguardar los bienes públicos, es decir, los derechos sustanciales de los individuos: protegerlos de un poder tiránico cualesquiera, a su vida y su patrimonio, dando garantías a la existencia de la sociedad y la nación, con Hamilton:

“Garantías que no soslayan la protección de la vida y propiedad del propio Presidente, salvo que la naturaleza de su delito amerite ponerlas en riesgo: Después de ser sentenciado a ostracismo perpetuo, perdiendo la confianza y la estimación, así como los honores y los emolumentos que le concedía su país, estará aún sujeto a

---

<sup>44</sup> Atribuir a alguien un derecho significa reconocer que él tiene la facultad de hacer o no hacer lo que le plazca, y al mismo tiempo el poder de resistir, recurriendo en última instancia a la fuerza propia y a la de los demás, contra el transgresor eventual, quien en consecuencia tiene el deber (o la obligación) de abstenerse de cualquier acto que pueda interferir con la facultad de hacer o de no hacer.

proceso y a la pena que le corresponda según las leyes ordinarias...la pérdida de la vida y de la propiedad estaría incluida virtualmente a menudo en una sentencia que, según sus términos, no va más allá de la destitución del cargo que se desempeña y la inhabilitación para ocupar otro en el futuro”<sup>45</sup>

#### 1.4 Carl Schmitt. La teoría política de la **decisión soberana** como eficacia máxima del poder político: el mito contemporáneo del momento definitivo de la nación.

El pensamiento de Carl Schmitt sobre la decisión soberana nos refiere a la dimensión sobre el carácter absoluto del poder: “soberano es aquél que decide sobre la excepción”<sup>46</sup>, definición límite, secular y contingente inscrita en su filosofía jurídico-política elaborada entre 1921 y 1932<sup>47</sup>:

“Es necesario de todo punto implantar una decisión normal, y soberano es quien con carácter definitivo decide si la situación es, en efecto, normal. El derecho es siempre `derecho de una situación determinada.’ El soberano crea esa situación y la garantiza en su totalidad. Él asume el monopolio de la última decisión. En lo cual estriba precisamente la esencial de la soberanía del Estado, que más que monopolio de la coacción o del mando es monopolio de la decisión...el caso excepcional transparente de manera más luminosa la esencia de la autoridad del Estado. Vemos que en tal caso la

---

<sup>45</sup> En Hamilton, et. al, *op. cit.*, p.279

<sup>46</sup> Schmitt, Carl, “Teología Política”, en *Estudios Políticos*, Madrid, Cultura Española, Traducción de Francisco Javier Conde, 1941, p. 23

<sup>47</sup> Schwab, G., *The Challenge of the Exception, an Introduction to the Political Ideas of Carl Smith between 1921 and 1936*, Greenwood Press, Connecticut, 1989, p.44 La doctrina *decisionista* deconstruyó el positivismo decimonónico del siglo XIX y criticó el *normativismo* representado en particular por Hans Kelsen. En términos de Schmitt, el *derecho positivo* al presentarse como un sistema racional de normas jurídicas que se *autofunda*, I) presupone al interior del mismo su validez y existencia, II) su carácter de *teoría pura* del derecho no proporciona ningún criterio *normativo* y *personalista* (al no hacer referencia al sujeto o autoridad individual o colectiva generadora de normas jurídicas (el monarca, el parlamento, el juez, etc.)) donde la voluntad de la autoridad designada fundamenta la validez jurídica, pudiendo afirmar así criterios materiales y personalistas de justicia; III) en términos de hipótesis jurídica fundamental, el fundamento de validez de un orden jurídico concreto derivado de un hecho central: la decisión del soberano que se impone efectivamente, sin importar los medios utilizados, y IV) las relaciones de poder (y los conflictos inherentes) como determinantes de la naturaleza del derecho positivo y del sistema de reglas con las que se actualiza la vida en sociedad.

decisión se separa de la norma jurídica y, si se nos permite tal paradoja, la autoridad demuestra que para crear derecho no renecesita tener derecho... La excepción es más interesante que el caso normal; lo normal nada prueba, la excepción todo, no sólo confirma la regla sino que ésta vive de aquella...la excepción piensa lo general con enérgica pasión".<sup>48</sup>

Con la decisión soberana sobre el *caso o estado de excepción*, Schmitt hace converger la política con la moral, insinuando su eficacia y su valor a modo de prédica fundacional de lo político: (la excepción) no solamente es análoga al milagro en el orden teológico, sino que muestra nítidamente la presencia de la incertidumbre y del peligro que pone en riesgo la supervivencia del Estado y de la propia creación<sup>49</sup>.

Se trata de la decisión como creación -equivalente al papel, en el Génesis, de la palabra divina-, (re) constitutiva de la vigencia del orden político:

"No toda facultad extraordinaria ni una medida cualquiera de policía o un decreto de necesidad son ya, por sí, un estado excepcional. Hace falta que la facultad sea ilimitada en principio, que amerite la suspensión total del orden jurídico vigente. El caso excepcional reviste carácter absoluto cuando se impone como primera medida la necesidad de crear una situación en la cual puedan tener validez los preceptos jurídicos. Así, es necesario implantar una situación normal, y soberano es quien con carácter definitivo decide si la situación es, en efecto, normal: el soberano crea esa situación y la garantiza en su totalidad."<sup>50</sup>

En efecto, lo propio del estado de excepción schmittiano refiere su densidad absoluta, ilimitada, a modo de capacidad de suspensión

---

<sup>48</sup> Schmitt, Carl, *Ibid*, pp. 44-47

<sup>49</sup> Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 1991, p.6

<sup>50</sup> Schmitt, Carl, "Teología...", *op. cit*, pp. 43-44

unilateral por el soberano<sup>51</sup>, del orden social, político y constitucional: decisión asumida en el momento de la excepción, dada la normalidad alterada por una situación extrema, la posibilidad efectiva de una situación de emergencia en el país o crisis de seguridad nacional, en términos de consumación extrema de la enemistad, la puesta en práctica del grado máximo de la violencia en una asociación: la guerra<sup>52</sup>, en su sentido *existencial*, contra un enemigo real, dado que el status de comunidad política se erige en la disposición de los seres humanos a matar y sacrificar su vida frente a los declarados enemigos:

“El Estado, en su condición de unidad política determinante, concentra en sí una competencia aterradora: la posibilidad de declarar la guerra, y en consecuencia, de disponer abiertamente de la vida de las personas. Pues el *ius belli* implica tal capacidad de disposición: significa la doble posibilidad de requerir por una parte de los miembros del pueblo la disponibilidad para matar y ser muertos, y por otra, de matar a las personas que se encuentran del lado enemigo.”<sup>53</sup>

---

<sup>51</sup> Quien guarda en sí la voluntad del pueblo y que por su unicidad puede actuar con inmediatez, fuerza y resolución encarna la voluntad del pueblo. Según Schmitt, el lugar más indicado para depositar este poder supremo es la figura de aquel individuo que encarna la voluntad general del conglomerado estatal. El pueblo jamás podrá estar presente en identidad real, para tomar decisiones, sino siempre a través de otros: se trata de una homogenidad sustancial que legitima la dominación: el decisor adquiere legitimidad porque participa en la misma sustancia de los gobernados, se identifica cabalmente con el pueblo y representa sus valores principales. Véase Kaufmann Matthias, *Derecho sin reglas: los principios filosóficos de la teoría del estado y del derecho de Carl Schmitt*, España, Alfa, 1989.

<sup>52</sup> Noción clave del pensamiento hobbesiano es el estado de guerra: se da previo a la organización social y peligrando, en cada amenaza de disolución de esta organización, con instaurarse otra vez.

<sup>53</sup> Scmitt, Carl, *El concepto de lo político*.

La tesis *decisionista* de Schmitt por un lado, asume el legado de las aportaciones de dos pensadores centrales de la soberanía en su concepción moderna, Bodin<sup>54</sup> y Hobbes<sup>55</sup>: menos como construcción racional y universal, y más por su carácter *unitario, indivisible, supremo, absoluto y necesario* en el que se despliega la voluntad del soberano para asegurar la paz y la seguridad<sup>56</sup>, y por el otro, buscó actualizar los fundamentos de la naturaleza y consolidación del decisor último en términos de una vinculación de protección y obediencia, por definición asimétrica e inconsulta<sup>57</sup>, entre el soberano y el súbdito, en un contexto histórico del que emerge la democracia de masas en el primer tercio del siglo XX, con su consecuente potencial de atomización de la unidad política nacional:

“Es la contradicción entre un individualismo liberal, y un sentimiento de Estado democrático esencialmente dominado por ideales políticos...Es la contradicción, insuperable en su profundidad, entre la conciencia liberal del individuo y la homogenidad democrática.”<sup>58</sup>

---

<sup>54</sup> Definido como poder *perpetuo*, no dependiente de ninguna instancia superior, *irresistible* por su capacidad de obligar la resistencia individual/grupal, monopolizador de la facultad de dictar la ley y que monopoliza el recurso a dictar la guerra e *indivisible* por la titularidad unipersonal de la soberanía. Véase Bodin, Jean, *Los seis libros de la República*. Madrid, Tecnos, 1999, pp.72-79

<sup>55</sup> “Estos dos nombres (Bodin y Hobbes), de la época de las guerras civiles de religión han devenido para mí en nombres de hombres vivos y presentes, nombres de hermanos, con los cuales he crecido por encima de los siglos como en una familia...En ellos he encontrado respuestas a las cuestiones de derecho internacional y derecho constitucional de mi tiempo más actuales que aquellas que se encuentran en los comentarios a la constitución bismarckiana, o a la de Weimar, o en las de publicaciones de la Sociedad de Naciones.” Véase Schmitt, Carl, *Ex captivitate salus: experiencias de la época 1945-1947*. Madrid, Trotta, Edición de Julio A. Pardos, 2010, p. 62

<sup>56</sup> Véase Manent, Pierre, *An intellectual history of liberalism*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1994, 128p.

<sup>57</sup> “Si la obediencia al derecho dependiese de un proceso de discusión racional y argumentación, ello implicaría restaurar el estado de guerra”, Véase Negretto L., Gabriel, El concepto de decisionismo en Carl Schmitt El poder negativo de la excepción. *Sociedad*, No. 4, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mayo de 1994, p. 56

<sup>58</sup> Negretto, *op. cit.*, p. 74

Si la esencia y lo permanente de *lo político* en Schmitt es la decisión soberana, se metamorfosea en la actualización de la circunstancia extrema, para establecer de manera artificial un orden relativamente seguro (el Estado), en la medida en que el mal no desaparece, sino que sólo se contiene:

“Punto de partida de la construcción del Estado en Hobbes es el miedo del Estado de naturaleza: su meta y objetivo, la seguridad del estado civil político.”<sup>59</sup>

El sujeto de la actividad decisoria, precisa del respaldo del sistema político, mas allá de las técnicas racionales de dominación y control: anuda en sí la *Idea* (en tanto tiene la dignidad personal para poder representar autoridad e ideales compartidos con los gobernados) y la *Convicción* (en tanto afirmación de valores que sustentan su carácter de autoridad legítima y su efecto integrador sociopolítico).

En la lógica schmittiana ¿contra quien se decide?: el enemigo. El soberano actúa cuando la unidad estatal es puesta en crisis por una fuerza contraria, en que se activa y legitima su decisión, que solo puede aparecer, temporal y excepcionalmente, para garantizar la convivencia pacífica y evitar la guerra civil.

---

<sup>59</sup> Schmitt, Carl, *El Leviathan en la Teoría del Estado de Thomas Hobbes*. Struhart, Buenos Aires, 1992, p.29 Leo Strauss refrenda la vinculación entre ambas teorías, al postular que “en la terminología de Schmitt esto significa que el *status naturalis* es el estado auténticamente político; pues también para Schmitt lo político reside ‘no en la lucha misma, sino en un comportamiento determinado por esta posibilidad real’. Se desprende, de este modo, que lo político a lo que Schmitt reporta validez fundamental, es el *estado de naturaleza* que sustenta toda cultura. Schmitt honra el concepto hobbesiano de *estado de naturaleza*.” Strauss, Leo, “Apuntes sobre el concepto de lo político en Carl Schmitt”, en *Persecución y arte de escribir, y otros ensayos de Filosofía Política*, Chicago University Press, Chicago, 1989, p.38

La concepción del enemigo en Schmitt está estrechamente ligada a la existencia del otro, del extranjero, aquel que puede ser considerado enemigo, pues sin su posibilidad real no se da lo político: la existencia misma del soberano, su razón de ser excepcional, se sustenta en la existencia/creación del enemigo, cuya configuración justifica la aparición de su contrario, en términos de fuerza soberana. Es un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo a una posibilidad real, se opone *combativamente* a otro conjunto análogo.

Efectivamente, en la guerra, paradigma del conflicto político de Schmitt, el odio que recíprocamente sienten los combatientes no es hacia cualidades personales concretas, sino hacia el abstracto enemigo político: con Sorel<sup>60</sup>, dada la concurrencia de ideologías que poseen en su haber poderosos mitos políticos (valoración de la fuerza propulsora de la acción, de los impulsos racionales y heroicos que ejerce sobre las masas obreras el mito de la huelga general revolucionaria); pero mas allá de Sorel, al postular la rivalidad ideológica condensada, en términos de una eficacia técnica de dominación social, en la que los mitos implican una deliberada manipulación de las conciencias<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> Véase García-Pelayo, Manuel, *Los mitos políticos*. Alianza Editorial, Madrid, 1981.

<sup>61</sup> Schmitt una confrontación extrema entre los partidarios del mito socialista de la dictadura del proletariado y los paladines de los mitos nacionalistas, y anticipó -con admiración el fascismo italiano-, el triunfo de estos últimos: también allí donde se ha llegado a un conflicto abierto entre los dos mitos -en Italia- ha vencido, hasta hoy, el mito nacional. El fascismo italiano ha atribuido a su enemigo comunista una imagen terrible, la mongólica cara del bolchevismo, que ha dejado una impresión más honda y que ha movido afectos más fuertes que la socialista imagen del burgués. Véase Schmitt, Carl, *Situación histórico-intelectual del parlamentarismo de hoy*. Tecnos, Madrid, 1990, pp. 95-96

Por otro lado, en clave institucionalista, Schmitt y Maquiavelo visualizaron el orden de la *dictadura* como columna vertebral del institucionalismo republicano, que permitió a la antigua Roma tener una secular duración y legarla como institución a la posteridad. Mientras en el segundo caso, fue la historia política de Florencia y una experiencia de 15 años de representar los intereses diplomáticos de su país, en el del escritor alemán, la crisis de la Constitución de la República de Weimar (decantada en sus términos como límite del Estado liberal y decadencia de la representación parlamentaria propia de la democracia liberal<sup>62</sup>), implicaba la dilusión de la auténtica decisión política en una permanente distinción y deliberación no concluyentes de naturaleza moral o estética, en tanto inscritas en el proyecto de la Ilustración –idealización y modelización de la filosofía del *Romanticismo Político*<sup>63</sup>.

La *dictadura republicana* significaba la suspensión institucional de los órdenes republicanos a excepción de sus propios fundamentos constitucionales. Para Maquiavelo y Schmitt<sup>64</sup> supuso la valoración de la propia experiencia política como exploración de un *ordenamiento*

---

<sup>62</sup> Para el jurista alemán ésta no es la democracia auténtica, en tanto no puede ser representativa en el sentido de delegación de intereses: debe ser expresión ¿representación? de la igualdad entre pueblo y gobierno, en clave de unidad política...así, “la democracia podría ser realizada en la identificación del pueblo con un líder popular y carismático, en una forma más perfecta que en el Estado de Derecho”. Negretto, Gabriel L., “El concepto de decisionismo en Carl Schmitt: el poder negativo de la excepción”. En *Sociedad*, núm. 4, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, mayo de 1994, p.74.

<sup>63</sup> Véase Schmitt, Carl, *Political Romanticism*, Cambridge, The MIT Press, 1986.

<sup>64</sup> Como dejó inscrito en su libro homónimo *Sobre la Dictadura* de 1921 y en *Teoría de la Constitución* de 1928: en su propia concepción, la *decisión* como momento capital de la política (universo personal y no abstracto de la soberanía), relativa a quienes prueban tener el poder político y representar la unidad política.

*excepcional*, que dentro de las mismas instituciones republicanas, fuese capaz de enfrentar los peligros que de manera extraordinaria pudieran presentarse. En ambos autores, la recuperación de la *dictadura* como institución romana e instrumento de acción política tiene sentido en una república que intentó eliminar e inutilizar el liberalismo en congruencia con sus ideales racionalistas y normativistas.

Frente a escenarios de crisis de seguridad nacional, el carácter absoluto de su poder supone decisiones y actuaciones urgentes; de ahí la necesidad de “dar un poder...que sin consulta alguna pudiera decidir, y que sin apelación alguna, pudiera ejecutar sus deliberaciones”<sup>65</sup>.

Así, en los escritos de Carl Schmitt hay un deseo de realismo y eficacia, que sitúa como problema político principal su tesis de la *decisión soberana*, a modo de dominio del tiempo derrotado, cuya función consiste en crear artificialmente una voluntad general, la cual no será jamás ni natural ni dada:

- *El artificio de la duración del Estado nación por la decisión soberana.*

Se trata de una perspectiva que podría ser estudiada como ilustración histórica del ‘mito’ soreliano, es decir, elaboración de una ideología política que se presenta no como una utopía o argumentación doctrinal, sino como la creación de la imaginación concreta que opera sobre un pueblo disperso y pulverizado a fin de suscitar y organizar

---

<sup>65</sup> Maquiavelo, Nicolás, *Historia de Florencia*, p.33

una voluntad colectiva<sup>66</sup>. Se desplaza la premisa de la soberanía del específico sujeto titular del poder soberano (el monarca absoluto, la asamblea soberana –el pueblo/la nación), a la decisión constituyente del orden jurídico político.

- *La reivindicación de la lógica hobbesiana de que el soberano es el que produce y decide: neutralización de la violencia interna por el Estado.*

Así como en el plano moral, Schmitt se niega a todo principio excepto aquellos que resultarán artificialmente del Estado y de sus prescripciones soberanas, afirma su intuición de que todo orden político para su estabilidad/duración, exigirá ser arbitrariamente inventado. Schmitt se plantea aquí el problema político en los términos que ya le habían asignado los sofistas de la Antigüedad, así como Maquiavelo y Hobbes en los tiempos modernos, al asumir la arbitrariedad y el despotismo como esencia del poder político: las circunstancias extremas para la vida de la nación, para ser máximamente eficaz, implican el absolutismo estatal. Hobbes demostró que esta máxima eficacia es la condición misma del poder político, que sustenta el momento definitivo en la adversidad, o la ruina del poder y del Estado nación.

---

<sup>66</sup> La perturbación del orden ahora se consideraba como una situación excepcional, por lo cual los pensadores Joseph de Maistre (1753-1821), Louis de Bonald (1754-1840) y Juan Donoso Cortés (1809-1853), plantearían la necesidad de la decisión política para luchar contra la ilustración, el liberalismo y las revoluciones del siglo XIX. A diferencia de los católicos tradicionales, para Schmitt, estos pensadores tendrán la decisión y el pathos de la confrontación política, fundamental para mantener el orden y la autoridad del Estado.

En efecto, para Schmitt, en sus límites territoriales precisos, el soberano crea espacios sociales despolitizados y pacificados: busca evitar que las sociedades modernas sean presa de guerras civiles interminables al proyectar la enemistad política fundamentalmente hacia el exterior, en tanto despolitiza la sociedad a modo de neutralización de la violencia política interna.

- *Postulado de realismo político schmittiano en el campo jurídico internacional: de la guerra justa kelseniana a la vindicación de la guerra de agresión (ius in bello) bajo el régimen nazi.*

Schmitt toma distancia de la *teoría pura* kelseniana que asumía la escuela de pensamiento de la *guerra justa* como prohibición de la *guerra de agresión*, desarrollada por los tratadistas del derecho natural de los siglos XVI al XVIII, quienes jamás reconocieron a los estados el derecho sin restricciones a emprender una guerra (*ius in bello*) o, en términos lincolnianos, una *guerra a voluntad*<sup>67</sup>. Schmitt disiente del postulado kelseniano del pacifismo jurídico, dado que en su visión, pretende por un lado, anular el *ius ad bellum* estatal (en el que los ejércitos nacionales hacen valer sus propios códigos de guerra por los cuáles trazan sus límites y sus prácticas humanitarias), y por el otro, instrumentar un orden geopolítico de posguerra hacia el desarme, como argucia de dominación extrema, ideología jurídica positiva (y sus parciales realizaciones en el plano jurídico-positivo, como los artículos

---

<sup>67</sup> Si se quiere utilizar en términos del pensamiento político de Abraham Lincoln cuando refiere su crítica al presidente James Folk por la guerra librada contra México a fines de la cuarta década del siglo XIX: “porque no se podía tolerar que el presidente iniciara una guerra por su propia voluntad”. Véase Vidal, César, *Abraham Lincoln: su liderazgo*. Nelson, Estados Unidos de América, 2010, p. 41

227 y 231 del *Tratado de Versalles*, el *Pacto de la Sociedad de Naciones*, el *Protocolo de Ginebra*, el *Pacto Briand-Kellogg*), de inspiración imperialista que a su juicio, elaboraba un proyecto de dominación mundial estadounidense cifrado en guerras a voluntad que serían desplegadas contra enemigos de la humanidad, con un consecuente proceso de “discriminación moral radical”, demonización del enemigo y escenificación de una guerra de aniquilación, que exponía al propio futuro de la nación alemana, y cuya alternativa debía ser la consagración mundial del *Tercer Reich* nacionalsocialista: una nueva geopolítica mundial, en la que Alemania se podría vindicar como potencia hegemónica continental.

De esta manera, Schmitt asume la tradición clásica de Hobbes, Hegel y Clausewitz que sancionó en los siglos XVII al XIX, la guerra como derecho irrestricto de los estados soberanos: la guerra se asumió como una libertad fundamental para explicar el orden internacional, sin contrapeso supraestatal (*ius ad bellum*).

Así, la doctrina de la *guerra preventiva* de W. Bush quiso legitimarse como guerra defensiva, en tanto, derecho unilateral estadounidense a emprender, sin causa plausible, ni legitimidad y sanción jurídica internacional, fundamentalmente en cuanto se refiere al expediente bélico de Irak del 2003.

- *Postulado de la (re)fundación de la (eficacia) política por la decisión soberana: la arbitrariedad como debilidad política.*

Schmitt asume la tesis hobbesiana de que la búsqueda del fundamento del poder es absurda, en tanto la creación/declaración del estado de excepción es la fuente de toda producción política estatal: lo clave de bóveda en su denotación de la política –la distinción clásica amigo/enemigo–, se actualiza en la guerra a modo de circunstancia concreta de emergencia nacional (arquetipo de conflicto político moderno en términos de guerra civil o guerra interestatal), desplazando el problema de la legalidad, la legitimidad y el fundamento de la autoridad: Schmitt asume para sí la desmitificación del falso problema resuelto por la obra política de Hobbes que refería a la fuerza, u otra instancia inmanente, o incluso al derecho, como las fuentes primigenias del poder.

En efecto, Schmitt pretende comprender este problema político, desde una perspectiva metafísica y no metafísica, al asumir la decisión soberana como explicación y custodia para sí de su vitalidad e intensidad, para construir o conservar la unidad política/nacional<sup>68</sup> y extirpar cualquier amenaza hacia ésta (“no hay enemigo si no hay

---

<sup>68</sup> La fuerza de esta intensidad es condición para la emergencia del enemigo y de la unidad nacional, lo que es válido para la guerra internacional, como para la guerra civil, puesto que el Estado es portador del pathos bélico, en razón del cual puede declarar un enemigo público al interior de sus fronteras, siempre que conserve su unidad política...“cuando gracias a la propia conciencia política y voluntad nacional, tiene la capacidad para distinguir amigo y enemigo”. Así, la dignidad de “enemigo político” es reclamada por Schmitt para Alemania frente a las potencias vencedoras, mientras que la exclusión de los factores que ponen en peligro la homogeneidad nacional, es exigida por el autor en referencia a lo que considera que son grupos cuya acción destruye la propia forma de vida. Al respecto, cfr. José Estevez Araujo, *La crisis del Estado de derecho liberal. Schmitt en Weimar*, Barcelona, Ariel, 1991, p. 163

amigos”; “el enemigo, para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo”); contexto de activación de la capacidad de aclamación del líder como portador del poder constituyente<sup>69</sup>: su máxima eficacia – desplegada en la instauración de un sistema de restricción y represión superior-, explicaría tanto la necesidad como los beneficios de su afirmación como poder soberano en circunstancias de excepción<sup>70</sup>.

- *El Estado total como “Guardián de la Constitución” y pacificador: ruptura contemporánea con el proyecto de despolitización inscrito en la ideología del progreso tecnológico y científico, y reivindicación de un proyecto político nacionalista de tamiz autoritario.*

En la Europa posterior a la Primera Guerra Mundial, se registra una profunda crisis de la autoridad estatal asociada al culto a la técnica y la ciencia como sinónimo de progreso moral universal y dominio del hombre sobre la naturaleza (incluso humana). Para Schmitt, ni la

---

69 En Schmitt, la opinión pública refiere el momento en que el pueblo reunido como multitud se manifiesta de manera inmediata a favor o en contra de algo. Al identificar a la aclamación con la opinión pública, el escritor alemán transforma la diversidad intrínseca de ésta en (irrupción súbita de un acuerdo o desacuerdo por parte de la multitud o) unanimidad de la acción del poder constituyente, a modo de apoyo o rechazo plebiscitario. Por extensión, cabe destacar aquí los contenidos sustantivos de su moderna definición de democracia –no formal ni procedimental-, en cuanto aduce que es propio de dicho régimen “en primer lugar, la homogeneidad y, en segundo lugar –en caso de ser necesaria-, la eliminación o destrucción de lo heterogéneo.” Schmitt, Carl, *Sobre el parlamentarismo*. Madrid, Tecnos, 1990, p. 12 Debe insistirse en que, de acuerdo a este autor, desde el siglo XIX, la homogeneidad política, esencia de la democracia, es la nacional, es decir, la pertenencia a una nación determinada.

70 “Schmitt, nos dice Löwith, convierte la agudización extrema de la situación política (...) en base de su concepto del ser político y lo hace en la línea de la ontología existencial de Heidegger, según la cual ‘la situación fundamental’ del estar humano reside también en el hecho ‘de que es’ y ‘ha de ser para’, aunque nadie sepa para qué. Este mero hecho de ser y, por tanto, de ‘no no-ser’ o el simple hecho de que exista una unidad política son considerados (...) lo verdaderamente fundante, por su totalidad y radicalidad; en comparación, cualquier ‘ser que’ resulta indiferente.” Véase Löwith, Karl, “Decisionismo político”, en *El hombre en el centro de la historia*. Balance filosófico del siglo XX, Herder, 1998, p.44

política ni el estado son sustituibles por la técnica, puesto que esta última es un instrumento al servicio de cualesquiera objetivos, fines u orientaciones, incapaz de proporcionar por sí misma orden social alguno:

“La frontera de lo estatal y lo social se establece generalmente al momento de hablar de seguridad, lo cual ha sido siempre un campo de actuación exclusivo del Estado y es un tema en el que ha habido consenso a lo largo de los siglos. El dilema entre libertad y seguridad se ha resuelto casuísticamente en cada una de las sociedades mientras todos los gobernantes se plantean la pregunta de ¿cuánta libertad les quito a mis gobernados para garantizar su propia seguridad, la del Estado, y en formulaciones más recientes, la seguridad de la nación?”<sup>71</sup>

De lo que se trata, por tanto, es de restablecer la quebrantada autoridad del Estado, vía el monopolio de los modernos medios de dominación de masas para afianzar su poder y restaurar su deteriorada autoridad en el contexto nacional del autor: sustitución de la república parlamentaria instaurada en Alemania de 1919, por un régimen autoritario que reforzara la autoridad y legitimidad del estado central, al distanciarse del statu quo europeo sancionado por el *Tratado de Versalles*, desmantelara la fuerza del movimiento obrero y preservara la función social de las élites económicas y burocráticas: tesis de respaldo a los poderes excepcionales no regulados, ni sometidos a contrapesos constitucionales y jurisdiccionales, de los “guardianes de la Constitución” de la era schmittiana: el presidente del *Reich* Paul von Hindenburg, Von Papen y Von Schleicher –en estos dos últimos

---

<sup>71</sup> Curzio, Leonardo, *El dilema de Hobbes: ¿libertad o seguridad?*, México, CISAN-UNAM, 2007, p. 2.

gobiernos Schmitt fue abogado ante el Tribunal del Estado del *Reich* y consejero en materia de derecho público.

- *Postulado del combatiente instruido para la guerra absoluta sin ninguna limitación de tipo moral o jurídico: la versión del partisano sin fronteras.*

Schmitt atisbará una especie de justificación de las acciones alemanas en los territorios ocupados durante la Segunda Guerra Mundial, al aparecer en ésta un nuevo tipo de combatiente (*el Partisano*). La guerra civil, `el tipo peor de guerra`, está en el inicio y el fin de la época moderna. Lo moderno es asesino, con inaudita exuberancia de medios, cuando pretende haber descubierto una verdad propia. Carl Schmitt ha demostrado de una vez para siempre que, para escapar de la furia de las guerras de religión, el gesto saludable ha sido la renuncia al *justum bellum*.

En consecuencia el delicado paso de la *justa causa belli* al *justus hostis* ha permitido el asombroso hecho de que durante doscientos años no existió en tierras europeas una guerra de aniquilamiento. Así, Corea, Vietnam, primeros ejemplos de circunscritas y remotas guerras civiles que implicaron a las dos grandes potencias, con un aparato militar semejante o superior al que había sido desplegado en la guerra mundial. La guerra árabe-israelí, una guerra civil que también es una guerra de raza y de religión, y ofrece un permanente teatro de negociación a las potencias. Los terroristas que secuestran aviones o cometen atentados a millares de kilómetros de distancia del enemigo,

un acto que recuerda sarcásticamente el real desarraigo del *nomos* de cualquier suelo y la instauración de un orden que se apoya en nada y por esto no tiene fronteras; pero que supone que en cualquier momento y en cualquier lugar la muerte de algún *hostis injustus* seleccionado o elegido por el azar pertenezca a los eventos del teatro de la guerra<sup>72</sup>:

“Él es –como en la guerra de gabinetes del siglo XVIII– una especie de tropa regular, aunque de menor importancia y especialmente móvil, o bien un delincuente especialmente temible lisa y llanamente fuera del orden jurídico”<sup>73</sup>.

- *Postulado del temor al enemigo como principio político fundamental: doctrina de la defensa constitucional.*

Reformulación del significado de la representación política: no es una cuestión de mediación entre los líderes políticos y las diversas dinámicas de la sociedad; la gente, como entidad política, solo existe para ser llamada a existir por el líder: quien sólo es capaz de hacer manifiestos los deseos e intereses políticos de la gente. Schmitt, desacredita las concepciones que conceden autonomía política a los intereses e identidades de la sociedad. Aquí refiere su argumento sobre la autoridad decisiva, al ser proclive de quien logre afirmar a modo de unidad mística, orgánica, plebiscitaria, la ecuación líder soberano y pueblo.

---

<sup>72</sup> Véase Calasso, Roberto, *La ruina de Kash*. Barcelona, Anagrama, 1989, pp.305-307

<sup>73</sup> Schmitt, Carl, *Teoría del Partisano*. 1963, p. 17

Tesis de la defensa constitucional cifrada en la designación de los enemigos internos del estado alemán ante la deslealtad a la “Constitución”: neutralización del conflicto político interno; proscripción y persecución de disidentes del proyecto político del gobernante en turno, y en su propia visión y convicción, superación definitiva de los conflictos políticos y sociales, con el advenimiento y búsqueda de legitimación de un régimen que a su juicio encarnaba resolución y liderazgo social sobre las masas: el nuevo III *Reich* hitleriano, tanto en su expediente mitológico nacional, racista y antisemitista como en su capacidad de rehechura de la unidad política alemana, vía la naturalización de las instituciones, las relaciones de poder, el proyecto de expansión militar, la gama de intereses industriales nazis, procesos adosados en la ominipresencia carismática del liderazgo de Adolf Hitler.

En términos de Hobbes y de Schmitt, el carácter tiránico del poder no se alcanzaría en su carácter de *arbitrario*, sino cuando en su arbitrariedad ya no consigue proteger a los ciudadanos del estado de guerra/emergencia nacional, confirmándose ineficaz<sup>74</sup>: el poder tiránico es la expresión del poder político débil.

---

74 Una de las cuestiones centrales aquí es la condición bajo la cual el ejercicio de poder ha cruzado el umbral y ha perdido su legalidad, y puede no obstante aducirse legítimo: la discusión acerca de la legitimidad de intervenciones militares y humanitarias que no son sancionadas por la ONU son un ejemplo de esto. La expedición militar en Irak en 2003 se fraguó primero como una tentativa para suscribir una legalidad sobre la base de información y evidencia cifrada en servicios de espionaje internacional. Cuando esto fracasó, se administró la arbitrariedad presidencial en nombre de prerrogativas extra legales tales como seguridad nacional estadounidense y la seguridad global.

Actualización hobbesiana de la teoría política de la decisión soberana en Schmitt, al suscribir que la limitación del poder (espejismo propio de la democracia parlamentaria; mito de la despotilización por la ciencia y la técnica), tiene como condición necesaria la instauración de un poder más fuerte en escenarios de excepción: “cualquiera que considere demasiado elevado el poder soberano, y busque debilitarlo, deberá someterse al poder capaz de someterse a éste último; es decir, a un poder superior”<sup>75</sup>.

La decisión soberana schmittiana – o el poder absoluto hobbesiano – permitiría, por un lado, sortear riesgos históricos inherentes a las sociedades de masas y al Estado nación contemporáneos (aunque la preocupación central de aquél es el colapso institucional y estatal de la Alemania de la *República de Weimar* de 1919-1932), y por el otro, resolver crisis nacionales por la vía de las decisiones políticas extremas, lo que exige leyes y decisiones eficaces, por lo que el soberano no tendrá que responder de ningún acto más que el de restaurar el orden perdido. En palabras de Schmitt:

“La decisión se libera de todas las trabas normativas y se torna absoluta, en sentido propio. Ante un caso excepcional, el Estado suspende el Derecho por virtud del derecho a la propia conservación”<sup>76</sup>.

---

<sup>75</sup> Hobbes, Thomas, *Leviatán*, II, Cap. XVIII.

<sup>76</sup> Schmitt, Carl, *Teología Política*, *op. cit.*, p. 24

Mientras Maquiavelo funda y justifica el elogio al *Príncipe* por el extraordinario bien que puede hacer al país (en particular quien funda o refunda repúblicas o reinos, con leyes o instituciones), Schmitt atribuye a su *decisión soberana* la capacidad de salvar el conflicto sociopolítico radical, en tanto poder resolutivo propio de un *estado natural* hobbesiano (Strauss).

El soberano schmittiano es un hombre que, al seguir la voluntad de Dios, actúa generando mandatos imperativos en un orden que, aunque conmocionado, existe, y se trata de evitar su disolución.

“Jamás o raramente ocurre que alguna república o reino se vea ordenado bien desde el principio o reformado de manera completamente nueva al margen de las viejas instituciones, a no ser que sea ordenado por una sola persona; antes bien, es necesario que sea uno solo quien dé el modo y de cuya mente dependa cualquier ordenación de ese tipo. Por eso un ordenador prudente de una república y que tenga la intención de querer ayudar no a sí mismo, sino al bien común, no a su propia sucesión, sino a la patria común, debe ingeniárselas para apropiarse de toda la autoridad”<sup>77</sup>, o en términos schmittianos, “el Príncipe sólo está obligado frente a su pueblo y los estamentos cuando el interés del pueblo exige cumplimiento de la promesa, pero no lo está si *la necesidad es urgente*”<sup>78</sup>.

Con el fascismo italiano y el carisma movilizador de Mussolini como precedente, reconstituir la paz requiere de poderes extraordinarios: Schmitt visualizó en el Ejecutivo la espina dorsal de la política contemporánea. Hitler, en la perspectiva del jurista alemán, al frente del nacionalsocialismo necesitaba construir/vencer la figura de

---

<sup>77</sup> Maquiavelo, Nicolás, *Los Discursos de la Primera Década de Tito Livio*. España, Alianza, Cap. IX.

<sup>78</sup> Schmitt, Carl, *Teología Política*, *op. cit.*, p. 19

enemigo del régimen –el enemigo de raza, el enemigo de nación, el enemigo partisano, indispensable decisión de fuerza, fundacional, en la impronta bélica de la política: guerra, como necesidad existencial del soberano; Constitución, como verdadera decisión política excepcional.

*1.5 El realismo político en las relaciones internacionales. La actualidad del pensamiento de Hans Morgenthau<sup>79</sup>.*

Un acercamiento a las tesis del teórico político Morgenthau –uno de los escritores que más influyó en el mundo académico estadounidense en el periodo entre las dos guerras de la primera mitad del siglo XX-, nos permite dimensionar la actualidad de la escuela del realismo clásico en el análisis de las relaciones internacionales.

El *realismo clásico* representado por Morgenthau –referente en el estudio de la *Segunda Guerra Mundial*, el periodo denominado *Guerra Fría*, en tanto construyó un modelo de comportamiento aplicable sustancialmente a las relaciones diplomático militares entre las dos potencias dominantes-, puede sugerirse en la glosa de algunas de sus proposiciones filosóficas y normativas de la ciencia política, y de su estudio aplicado a la disciplina de las relaciones internacionales:

---

<sup>79</sup> Judío alemán exiliado a los Estados Unidos de América en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. En los primeros años de la *Guerra fría*, fue consultor del Comité de Planeación Política del Departamento de Estado y Asesor del Departamento de Defensa estadounidenses. Para Morgenthau “la política exterior permite mantener, aumentar y demostrar el poder de una nación, y estas manifestaciones encuentran sus expresiones empíricas básicas en una política del *statu quo*, una política imperial y una política de prestigio...aunque estas formulaciones son de naturaleza provisional, y están sujetas a su refinamiento”. Véase Frei, Christoph, *Hans J. Morgenthau: an intellectual biography*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2002, pp.45-6 y 78.

- *Proposición del realismo como acción política exitosa y comprensión objetiva del problema de la seguridad nacional.*

“El realismo cree tanto en la objetividad de las leyes de la política como en la factibilidad de elaborar una teoría racional que explique, aunque sea imperfecta y parcialmente, estas leyes objetivas”<sup>80</sup>; o de otro modo, rechazo de las motivaciones subjetivas e ideológicas del gobernante –o la psicología de otros actores interestatales-, como principio de actuación racional del Estado contemporáneo: las leyes objetivas, establece el escritor germano-estadounidense, hace imprescindible la verificación de los hechos y su comprensión racional, que debe ser ajena tanto a la lectura de la aspiración moral de una nación en la síntesis de los preceptos morales universales, como al propósito de imponer las preferencias personales del estadista; de lo contrario, éste se expone al riesgo de fracaso de la actuación estatal (que ha de juzgarse exitosa en función de sus consecuencias políticas nacionales, y consumarse en términos de una política exterior con aspiración al menor mal posible, y no al bien absoluto).

Un rasgo común a los teóricos del *realismo* es el énfasis en una explicación materialista del comportamiento político: el poder y la dominación como motivaciones cardinales de la actuación de los gobernantes y la de los Estados, desdeña el peso de las ideas e ideologías políticas como factores catalizadores de la violencia y la guerra. La dimensión ideal de la política exterior – dada su hechura

---

<sup>80</sup> Morgenthau, *op. cit.*, p. 12

político/burocrática, su carácter de causa motora a modo de decisiones presidenciales o en tanto factor de instigación masiva de conductas, entre otras-, no puede soslayarse en un análisis comprensivo [Tim Weiner].

- *Proposición de la (in)consciencia histórica y de la política exterior racional: validación empírica y pragmática de la política de la decisión posible del estadista en términos de afectación/beneficio al poder de la nación.*

La variación de las circunstancias, el dinamismo y vertiginosidad del sistema internacional, así como la ausencia en el estudio de la historia, puede corroborar la falibilidad de las decisiones del gobernante en el propósito de mantener, aumentar o demostrar poder : “Napoleón, Guillermo II y Hitler trataron de conquistar el continente europeo y fracasaron. ¿Existen dentro de cada una de estas tres series de hechos, similitudes que nos permitan formular un principio de política internacional para cada serie? (...) Guillermo II y Hitler no aprendieron nada del destino de Napoleón puesto que pensaron que nada podía enseñarles<sup>81</sup>. En efecto, en términos morgenthauianos, cualquier política sea interna o internacional, procura mantener poder, aumentar poder o demostrar poder de la nación.

---

<sup>81</sup> *Ibid*, pp. 30-31

- *Proposición de la lucha por el poder como epicentro de la política doméstica y de las relaciones internacionales.*

La política se asume esencialmente como una lucha por el poder: la configuración en actor político supone la disposición de un poder político significativo al interior de su Estado y en el sistema internacional: son los Estados-nación -mientras prevalezcan estas formaciones histórico políticas-, las que traducen empíricamente el poder de los actores y las condiciones desde las que se preserva el sistema internacional.

- *Proposición hobbesiana del deseo ilimitado de poder (propio de la naturaleza humana) como causa de la guerra y condición para la paz.*

La existencia de la paz permanente al interior de los Estados como de la viabilidad del orden internacional, está estrechamente ligada a la premisa de la *anarquía estructural* -o ausencia de una autoridad central que arbitre y resuelva los conflictos-, como elemento característico del sistema internacional contemporáneo: aduce que sin el Estado, las sociedades nacionales se parecerían a la escena internacional, donde la preeminencia del estado de naturaleza o “la guerra de cada hombre con cada hombre” -que en sus palabras “no ha variado desde el momento en que las filosofías clásicas de China, India y Grecia, descubrieron estas leyes”<sup>82</sup>-, sería la condición universal del género humano; en fin, la *naturaleza humana* como ley objetiva de la política, la sociedad y los fenómenos internacionales contemporáneos.

---

<sup>82</sup> Morgenthau, Hans, *ibid*, p.12. “La historia nos permite historiar y predecir los pasos que cualquier hombre de estado -pasado, presente o futuro- haya dado o esté dispuesto a dar en la escena política, donde los hombres, insiste el autor, responden a situaciones sociales con modelos repetitivos”. *Ibidem*, pp. 13 y 16.

- *Proposición del Estado como construcción internacional de la acción del estadista.*

Guiado por la lógica del *interés nacional* que se transforma según las circunstancias, pero que se mantiene inalterable en su esencia (la lucha por su sobrevivencia, seguridad, poder y capacidades relativas), el dirigente del país elabora una política exterior racional que minimiza riesgos y maximiza beneficios. La racionalidad política del estadista traduce, previsiblemente, la racionalidad del Estado en tanto reflejo de su *interés nacional* en el contexto internacional contemporáneo que le corresponde.

Asimismo, para el autor el Estado nación se confirma como actor unitario y soberano en el sistema internacional: histórica y políticamente es actor privilegiado en la configuración del poder a escala mundial –a modo de un deseo de poder desplegado en términos de procurar mantener o destruir el *statu quo*-; no obstante, también suscribió la obsolescencia del Estado nación en otra organización política moderna, al ser asumida a partir de hipótesis de conflicto inmanejable –la lucha de poder implícita en la era nuclear-, o hipótesis de estabilidad producto de una estructura *equilibrada y bipolar* del sistema internacional o de la *calidad moral/intelectual excepcional* de quienes dirigen los Estados soberanos en circunstancias diplomáticas clave para optar por la guerra y la paz.

En efecto, el modelo occidental del Estado nación parece seguir siendo la unidad relevante, y dominante. Por otro lado, la conversión de una colonia en un Estado efectivo es compleja pero plausible.

- *Proposición del contexto político/cultural de la política exterior como articulación cambiante del interés nacional.*

Por un lado, asume que la cultura mundial traduce naciones soberanas que compiten y se enfrentan por el poder -donde las políticas exteriores de todas las naciones deben necesariamente referirse a su supervivencia como el requisito mínimo-, y por el otro, las acciones de los Estados nación son esencialmente reacciones a la dinámica de la política exterior más que a la interna, donde ésta adquiere una importancia residual para explicar las desviaciones de la política racional: el *equilibrio de poder* resulta así de la actuación exterior de los Estados.

- *Proposición de la eficacia internacional del ejercicio legítimo del poder:*

“Un poder ejercido en defensa propia o en nombre de Naciones Unidas, en palabras del internacionalista alemán, tiene más posibilidades de conseguir su propósito que otro poder equivalente ejercido por una nación agresora o los efectos de violar una ley internacional”<sup>83</sup>.

Si se define la fuerza y la debilidad del Estado en términos de legitimidad y no en términos de poder armado, con frecuencia resulta que los genocidios o guerras civiles al interior de los Estados, observan una correlación con los regímenes políticos que carecen de legitimidad y seguridad, regímenes que recurren al uso de la fuerza y a otros medios para tratar de perdurar en el poder. Los gobiernos estables que disfrutan de la suficiente legitimidad y lealtad no tienen por qué recurrir al uso de la fuerza armada, la represión y de la policía secreta para preservarse en el poder.

- *Proposición de la guerra como dominio a voluntad del enemigo.*

Mas allá de los objetivos materiales que persiga una política exterior o del papel de las fuerzas armadas convencionales, permite enfrentar amenazas potenciales o reales para sustentar el poder político de una nación, Morgenthau atribuye a la guerra no la motivación de la aniquilación, sino a influir en su psicología política: “producir un

---

<sup>83</sup> Morgenthau, Hans J., *Política entre las naciones*. Buenos Aires, G.E.L., 1986, p.44

cambio en la mentalidad del enemigo que lo lleve a ceder ante la voluntad del oponente”<sup>84</sup>.

Puede subrayarse que el *realismo* ni otras perspectivas tradicionales – o incluso de las que se centran en temáticas de la formación de alianzas o de la disuasión-, se ocupan de las guerras (muchas veces intestinas) al interior de los Estados, que han cobrado un universo de víctimas cada vez mayor a manos de sus propios gobiernos, a modo de patrocinio de operaciones encubiertas extranjeras [como el que derivó en más de tres décadas de dictadura de Joseph Mobutu en el Congo en 1965], o bien, producto de una violencia no imputable a ninguna fuerza paramilitar o ejército externo. Incluso, los expedientes genocidas implícitos en las guerras civiles de Rwanda y Somalia, no representarían ejemplos de la consecución de la guerra por otros medios o del postulado de la guerra como una cruzada [si se asume la lectura de Clausewitz], dado que el objetivo cardinal no es ganar la guerra, sino desarrollar una cultura de guerra que les permita obtener un beneficio personal sobre la base de múltiples prácticas criminales, para encauzar su propia violencia: se diluye la diferencia entre guerra y criminalidad, se erradican y se materializan limpiezas étnicas de poblaciones civiles.

---

<sup>84</sup> *Ibid*, p.46

“Debemos asentarnos en la catástrofe”  
*Ernest Jünger*

*Capítulo II. Decisión Presidencial en Escenarios de Crisis asociados a la Seguridad Nacional: de Harry Truman a William Clinton.*

Introducción.

En la historia de la posguerra contemporánea, las decisiones presidenciales en los escenarios de crisis estadounidenses prologan un guión político más complejo: el proyecto de la hegemonía estadounidense a escala global sin par.

Desde el periodo de la posguerra y la Guerra fría, e incluso después de la conclusión de ésta con la caída del Muro de Berlín en 1991, la matriz presidencial de este proyecto se glosó con el expediente de una expansión geoeconómica y militar global, la producción/administración de un enemigo real/virtual, interno/externo, una política exterior que permitía medrar consensos internos , la expansión del secretismo gubernamental en clave de intervenciones abiertas y encubiertas en todo el mundo, el uso implacable de la diplomacia para promover los intereses del capital estadounidense, la proclamación de una supremacía moral de cuño liberal que sustenta la filosofía geopolítica occidental, la consolidación de una fortaleza militar sin par, facturada a los impuestos de los estadounidenses y los recursos financieros de países coyunturalmente aliados.

Esta matriz de objetivos hegemónicos estadounidenses condensa una red de intereses, proyectos y circunstancias que, al sólo atender al periodo de posguerra de la historia política contemporánea de los Estados Unidos de América, nos muestra un núcleo complejo de factores que han puesto a prueba el prestigio y solidez política de la institución presidencial, así como la credibilidad de los servicios de inteligencia y seguridad nacional, eslabones fundamentales para comprender la eficacia del sistema político estadounidense.

El repaso crítico que se formula en este apartado, remite a la historia de escenarios de crisis y conflictos internacionales que precedieron al 11 de septiembre del 2001 en los que el Ejecutivo estadounidense jugó un papel de centro de gravedad para su gestión/administración/solución, actuó dentro de parámetros realistas y/o legítimos o exhibió su carencia, condicionado por una coordenada temporal perentoria delimitada política/constitucionalmente, con la influencia de sus fuentes de análisis estratégico de información de inteligencia y espionaje, con metas delimitadas por sí mismo o por el entorno, por supuesto, mediante tácticas y métodos dirigidos a prevenir la escalada del conflicto a niveles inmanejables de perjuicios para la propia institución presidencial y la seguridad del país.

El repaso de algunos de los estudios de caso nos sugiere que la tesis predominante bajo los periodos presidenciales de posguerra, desde Roosevelt a Clinton, fue la paz mundial - concebida como el evitar la guerra -, por demás un objetivo directo de una potencia o grupos de potencias, en tanto se confinaron las expediciones militares de las potencias a zonas de influencia geoestratégica que, asumían, entraban dentro de su esfera de interés nacional; cuando una potencia está dispuesta a renunciar a la paz, las relaciones internacionales son puestas en entredicho.

En los escenarios conflictivos inscritos en el periodo denominado de la *Guerra Fría*, la lógica estratégica dominante instituyó la creencia de que era posible vencer un antagonista mediante la persuasión, la negociación, la consumación de operaciones encubiertas a gran escala, el sistema de alianzas y de ser necesario la contención/coacción bélica, para afianzar la incontestabilidad del poderío militar, gestionar los intereses geoestratégicos y procesar conflictos políticos domésticos.

La égida política hegemónica estadounidense ha sido un guión con final abierto, pero delineado por un universo complejo de decisiones, políticas y circunstancias, no siempre bajo el control de la órbita constitucional y estratégica presidencial; este hecho, impide una reflexión dogmática y uniforme de la racionalidad política ejecutiva en escenarios de crisis que, magnificados o no a criterio de cada

administración, fueron asociados a la seguridad nacional estadounidense.

Se trata de reflexionar, en algunos estudios de caso más a detalle que en otros, sobre el prolífico caudal de cursos de acción - civil y militares, abiertos y encubiertos, legal e ilegales, estratégicos o carentes de una visión estratégica-, que se han perfilado por el Ejecutivo estadounidense para enfrentar circunstancias adversas a la seguridad nacional; a nuestro juicio, fundamental para la comprensión y el análisis de la política presidencial antiterrorista estadounidense después del 11 de septiembre del 2001.

Así, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, los presidentes estadounidenses han desplegado distintas tomas gubernamentales de acción -por iniciativa y/o errores de tomas de decisión, necesidades dictadas por sus prejuicios, intereses, circunstancias-, configuradas en una lógica de preservar la seguridad interna así como los intereses políticos y geoestratégicos de Estados Unidos en el mundo.

Las decisiones presidenciales que comprende los estudios de caso que abordamos muestran como las expediciones bélicas y los escenarios de crisis política interna que enfrentaron catalizaron procesos sórdidos como la conversión comunista de Filipinas, la guerra de Corea, ambas en la presidencia de Truman; la operación anticastrista de *Bahía de Cochinos* y la guerra de Vietnam instrumentadas por la presidencia de

Kennedy; la intervención militar en República Dominicana y la guerra de *Tonkín* bajo la presidencia de Lyndon Johnson; el escándalo *Watergate* bajo la presidencia de Richard Nixon; la espiral de infiltraciones de los servicios de inteligencia bajo la administración de G. Ford; la crisis del régimen del Sha de Irán que derivó en la crisis de los rehenes en Teherán bajo la presidencia de Carter, la guerra contra los sandinistas en Latinoamérica, la política de concesión a terroristas con la política de venta de armas a Irán para liberar a los rehenes, la alianza con los fundamentalistas islámicos en Afganistán, auspiciadas en la presidencia de Ronald Reagan; la ausencia de una política exterior que trascendiera a la *Guerra del Golfo* de la presidencia de George H. W. Bush y la expedición militar en Somalia, asumida por George H. Bush e instrumentada por Clinton.

En suma, un selectivo universo de decisiones presidenciales que – algunas de ellas codificadas como designios de Dios para la nación y el orbe-, bordaron la dirección de sus carreras, gestiones gubernamentales y políticas domésticas coyunturales, así como la naturaleza de los conflictos y las relaciones internacionales de mediano plazo para los estadounidenses y el mundo.

Con base en los escenarios de crisis elegidos, se trata de reflexionar el papel de los servicios de inteligencia estratégica - la participación y eficacia de los organismos de inteligencia y espionaje civil y militares; el uso político presidencial y/o el asesoramiento imparcial de alto nivel-, ponderar el papel jugado por las alianzas internacionales en la instrumentación de la política exterior estadounidense, dimensionar la madeja de intereses militares y financieros involucrados en el diseño e instrumentación de la política de defensa y seguridad, examinar la credibilidad política del Ejecutivo federal ante sus pares, indagar la articulación de una política de expansión militar de la mano del descarte de la ascensión a los extremos entre las potencias -una guerra nuclear-, el aislamiento y la unilateralidad decisoria en la trama de las relaciones internacionales, reflexionar sobre la influencia real de la asesoría política al presidente en escenarios de crisis, ponderar el papel del bipartidismo político legislativo como contrapeso a la política exterior presidencial en tiempos de crisis, dimensionar la lectura política y socio cultural presidencial de los procesos globales; reflexionar la naturaleza de la crisis de credibilidad del liderazgo presidencial y de los servicios de inteligencia, inscrita en escenarios críticos asociados al terrorismo internacional.

En suma, un examen crítico que a nuestro juicio abonará en el objetivo de contextualizar el complejo proceso de toma de decisiones estadounidense, bajo el tamiz de una hegemonía económica, política y militar codificada por los intereses geoestratégicos estadounidenses que, bajo los nuevos desafíos a la seguridad nacional *post 11S*, glosa de una nueva lógica de guerra sustentada en la politización de los servicios de inteligencia civil y militares.

Así, este apartado se abordarán los antecedentes del proceso decisorio presidencial y la naturaleza propagandística y/o real de las amenazas a la seguridad nacional estadounidense en el periodo de posguerra, desde un eje temático central: la naturaleza de una política presidencial, que desde el gobierno de George W. Bush, perfila una lectura del terrorismo internacional como amenaza ligada no a una estrategia global de prevención de la guerra - un objetivo y una lógica que atendieron los presidentes estadounidenses posteriores a la segunda guerra mundial - sino una política sustentada en una estrategia para la paz a través de la guerra calificada como *guerra preventiva*.

## *2.1 Después de la Segunda Guerra Mundial: decisión presidencial en escenarios de crisis.*

Con la participación de Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Mundial, bajo la tesis de la victoria al menor costo posible, se 1) consagró el predominio de su posición en el campo aliado contra los ejércitos del Eje, 2) ejerció una poderosa influencia sobre cuatro de las mayores áreas industriales del mundo - Japón, Gran Bretaña, Europa Occidental y Estados Unidos mismo-, no así en el caso de la Unión Soviética y 3) emergió como una potencia mundial con liderazgo y legitimidad universal para la defensa de los valores occidentales de *la justicia, la libertad y la democracia.*

Con este código filosófico y geopolítico, desde la era de la posguerra, los presidentes estadounidenses -así como políticos, militares y empresarios-, se asumió que las amenazas a Estados Unidos de América debían enfrentarse de manera expedita y allende el océano.

De hecho, las guerras de liberación en territorios que no representaban intereses vitales para la seguridad estadounidense y la espiral de iniciativas bélicas en ultramar con costo a los estadounidenses, se fraguó con base en el expediente político occidental defendido en la guerra contra Hitler - libertad de prensa, libertad de empresa, libertad religiosa, libertad electoral-, aunque también bajo el prisma de riesgos

representado por el régimen de Stalin, vía su decisión de promover dictaduras comunistas impulsadas por Moscú.

Antes de la *Guerra Fría*, la autosuficiencia estadounidense estaba asegurada por sus abundantes recursos energéticos, su fuerte agricultura y sus elevados niveles de producción de acero, con su ímpetu expansionista y su cada vez más consistente cobertura militar mundial. Después de la década de los cincuenta, la fortaleza estadounidense se acompañó de una consistente dependencia económica de recursos foráneos: el cúmulo de poder militar no siempre espejó la extensión de la influencia política, una realidad que los estadounidenses aprendieron con experiencias fallidas en el extranjero.

Preservar su condición de potencia mundial, cuando no oscilaban sus prioridades internas a adoptar una postura aislacionista, le implicó contraer masivos compromisos económicos (única nación capaz de desplegar recursos para la reconstrucción postbélica), políticos [al auspiciar la fundación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU)]<sup>85</sup>- y militares en el orbe, con el consecuente endose de riesgo de vulnerabilidad para su seguridad nacional y su economía.

---

<sup>85</sup> Bajo el esquema wilsoniano de la *seguridad colectiva* al conservarse en la organización de la ONU la idea de esferas de influencia para las grandes potencias: China, Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia. Wilson postuló en 1918 un orden mundial basado en la cooperación internacional, por lo que auspició en sus famosos *Catorce Puntos* la creación de una Sociedad de Naciones que mantuviera la paz mediante el arbitrio de las disputas internacionales y la concesión de garantías de mutuas de independencia política e integridad territorial de todos los estados miembros.

Para revertir los posibles efectos de una depresión económica interna posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos de América apostó por un mundo de posguerra en el que se acreditara la libertad como ideario global, el sistema democrático como modelo universal así como la protección de su industria nacional bajo la garantía de la libre empresa.

No obstante su poderío político mundial derivado de su posesión de la bomba atómica y de una política expansionista desde 1945, el dominio imperial estadounidense fue una realidad refutable, debido a la existencia de una alternativa a su capacidad de letalidad en tanto la maquinaria bélica de la Unión Soviética<sup>86</sup> y países aliados acreditaron su condición de contrapeso estratégico a los intereses y los márgenes expansionistas estadounidenses<sup>87</sup> y por seguridad propia, se negó a

---

<sup>86</sup> Stalin mantuvo un férreo cerco sobre su área satelital de influencia y desplegó sin contrapeso alguno sus alianzas en Europa oriental, rehusándose a convocar a elecciones libres.

Este recurso ha sido también parte del haber de la política exterior estadounidense, en cuanto a la motivación por influir en el destino político de otras naciones o catalizar la liberación nacional de otros pueblos: en el caso del necesario control de la isla costera asiática de Filipinas a mediados de los cuarenta del siglo pasado. La promesa estadounidense de impulsar la independencia de Filipinas, estaba asociada con la necesidad de evitar el riesgo de que una organización guerrillera comunista, *Hukbalahap*, se adueñara del poder. Estados Unidos invadió la isla bajo las órdenes del general Douglas MacArthur y propició la independencia de Filipinas en 1946 bajo el control de un gobierno como aliado, manteniendo bases militares e inversiones norteamericanas asentadas. Y en el caso del Kuomintang de Chiang Kai Shek - estratégico para sostener en la Segunda Guerra Mundial la ofensiva contra Japón-, se le pretendió sobornar para que propiciara reformas políticas y medidas anticorrupción que impulsaran su integración a la comunidad occidental y/o su conversión en un mercado de materias primas, un desenlace ilusorio para los propósitos estadounidenses, sobre todo por desconocer la voluntad política real de Chiang, la ausencia de tropas terrestres estadounidenses suficientes para cooptar los oficiales/ tropas de los ejércitos del Kuomintang a fin de escalar el enfrentamiento con todos los potenciales recursos humanos chinos, en el caso de la supuesta promoción de naciones democráticas en una era de paz auspiciada por la ONU, Estados Unidos patrocinaba y mantenía una hegemonía sobre Centro y Subamérica, bajo modelos dictatoriales de gobierno.

ensayar el poderío de su plenitud militar -fundamento de la diplomacia nuclear bajo la *Guerra Fría* en plena carrera armamentista.

## 2.2 *Toma de decisión presidencial en escenarios de crisis: ¿la fabricación de nuevos enemigos?*

Estados Unidos es una nación con arraigo en un fuerte sentido de invulnerabilidad histórica: sus líderes políticos le suelen asumir como un país elegido y destinado a la grandeza, antesala de la firme convicción sobre el designio estadounidense para la defensa de la civilización occidental.

La codificación histórica de su papel de liderazgo, no opaca los temores derivados de sus compromisos internacionales de final abierto, por su condición de preeminencia nacional en el orbe desde la era de la posguerra de mediados del siglo XX, originados por: la necesidad de enfrentar los peligros a la seguridad estadounidense anticipando las amenazas, lección del precedente histórico de *Pearl Harbor*; la necesidad de seguridad contra la agresión y la subversión del comunismo soviético; la aceptación de la guerra como un elemento consustancial a la dinámica geopolítica mundial; la creación de un nuevo estado de Alemania Occidental y de una asociación militar estable con las potencias de Occidente y la evolución tecnológica

militar bajo el periodo de la *Guerra Fría*<sup>88</sup>, ante la posibilidad de erosión del monopolio del secreto y las armas nucleares<sup>89</sup>; el expansivo uso del crédito financiero y la asistencia técnica con objetivos geopolíticos, asumido como método para promover la estabilidad y la prosperidad en países propensos a caer bajo la órbita comunista.

Una premisa realista que aduce los diques a la capacidad del poderío estadounidense por imponer sus designios en el orbe es su política interna: cuando los escenarios políticos domésticos no favorecen las motivaciones políticas presidenciales<sup>90</sup>, no se suele dudar en aprovechar o generar las circunstancias para mantener una política de guerra<sup>91</sup>, con el objetivo de propagar el ideario político<sup>92</sup>, el poderío

---

<sup>88</sup> Se sugiere la investigación de Martin Leffler, *A preponderance of power: the truman administration and the cold war*, Nueva York, The Free Press, 1991 así como el de Wittner, Lawrence: *cold war america: from hiroshima to watergate*. Nueva York, 1974.

<sup>89</sup> Recordemos que el *Proyecto Manhattan* impulsado por F. D. Roosevelt -planeado para fabricar una bomba atómica capaz de ser lanzada desde un avión antes que los alemanes-, fue uno de los primeros precedentes de máxima secrecía gubernamental y de los secretos de guerra mejor protegidos en la arena de la seguridad nacional estadounidense. Con relación a la decisión de la bomba se sugiere al lector Sherwin, Martin, *A world destroyed: the atomic bomb and the grand alliance*. Nueva York, 1975, Cap. VIII.

<sup>90</sup> En 1947 el presidente Truman buscó movilizar recursos domésticos para evitar la desmovilización militar, revertir la suspensión del reclutamiento de jóvenes en las fuerzas armadas durante épocas de paz y activar un programa mundial anticomunista; no obstante, con un congreso controlado por los republicanos y la oposición de la gente a que se elevaran los impuestos para un mayor despliegue militar - el clima internacional de posguerra mostraba signos de distensión -, acotaron en los inicios de su administración sus propósitos.

<sup>91</sup> Bajo la justificación de la defensa de gobiernos anticomunistas - dictaduras o no-, amenazados por nativos insurgentes, invasión foránea o inclusive presión diplomática.

<sup>92</sup> La *Doctrina Truman* postuló la causa de la libertad de los pueblos contra los regímenes totalitarios, por lo que "cada nación tendrá que elegir entre modos alternativos de vida...(por lo que) la política de Estados Unidos debe ser apoyar a los pueblos libres que están resistiendo los intentos de dominación por parte de minorías armadas o por presión externa." Véase *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1945-1953*, Washington D.C., 1961-1966, pp.178-9

económico, la presencia militar norteamericana permanente y activa<sup>93</sup>, afanes cuyos beneficios internos/universales se dan unilateralmente por evidentes, pero no siempre avalado incondicionalmente por el legislativo estadounidense<sup>94</sup>.

Así, en diversas administraciones presidenciales de posguerra, se impulsaron iniciativas y actividades de secrecía destinadas a fortalecer la órbita presidencial de acción para expandir la influencia de Estados Unidos de América en los acontecimientos mundiales, un proceso que implicó firmes resistencias al escrutinio mediático y legislativo<sup>95</sup>.

---

<sup>93</sup> Para catalizar recursos económicos y militares a favor de una política exterior agresiva fue necesaria la magnificación del desafío comunista vía la asistencia militar a Grecia y Turquía y la adopción de una política deliberada de reconstrucción económica europea. En el primer caso la administración Truman desplegó un plan secreto de asistencia militar y económica a Grecia desde 1947- país en riesgo de conversión comunista gobernado por una élite afamada por corrupta e ineficiente - , ante la inminente incapacidad de la economía británica para sostener su liderazgo mundial en el Medio Oriente. El fundamento de esta iniciativa fue la *teoría del dominó* postulada por el Subsecretario de Estado Dean Acheson, que sostenía que si una nación caía en manos de los comunistas, las vecinas seguramente la seguirían. En el segundo expediente, el *Plan Marshall* se dirigió a incentivar la economía de Europa occidental, aunque en particular ayudó a vigorizar la economía de Alemania, Francia e Italia.

<sup>94</sup> Así lo demuestra la hechura comunista de China con Estados Unidos como testigo principal: las limitaciones presupuestales impuestas por el congreso de mayoría republicana al gobierno de Truman y el tamiz europeo de su política exterior, desnudó las limitaciones de la política de *contención* en el Lejano Oriente y el vacío de poder para poner fin a la guerra civil que se venía arrastrando por el gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek y los comunistas encabezados por Mao Tse Tung. El desenlace fue la expulsión de Chiang y la conversión comunista de China, un histórico error estratégico, sobre todo porque era un país cuyo desarrollo económico, educativo y político había sido enfáticamente tutelado por los estadounidenses.

<sup>95</sup> El propio F.D. Roosevelt creó su propia unidad de inteligencia, que sólo respondía ante él, compuesta de once personas y financiada con los fondos para *emergencias especiales* del Departamento de Estado. Ver Steele, Richard, "Franklin D. Roosevelt His Foreign Policy Critics", *Political Science Quarterly*, 1979, pp.22-3

Kennedy siempre lamentó no haber puesto la CIA bajo el control familiar, mientras Truman y Eisenhower, por ejemplo, tenían el patrón de no involucrarse en las actividades clandestinas de su personal y de la CIA y operaban bajo la premisa de que eran inevitables estas acciones ante la amenaza que representaba la ofensiva comunista.

Bajo este propósito, en julio de 1947 el Congreso estadounidense aprobó el *Acta de Seguridad Nacional*, estableciendo el Consejo de Seguridad Nacional para asesorar al Presidente y creó la Agencia Central de Inteligencia (CIA), restringida en un primer momento a la colección y el análisis de información: en 1948, Truman autorizó a la CIA comprometerse en una vasta red operativa secreta contra la Unión Soviética y países comunistas, lo que implicó la adopción de iniciativas políticas, económicas y actividades paramilitares que implicaron el sostenimiento a mediano y largo plazo, de estructuras sociales y gobiernos extranjeros.

Por otro lado, debe señalarse la importancia de políticos, diplomáticos, civiles y militares bajo la presidencia de Harry Truman como una variable generacional de un amplio núcleo de internacionalistas activos, jóvenes y experimentados, convencidos de que Estados Unidos debía jugar un papel estratégico en el curso del mundo<sup>96</sup>.

El *Plan Marshall*, por ejemplo, fue iniciativa del general George C. Marshall (1880-1959), quien formó parte de una generación de comandantes sobresalientes, que impulsaron el internacionalismo estadounidense y la visión de la guerra como un negocio tanto como

---

<sup>96</sup> Averell Arriman, George Kennan, John McCloy, George Marshall, Ike Eisenhower, Dean Acheson, son considerados como el segmento generacional más connotado de líderes estadounidenses desde los Padres Fundadores. Ver Isaacson, W. y E. Thomas, *The Wise Men: Six Friends and The World They Made*, Nueva York, 1986.

una serie de batallas, en sus actividades civiles de posguerra como en sus carreras bélicas<sup>97</sup>.

En este sentido, una veta fundamental de influencia en la toma de decisión presidencial, ha sido el papel desempeñado por estrategias y asesores presidenciales: George Kenan<sup>98</sup> al frente de la Junta de Planificación Política bajo el gobierno de Truman, fundamentó el núcleo ideológico de la adopción de la filosofía geopolítica de la *contención*<sup>99</sup>, al postular que la conspiración soviética de posguerra no fraguaba una confrontación bélica sino fundamentalmente económica y política<sup>100</sup>.

La presidencia de Truman jugó un papel clave en el reconocimiento *de facto* de la independencia de Israel en mayo de 1948, hecho ante el que tuvo que enfrentar un fuerte debate político al interior de su gabinete<sup>101</sup>, debido a la oposición manifiesta del Departamento de Estado y del Pentágono. A la larga, Israel se consolidó como un aliado estratégico internacional de Estados Unidos en el Oriente Medio.

---

<sup>97</sup> El lector puede revisar Hogan, Michael, *The Marshall Plan: America, Britain and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952*. Nueva York, 1987.

<sup>98</sup> Véase Miscamble, Wilson, *George Kenan and the making of american foreign policy (1947-1950)*. Princeton University Press, 1992.

<sup>99</sup> Significa rearmar la fuerza militar estadounidense y de sus aliados, y la voluntad de oponerse a los rusos donde ellos presionaran, "mediante una diestra y vigilante aplicación de contrafuerzas en una serie de puntos geográficos y políticos que cambien de lugar constantemente". Ver John Lewis Gaddis, "Containment, a Reassessment"; *Foreign Affairs*, julio, 1977, pp.56-68.

<sup>100</sup> Kenan, George, *Memoirs 1925-1959*, Nueva York, 1952, pp.293-4

<sup>101</sup> Se sugiere al lector el texto de Donovan, Robert *Conflict and crisis: the presidency of Harry's Truman 1945-1948*, Nueva York, 1977.

Bajo la gestión presidencial de Harry Truman, en materia de seguridad nacional, se promovió el *NSC 68* (National Security Case), un informe político producido por una comisión gubernamental de los Departamentos de Estado y Defensa, que formulaba una estrategia unilateral de defensa mundial del comunismo bajo las premisas de reconstruir a gran escala la fuerza militar estadounidense y sus países aliados<sup>102</sup>, y cambiar la naturaleza del sistema soviético, evitando la guerra total.

Una estrategia que funcionó en realidad al gobierno de Truman para enfrentar una coyuntura doméstica crítica: la oleada de críticas a su política exterior condensada en el movimiento político doméstico del mccarthysmo<sup>103</sup>, la factura de la pérdida de China a manos del comunismo y la posesión soviética de la bomba atómica, que ratificaba la órbita europea de la política exterior presidencial.

---

<sup>102</sup> El informe preveía, en tiempos de paz, la adopción de una política exterior más agresiva en el mundo, mediante la inversión en defensa de 35 000 millones de dólares mensuales para aplicar al programa rearmamentista estadounidense y la perspectiva de usar el 20 por ciento del PIB en material bélico, sin riesgo de que la economía sufriera una bancarrota: era la magnitud que se le atribuía al peligro comunista y a la inversión que implicaba la reconstrucción económica occidental.

<sup>103</sup> Movimiento impulsado desde la derecha del espectro político tutelado por el joven senador de Wisconsin Joseph McCarthy y que produjo un escándalo político en la administración Truman; entre las tesis del movimiento figuraban: el cuestionamiento a la lealtad política de los demócratas al ideario capitalista estadounidense – en particular postulaba la eliminación de los comunistas del Departamento de Estado, la traición interna y no otra era la explicación del fracaso estadounidense en la Guerra Fría y la necesidad de modificar la política exterior estadounidense para revertir el comunismo de Europa oriental, Rusia y China.

No obstante, el saldo político y militar del ensayo de la estrategia NSC 68 fue endosado por un escenario de crisis: la guerra de Corea<sup>104</sup>. La Guerra de Corea llegó como una conmoción inesperada e implicó una grave crisis política interna al gobierno de Truman. Desde el inicio de las hostilidades en junio de 1950, la opción de no darle asistencia militar directa a Corea del Sur cuando fue atacada nunca se consideró realmente por parte de los asesores de Truman, en parte porque el presidente había dejado claro al comienzo que Estados Unidos no permitiría que el ataque tuviera éxito –esto anula los incentivos para los altos funcionarios/dependencias de pagar el costo burocrático de pedir al presidente que adopte decisiones que no parezcan tener amplio consenso en el círculo cercano de la decisión presidencial.

---

<sup>104</sup> La *Guerra de Corea* mostró a la fuerza militares estadounidenses luchando contra los comunistas chinos en la antigua colonia japonesa. En 1945 las fuerzas soviéticas y estadounidenses se habían dividido su control en el Paralelo 38, una frontera que dividió el régimen comunista del norte de la república de orientación occidental del sur. En 1950, en una maniobra auspiciada por los soviéticos, el ejército norcoreano lanzó una ofensiva a gran escala cruzando el Paralelo 38: el Consejo de Seguridad de la ONU apoyó la iniciativa estadounidense para proporcionar la ayuda necesaria a Corea del Sur – los asesores de Truman pensaron que el bombardeo limitado a las fuerzas aéreas y marítimas podría destruir las líneas de refuerzo comunistas. Era, a pesar del respaldo de dieciséis naciones, una guerra estadounidense: todos los cargos de mando importantes los ocuparon sus generales, y al frente de la contraofensiva el general MacArthur. La expulsión del enemigo del lado sur coreano fue secundada por la búsqueda de un nuevo objetivo: la unificación de Corea. Una decisión fallida que se impulsó de manera unilateral, sin consulta a los aliados europeos/asiático, ni al propio congreso estadounidense.

Así, se adoptó de manera entusiasta la perspectiva de un compromiso militar estadounidense en el conflicto: fueron los hechos consumados, la atmósfera de la crisis, el silenciamiento de opiniones disidentes<sup>105</sup> inspirado por el presidente – y no la preexistencia de planes-, lo que auspició el consenso del gabinete de seguridad nacional respecto a la opción de la expedición bélica.

Ante la intervención de los comunistas chinos en el teatro de operaciones y la reversión del avance estadounidense dirigido a lograr la unificación coreana – una iniciativa presidencial asumida con el respaldo unificado de los departamentos de Estado, de Defensa y de la Junta de Comandantes -, el presidente Truman decidió pasar la factura política de la guerra al general MacArthur.

Se generó así un fuerte diferendo entre el presidente y el general MacArthur –quien aparentemente buscó preservar una posición política independiente del Ejecutivo federal, al defender la necesidad de escalar a una guerra ofensiva ilimitada en la que se tutelara una invasión nacionalista.

---

<sup>105</sup> En los primeros días del conflicto, en un momento en el cual la ayuda norteamericana todavía estaba limitada a apoyo aéreo y naval, muchos de los asesores de Truman expresaron su renuencia a que se comprometieran tropas terrestres americanas en el combate en Corea del Sur. Sólo el asesor presidencial George Kenan, cuestionó la introducción de fuerzas de combate sobre la base de que aumentaría la probabilidad de una intervención comunista. Pero ni a Kenan ni a los asesores militares se les incentivó jugar un papel más vigoroso de defensa en las discusiones políticas inscritas en el proceso decisorio presidencial. Paige, Glenn, *The Korean Decision*, Nueva York, The Free Press, 1968, pp.164-5. No obstante, debe señalarse que la duda de Kenan acerca de la utilización de las tropas terrestres queda enmarcada en su posición de que Estados Unidos debía ofrecer una respuesta firme para rechazar el ataque y expulsar las fuerzas norcoreanas de Corea del Sur, lejos de verlo como un firme opositor a la intervención castrense estadounidense en el escenario de crisis.

Por la inminente maximización de los riesgos y costos de la guerra, Truman logró acreditar que era el general en el campo de batalla, no el gobierno, el que había cambiado el objetivo político de la guerra en medio del conflicto, por lo que ratificó la preeminencia constitucional del poder civil sobre el militar, asumió el costo político coyuntural de una opinión pública favorable a la estrategia del general MacArthur de lograr una victoria completa sobre China, promovió en la plana del Estado Mayor y en el legislativo federal una investigación sobre las consecuencias internacionales de la estrategia de ascensión a los extremos<sup>106</sup> y, finalmente, se plegó a un acuerdo de paz que significaba para Estados Unidos una derrota menos ruinosa <sup>107</sup>.

El respaldo del presidente Truman y la ONU a la posibilidad de *liberar* a Corea del Norte, la intervención china en el conflicto - previsible y subestimada en la élite gubernamental y castrense, detonaría una guerra de desgaste desfavorable a los estadounidenses.

El expediente político y militar de la guerra coreana exhibió la complejidad de lograr soluciones bélicas totales, rápidas y a bajo costo de vidas estadounidenses, los límites de la doctrina estratégica de la

---

<sup>106</sup> Una guerra total con China implicaba la necesidad de disponer de todas las fuerzas estadounidenses en el Lejano Oriente, una invitación inmejorable al ataque soviético sobre Europa Occidental.

<sup>107</sup> En la Guerra de Corea, Estados Unidos perdió 25 mil soldados de los 33,629 caídos en combate, tuvo 103 mil heridos y más de 10 000 desaparecidos; los gastos bélicos estadounidenses arrojaron un saldo superior a los 54 000 millones de dólares. En Spanier, John, *The Truman-MacArthur Controversy and The Korean War*, Nueva York, 1965, 34-45pp.

Fuerza Aérea norteamericana, visión que adoptara al inicio de las hostilidades el presidente Truman en tanto garantía de reversión de la agresión a Corea, miopía para suponer que los asiáticos no ofrecerían resistencia ante la intención estadounidense de invadir Corea del Norte, además de no conceder que otorgaban legitimidad a los gobiernos comunistas que los tutelaban, ante la intención de liberación de un país comunista por la fuerza de las armas y el saldo presidencial de privilegiar el dominio castrense en el diseño e instrumentación de la política exterior norteamericana centrada en la *contención*.

En julio de 1950, recientes las hostilidades norcoreanas, la Unión Soviética boicoteó una propuesta de resolución en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para dar respuesta colectiva al acto de agresión norcoreano. Su actitud dejó sola en la oposición a la URSS, estigmatizándole como un relegado global.

Por otro lado, a mediados de la década de los cincuenta del siglo pasado, Truman legó una industria bélica mundialmente expandida posicionada por una abrumadora superioridad norteamericana en armas nucleares, un gasto anual superior a los 50 000 millones de dólares y una presencia militar estadounidense dispuesta a ampliar sus posiciones de fuerza en el mundo.

Bajo el *New Look* de Eisenhower, y no obstante su retórica belicista, favoreció una política doméstica centrada en una economía vigorosa –

condición para el mantenimiento del expansionismo militar-, y una política exterior que continuara la doctrina trumaneana de la *contención*, ya que abandonó la idea de reeditar experiencias como la guerra de Corea, enfatizó la importancia de las armas nucleares tácticas y el rol estratégico del poder aéreo para disuadir agresiones, refrendó la visión bipolar del mundo bajo los auspicios de Washington y Moscú, bajo la retórica del bien contra el mal y se promovió en realidad una política de mantenimiento del *modus vivendi* con la Unión Soviética.

La trascendencia de la política exterior de Eisenhower puede evaluarse en función de la renuncia a una espiral de desarrollo armamentista centrada en las armas atómicas sin punto de quiebre, una decisión que implicaba su réplica recíproca del lado comunista, y por supuesto, la ascensión a los escenarios extremos de conflagración.

El énfasis de su gobierno en la tecnología militar tuvo una respuesta soviética impecable: el lanzamiento del satélite soviético Sputnik a finales de 1957, mostrando a los estadounidenses la realidad de su supuesta superioridad tecnológica<sup>108</sup>.

No obstante, el presidente Eisenhower y su influyente Secretario de Estado, John Foster Dulles – un rico abogado de empresa, republicano experto en política exterior y negociador del tratado de paz con Japón en 1951-, impulsaron una política de “represalia masiva” cuyo

---

<sup>108</sup> Revisar Vernon, Walters, *Silent Missions*. Nueva York, 1978.

principal objetivo era la reducción del poder soviético en Europa del Este<sup>109</sup>.

En realidad era un método táctico para sostener la represión a un costo y un periodo de tiempo razonables en circunstancias militares específicas, no una estrategia para escalar la guerra o administrar un conflicto prolongado, tal como se demostró en sus decisiones de concluir el conflicto de Corea (que juzgó absurda por no creer en una guerra limitada, sino en la que se confabula la destrucción del enemigo por todos los medios al alcance y en el menor tiempo posible); evitar la guerra con China y tomar distancia de la expedición de Edén a Suez en 1956, en la que el primer ministro detonaría una guerra sobre blancos egipcios, en contra de lo que Gran Bretaña y Francia defendían como su interés vital: Estados Unidos preservó para las compañías estadounidenses la protección de sus intereses evitando el control europeo<sup>110</sup> del canal, una zona que significaba el 64 por ciento de las reservas petroleras mundiales hasta entonces conocidas<sup>111</sup>. Asimismo,

---

<sup>109</sup> Hacia este objetivo, bajo la administración presidencial de Eisenhower, Allan Dulles - hermano menor del Secretario de Estado y director de la Agencia Central de Inteligencia-, expandió el reclutamiento de abogados, jóvenes y académicos para desplegar actividades de espionaje secreto anticomunistas en el mundo.

<sup>110</sup> Los europeos decidieron resolver unilateralmente el conflicto de Suez, iniciando planes junto con Israel, para una invasión a Egipto sin consultar a los estadounidenses. El Ejército israelí atacó Egipto y se apoderó de la mayor parte de la península de Sinaí. No obstante, la incursión militar europea iniciada por Israel sería reculada bajo un dispositivo de presión desplegado por el embargo estadounidense del petróleo trasladado a través del Canal de Suez y una resolución de la Organización de las Naciones Unidas que forzó a los israelíes a renunciar a la conquista del Sinaí. Francia y Gran Bretaña se refrendaron fuera del epicentro internacional para asumir decisiones independientes.

<sup>111</sup> Se sugiere al lector la revisión del texto de Stephen E. Ambrose, *Eisenhower the President*, Nueva York, Norman, 1987.

en el tramo final de su mandato, bajo el férreo cuestionamiento político de sus adversarios partidistas y bajo la presión de la línea dura del régimen de Krushchev, se vigorizó el concepto de *convivencia pacífica*, o *detente*, fundamental para evitar una solución militar a la *Guerra Fría*.

Es fundamental el expediente de Suez para entender la necesidad de la política exterior estadounidense de mantener relaciones estrechas con los ricos Estados petroleros árabes<sup>112</sup>, especialmente los sauditas, que no eran partidarios de confrontarse con los israelíes, por lo que el precedente de Egipto fue fundamental en esta tesitura.

La firmeza política presidencial de Eisenhower para limitar riesgos y los compromisos internacionales estadounidenses al resguardo de intereses petroleros, fue congruente con la no exhibición de respuesta alguna en el caso de la revolución cubana en la década de los 60`s, que prefiguró el alineamiento de Cuba en la órbita comunista de la Unión Soviética: se inicia el entrenamiento a cubanos exiliados anticastristas en los métodos de lucha de la guerra de guerrillas.

El presidente John F. Kennedy llegó al poder con una filosofía geopolítica más cercana a la premisa de que Estados Unidos podía diseñar el destino del mundo, debido a su interés de recuperar el

---

<sup>112</sup> El mundo árabe es vital para Estados Unidos y Europa occidental porque los estados árabes están a un lado del Canal de Suez y al otro del estrecho de Gibraltar, controlan los accesos norte del Océano Índico, son los guardianes sagrados de una de las más grandes religiones del mundo y de sus santuarios y uno de los pueblos más densamente poblados del mundo y, desde 1960, tienen el control de uno de los más grandes potenciales de reservas estratégicas mundiales.

prestigio y la primacía de la presidencia, que juzgaban se había deteriorado bajo la administración Eisenhower: bajo su presidencia - y nombrando a Robert McNamara<sup>113</sup>, presidente de *Ford Motor Company*, como Secretario de Defensa-, impulsó la estrategia que consideraba la amenaza comunista en términos globales, al canalizar elevados volúmenes de inversión militar estadounidense -de 40 mil a 56 mil millones de dólares-, e introducir nuevos proyectiles balísticos intercontinentales de combustible sólido, en alcance a la expansión de la capacidad bélica convencional y la creación de fuerzas antiinsurgencia.

La política exterior de Kennedy promovió a su vez la formación del *Cuerpo de Paz*, formado por voluntarios que participarían en diferentes proyectos económicos, educativos, y de bienestar en países subdesarrollados. Asimismo, impulsó la *Alianza para el Progreso*, un programa de cooperación concebido para evitar la extensión del comunismo en América Latina mediante el fomento del desarrollo económico y la promoción de la reforma política y social, un programa

---

<sup>113</sup> En 1960, el Estado Mayor Conjunto entregó al Secretario de Defensa Robert Mc Namara una propuesta denominada *Operación Bosques del Norte*, para que las fuerzas armadas, clandestinamente, tirotearan a personas inocentes en la calle, hundieran barcos con refugiados cubanos y realizaran atentados terroristas en Washington, Miami y otros lugares para luego acusar de ello a agentes cubanos. El objetivo, después del fracaso de *Bahía de Cochinos*, era proporcionar una excusa para invadir Cuba otra vez. Todos los miembros del Estado Mayor Conjunto suscribieron la propuesta. Mc Namara, meses después, forzó el retiro del general Lyman Lemnitzer, entonces presidente del organismo. En Bamford, James, *Body of Secrets: Anatomy of the ultra secret national security agency*, Anchor Books, Nueva York, 2002, pp.78-91.

cuyo cumplimiento regional jamás alcanzaría sus expectativas, como lo demostró el expediente *Bahía de Cochinos*<sup>114</sup>.

Kennedy hizo suyos los planes diseñados por el gobierno de Eisenhower – quien decidió prudentemente no instrumentarlos-, para responder al surgimiento de lo que consideraban una dictadura comunista en el Caribe a ciento cincuenta kilómetros de las costas estadounidenses y capaz de escalar la violencia a otras regiones: Castro nacionalizó las posesiones norteamericanas, sin indemnización y obtuvo el respaldo de Khrushchev – quien declaró muerta la *Doctrina Monroe*.

El presidente Kennedy autorizó la operación de Bahía de Cochinos en abril de 1961<sup>115</sup> secundando un plan diseñado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para derrocar a Fidel Castro, desembarcando a los contrarrevolucionarios en un remoto control de Cuba, y con la asistencia americana, establecer una base de operaciones para expulsar a Castro. Este plan se abordó bajo un trazado de política presidencial dominado por la idea de que el plan podía ocultarse con eficacia, sin ningún expediente que justificara a Estados Unidos intervenir con sus propias fuerzas –no hubo una planificación meticulosa aérea, marítima y terrestre-, sin tener una evaluación real de los intereses reales del

---

<sup>114</sup> Ver Higgins Trumbull, *The perfect failure: Kennedy, Eisenhower and the CIA at the Bay Pigs*, Nueva York, 1987; Ranelag, John, *The Agency: the rise and decline of CIA*, Nueva York, 1986.

<sup>115</sup> Una expedición ejecutada por 2500 agentes de la CIA en la isla, apoyada por el presidente de los Jefes de Estado Mayor Conjunto y más de 12 mil exiliados cubanos armados (del Cuerpo Cubano de Liberación), destinada a promover una revuelta popular contra el régimen castrista.

pueblo cubano favorables al gobierno de Castro, además de que a nivel gabinete presidencial, se propició la combinación de políticos y militares en la cadena de mando e incluso, el presidente consumió información de inteligencia de fuentes independientes a la CIA, instancia que presagió un levantamiento popular anticastrista, sin que a nivel de gabinete presidencial se preservaran opiniones divergentes e independientes<sup>116</sup>.

El desastre que significó la invasión cubana obligó al presidente a aceptar su responsabilidad pública de la aventura expeditiva y legó a su gobierno un fracaso político doméstico e internacional.

Kennedy buscaría una respuesta al fracaso en la sombra: “¿toda mi vida me las arreglé mejor solo que dependiendo de los expertos, ¿cómo pude haber sido tan estúpido de dejarlos seguir adelante?”<sup>117</sup>. Lo que es un hecho es que *Bahía de Cochinos* no fue una operación realizada en contra de la voluntad presidencial sino resultado de su visión del mundo, su falta de prudencia para evaluar información estratégica fidedigna y sus errores de cálculo político.

---

<sup>116</sup> Theodore Sorensen habla de que la atmósfera que había al interior del gabinete presidencial en el proceso de la toma de decisión sobre el plan de Bahía de Cochinos era de consenso asumido y de un sentido de invulnerabilidad entre los involucrados, que favoreció que quienes no estaban plenamente de acuerdo con el plan ni siquiera plantearan sus reservas con respecto al mismo. En Sorensen, Theodore, *Decision-Making in the White House*, Nueva York, Columbia University Press, 1964, p.76

<sup>117</sup> Citado por Robert Kennedy, *Thirteen Days*, Nueva York, Norton &Co., 1969, p.46

La ocasión internacional para que la administración de Kennedy pudiese lavar el desprestigio legado por la misión en *Bahía de Cochinos* la ofreció la postura desplegada por la Unión Soviética en el verano de 1962, cuando Nikita Krushev decidió desafiar a Estados Unidos en el hemisferio occidental, con la instalación secreta de misiles balísticos en Cuba<sup>118</sup>, una maniobra supuestamente destinada a inclinar la balanza de misiles en contra de los Estados Unidos: en realidad Estados Unidos tenía para ese entonces una abrumadora superioridad en armas nucleares, sistemas de lanzamiento y ultramar.

Kennedy organizó un comité ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional o Ex Comm<sup>119</sup> para deliberar y decidir la política a seguir. El presidente estaba resuelto a eliminar los misiles pero su hermano el procurador de justicia, Robert Kennedy, el Secretario de Estado, Dean Rusk y el Subsecretario, George Ball, le convencieron de que un ataque aéreo no anunciado sobre los silos de los misiles recordaría *Pearl*

---

<sup>118</sup> En octubre de 1962, una aeronave U2, un avión estadounidense de reconocimiento fotográfico, reveló la construcción de misiles soviéticos en Cuba, que los misiles y las ojivas nucleares estaban en camino.

Krushev desplegó en realidad una actividad militar estratégica de gran escala e inocultable: envió 42 misiles nucleares de medio alcance, 1.770 kilómetros y 24 de 3.600 kilómetros de alcance (que nunca llegaron a su destino), 42 mil militares y técnicos soviéticos. A mediados de octubre había nueve misiles tácticos en funcionamiento, equipados con ojivas nucleares y con un alcance de 30 millas.

<sup>119</sup> La figura líder de este comité era el hermano menor del Presidente, el procurador general Robert Kennedy. Dentro del abanico de opciones se manejó el lanzamiento de un ataque nuclear contra las bases de misiles, un ataque aéreo convencional, un bloqueo naval que impidiera a los rusos enviar cualquier tipo de material a Cuba; el temor a una represalia rusa eliminó la opción de ataque nuclear, en cambio se consideró seriamente el apoyo a un ataque convencional seguido de una invasión – incluso se formuló un programa de urgencia para establecer un gobierno civil en Cuba después de la ocupación de ese país. No obstante, Robert Kennedy se resistió a una fórmula beligerante como estrategia para solucionar el conflicto, mientras el asesor Dean Acheson y la propia Junta de Comandantes se inclinaban más por un ataque aéreo.

*Harbor*, que implicaba por lo menos la invasión de una nación contra la que no se está en guerra y con el consecuente riesgo de un intercambio nuclear con la Unión Soviética.

De los cursos de acción presidenciales para enfrentar este escenario de crisis, Kennedy rechazó las propuestas de una invasión y un ataque aéreo, al decidirse por un bloqueo naval para evitar más importaciones de armas nucleares a Cuba, con lo que se enfrentó la presión soviética y se conminó a Kruschev<sup>120</sup> a una ruta pacífica de salida: después de diez días de tensión internacional en los que el personal misilístico estadounidense estuvo en alerta máxima y los mandos militares asumieron el protocolo *Defcon-2* -el más alto estado de preparación previo a la guerra-, el gobierno soviético anunció el desmantelamiento de los misiles a cambio de la promesa estadounidense de no invadir Cuba y que se retiraran los misiles Júpiter de Turquía<sup>121</sup>, un desenlace que implicó el establecimiento de una línea directa de comunicación entre Moscú y Washington en tiempos de crisis, la firma del primer tratado que prohibía la realización de pruebas nucleares - el primero en su tipo desde el inicio de la Guerra Fría y el endose a la administración Kennedy, de una mayor popularidad doméstica por su supuesta firmeza en el conflicto.

---

<sup>120</sup> Ver Beschloss, Michael, *The crisis years: Kennedy and Kruschev 1960-3*, Nueva York, 1972.

<sup>121</sup> En realidad el presidente ya había ordenado la retirada de los misiles de Turquía, pero debido a una demora burocrática y a la resistencia turca, todavía estaban allí.

Con la *Crisis Cubana de los Misiles*, Estados Unidos afrontó la perspectiva de una guerra nuclear: la diplomacia estadounidense en pos de las alianzas funcionó en particular mediante el emisario Dean Acheson, un ex Secretario de Estado, cuya misión era informar al presidente francés, Charles de Gaulle, sobre el curso de los acontecimientos y solicitarle su apoyo para evitar que se consumara la guerra nuclear en la que estarían involucrados no sólo Estados Unidos y la Unión Soviética sino la propia *Alianza Atlántica* y el *Pacto de Varsovia*. Francia dio su respaldo al presidente estadounidense.

En suma, fue en este escenario de crisis donde encontramos un desempeño crítico del Ejecutivo federal para la política exterior futura de Estados Unidos de América, ya que la totalidad de soldados y expertos soviéticos que se asentaron en Cuba en el periodo de la crisis de los misiles, permanecieron en la isla y realizaron entrenamientos intensivos, proyectando la emergencia de un ejército con capacidad de despliegue de operaciones en todo el mundo, tropas que después serían exportadas como mercenarios pseudo militares en misiones contra Occidente, a grandes zonas de África y Asia a fines de los sesenta y la década de los setenta<sup>122</sup>.

---

<sup>122</sup> A mediados de 1973, los tanques comunistas entraron en la ciudad de Saigón y consumaron fusilamientos secretos de abandonados aliados de Estados Unidos. Hacia 1977, ideólogos marxistas-leninistas que dirigían Camboya acabaron con la vida de 1, 200 000 personas, un quinto de la población. En Laos se produjeron atrocidades similares, y durante los esfuerzos comunistas por unificar Vietnam por la fuerza, entre 1975 y 1977, después de lo cual Vietnam invadió Camboya. Asimismo, el imperio colonial comunista provocó un regreso a la guerra de guerrillas en las áreas rurales de Laos, que continuó a lo largo de la década de los ochenta. En Beschloss, Michael, *ibid*, pp.67-83.

Este proceso espejeó el propio impulsado por la administración Kennedy de crear fuerzas contrainsurgentes (comandos de jóvenes *Boinas Verdes* que se alegaba eran cuerpos elitistas que se elegían entre los oficiales alistados en el ejército), para librar guerras de liberación nacional en países denominados del Tercer Mundo: una estrategia para evitar la confrontación directa con la Unión Soviética y reducir los riesgos de una escalada militar nuclear.

El ensayo preliminar de despliegue de estas unidades de élite contrainsurgente se dio en Vietnam del Sur, que junto con Laos, fueron dos estados creados por Indochina por el acuerdo de Ginebra en 1954, regímenes prooccidentales que parecieron sucumbir a la presión de las guerrillas comunistas.

Kennedy, como Eisenhower, participaba de la convicción de que Indochina era la pieza clave del sureste asiático y por ello un estadounidense estratégico. En Laos buscó la negociación con la Unión Soviética para alcanzar un acuerdo de pacificación, mientras en Vietnam del Sur, trató de contener la fuerza creciente del Vietcong (comunistas vietnamitas), mediante nuevas medidas de contrainsurgencia, acompañadas de presión sobre el gobierno de Ngo Dinh Diem - líder de un régimen corrupto y represivo que se negó a celebrar elecciones-, para que impulsara reformas políticas y económicas, además de enviar ayuda económica, militar y asistencia médica, proceso que registró la extensión del número de asesores

militares estadounidenses hasta que en 1963 llegó a los 16 000 oficiales en función de un programa desplegado en las aldeas<sup>123</sup>.

Dos hechos clave favorecieron la tragedia vietnamita para la política exterior estadounidense: el envío presidencial de más de 7000 soldados norteamericanos a Vietnam; eliminar a Diem<sup>124</sup> un dirigente civil vietnamita - el único eslabón estadounidense en el territorio con capacidad de contención de las incursiones nortvietnamitas-, al autorizarse la operación secreta de su asesinato a manos de una camarilla militar, una junta castrense sin ningún plan político que bajo el amparo de los sobornos empantanó aun más el conflicto<sup>125</sup> y, por supuesto, la vacilación ante el compromiso con sus propios planes bélicos (respecto a los blancos militares, las oportunidades y los objetivos políticos de la expedición), cuando una de las lecciones castrenses derivadas de la Segunda Guerra Mundial, al apuntar a la

---

<sup>123</sup> Eugene Staley, un economista de la Universidad de Stanford, fue parte de la comitiva de asesores enviada por el presidente Kennedy a Saigón para asesorar a Diem. El diseñó un programa estratégico en las aldeas que consistió en reunir a todos los campesinos para protegerlos del Vietcong e impedir su reclutamiento: en la práctica, la estrategia derivó en que las aldeas se constituyeron en virtuales campos de concentración, además de que se les obligaba a los aldeanos a dejar la tierra en las que tenían arraigo familiar generacional.

<sup>124</sup> Desde 1956 los nortvietnamitas se aplicaron a la reconstrucción de su territorio y establecer allí el socialismo: llevaron a cabo una campaña sistemática para asesinar a los jefes de aldeas y así destruir el dominio de Diem en el campo. Sufrían persecución política como todos los opositores de Diem, porque éste era incapaz de distinguir entre resistencia comunista y anticomunista a su gobierno. En 1960 dieciocho figuras nacionales protestaron contra el nepotismo de Diem y llamaron a elecciones libres: Diem los envió a la cárcel. En septiembre de ese año, el partido comunista de Vietnam del Norte dio su bendición formal al Frente de Liberación Nacional - arma política del Vietcong- y llamó a la liberación del imperialismo norteamericano en Vietnam del Sur.

<sup>125</sup> En suma, no se logró revertir el avance del Vietcong hacia las ciudades estratégicas y en pocas semanas más, los estadounidenses se conmocionarían con el asesinato del presidente Kennedy.

eficacia de las ofensivas aéreas intensas, rápidas y repetidas incesantemente<sup>126</sup>.

Los sucesores de Diem en Saigón mostraron incapacidad para evitar que el Vietcong extendiera su dominio en el campo. El presidente Lyndon B. Johnson<sup>127</sup> debió resolver el dilema de retirar o comprometer la presencia de fuerzas de combate en Vietnam. Fiel a una lectura ortodoxa de los procesos globales y con la premisa de que la expansión comunista era invariable consecuencia de una conspiración soviética o china y que debía ser contenida, Johnson desplegó una intervención militar estadounidense de 1965 en la República Dominicana.

El caso histórico de Santo Domingo abrió un escenario de crisis innecesario a Estados Unidos de América y consumó un episodio donde la búsqueda de consistencia política presidencial, distorsionó el proceso de producción/consumo de información de inteligencia estratégica, al prevalecer el “síndrome cubano” en la percepción generalizada de los gobiernos de Washington y de República

---

<sup>126</sup> Una razón fundamental del gradualismo militar bajo Kennedy y Johnson fue la arraigada idea dentro de sus administraciones de que se estaba haciendo lo suficiente, sin soslayo de la subestimación del enemigo.

<sup>127</sup> En 1961, fue uno de los primeros y principales asesores que envió Kennedy a Vietnam del Sur para que le informaran de qué era lo que Estados Unidos debía hacer en el país asiático y para que asesora al régimen de Diem. Johnson planteó que se debía ayudar a Vietnam del Sur a mejorar su capacidad de resistencia al comunismo, asistiendo a los survietnamitas con entramiento y equipo bélico estadounidense.

Dominicana<sup>128</sup>, lo que tradujo un trazado de política que adoptó sin oposición alguna la necesidad de la intervención militar norteamericana, la existencia de una fuerte predisposición que precedía a la crisis, la magnificación de la información disponible a la luz del prisma de evitar otro Castro en el Caribe, además de que se ignoraron/descartaron las desigualdades entre la situación interna dominicana y la de Cuba, antes de que Castro asumiera el poder: la debilidad política de los comunistas dominicanos; la ausencia de un movimiento guerrillero de base popular; la inexistencia de la versión dominicana de Castro - un líder político hábil y carismático. América Latina reaccionó con indignación a la intervención de Washington, por lo que se realizaron gestiones para que la Organización de Estados Americanos proporcionara una fuerza de estabilización capaz de restaurar la estabilidad dominicana y se permitiera el gobierno de Johnson retirar sus tropas.

Determinado a no permitir otro Castro en el Caribe, el presidente Johnson<sup>129</sup> envió a 30 000 soldados estadounidenses para apoyar a la junta militar de derechas en su lucha contra los rebeldes, que incluían

---

<sup>128</sup> Abraham Lowenthal, en un informe detallado de la crisis, planteó que "como las agencias de inteligencia norteamericanas estaban forzadas a producir grandes de datos sobre las actividades comunistas, pero estaban mal preparadas para evaluar correctamente las configuraciones de los dominicanos no comunistas durante este confuso período, el cuadro que presentaron estaba condenado a ser desequilibrado y erróneo...Se registró la tendencia durante toda la semana (al igual que antes), a fallar por el lado de magnificar el riesgo comunista, informando acerca de todas las posibles conexiones de los demás agentes dominicanos involucrados en la crisis y enviando a Washington todos los informes de los supuestos planes e intenciones comunistas. Lowenthal, Abraham, *Dominican Intervention*, Cambridge, Harvard University Press, 1972, pp.154-5

<sup>129</sup> Ver Grafo Henry *The tuesday cabinet: deliberation and decision in peace and war under Lyndon Jonhson*, Nueva York, 1970.

un grupo de comunistas. En correspondencia con esa lógica geopolítica presidencial, Johnson vio a Vietnam dentro del mapa geoestratégico de los intereses estadounidenses<sup>130</sup>.

Johnson logró, debido al presunto ataque a los buques de guerra estadounidenses efectuados por lanchas torpederas nortvietnamitas en el golfo de Tonkín en agosto de 1964, una resolución unánime del Congreso federal<sup>131</sup> para concederle autoridad ilimitada en la región del sureste asiático. La resolución legislativa le facultaba entrar en guerra sin que fueran necesarias más autorizaciones y sentaba un precedente fundamental: las cámaras daban al presidente el poder de “prevenir futuras agresiones” y adoptar “todos los pasos necesarios” para proteger a cualquier nación que pudiera requerir ayuda en defensa de su libertad.

Fiel al añejo reflejo del *complejo de Júpiter* – la convicción de que Estados Unidos, con su tecnología superior, podía consumir su victoria sobre los malhechores desde el aire-, ordenó ataques aéreos masivos, lentos y restringidos sobre los blancos en Vietnam del Norte, como represalia al incidente del *Golfo de Tonkín* y las incursiones del Vietcong.

---

<sup>130</sup> Una visión que debe señalarse es que los asesores en política exterior de Johnson, casi todos designados por Kennedy, estaban de acuerdo con esta filosofía geopolítica.

<sup>131</sup> Se aprobó en la Cámara de Representantes el 7 de agosto de 1964 por 416 votos sin oposición. En el Senado obtuvo un apoyo de 88 votos y 2 en contra de la resolución –del Senador por Oregon Wayne Morse y del Senador por Alaska, Ernest Gruening, ambos del partido demócrata.

Además de privarle de ayuda exterior<sup>132</sup>, en el fondo, el objetivo de la política bélica era posesionarse de las ciudades importantes de Vietnam del Sur, movilizar a los sectores campesinos en contra del Vietcong y erosionar su capacidad de ofensiva: al finalizar 1968, debido sobre todo a la ofensiva del Tet en la que los medios tergiversaron las noticias a favor del Vietcong exhibiendo su supuesta capacidad de contraofensiva sobre las capitales provinciales y de distrito vietnamitas, se consumó una cobertura mediática lesiva al gobierno estadounidense exhibida aun más con la toma de posesión temporal de un comando suicida de los terrenos de la embajada estadounidense en Saigón<sup>133</sup>.

Después de que McNamara había dejado el gabinete posterior a su fracaso en persuadir a Johnson de que cesara con el bombardeo, el propio Clark Clifford, el secretario de Defensa así como senadores de

---

<sup>132</sup> El saldo de la guerra a fines de 1968 registró una inversión anual de 30 000 millones de dólares, más de 30 000 decesos y alrededor de 200 000 bajas, sin contrapartida exitosa sobre la economía enemiga ni la capacidad de resistencia del Vietcong. El desastre asiático de la incursión militar de Johnson acompañado por una exhibición mediática cotidiana e intensa, arropada por la presentación tendenciosa de las noticias de imágenes de horror sobre la expedición en Vietnam (muerte y mutilación de civiles, destrucción de aldeas, sin reproducción de la réplica de las propias del Vietcong), se tradujo en una ola masiva de estudiantes que protestaban por las acciones bélicas y una creciente crítica en el legislativo federal, incluso en la propia ala del partido del presidente: Eugene McCarthy, William Fulbright y Robert F. Kennedy. En total, alrededor de 8 millones 800 mil estadounidenses (entre oficiales del Ejército, marines y fuerzas aéreas), cumplieron el servicio militar durante la intervención estadounidense en Vietnam, un conflicto que sobrevivió a siete periodos presidenciales, produjo críticas extendidas en el exterior hacia los Estados Unidos y sus aliados, creó enormes presiones inflacionarias, obligó al abandono de programas sociales. Un saldo de actuación presidencial centrado en la premisa de que la victoria en Vietnam podría lograrse por la vía militar.

<sup>133</sup> Cuando Eisenhower dejó sus funciones había unos pocos cientos de asesores en Vietnam; a fines de 1962 había cerca de 10 000 y en noviembre de 1963, 15 000.

línea dura mostrarían su oposición a la guerra<sup>134</sup>. Estos acontecimientos y una campaña tímida por la reelección que se tradujo en el registro de una debacle inicial en las primarias celebradas en New Hampshire, llevarían a Johnson a recular y ordenar un cese parcial del bombardeo naval y aéreo de Vietnam del Norte, y declinar su interés en reelegirse<sup>135</sup>.

Richard Nixon construyó su campaña presidencial psobre la base de una candidatura que abanderaba la paz y la armonía nacional: sin compromisos específicos sobre Vietnam, prometió ponerle un fin rápido y honorable al conflicto. En realidad Nixon revertiría la política de escalada en Vietnam del presidente Johnson y renunciaría a la premisa de que se podría ganar la guerra de Vietnam.

Ya en el poder, Nixon y su consejero de seguridad nacional de la Universidad de Harvard, Henry Kissinger – quien después sería su Secretario de Estado-, desarrollaron una estrategia geopolítica clara para Estados Unidos: Nixon asumió Vietnam como un conflicto que

---

<sup>134</sup> Bajo la administración Johnson se empleó el término de las *palomas* para señalar a quienes se adhieren o promueven causas pacíficas, por oposición a los *halcones* que sustentan una política militarista en la política del país. En realidad fue un término utilizado por el presidente para enfrentar a los críticos a su política desplegada en Vietnam que postulaban la necesidad de interrumpir el bombardeo al Norte de Vietnam sin ningún programa de acción de por medio, argumentando una asociación de las *palomas* estadounidenses a Chamberlain: Arthur Neville Chamberlain (1869-1940), primer ministro inglés entre 1937 y 1940, fue el artífice de la política de distensión con Hitler a través de negociaciones diplomáticas para impedir la expansión territorial alemana; una política fallida cuando Hitler se apoderó del resto de Checoslovaquia en 1939. En el fondo, las profundas divisiones dentro de la oposición sobre el curso que debía tomar la guerra en Vietnam favorecieron a Johnson.

<sup>135</sup> El gasto público bajo su presidencia alcanzó la cifra de 183 600 millones de dólares en el periodo fiscal de 1969, una gestión que por primera vez destinó más recursos al gasto social que a la política de defensa: el legado de un déficit financiero federal oneroso.

había que encauzar dándole un perfil político más que militar y como un problema de corto plazo: bajo la política de *Vietnamización* propuso contener a los agresores comunistas al extender un préstamo arriendo a Vietnam del Sur hecho que crearía fuertes lazos de dependencia económica<sup>136</sup>, reduciría la presencia militar estadounidense de 550 mil a 24 mil efectivos en un periodo de cuatro años acompañada del fortalecimiento del Ejército de Vietnam del Sur , lo que en su cálculo le permitiría conducir la lucha solo y lograr un pacto de restablecimiento de la paz entre William Rogers, su Secretario de Estado, y Le Duc Tho, de Vietnam del Norte.

Desde 1973, a medida que la asistencia norteamericana a Vietnam del Sur comenzó a decaer, el equilibrio del conflicto bélico se inclinó decididamente a favor del régimen comunista del norte. A fines de ese año, en abierto desafío a los acuerdos diseñados por Nixon y Kissinger, se autorizó una expedición general. El 21 de abril el gobierno vietnamita abdicó, los helicópteros de la Marina rescataron a los funcionarios norteamericanos y aliados vietnamitas de la embajada de Estados Unidos en Saigón, un expediente humillante que fue transmitido por televisión y una derrota ruinosa en la historia estadounidense.

---

<sup>136</sup> En su premiada obra *Fuego del lago*, Frances Fitzgerald planteó que la Vietnamización produjo los mismos efectos que el más explotador de los regímenes coloniales. La razón es que la abrumadora proporción de fondos norteamericanos se ha ido no en el desarrollo industrial o agrícola sino en la creación de servicios para los norteamericanos, siendo el mayor de ellos el ejército del gobierno de Vietnam. En total, el dinero norteamericano se ha ido en crear y apoyar a un grupo de gente – refugiados, soldados, prostitutas, secretarias, traductores, sirvientes y lustrabotas- que no encajan en ninguna forma de producción.” Frances Fitzgerald, *Fuego del Lago*, Emecé, Argentina, 1991.

En realidad, la ecuación Nixon-Kissinger se guió bajo la premisa de que las tesis que guiaron la diplomacia estadounidense desde 1945 ya habían dejado de ser válidas: el mundo bipolar de la posguerra al que se había respondido con la *política de la contención*, ya no era el de la época de ambos.

El presidente y su notable consejero presumieron la necesidad de una nueva doctrina presidencial, cifrada en una diplomacia flexible para adaptarse a la nueva realidad internacional en la que prevalecía una Europa occidental reconstruida, el resurgimiento de Japón y una profunda hostilidad entre la Unión Soviética y China. En el fondo - como Dulles, Acheson y Rusk-, Kissinger consideraba a Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos y Camboya como peones en el tablero de los grandes poderes.

Nixon otorgó a China un lugar privilegiado en su política exterior, explotando la lógica de la disputa chino soviética y manteniendo activas negociaciones de paz con los vietnamitas, dada una atmósfera que sería opacada por una mordaz ofensiva mediática antigubernamental de filtraciones de documentos secretos del Consejo de Seguridad Nacional, que tuvo su cenit crítico en su segundo periodo presidencial con la publicación en 1971 de los “Papeles del Pentágono” en el *New York Times*<sup>137</sup> y con la crisis política central de su

---

<sup>137</sup> Un informe de alto nivel de confidencialidad sobre la participación norteamericana en Vietnam desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta 1968, que había sido promovido por Robert

administración: el *Watergate*<sup>138</sup>. Nixon, en nombre de la seguridad nacional, amplió el concepto tradicional de privilegio del Ejecutivo para negar al Congreso el acceso a los registros gubernamentales<sup>139</sup>.

En 1973, Egipto y Siria lanzaron un ataque sorpresa sobre Israel eligiendo el Yom Kippur, la fiesta más sagrada del calendario judío - una agresión similar a la de Pearl Harbor<sup>140</sup>. En realidad, el sucesor de Nasser en 1970, Anwar el Sadat, había construido las bases para retirar la presencia de los rusos en Egipto al expulsarlos de su territorio. No obstante, Estados Unidos (la CIA, Kissinger, Nixon y el lobby israelí) no se dio por enterado, creyendo que la ausencia de influencia soviética en el Medio Oriente no implicaba la necesidad de lograr

---

McNamara, Secretario de Defensa de John F. Kennedy y de Johnson, se sustentó en documentos de la Secretaría de Defensa, la CIA, la Casa Blanca, los Jefes del Estado Mayor Conjunto y el Departamento de Estado. En tales informes secretos se revelaban los cálculos erróneos, el secreto y el engaño organizado que habían caracterizado la expedición estadounidense. La derrama de filtraciones internas ponía en entredicho la naturaleza y confiabilidad de la diplomacia estadounidense, la credibilidad de Washington en las negociaciones con países como China, Vietnam y la Unión Soviética, así como el riesgo de no ser un interlocutor confiable en negociaciones secretas.

<sup>138</sup> Se refiere al escándalo desatado por el descubrimiento de las operaciones de espionaje político que personal cercano al Ejecutivo federal desplegaba en contra de los adversarios demócratas, lo que propició una maquinaria de investigaciones de los demócratas, que tenían el control mayoritario del Congreso, que detonó un ataque frontal al Ejecutivo a través de filtraciones mediáticas de material incriminatorio: resultó notorio el empleo de tácticas de espionaje contra críticos internos y a aquéllos sospechosos de filtrar información oficial a la prensa, vía manipulación de cartas, escuchas telefónicas ilegales, uso de la CIA y el FBI para propósitos políticos. En efecto, desde el principio de los escándalos los demócratas de ambas cámaras reclamaron el juicio político del presidente, mientras los medios atizaban una opinión pública adversa al presidente. Nixon decidió renunciar y evitar someterse a juicio como un funcionario acusado.

<sup>139</sup> Mientras sus predecesores habían utilizado el poder presidencial de incautación (la negativa a gastar fondos votados por el Congreso) escasamente y por razones de economía, Nixon favoreció una política de frustración deliberada de la voluntad del Congreso, negándose a gastar el dinero que había asignado a programas sociales que desaprobaba.

<sup>140</sup> En el frente sirio se les expulsó de los *Altos de Golan*; a lo largo del canal de Suez, los egipcios destruyeron gran parte de la línea de defensa de Bar-Lev y se atrincheraron varias millas adentro de la península de Sinaí.

ningún compromiso con Israel para revertir su ocupación en los territorios árabes de la península de Sinaí.

Este acontecimiento exhibió un escenario subestimado por los países occidentales: la unificación de los países árabes en torno al rey Feisal de Arabia Saudita, que, en 1973 impuso un embargo efectivo en los cargamentos de petróleo a Estados Unidos y los amigos de Israel en Europa.

Nixon<sup>141</sup> debió enfrentar esta crisis internacional en una circunstancia en la que estaba en disputa su capacidad de conservar su mandato. Nixon asumió una posición de firmeza en apoyo del rearme de Israel - que había perdido un quinto de su poder aéreo y un tercio de sus tanques en cuatro días-, ordenó el suministro de toneladas de equipo militar y el despliegue de misiones aéreas proisraelíes sobre todo para evitar un embargo de petróleo en la zona del conflicto, fundamental ya que en ese momento Estados Unidos era ya un importador neto de petróleo, y a través de la gestión diplomática de Kissinger, logró el cese al fuego y un frágil acuerdo en el conflicto árabe israelí.

---

<sup>141</sup> Se sugiere el texto de Arthur Schlesinger, *The imperial presidency*. Boston, Houghton, 1989.

En 1972, el Congreso estadounidense aprobó las *Actas de Poderes de Guerra*, las cuáles establecen que el presidente debe ofrecer un informe de sus acciones dentro de un periodo de treinta días posteriores al envío de tropas en el marco de una guerra en el exterior. Después de ese tiempo, el Congreso tiene que aprobar la acción presidencial<sup>142</sup>.

Bajo el régimen de Gerald Ford, se promovieron desde el legislativo las Enmiendas Jackson-Vanik, y Stevenson de 1973 y 1974, que impulsaban más limitaciones a la política exterior de la presidencia además de imponerse más restricciones al papel de la CIA, secuela de su participación en el escándalo *Watergate* y debido a que salió a relucir que desde el periodo presidencial de Kennedy en adelante se conspiró para derrocar numerosos gobiernos extranjeros y asesinado a sus dirigentes, y dentro de los Estados Unidos, guardado expedientes ilegales sobre cientos de individuos y grupos, se manipuló su correo e infiltró en movimientos políticos de afroamericanos, pacifistas y radicales.

---

<sup>142</sup> En cuestión de política exterior, sólo el Congreso puede declarar la guerra o destinar el dinero necesario para ella. Esta disposición legislativa de 1972 fue una absurda maniobra del Congreso para afirmar sus derechos constitucionales para declarar una guerra. La última vez que el presidente había consultado al Congreso sobre los poderes de guerra fue en 1964, cuando Johnson envió la Resolución del *Golfo de Tonkín* a los legisladores. Las *Actas de Poderes de Guerra*, al dar por supuesto que el presidente tendría libertad para responder a una crisis, daba la partida por ganada. Una vez que el presidente, actuando en estricta sujeción a la ley, hubiera enviado tropas, no habría cabida para que el poder legislativo le obligara a retirarse.

La administración Ford<sup>143</sup> tuvo que lidiar con el guión del conflicto ejecutivo-legislativo heredado de administraciones anteriores, de la intrusión federal en la esfera privada de los ciudadanos y el uso presidencial arbitrario de poderes federales de secrecía.

En política exterior, la administración Ford se rigió bajo la influencia de Henry Kissinger como Secretario de Estado y de James R. Schlesinger, su Secretario de Defensa. La influencia del primero se impuso ante la persistente crítica de Schlesinger sobre la disposición de Ford a una política de distensión que implicaba la realización de concesiones a la Unión Soviética: Ford se reunió con el dirigente soviético Leonid Brezhnev en Vladivostok en 1974 y aceptó una ronda de conversaciones sobre la *Limitación de Armas Estratégicas*, precedente de la firma del *Acuerdo de Helsinki*, que incluía a ambos gobernantes y a más de una treintena de países y que implicaba la promesa del respeto a las fronteras mutuas, permitir la libertad de circulación e información y respetar los derechos humanos.

Esta política de distensión generó en el ala republicana legislativa, mayoritaria en ambas cámaras, una oposición mordaz a la política exterior del presidente Ford, misma que afectó el despliegue de operaciones secretas de la CIA en el exterior – en tanto era acusada de sesgar su posición a favor de la política presidencial-, como sucedió

---

<sup>143</sup> Véase Greene, John Robert. *The Presidency of Gerald Ford*, Lawrence, University Press of Kansas, 1995, p.101.

cuando a comienzos de 1975, el presidente pidiera al legislativo que otorgara asistencia militar de urgencia al régimen survietnamita que se desmoronaba, y dado que Henry Kissinger promovió una iniciativa para enviar equipamiento y armas a las fuerzas anticomunistas de Angola, que combatían contra las guerrillas respaldadas por la Unión Soviética y ayudadas por 15 000 soldados cubanos: ambas solicitudes fueron rechazadas en el legislativo, en buena medida por su profundo antagonismo hacia la CIA - con el agravante de que se le asumía dominada por los designios de Henry Kissinger<sup>144</sup>- y hacia la estructura de poder de la seguridad nacional.

Los escándalos mediáticos y el descrédito político de la CIA tuvieron implicaciones en la capacidad presidencial para garantizar que la agencia tuviera a salvo del escrutinio el poder legislativo. El presidente Ford impulsó el nombramiento de Nelson Rockefeller para investigar las actividades nacionales de la CIA, una iniciativa que buscó designar a un funcionario de cabal discrecionalidad y capacidad para contener la ola de revelaciones comprometedoras y, a su vez, ganar tiempo/esperar que se diluyera el escándalo público de las filtraciones que implicaban a las agencias de espionaje en patrones ilegales de actuación.

---

<sup>144</sup> A Kissinger se le acusó de ejercer control político sobre los servicios de inteligencia estadounidenses, un señalamiento que quedó confirmado con el derrocamiento del gobierno socialista de Chile en septiembre de 1973 y la muerte de Salvador Allende en circunstancias inciertas. El golpe de Estado puso fin al ensayo democrático más largo de Latinoamérica y dio paso al régimen dictatorial del general Pinochet. Ver Hersh, Seymour, *The price of power: Kissinger in the white house*, London, Faber y Faber, 1983. En América Latina, Carter retiró el apoyo a la represiva Junta Militar de Chile, revirtiendo así la política de Kissinger.

No obstante, el Senado y la Cámara de Representantes aprobaron establecer sus comisiones propias para investigar las operaciones gubernamentales relativas a los servicios de inteligencia, mientras el propio presidente Ford daba testimonio de su imprudencia política: se difundió una declaración que hiciera en una reunión privada con periodistas en la que manifestaba que el nombramiento de Rockefeller se dio para evitar la difusión del hecho de que el asesinato formaba parte de las actividades secretas de la CIA, testimonio que al difundirse, consumó el cenit del escándalo político para la administración Ford y la propia CIA, ante un imaginario mediático que implicaba su presunta participación en la espiral de crímenes desatada sobre John F. Kennedy, Medgar Eves y Martin Luther King<sup>145</sup>.

La presidencia de Carter se caracterizó por una administración incapaz de imponer un derrotero y mantenerlo, lo que se demostró en su permisibilidad de la disputa permanente que se daba al interior de su gabinete entre el Secretario de Estado, Cyrus Vance –quien favorecía una política de conciliación con la Unión Soviética-, y el consejero de seguridad nacional, Zbigniew Brzezinski, quien instaba una línea más dura.

El presidente Carter adoptó una política que se distanciaba de las premisas y los artífices de la distensión en política exterior asumidas por Nixon, Ford y Kissinger: enfatizó una política moralista centrada

---

<sup>145</sup> Ver Schorr, Daniel, *Clearn the air*, Boston, Houghton Mifflin, 1977.

en la preocupación por los derechos humanos universales –basada en los *Acuerdos de Helsinki*, cuyos signatarios se comprometían a acabar con las violaciones a los derechos humanos en todas partes.

Esta política que no resistió la prueba de la realidad internacional ante la decisión de Rusia de no cumplir los *Acuerdos de Helsinki* – que implicaron el consecuente rechazo a la propuesta estadounidense de nuevas y amplias reducciones en los arsenales nucleares entre ambas potencias-; el recular el plan que establecía compromisos de reducción del número de soldados estadounidenses en Corea; el distanciamiento de aliados tradicionales: Brasil respondió las críticas que el Departamento de Estado<sup>146</sup> expresó a su política interna con la cancelación de los cuatro pactos de defensa con Estados Unidos que aun estaban vigentes, dos de los cuáles se remontaban a 1942 y el desempeño contraproducente del Departamento de Estado en la debilitación de la posición de otro antiguo aliado de Estados Unidos, el Sha<sup>147</sup> de Irán (segundo productor de petróleo), cuyo régimen prooccidental fue derrotado en 1979 por medio de disturbios callejeros organizados y reemplazado por un régimen fundamentalista encabezado por el ayatola Jomeini, que denunció a Estados Unidos por colaborar con el régimen del Sha y acumuló una cantidad de abusos a

---

<sup>146</sup> Dentro de la administración se consolidó un fuerte *lobby* de derechos humanos que conquistó toda una sección del departamento de Estado y que trabajó activamente para poner en vigor los *Acuerdos de Helsinki*.

<sup>147</sup> Hubo grupos de terroristas, apoyados al principio por Irak, y más tarde por Libia y por los palestinos, que desarrollaban su actividad en Irán. Cubrían un espectro político que iba de la extrema izquierda a los fanáticos religiosos de extrema derecha, a quienes unía su odio hacia el Sha y su gobierno autocrático.

los derechos humanos sin precedentes: este recorte del petróleo iraní coincidió con la elevación de los niveles de inflación de dos dígitos - sin precedente desde el inicio de la posguerra-, así como el de los precios de la gasolina y la tasa de desempleo, enviando la popularidad de Carter a un 28% de aprobación<sup>148</sup>.

### *2.3 Política/economía internas e intereses geoestratégicos estadounidenses: el centro de gravedad de los escenarios de crisis.*

En noviembre de 1979, Jimmy Carter decidió admitir al Sha de Irán, gravemente enfermo, en los Estados Unidos, en busca de atención médica que habría podido recibir en cualquier otra parte. Los iraníes respondieron invadiendo la embajada norteamericana en Teherán con el secuestro de cincuenta y dos estadounidenses por parte de un grupo de “estudiantes” militantes iraníes. Durante cuatrocientos cuarenta y cuatro días, estos supuestos estudiantes que afirmaban haber actuado autónomamente sin el apoyo del gobierno, atrajeron la atención mediática mundial y mantuvieron en vilo a la opinión pública estadounidense.

Este acontecimiento constituyó un referente del encuentro de Estados Unidos de América con el terrorismo de Estado, como arma e instrumento de política exterior antiestadounidense en el Medio Oriente en la medida en que permitió a las jerarquías religiosas iraníes

---

<sup>148</sup> Todas las notas sobre los niveles de popularidad presidencial en este periodo de análisis pueden encontrarse en Boller, John *Public Opinion and white house*. Stanford, Stanford University, 1999.

y de otros países como Libia y Siria, desplegar operaciones para expurgar a esa zona geopolítica de la influencia occidental, con la ventaja que dan los ataques anónimos, el bajo riesgo de represalia internacional, la capacidad expansiva de su operatividad, el nivel de rentabilidad de sus actividades y de acceso a recursos internacionales, estrechamente ligado a la erosión paradigmática que identificaba el terrorismo con una causa ideológica/político/religiosa<sup>149</sup>, sin menoscabo de un elemento: la disposición del aparato militar, diplomático y de inteligencia de un estado nación constituido<sup>150</sup>.

A la crisis de los rehenes y su secuela terrorista estatal - actos de violencia perpetrados por terroristas que trabajaban en secreto para los gobiernos-, se le anudó el hecho de que tropas soviéticas atravesaron la frontera del vecino Afganistán en una maniobra que, aunque parecía tener alcances limitados, pudo considerarse como una amenaza a las abundantes reservas petrolíferas de la región del Golfo

---

<sup>149</sup> Patrick Seale ejemplifica este fenómeno del terrorismo estatal con el comando palestino Abu Nidal - digerido por el terrorista palestino Sabri al-Banna, utilizado en diversas ocasiones por Siria, Irak y Libia (los tres países que figuran desde 1979 en la lista del Departamento de Estado de Estados Unidos sobre los países que emplean el terrorismo *oficial*), un grupo que alcanzó ganancias notables traducidas en inversiones financieras e inmobiliarias onerosas. En Seale, Patrick, *Abu Nidal: A gun for hire*, Nueva York, Random House, 1992, pp. 200-205. Se sugiere al lector el estudio que liga el terrorismo estatal a la política exterior estadounidense de George Alexander L, *Western Terrorism State*, New York, Noutledge, 1982.

<sup>150</sup> Carter logró por vías diplomáticas lograr la liberación de los rehenes, pero el ayatola Jomeini mantuvo su curso de acción incluyendo la amenaza de ejecución de los norteamericanos. La impaciencia de Carter en la crisis se mostró al activarse una operación fallida llevada a cabo por un comando para rescatar de Teherán a los cautivos.

Pérsico<sup>151</sup>, acontecimientos que decretaron el desprestigio de la política exterior de Carter<sup>152</sup>.

A fines de 1979, los líderes soviéticos se involucraron en una guerra civil en Afganistán que derivó en una guerra de guerrillas que recordó la guerra de Vietnam e implicó un fuerte desgaste para la economía soviética<sup>153</sup>. Estados Unidos suministró un número comparativamente pequeño de armas a las guerrillas afganas, aplicó una inmensa presión a la economía soviética y a la propia resolución de sus líderes. La guerra duró una década sin expectativa de poder ganarla, a pesar de haber desplegado 120 mil soldados (16 000 de ellos terminaron muertos y 30 000 heridos), con el despliegue abrumador de tanques, aeronaves y helicópteros, muchos de los cuáles fueron destruidos por armas estadounidenses.

---

<sup>151</sup> Carter reaccionó con la declaración de que el episodio de Afganistán era “la crisis más grave desde la última guerra mundial”, el rechazo a la invasión soviética, incluso por la fuerza militar, el establecimiento de un embargo a los envíos de granos a la Unión Soviética, la reinstauración del reclutamiento y la expansión del gasto militar, la petición al Congreso de que aplazara toda consideración de los SALT, el llamado al Congreso para que sancionara acciones encubiertas de la CIA e intentó organizar un boicot a los Juegos Olímpicos que iban a celebrarse en Moscú en 1980: ninguna medida logró persuadir a los rusos de que salieran de Moscú.

<sup>152</sup> Deben reconocerse logros presidenciales bajo la administración Carter: el sostenimiento de las relaciones diplomáticas con la República Popular China y en el de 1978, cuando asumió una actitud audaz con el Tratado del Canal de Panamá, que devolvía a ese país la total soberanía de la zona del Canal.

<sup>153</sup> “Nadie podía pensar entonces, a pesar de su espectacularidad, que la revolución iraní de 1979 y la invasión soviética en Afganistán, darían un empuje al movimiento radical en el Islam y que aquellas transformaciones eran los primeros pasos de Estados Unidos hacia una nueva era en la que sus fuerzas librarían múltiples guerras en la zona y se encontrarán con el terrorismo de Oriente Próximo en su propio territorio”. En Clark, Richard, *Contra todos los enemigos*. Taurus, 2004, p.58

El guión fallido de esta guerra se refrendó con la imposibilidad de igualar los esfuerzos tecnológicos estadounidenses para la defensa – una primacía sin par deliberadamente propiciada bajo la administración Reagan- y el colapso del imperio soviético después de varios intentos malogrados de reforma de la economía marxista-leninista, un proceso que derivó en el primer gobierno no comunista en Varsovia en septiembre de 1989, la destrucción del muro de Berlín en 1991 y el consecuente colapso de la Unión Soviética.

No obstante, la memoria de la debacle estadounidense en la guerra de Vietnam, las crisis de la economía y de los rehenes iraníes catalizaron a favor de la llegada de Ronald Reagan a la presidencia y la adopción de políticas de perfil ideológico conservador sobre el papel del Estado abogando por reducir su tamaño y su papel, vía la restricción del gasto, los impuestos, las regulaciones y la privatización del sector estatal – asidero inspirado en los éxitos de la política británica de Margaret Thatcher.

Reagan activó el anticomunismo como tema central de su política exterior al caracterizar a la Unión Soviética como el “imperio del mal”, una estrategia propagandística funcional para elevar las partidas presupuestarias destinadas a la defensa, bajo la premisa de que la magnitud de la inversión militar estaría condicionada por las necesidades estratégicas globales estadounidenses y no por las

restricciones financieras<sup>154</sup>, de la mano de un proceso de restauración política de los servicios de inteligencia -de ahí el uso de los informes secretos que validaban la seria amenaza masiva militar de Moscú<sup>155</sup>-, baza fundamental que acreditó la política presidencial de lo imperioso de socavar la economía soviética<sup>156</sup>.

Con la administración Reagan se estableció la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), un proyecto de su asesor en seguridad nacional, Robert McFarlane que buscó suministrar una defensa efectiva contra los misiles y distanciarse del concepto de *Destrucción Mutua Asegurada* que había dominado la *Guerra Fría* en los setenta. Reagan responsabilizaba a Carter de haber permitido a los soviéticos adquirir superioridad estratégica.

---

<sup>154</sup> La inversión en defensa creció de 120 mil millones de dólares en 1979 a 210 mil millones en 1983 y a 273 mil millones en 1986.

<sup>155</sup> Las estimaciones de la CIA permitieron a Reagan persuadir al Congreso y a la opinión pública de la naturaleza inédita del mal comunista en el mundo: la CIA había analizado con cierto rigor la producción militar y la economía soviéticas desde 1951; por otra parte, a raíz de la creación de la Agencia de Información para la Defensa (DIA), en 1961, la CIA fue atacada por infravalorar la amenaza soviética; un proceso de estimación que suscitó temores de manipulación política de los servicios de inteligencia bajo los auspicios de Henry Kissinger. La CIA revisó sus estimaciones sobre el presupuesto soviético de 1975, primero calculado en 152 000 millones de rublos y posteriormente en 239 000 millones; no obstante, Robert Gates, quien había tomado posesión como director de análisis soviéticos de la CIA en 1980, desde el principio sostuvo que Moscú no tenía el poder bélico y económico que se le endilgaba, acusando en 1983 al Departamento de Defensa de exagerar el gasto militar soviético: el departamento declaró que en efecto ese gasto se había estancado desde mediados de los años setenta. Ver Firth, Noel y James Noren, *Soviet Defense Spending: a history of CIA estimates 1950-1990*, Collage Station, Texas A&M Press, 1998; se sugiere además el texto de Gates, Robert *Form the Shadows: the ultimate insider's history of five presidents and how they won the cold war*, Nueva York, Simon and Schuster, 1995.

<sup>156</sup> Reagan también acudió a iniciativas económicas para erosionar las bases financieras soviéticas: reducción de los precios del petróleo para recortar las ganancias de Moscú, apoyo clandestino a Solidaridad en Polonia, a los guerrilleros afganos y a otros movimientos de oposición a los gobiernos comunistas, boicot a las importaciones de tecnologías que interesaban a los soviéticos.

La SDI (o *Guerra de las Galaxias*) promovía que Estados Unidos hiciera pleno uso de su avanzada tecnología a fin de mantener una plena superioridad sobre Rusia: un programa que incluía una vasta panoplia de misiles de alta tecnología, defensivos y ofensivos, nucleares y convencionales<sup>157</sup> y el despliegue de operaciones secretas globales de perfil anticomunista que en la dimensión tecnológica apostaba por desarrollar un escudo de defensa espacial –para contener un ataque nuclear ruso, sus cohetes serían destruidos por rayos láser emitidos por satélite-, mientras en la dimensión política, tenía el objetivo de activar una escalada de ofensivas clandestinas contra gobiernos procomunistas. La baza del SDI remontaba al proyecto del *NSC 68*, al tener por denominador común la premisa de que ganar la carrera armamentística a la URSS daría al traste a la solidez económica soviética<sup>158</sup>.

---

<sup>157</sup> Reagan ordenó la producción, cancelada por Carter, de los aviones de bombardeo B-1, la producción de armas químicas, el aceleramiento de los preparativos para asentar misiles *Pershing II* en Europa occidental, la reversión de la política de los derechos humanos y 5) la expansión de la venta de armas a niveles récord.

<sup>158</sup> Philip Zelikow, ex empleado del Consejo Nacional de Seguridad planteó que “los conservadores sostenían que puesto que la economía soviética era menor lo que se pensaba, Moscú debía de haber destinado aún mayor de recursos a defensa, revelando por tanto sus prioridades belicosas. Además, una economía soviética más pequeña sería menos capaz de competir con el desarrollo defensivo de Reagan.” En Zelikow, Philip, “American Intelligence and World Economy”, de Jeffrey-Jones, y Andrew Lownie(comps), *In from the cold*, University Press of Kansas, 1991.

Este cúmulo de iniciativas de defensa se acompañó de la expansión presidencial de los poderes de secrecía gubernamental y de las operaciones encubiertas desplegadas por la CIA a escala global –con el consecuente aumento de su presupuesto-<sup>159</sup>, bajo el guión presidencial de revertir las limitaciones legislativas impuestas desde la era Nixon a los servicios de inteligencia.

El nuevo giro de la política exterior estadounidense fue perfilado por el Secretario de Estado, Alexander Haig, quien mostraba firmeza en la necesidad de perfilar una política presidencial que permitiera recobrar el quebrantado prestigio y la posición hegemónica estadounidense en el mundo.

El nombramiento de William Casey en 1981 –un ex jefe de inteligencia en territorio europeo-, como responsable máximo de la CIA, implicó el intento de reversión drástica contra las revelaciones políticas indeseables sobre operaciones secretas y el crecimiento geométrico de los poderes discrecionales de la agencia, que buscó ser consolidado con una operación política destinada a propiciar una legislación favorable a los servicios de inteligencia: se impulsó un estatuto para eximir a la CIA de la ley de libertad de información así como la ley de protección de la identidad del espionaje, una operación que tuvo una réplica mordaz por parte de los congresistas no partidarios del gobierno de

---

<sup>159</sup> El presupuesto de la CIA ascendió de 6 000 millones de dólares en 1980 a 20 000 millones en 1985, según Woodward, Bob, Veil, *Las guerras secretas de la CIA 1981-1987*, Barcelona, Ediciones B, 1987, p.180

Reagan, pertinaces en acotar la discrecionalidad de sus servicios de inteligencia.

Casey inscribió una lógica geopolítica novedosa en los servicios de inteligencia estadounidense que implicaba que la historia estadounidense no era reducible a la Guerra Fría ni el enemigo estadounidense a la Unión Soviética, sino que también debían considerarse otras amenazas como el terrorismo, el nacionalismo y la dependencia de los recursos, por lo que la agencia tendría que tener más ambición que la contención del comunismo y anticipar e identificar un amplio espectro de problemas que se prolongarían mas allá del año 2000<sup>160</sup>.

El caso Irán-Contra, consumó un evento crítico para la presidencia de Reagan: en 1981, el gobierno de Reagan propició una campaña propagandística contra el gobierno sandinista de Nicaragua, apoyando para ello a la Contra, que aspiraba a derrocar al régimen de izquierda, vía una operación clandestina de la CIA instrumentada sin informar al Congreso<sup>161</sup>.

---

<sup>160</sup> Casey William, *Scouting the future: the public speeches of William T. Casey*, Washington D.C. Regnery Gateway, 1989.

<sup>161</sup> A comienzos de noviembre de 1986, se empezó a destilar información en los medios de que los Estados Unidos, con ayuda de Israel, habían estado vendiendo armas en secreto a Irán para conseguir la liberación de los rehenes estadounidenses que los terroristas de inspiración islámica mantenían en el Líbano, a pesar de que el presidente Reagan había condenado la negociación con los terroristas y había exhortado repetidas veces a sus aliados que no vendieran armas en Irán. Durante los meses siguientes se confirmó la especie de que un grupo de oficiales del gobierno que operaban desde la Casa Blanca había canalizado los ingresos de la venta de armas a Irán a la Contra nicaragüense, aunque el Congreso había prohibido esa ayuda. La figura clave de estos eventos fue el teniente coronel Oliver P. North, que había actuado con la aprobación expresa de su superior

Reagan participaba de la idea de que los sandinistas habían establecido un gobierno que operaba como cabeza de playa soviética desde la cual se podía extender los objetivos socialistas por toda América. De ahí la operación de entrenar y armar a los contrarrevolucionarios nicaragüenses (Contra), que lanzarían ataques desde Honduras sobre las plazas fuertes sandinistas. De hecho, Reagan afirmaría que “la seguridad nacional de todas las Américas está en juego en América Central”.

Los congresistas que se oponían a la intervención de la CIA en el conflicto Irán-Contra equiparaban a los contras con escuadrones de la muerte salvadoreños, argüían que muchos de ellos habían respaldado al régimen de Somoza<sup>162</sup> y temían reeditar otro Vietnam si Reagan fuese obligado por las circunstancias a desplegar fuerzas de combate estadounidenses. Ningún otro asunto –el control de armas, Medio Oriente o las relaciones con Rusia-, causó una división tan profunda y

---

candidato, el consejero de Seguridad Nacional vicealmirante John M. Poindexter, así como la del director de la CIA, William Casey. Cuestionado por su papel, el presidente declaró en un principio que su propósito al enviar armas a Irán no había sido conseguir la liberación de los rehenes, sino forjar nuevos vínculos con los moderados de Teherán, declaración de la que pronto se desdijo. Por recomendación de un fiscal especial, se entablaron procesos criminales contra Poindexter y North; en 1990 Poindexter fue hallado culpable de obstrucción y hacer falsas declaraciones al Congreso y cumplió una sentencia de seis meses; North fue hallado culpable de cargos similares, aunque su condena fue sorteada.

<sup>162</sup> En febrero de 1978, Carter cortó apoyo militar y económico a uno de los más antiguos aliados de Estados Unidos, el dictador Anastasio Somoza de Nicaragua, con un amplio historial en violación de derechos humanos; en junio de 1979 Estados Unidos apoyó una resolución de la OEA que pedía la renuncia de Somoza. Somoza huyó a Miami y un año después fue asesinado en Paraguay. Estados Unidos reconoció inmediatamente al nuevo gobierno sandinista y le aportó 16 millones de dólares en ayuda económica, cantidad que se incrementó en 1980 a 75 millones. Debe señalarse que no obstante que los sandinistas contaban con elementos proto comunistas en su gobierno, la respuesta de Carter a la revolución nicaragüense representó un giro geométrico en las relaciones de Estados Unidos con América Latina.

amplia en la opinión pública norteamericana y en el congreso estadounidense.

Las revelaciones en 1984 por *Associated Press* de que la CIA había preparado un manual para los contras que sugería asesinatos y secuestros – incluso de miembros del mismo bando-, como tácticas de lucha a utilizar en Nicaragua para culpar a la oposición<sup>163</sup>, y de que la CIA había minado en secreto los puertos nicaragüenses, ofreció respuesta a las suspicacias y los temores de los congresistas, por lo que impulsaron la prohibición de ayuda militar a la Contra y promovieron la *Enmienda Boland*<sup>164</sup>.

El mérito político de estas revelaciones era que desvelaban un programa integral de empleo del terror para derribar al gobierno sandinista, llevado a cabo por una administración que asumió una política de abierta denuncia al terrorismo internacional. Reagan – bajo la retórica de que Nicaragua se había convertido en un *Estado comunista totalitario*-, encontró por respuesta el desafío congresista a su política clandestina de apoyo a los contras, quienes no hicieron progresos a pesar de todo el apoyo financiero, militar y de fondos privados

---

<sup>163</sup> Ver Johnson, Loch, *Secret Agencies: US intelligence in a hostile world*, Yale University, 1996, pp.102-3

<sup>164</sup> El diputado Edward P. Boland presidió la comisión permanente de inteligencia de la Cámara de Representantes desde 1977 hasta 1985, y tanto él como sus colegas mostraron una gran resistencia a la política de secrecía presidencial que revertía el asesinato y el terror como instrumento de la política estatal: el incidente de los puertos de Nicaragua motivó una condena de Estados Unidos por el Tribunal Internacional de la Haya. En diciembre de 1982, la enmienda Boland prohibió a la CIA armar al movimiento contrarrevolucionario de Nicaragua.

recibidos, por no tener bases populares de respaldo, carecer de un liderazgo ni programa unificador y por su incapacidad para controlar las ciudades entablando una guerra abierta con el ejército sandinista.

Se suscitaron otros episodios críticos en la administración Reagan relacionados con el terrorismo internacional, un fenómeno recurrente desde la década de los setenta, que se abría paso en la agenda de seguridad nacional y de la política exterior estadounidense.

En junio de 1982, con la aquiescencia del gobierno estadounidense, Israel<sup>165</sup> invadió el Líbano para destruir las bases utilizadas por las guerrillas de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), para atacar sus asentamientos septentrionales<sup>166</sup>. Líbano se sumergió

---

<sup>165</sup> El Secretario de Estado de Reagan, Alexander Haig y el de Defensa, Caspar Weinberger, querían lazos militares estrechos con Israel, porque consideraban al mismo como el poder más fuerte y confiable en la región. La dificultad estaba en que los israelíes, aunque ansiaban aceptar las armas y deseaban cooperar con la inteligencia militar estadounidense, veían a la OLP y al nacionalismo árabe como la principal amenaza, no a los rusos. Las alianzas son casi imposibles de realizar cuando los potenciales miembros no se ponen de acuerdo sobre cuál es el enemigo común. Haig y Weinberger se daban cuenta de que antes de que ellos pudieran persuadir a Israel a concentrarse en una alianza contra los rusos, Israel tenía que asegurar fronteras pacíficas.

<sup>166</sup> Para Laqueur, "la historia de la resistencia palestina puede recapitularse así: los militantes palestinos no aceptaban la existencia de un Estado judío y organizaron una resistencia armada en su contra. En 1964 se fundó la OLP, actuando como organización tapadera para el Al Fatah y otras organizaciones terroristas de menor tamaño como el PFLP del doctor Habash (que tenía 500 militantes en 1975), el Frente Democrático Popular de Palestina (PDFLP) de Naif Hawatme (con 300), el Saiqa, financiado por Siria (con 2000), y otros. Sus bases se encontraban fuera de Israel, aunque desde luego disponían de miembros y simpatizantes en el interior del Estado judío. Los esfuerzos encaminados a poner en pie un movimiento guerrillero rural en Israel, poco después de la guerra de los seis días, fracasaron - el terreno era inadecuado y las fuerzas de seguridad de israelíes estaban alertas. Entre 1968 y 1969, un anterior intento de terror urbano en el campo de refugiados de Gaza tuvo un éxito algo mayor, pero al reubicar a los refugiados en nuevos campos, las autoridades israelíes recuperaron muy pronto la iniciativa y el terrorismo cesó. Desde entonces, las organizaciones palestinas se han visto implicadas, *grosso modo*, en tres tipos de operaciones: en el bombardeo de asentamientos israelíes desde posesiones situadas al otro lado de la frontera; en incursiones relámpago realizadas por pequeñas unidades y dirigidas contra vehículos de

en la anarquía y se desató la confrontación entre cristianos y musulmanes, así como entre las tropas israelíes y sirias. En agosto, los israelíes que sitiaban Beirut aceptaron retirarse para permitir que una fuerza combinada de estadounidenses, franceses e italianos supervisaran la evacuación de la OLP, pero tan pronto la fuerza multinacional se marchó, los israelíes regresaron.

En octubre de 1983 un suicida musulmán, estrelló un camión repleto de explosivos contra las barracas de los marines en el aeropuerto de Beirut y mató a 241 militares estadounidenses.

Se suscitó el asesinato a manos de la milicia de la falange cristiana de cientos de refugiados en los campamentos palestinos, lo que obligó a las Naciones Unidas a volver a enviar a Beirut el ejército multinacional para mantener la paz entre las facciones enfrentadas, sólo para hallarse sitiados y comprobar su condición de impotencia ante los acontecimientos. No sólo no había suficientes marines, soldados franceses e italianos para imponer su voluntad sobre cualquiera de las facciones combatientes, sino que la mera presencia de las tropas occidentales, especialmente de los marines, enfurecía a los musulmanes de Beirut: cada partido tenía su propia milicia, Siria ocupaba el este del Líbano, Israel el sur, lo que quedaba de la OLP

---

transporte o asentamientos israelíes, incursiones combinadas a veces con un intento de obtención de rehenes; y en ataques contra individuos israelíes y judíos, así como oficiales en terceros países, junto con el secuestro de aviones de terceros países." En Laqueur, Walter, *Una historia del terrorismo*. Paidós, Barcelona, 2003, pp.262-3

ocupaba el norte del Líbano, mientras los marines de USA sin un objetivo claro ni la fuerza necesaria para actuar (había sólo 1500 de ellos), aislados en el aeropuerto de Beirut. el Pentágono recomendó la retirada, pero el presidente se opuso negándose a creer que estaba en juego el prestigio de la política exterior estadounidense en Oriente Medio.

En este contexto, Reagan tuvo que retirar la fuerza pacificadora, con lo que selló una política errática en el Oriente Medio que estaba dirigida a proporcionar a Israel fronteras estables, construir una alianza militar que evitara la influencia soviética en la región y contrariar las ambiciones expansionistas de Siria, aliada rusa.

En suma, un expediente con guión abierto que mostró los límites de la política exterior estadounidense para influir en conflictos internacionales ajenos, exhibida por el hecho de que los intereses y las energías de Israel estaban centrados en la persecución de los judíos vía los atentados terroristas y en los problemas derivados del nacionalismo árabe antes que en la alianza antisoviética, por la fallida intervención estadounidense en el Líbano que atizó para los iraníes el imaginario del mal asociado a los rusos y a los estadounidenses, sin demeritar el efecto de los ineficaces bombardeos aéreos en Libia – destinados a

asesinar al coronel Gaddafi para poner fin a su apoyo al terrorismo<sup>167</sup>-y, por el desastre político detonado por el asunto Irán-Contra en 1987.

El Líbano estuvo a punto de reeditar el problema que contribuyó a la debacle de la presidencia de Carter, es decir, el secuestro de rehenes inocentes a manos de revolucionarios seguidores del ayatola Jomeini<sup>168</sup>, que exigían rescate para su liberación. Reagan había prometido jamás pagar un rescate y al principio evitó no llamar excesivamente la atención sobre el problema. No obstante, catalizó su desesperación en la crisis el que los terroristas se apoderaran del jefe de la oficina de la CIA en Beirut, William Buckley, quien fue torturado hasta morir.

---

<sup>167</sup> En reacción a la represalia estadounidense vía bombardeos aéreos a Trípoli y Bengasi por la presunta participación de Libia en el atentado terrorista de Berlín, el líder libio Muammar el-Gaddafi se alió con el Ejército Rojo Japonés (ERJ) formando la organización de "Brigadas Antiimperialistas Internacionales" (BAI) que logró activar operaciones terroristas contra las embajadas norteamericana y japonesa en Yakarta (Indonesia) con morteros accionados por control remoto en un hotel cercano. El ERJ/BAI desplegó atentados contra objetivos militares en Estados Unidos y en Europa. "Sin embargo, el brazo americano del plan sufrió un duro revés cuando, un mes antes de que comenzaran los atentados, el veterano terrorista del ERJ Yu Kikumura fue arrestado por un agente de la policía de Nueva Jersey mientras iba de camino a Nueva York. En el asiento trasero del coche de Kikumura, el policía encontró varios extintores que habían sido vaciados y vueltos a llenar con explosivos y clavos. Kikumura había planeado colocar las bombas en el exterior de una oficina de reclutamiento de la armada estadounidense en el distrito financiero de Wall Street, en Mahattan, justo en horario de la comida. La carnicería que podía haber originado la explosión de las bombas hubiese superado con creces las cinco muertes producidas por las bombas del World Trade Center que ocurrirían cinco años después. Kikumura fue juzgado y condenado a treinta años de prisión." Hoffman, Bruce, *A mano armada. Historia del Terrorismo*. Espasa, España, 1999, p.283

<sup>168</sup> El trasfondo de la campaña terrorista islámica apadrinada por Irán es el objetivo de difundir a otros países una interpretación fundamentalista de la ley islámica: "debemos esforzarnos, decía el ayatola en 1980, por exportar nuestra revolución al resto del mundo". La violencia y la coerción están permitidas, son necesarias y cuentan con la bendición divina en el paradigma doctrinal de Jomeini, que buscó reafirmar las enseñanzas fundamentales del Corán y resistirse a la influencia occidental en Oriente Medio, en donde a Irán se le ubica como defensor de los pueblos oprimidos de todo el mundo.

El plan maestro diseñado por la administración Reagan para enfrentar este escenario de crisis consistía en la venta de armas a Irán, lo que le daría supuestamente a los Estados Unidos una alianza estable con Irán, el rescate de los rehenes (bajo la premisa de que Jomeini ordenaría su liberación, en gratitud).

La ganancia potencial era que los iraníes pagarían el doble por el valor de las armas y los contras (nicaragüenses) podrían así obtener financiamiento a su movimiento subversivo, una matriz estratégica sin límite de tiempo por el hecho de que la administración Reagan suministraba simultáneamente a Irak servicios de inteligencia militar, reunidos en satélites de espionaje estadounidenses que servirían para asegurarle que ni aun con las armas de Estados Unidos, los iraníes ganarían la guerra: una espiral interminable de venta de armas.

La nota no escrita a pie de página en el plan maestro era que Reagan no podía, ante tales propósitos, confiar en los iraníes (lección consumada en la propia presidencia de Carter) y que el nivel absoluto de secrecía presidencial no garantizaba no sólo su éxito, sino su propia instrumentación efectiva en tanto implicaba violentar las leyes estadounidenses vigentes en materia de inteligencia nacional, al no querer involucrar a su propio Secretario de Estado – lo que le restaba una base burocrática sólida a su plan-, con un congreso federal presto al escrutinio: lección derivada del escándalo *Watergate*.

A principios de los ochenta, Estados Unidos suscribió acuerdos, convenios y tratados internacionales - de carácter bilateral y multilateral-, orientados a fortalecer las medidas legales, recabar información de inteligencia y combatir las vías de acceso a los recursos para los países que financian y respaldan al terrorismo internacional.

Desde entonces el impulso de iniciativas estadounidenses de directrices internacionales contraterroristas ha implicado no sólo la aplicación de programas de prevención y capacitación para el manejo de crisis propiciadas por atentados terroristas, sino también la adopción de estrategias diversas para estimular:

- *La cooperación internacional*, a través del respaldo político y financiero a gobiernos, independientemente de la legitimidad y la naturaleza del régimen que encabecen, pero proclives a la contención de la proliferación de células terroristas enfocadas en objetivos norteamericanos.
- El recrudescimiento de las *disposiciones punitivas internacionales* contraterroristas y la implementación de sanciones económicas de diversa índole incluyendo transacciones financieras, embargos comerciales, créditos y garantías de exportación, asistencia internacional, transferencia tecnológica<sup>169</sup>.

---

<sup>169</sup> Desde 1984 el Departamento de Estado, es responsable de los programas del combate internacional del terrorismo, donde una de sus unidades - el Servicio de Seguridad Diplomática del Departamento -, ofrece recompensas por 5 millones de dólares a quien proporcione información que ayude a prevenir o resolver actos terroristas internacionales contra ciudadanos y propiedades norteamericanas.

- La adopción de *políticas coercitivas* contra agentes, organizaciones y países asideros de brotes terroristas<sup>170</sup>, lo que ha implicado la búsqueda y aprehensión extraterritorial, la suspensión de asistencia militar y económica estadounidense, la imposición de embargos, el bloqueo de cuentas bancarias e incluso el desarrollo de operaciones de intervención militar.

En la década de los ochenta y los noventa, se suscitaron en los Estados Unidos diversos atentados terroristas contra ciudadanos, infraestructura y sedes estadounidenses, fuera y dentro del país.

Estos agravios desencadenaron una serie de políticas presidenciales e iniciativas legislativas orientadas a fortalecer los organismos policíacos y la inteligencia doméstica y extraterritorial<sup>171</sup>.

Bajo la administración del presidente Ronald Reagan se instituyó la Oficina de Combate al Terrorismo adscrita al Departamento de Estado, iniciando así el despliegue de medidas de *diplomacia internacional contraterrorista* orientadas a prever la incidencia de esta amenaza en personal y sedes americanas en el exterior.

---

<sup>170</sup> El Departamento de Estado publica anualmente una lista de los países y organismos terroristas que, a juicio de los Estados Unidos, patrocinan o dan albergue a quienes estimulan este fenómeno a escala internacional.

<sup>171</sup> Desde la década de los ochenta, Estados Unidos ha alentado un amplio expediente de medidas legales y policiales de carácter extraterritorial aduciendo jurisdicción externa para castigar a quienes cometen delitos que afectan los intereses norteamericanos – tales como crímenes dirigidos contra propiedades, funcionarios o ciudadanos estadounidenses; el tráfico internacional de drogas o el terrorismo. Estas disposiciones se han combinado con esfuerzos para propiciar un sistema punitivo que amplíe el universo de actividades delictivas sancionables a escala global.

El gobierno impulsó programas dirigidos a personal de seguridad, funcionarios gubernamentales y empresarios para: fortalecer la capacidad de los países aliados a los Estados Unidos para enfrentar contingencias; detección de bombas; consolidar las medidas de seguridad aeroportuaria y marítima; rescatar rehenes y capacitar en el manejo de explosivos, entre otros.

Así, en 1983 se creó el Programa de Asistencia Antiterrorista y en el mismo año, el presidente Reagan creó al interior de la Agencia Central de Inteligencia un Centro Contraterrorista (CTC), con el propósito de producir información y análisis de inteligencia contra amenazas terroristas.

Con una economía nacional en expansión al asumir el segundo mandato<sup>172</sup>, en julio de 1985 Reagan marcó a cinco naciones, Irán, Cuba, Nicaragua, Corea del Norte y Libia como “miembros de una confederación de estados terroristas” que estaba llevando a cabo “actos directos de guerra” contra Estados Unidos.

---

<sup>172</sup> Al finalizar su mandato Reagan legó en términos de comercio exterior, uno de los desequilibrios más notables de la historia estadounidense a la par de un histórico déficit del presupuesto federal.

De las 950 personas asesinadas en 1985 debido a actos perpetrados por terroristas, sólo 23 eran estadounidenses: el terrorismo era importante en buena medida porque la presidencia de Reagan había magnificado su lugar en la política exterior estadounidense.

En abril de 1986 estalló una bomba terrorista en una discoteca de Berlín frecuentada por soldados estadounidenses, con el resultado de la muerte de uno de ellos y de una mujer turca, y de 200 heridos. La reacción presidencial se fundamentó en información de inteligencia que establecía, vía la interceptación secreta de comunicaciones, que Libia estaba involucrada en el patrocinio de estos eventos por lo que Reagan autorizó que bombarderos F111 lanzaran un ataque contra los cuarteles y barracas militares de Gaddafi en Trípoli, y la señora Thatcher permitió que las naves estadounidenses operaran desde las bases estadounidenses en Gran Bretaña, lo que permitió al gobierno estadounidense acreditar un mensaje de firmeza contra el patrocinio estatal del terrorismo<sup>173</sup>.

---

<sup>173</sup> Reagan, Ronald, *An American Life: An Autobiography*, Nueva York, 1990, pp.134-135

Otro incidente terrorista que le detonó a la administración Reagan se suscitó con el secuestro del vuelo 847 de la TWA por terroristas chiítas libaneses en 1985. Tres terroristas del *Hezbollah* secuestraron el avión el 14 de junio mientras volaba desde Roma a El Cairo<sup>174</sup>.

Este escenario de crisis validó el terrorismo como táctica al propiciar una intensa presión doméstica sobre el gobierno federal, así como a Israel para acceder a las exigencias de los secuestradores y liberar a los 756 chiítas; a cambio, los terroristas liberaron a los treinta y nueve rehenes americanos y cosecharon un triunfo mediático que en realidad habían planificado con oficio para magnificar los eventos y el alcance internacional de su acción<sup>175</sup>.

---

<sup>174</sup> En un principio, los secuestradores exigieron la liberación de 776 chiítas encarcelados en Israel. El avión se dirigió a Beirut, luego a Argel y de vuelta a Beirut, y en cada una de las escalas los terroristas fueron liberando a todos los pasajeros no estadounidenses, además de las mujeres y los niños, hasta que sólo quedaron treinta y nueve americanos barones a bordo. Cuando el avión aterrizó por segunda vez en Beirut, los terroristas escondieron a los rehenes en diversos lugares de la ciudad, impidiendo así cualquier intento de rescate por parte de las fuerzas de inteligencia y de élite militar estadounidenses. La crisis de los rehenes duró diecisiete días y contó con una intensa cobertura televisiva sobre los rehenes en Beirut y las angustias familiares conexas. Una cobertura mediática que contrajo el protagonismo de los propios líderes de opinión y las empresas televisivas en términos de una disputa mordaz por mantener altos niveles de audiencia y la consecuente polémica sobre el papel que han de jugar los medios en el manejo de crisis asociadas a actos terroristas: Sobre la crisis de rehenes en Teherán, el antiguo secretario de Estado, Henry Kissinger, y el consejero de seguridad del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, plantearon que la febril cobertura informática - al centrar la información en tragedias individuales y entrevistas a familias angustiadas y asustadas- de los secuestros de los ciudadanos norteamericanos complicaba y debilitaba los esfuerzos del gobierno para conseguir su liberación. En Joseph Fromm, ¿"T.V.: does it Box in (the) President in a Crisis?", *US News and World Report*, Washington D.C., 5 de julio de 1985.

<sup>175</sup> La hábil manipulación de las cadenas norteamericanas por los terroristas "fue consciente. En las reuniones en casa de Sabih Berri en Beirut Oeste en las que se decidían las tácticas, participan licenciados en periodismo y ciencias de la información que habían estudiado en universidades americanas". Citado en Walter Laqueur, *The Age of Terrorism*, Boston, Little, Brown, 1987, p.125

Una amenaza para la estabilidad mundial que le tocó enfrentar a la administración Reagan fue la Guerra *Iran-Irak*. Las dos partes comenzaron, desde 1980, a atacar con misiles modernos los tanques petroleros del Golfo Pérsico. En 1979, Sadam Hussein lanzó un ataque contra Irán en un intento de apoderarse de sus campos petroleros, mientras el ayatola Jomeini llamaba a la mayoría chií de Irak a la rebelión contra el líder iraquí.

Ante los acontecimientos desatados por la guerra iraní-irakí, Estados Unidos asumió con Reagan la *Doctrina Carter* – el uso de la fuerza militar para impedir que los rusos controlaran la región o interrumpiera el flujo de petróleo el abandono de todo viso de imparcialidad en la guerra Irán e Irak al elegir proteger los depósitos de petróleo de Kuwait (debido a que Kuwait, aliado de Irak, empleaba los beneficios de la venta de petróleo en costear la guerra de Irak con Irán).

El fin de la *Guerra Fría* eclipsó el papel de la Unión Soviética en el mundo, sellando un triunfo de la política exterior estadounidense, no obstante mantenía la posesión de un arsenal nuclear imponente: el presidente Bush padre evitó asumir una actitud triunfalista ante los acontecimientos que derivaron de la erosión del imperio soviético, alcanzando vía la estrategia de la diplomacia personal, acuerdos

copulares de desarme recíproco<sup>176</sup> y de manera paralela, evitando afectar el presupuesto militar y la posición de unipolaridad estratégica estadounidense en el mundo<sup>177</sup>.

Aunque George Bush padre asumió la presidencia con más experiencia en asuntos exteriores que casi todos sus predecesores, no logró demostrarlo en el manejo de las crisis diplomáticas que se desarrollaron al comienzo de su administración: demostró desdén ante los problemas de la región centroamericana al persistir en la ayuda económica a la Contra nicaragüense, generar bloques comerciales a la economía y ver a Daniel Ortega sólo como extensión de la influencia soviética y cubana; mostró una reacción volátil ante el uso de las tropas efectuado por el gobierno comunista chino para aplastar la masiva manifestación estudiantil a favor de la democracia en la plaza

---

<sup>176</sup> En julio de 1991, logró la firma del Tratado sobre la Reducción de Armas Estratégicas (START), el primero en reducir, en lugar de limitar simplemente, las armas nucleares de largo alcance; establecía la reducción de armas ofensivas estratégicas en un 30% en tres fases durante siete años. A ello le siguió el anuncio de Bush de que, como una invasión soviética de Europa Occidental ya no era una amenaza real, los Estados Unidos eliminarían todas sus armas nucleares tácticas de tierra y mar en Europa y Asia. En 1992 Bush logró con Yeltsin importantes reducciones en armas estratégicas nucleares: los Estados Unidos y Rusia, que en esa fecha poseían unas 10 mil cabezas nucleares cada uno, acordaron reducir sus totales en el 2003 a 3 500 y 3000, respectivamente.

<sup>177</sup> En enero de 1990, Dick Cheney - el actual Vicepresidente de Estados Unidos- planteó que Estados Unidos continuará necesitando una gran armada y fuerzas de intervención en general para afrontar conflictos menores y amenazas a los intereses norteamericanos en lugares como Latinoamérica y Asia. La estrategia de Seguridad Nacional de 1990 prevía la necesidad de "reforzar nuestras unidades avanzadas ya desplegadas y de proyectar nuestro poder en aquéllas áreas en las que no contamos con una presencia permanente, sobre todo en Oriente Próximo, ya que el mundo libre depende del suministro energético proporcionado por esta región fundamental." Estados Unidos debía estar preparado para enfrentar "conflictos de baja intensidad" que involucran "peligros de orden menor, como el terrorismo, la subversión, la insurgencia y el tráfico de drogas, que están amenazando de una forma nueva a Estados Unidos, sus ciudadanos y sus intereses... Los conflictos de baja intensidad implican una lucha entre principios e ideologías enfrentados, pero ésta no llega a alcanzar el nivel de una guerra convencional". En Gordon, Michael, *The New York Times*, 31 de enero de 1990 y *National Security Strategy of the United States*, marzo de 1990, ambos citados por Chomsky, Noam, *El miedo a la democracia*. Crítica, Barcelona, 2003.

Tiananmen (Pekín) en junio de 1989, al enviar en secreto a su consejero de Seguridad Nacional, Ben Scowcroft a China, bajo la falsa creencia de que podía mejorar las relaciones chino estadounidenses; adoptó una posición diplomática al asesinato por Libia de 259 pasajeros perpetrado con una bomba en el vuelo *Pan Am 103*, mostrando la ausencia de una política antiterrorista oficial.

Además, enfrentó los escándalos internos derivados del *Iranagate* con el derrocamiento del gobierno de Panamá: durante varios años desde que llegó al poder en 1981, el dictador panameño general Manuel Noriega, había mantenido estrechas relaciones con Washington y sobre todo con la CIA - al grado de que durante la gestión del propio presidente como director de la CIA la había consolidado como la principal fuente de financiamiento del general Noriega, quien era a su vez el principal proveedor de información sobre Centroamérica - el gobierno de Reagan, obsesionado con derrocar a los sandinistas nicaragüenses, había cerrado los ojos ante el notorio tráfico ilegal de drogas de Noriega-. Noriega fue el expediente idóneo para desviar los beneficios del narcotráfico al apoyo de la Contra nicaragüense, asunto particularmente espinoso en la época del escándalo Irán -Contra y la lucha constitucional por el control de la política exterior estadounidense.

Después de las divulgaciones del *Irangate* de 1987, Estados Unidos terminó su alianza con el general Noriega y en febrero de 1988 un gran jurado federal de Florida le procesó por conspirar con el cártel del narcotráfico de Colombia por introducir ilegalmente drogas en territorio estadounidense<sup>178</sup>.

La primera gran crisis posterior a la conclusión de la *Guerra Fría* se desarrolló en el Golfo Pérsico. El dictador iraquí Saddam Hussein – que había recibido durante la década de 1980 apoyo y aliento por parte de las naciones de Occidente contra el fundamentalismo iraní-, invadió más de 100 000 soldados iraquíes y después anexó el emirato colindante de Kuwait<sup>179</sup> – un pequeño pero inmensamente rico estado del Golfo que era un importante proveedor de crudo para Estados Unidos y muchos otros países avanzados.

Además de invocar una antigua disputa fronteriza, declaró que Kuwait había deprimido los precios internacionales de petróleo al exceder la cuota establecida por la Organización de Países Exportadores de

---

<sup>178</sup> A pesar de la imposición de sanciones económicas, Noriega permaneció en el poder y cuando se celebraron elecciones presidenciales en mayo de 1989 anuló los resultados y declaró vencedora su candidatura. Bush padre instó al pueblo panameño a derrocarlo, enfrentando el fracaso posterior de un golpe de estado y la ejecución de los conspiradores. Dos meses después, la Asamblea Nacional Panameña proclamó a Noriega presidente y anunció la existencia del estado de guerra con los Estados Unidos. En diciembre de 1989, tras una serie de incidentes entre los que se incluyó la muerte un marine a manos de los soldados panameños, Bush ordenó la invasión de Panamá, con un número elevado de bajas civiles panameñas y la instalación de un gobierno de centro-derecha, encabezado por Guillermo Endara – quien había ganado las elecciones-, mientras Noriega se rindió ante las fuerzas armadas estadounidenses y apresado en Miami por tráfico de cocaína y blanqueo de dinero, convirtiéndose en 1992 en el primer ex jefe de estado condenado a prisión por un jurado estadounidense.

<sup>179</sup> Acerca de los eventos que causaron la crisis ver Morris, Hervey *Saddam's War: the origins of Kuwait conflict and the international response*. New York, Oxford University, 1992.

Petróleo (OPEP). Eran pretextos: la razón de la invasión fueron las dificultades financieras de Iraq. Su hacienda se había visto menguada por los ocho años de guerra con Irán y sus ingresos por petróleo, aunque considerables, no eran suficientes para mantener su maquinaria bélica y el régimen autocrático.

La toma de Kuwait proporcionada a Saddam el control de más de un 20 por ciento de las reservas petroleras mundiales y el potencial de controlar casi la mitad mediante el dominio de los estados meridionales del Golfo<sup>180</sup>. El dirigente iraquí había calculado que el resto del mundo no intervendría en una disputa entre vecinos árabes. Pero el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenó de inmediato la invasión, demandó la retirada iraquí e impuso un embargo comercial y financiero.

Buscando neutralizar el acto de agresión y disuadir a cualquier potencial agresor en el escenario del conflicto, en agosto de 1991, el presidente Bush despachó fuerzas militares a Arabia Saudí para detener una posible incursión iraquí y, con habilidad diplomática, reunió contra Iraq una coalición internacional de más de cincuenta países, que incluía tanto a la Unión Soviética como a diversos países árabes moderados.

---

<sup>180</sup> La invasión de Kuwait a manos de Hussein fue un escenario de crisis imprevisto para los servicios de inteligencia estadounidense; incluso inadvertidamente se auspició por ellos mismos: después que la revolución iraní hubo perdido fuerza, Estados Unidos había seguido obsesionado con la amenaza que significaba Irán y, considerando a Iraq un contrapeso regional crucial, había proporcionado a Saddam ingentes cantidades de tecnología militar avanzada.

El 8 de noviembre, el presidente Bush ordenó el incremento de las fuerzas estadounidenses en el Golfo hasta 400 000 soldados para hacer posible la acción militar ofensiva y el 29 de noviembre, a instancia de los Estados Unidos, las Naciones Unidas utilizaron el uso de la fuerza contra Iraq si no se retiraba de Kuwait antes del 15 de enero. Las afirmaciones del servicio de espionaje estadounidense sobre la capacidad militar iraquí resultaron muy exageradas y al final los ejércitos aliados, lejos de contar con una fuerza inferior, como había predicho el Pentágono, disfrutaron de la ventaja de dos contra uno en cuanto a fuerza humana y una superioridad aplastante en tecnología, técnica, entrenamiento y potencia de fuego militares.

Los dirigentes del Congreso eran inflexibles en que, aunque el presidente hubiese obtenido la sanción de Naciones Unidas para la acción militar, no tenía derecho constitucional a mandar a las tropas a la batalla sin su aprobación explícita. El 10 de enero comenzó a debatir una resolución que autorizaba el uso de la fuerza. Dos días después fue aprobada por la Cámara sin apuros (250-183), pero el margen obtenido en el Senado fue reducido (52-47).

Para entonces, la fuerza expedicionaria estadounidense había aumentado a más de 500 000 soldados, el mayor despliegue militar estadounidense desde la guerra de Vietnam. Otros miembros de la coalición mandaron 250 000 soldados más, de los cuáles los mayores contingentes los suministraron Arabia Saudí, el Reino Unido, Egipto,

Siria y Francia. Pero al igual que la guerra de Corea, la Operación Tormenta del Desierto (como iba a conocerse el conflicto del Golfo), fue sobre todo una guerra estadounidense, con un general suyo, Norman Schwarzkopf, al mando de todas las fuerzas aliadas.

En consecuencia la guerra fue corta, con objetivos militares limitados y por parte aliada, casi sin derramamiento de sangre<sup>181</sup>: la presión sobre Bagdad, al menos en esta expedición no tuvo el objetivo de imponer una alternativa democrática a la dictadura militar de Hussein, lo que los generales victoriosos de la guerra y el gabinete presidencial de Bush veían como una extensión *política* de una campaña autorizada por las Naciones Unidas que era enteramente militar.

---

<sup>181</sup> La batalla comenzó el 17 de enero con una serie de ataques aéreos devastadores sobre Bagdad y otros blancos iraquíes, emprendidos por los bombardeos aliados con base en Arabia Saudí y Turquía y por los misiles de crucero Tomahawk lanzados desde el mar. Las defensas aéreas iraquíes resultaron vulnerables a productos de la alta tecnología estadounidense como los misiles conducidos por láser y el bloqueo electrónico. A los pocos días las pistas de aterrizaje iraquíes estaban inutilizables y su fuerza aérea, neutralizada, por lo que los ataques aéreos aliados se ampliaron para incluir los sistemas de comunicación, las centrales eléctricas, los puestos de lanzamiento de misiles y las plantas de producción de armas nucleares, químicas y biológicas. Aunque después de la guerra se supo que el 70 por ciento de las bombas arrojadas sobre Iraq no dieron en el blanco, los aliados destruyeron gran parte de la infraestructura y equipamiento militar iraquí. El único modo de devolver el ataque para Saddam fue la utilización de lanzamientos móviles que dispararon proyectiles SCUD soviéticos sobre Arabia Saudita e Israel. Pero sólo causaron ligeros daños y bajas, en parte debido a que los Estados Unidos instalaron de inmediato baterías Patriot antimisiles como protección contra ellos. Tampoco, en contra de las esperanzas de Saddam, sus ataques con estos proyectiles provocaron la represalia israelí o debilitaron el apoyo árabe a la coalición. Y cuando en su desesperación los iraquíes soltaron petróleo deliberadamente en las aguas poco profundas del Golfo y prendieron fuego a unos 600 pozos kuwaitíes, las operaciones militares aliadas no se vieron afectadas, aunque se infligió un grave daño al medio ambiente.

En los Estados Unidos la victoria de la Guerra del Golfo<sup>182</sup> fue recibida con fervor patriótico cumplido el propósito presidencial de liberar Kuwait, no obstante, sin el avance de los objetivos estadounidenses en el Medio Oriente: Saddam saldría intacto del conflicto, aclamado como un héroe islámico -controlaba Iraq más que nunca y mantuvo su capacidad para renovar su persecución de las minorías curdas y chiíta a quienes, por cierto, el presidente Bush había animado a rebelarse para después abandonarlos: lejos de mejorar las perspectivas de democracia y derechos humanos en los estados del Golfo, la guerra propulsó regímenes corruptos y despóticos, de los que la familia restaurada de Al Sabah en Kuwait fue uno de los ejemplos más notorios-; implicó la carga de mantener grandes cantidades de bases militares en la región y de supervisar la adhesión de Hussein en los términos del cese de fuego que él había aceptado y las resoluciones de Naciones Unidas. Además, la expedición militar de la coalición - que había mostrado la potencia y eficacia de una nueva generación de armas sofisticadas producidas por el programa de rearme de Reagan-, no se tradujo en una conclusión satisfactoria para la opinión pública

---

<sup>182</sup> El 27 de febrero, tras cinco semanas de bombardeo aéreo constante, los aliados lanzaron una ofensiva terrestre múltiple y a gran escala contra los iraquíes. En cuatro días la victoria militar estaba escrita. Después de inducir a concentrar sus fuerzas en Kuwait mediante la amenaza de un desembarco anfibio, sobrepasó sus blancos trasladando subrepticamente parte de su ejército hacia el interior, maniobra que permitió una rápida penetración en Kuwait y un profundo impulso en el sur de Iraq. El desmoralizado ejército iraquí fue aplastado y perdió decenas de miles de prisioneros, además de 4000 tanques y 3000 armas de artillería. El Departamento de Defensa estimó que habían resultado muertos en la batalla 100 000 soldados iraquíes y 300 000 habían sido heridos. Las bajas aliadas fueron sorprendentemente ligeras: menos de 200 soldados aliados murieron en combate, 137 de ellos estadounidenses.

estadounidense, lo que implicó la disminución de la confianza pública en el juicio y la firmeza del presidente Bush.

Con la administración de Bush padre el combate al terrorismo adquirió un lugar importante en la agenda de la política de seguridad interna y exterior de los Estados Unidos. Se creó un equipo de trabajo al interior del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca para combatir el Terrorismo (Task Force), debido a la ola de ataques que los países aliados, instalaciones y ciudadanos estadounidenses en el exterior, experimentaron a fines de la década de los ochenta: no obstante, el documento ejecutivo que conforma estas instancias, se circunscribió a un estudio del problema en el seno del Consejo, así como a entrevistas con personajes gubernamentales para definir las prioridades del combate al terrorismo<sup>183</sup>.

Bajo la administración del presidente Clinton se modifican los intereses geoestratégicos<sup>184</sup> de Estados Unidos: de hecho el terrorismo constituye uno de los ejes centrales de la administración ante la incidencia de atentados terroristas sobre blancos estadounidenses: se suscitó la experiencia terrorista en un edificio federal en Oklahoma City y en

---

<sup>183</sup> Ver *Public Report of The Vicepresident's Task Force on Combating Terrorism*, Washington D.C., US Government Printing Office, febrero de 1986.

<sup>184</sup> William Galston, asesor adjunto del presidente Clinton para política interior de 1993 a 1995, "en lugar de seguir actuando como el primero entre iguales en el sistema internacional de la posguerra, Estados Unidos procedería dictando sus propias leyes, creando nuevas reglas de enfrentamiento internacionales sin contar con el respaldo de otras naciones." En Galston, William, "Why a first strike will surely backfire", *Washington Post*, 16 de junio del 2002.

1993, con el empleo de una bomba sobre el propio Centro Mundial de Comercio en Nueva York.

Debemos señalar aquí la introducción de la *Ley Antiterrorista* y la *Directiva Presidencial Pena Capital Efectiva de 1996* que, aunque sujeta a la revisión del Congreso federal, autorizaba al Secretario de Estado a nombrar a las organizaciones terroristas internacionales sobre la base de una identificación suministrada por las propias agencias de inteligencia norteamericanas.

Los países que figuran en dicha lista son objeto de severos controles sobre sus flujos comerciales –particularmente en lo que se refiere a la prohibición de importar equipo militar y tecnológico<sup>185</sup>.

En junio de 1997, la organización no lucrativa autodenominada *Nuevo Siglo Americano*, formula una iniciativa – de inspiración reaganista- en la que se propicia la reformulación del papel político y militar de los conservadores en todo el país y la redefinición del papel de Estados Unidos en el mundo.

---

<sup>185</sup> Dicha disposición presidencial señalaba como delito respaldar a organizaciones terroristas y otorgar visas de ingreso a los miembros de las mismas a territorio norteamericano.

El énfasis de la iniciativa tomada a distancia del diagnóstico presidencial de Clinton de enfatizar la competencia económica y comercial como el eje de la hegemonía estadounidense: “la historia del siglo XX debe enseñarnos que es importante transformar las circunstancias antes de que éstas se conviertan en crisis permanentes y enfrentar las amenazas antes de que se conviertan en desafíos”, glosa de la necesidad de aumentar el gasto militar, la modernización de las fuerzas armadas, desafiar regímenes hostiles a los intereses geopolíticos, principios y prosperidad estadounidenses<sup>186</sup>.

En agosto de 1998, el presidente William J. Clinton<sup>187</sup> firmó una disposición ejecutiva contra el líder de origen saudí Osama Bin Laden y las organizaciones islámicas por él patrocinadas, prohibiendo incluso a individuos y firmas estadounidenses realizar negocios con él. La aprehensión de Osama Bin Laden se mantuvo como una necesidad imperativa para la comunidad de inteligencia contraterrorista y no sería sino hasta con la administración Obama en mayo de 2011, cuando

---

<sup>186</sup> *New American Century*, una iniciativa que suscriben asesores, estrategas, intelectuales y funcionarios que formaron parte de la primera línea de influencia y mando político de las administraciones presidenciales de Ronald Reagan y de la Bush padre, y que figuran actualmente en la administración presidencial de Bush hijo y, en centros de investigación estratégicos y en los círculos más notables de influencia mediática estadounidenses.

<sup>187</sup> Se sugiere al lector la interpretación no académica y la evaluación crítica del despliegue de decisiones e iniciativas antiterroristas y de la lucha política encubierta entre las agencias de espionaje e inteligencia estadounidense que prevaleció en el periodo presidencial de William Clinton que se formula en Richard Clark, *Contra todos los enemigos*. Taurus, Madrid, 2004, en particular los capítulos IV y V. Las premisas centrales del texto de Clark relativas a la decisión presidencial de Bush hijo sobre el terrorismo como el nuevo enemigo de la seguridad estadounidense y global, serán abordadas a lo largo de los próximos apartados de nuestra investigación.

se consumaría una operación exitosa que tendría por desenlace la eliminación del líder terrorista y fundador de *Al Qaeda*.

Para el mes de agosto de 1999, fueron congelados los bienes raíces de la aerolínea nacional de Afganistán como una medida política que buscaba disuadir al gobierno talibán de respaldar a Bin Laden; dos meses después se establecieron sanciones económicas sobre las actividades comerciales internacionales patrocinadas por el Talibán.

En el 2000, con base en negociaciones diplomáticas alentadas por los Estados Unidos, la Organización de las Naciones Unidas con la *Resolución 1333*, instrumentó adicionales medidas punitivas encaminadas al congelamiento de los fondos y recursos financieros del gobierno talibán y el líder terrorista saudí.

De este modo, el sistema político norteamericano diseñó una amplia base legal e institucional orientada a proteger sus intereses a fin de contener la comisión de delitos ligados al terrorismo, al comercio de drogas y la inmigración de ilegales.

En la década de los noventa, el *Buró Federal de Investigación* – principal organismo responsable de investigar la comisión de delitos del fuero federal y de la tarea de contrainteligencia doméstica -, asumió nuevas funciones de carácter internacional a fin de localizar y aprehender a presuntos delincuentes más allá de las fronteras estadounidenses<sup>188</sup>.

En 1994, el gobierno de William J. Clinton estableció un Centro Nacional de Contrainteligencia con la finalidad de coordinar las actividades y programas de contrainteligencia de diversas agencias e instancias gubernamentales del aparato de seguridad norteamericano; este centro estaba conformado por expertos en seguridad y contrainteligencia del FBI, la CIA, el Departamento de Defensa, el Departamento de Estado y la Agencia de Seguridad Nacional.

En el fondo, las disposiciones presidenciales, legislativas y policíacas señaladas, no implicaron la reestructuración del sistema, sino la agregación de burocracia especializada al aparato de seguridad nacional y de seguridad pública.

---

<sup>188</sup> La expansión de las atribuciones del FBI ha suscitado objeciones sobre la naturaleza y extensión de las actividades de procuración e investigación que desempeña este organismo. “La procuración de justicia puede ser una poderosa arma contra el terrorismo, el tráfico de drogas y otras actividades criminales globales. Pero esta no puede ser la más apropiada solución en todas las circunstancias. A menudo los delincuentes han buscado santuarios en otros países y no pueden ser sujetos a proceso... las medidas diplomáticas, de inteligencia y militares, en muchos casos, pueden ofrecer ventajas sobre una estricta respuesta de procuración de justicia, o no puede ser asumida simultáneamente con la procuración de justicia” En *Preparing for the 21 Century: an appraisal of U.S. Intelligence*, Washington, Government Printing Office, 1996, p.38.

De esto que prevalecieron los problemas estructurales del sistema de seguridad e inteligencia nacional estadounidense: la dimensión de la burocracia institucional policiaca y de inteligencia; la cooperación entre agencias de seguridad nacional con las de asuntos policiacos y migratorios; la duplicación de funciones y responsabilidades al interior de las agencias; la distorsión de los métodos de obtención de información de inteligencia en materia delictiva buscado ser aplicados a la contrainteligencia antiterrorista; el énfasis en la modernización de las bases de datos y en la colección de información, no en el análisis de la oportunidad y fiabilidad de la información.

La función política clave de las iniciativas antiterroristas consistió en enfocarse rumbo a la preservación de los intereses geopolíticos norteamericanos bajo el lapso de tiempo denominado la *Guerra Fría*, al buscar contrarrestar movimientos guerrilleros y de liberación nacional a través de *guerras selectivas de baja intensidad*<sup>189</sup>, a modo de misiones militares y paramilitares que buscaban garantizar la contención política, psicológica y militar del comunismo.

---

<sup>189</sup> Un documento que expone los alcances de la política diplomática, militar y paramilitar norteamericana contraterrorista asociada al combate a los focos de disidencia política y social potencialmente vulnerables a la expansión del comunismo en países latinoamericanos es el estudio de Michael Klare and Peter Kornbluh, *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80: el arte de la guerra de baja intensidad*, CONACULTA-Grijalbo, México, 1986. Este libro introduce al lector al importante papel que ha tenido la participación de Estados Unidos en situaciones de "guerras de baja intensidad" como un instrumento estratégico de la política de seguridad nacional estadounidense. Asimismo, véase Córdoba Elías, Juan Pablo y Pedro Isnardo de la Cruz, *Y después del 11 de septiembre qué?: lecciones sobre la seguridad nacional estadounidense*. México, Miguel Angel Porrúa, 2002.

Para 1998 el presidente W.J. Clinton promovió cambios normativos en la coordinación de las políticas de seguridad y procuración de justicia enfocados a la arena terrorista<sup>190</sup>.

Al interior del staff del Consejo de Seguridad Nacional se constituyó la figura de *Coordinador Nacional para la Seguridad, la Protección de Infraestructura y el Terrorismo*<sup>191</sup>, para articular a los organismos responsables de responder a las amenazas terroristas y proteger la infraestructura estadounidense, misma que consideraba el desarrollo de planes conjuntos con el sector privado.

Con su Coordinador Nacional en jefe, se delegaron responsabilidades a dos de sus Directores Superiores, uno encargado de la protección de la infraestructura crítica y estratégica, y el otro de las políticas federales contraterroristas, fundamentalmente contra incidentes asociados a armas de destrucción masiva<sup>192</sup> y las ciberamenazas.

Así, bajo el gobierno demócrata de William Clinton, Estados Unidos instrumentó diversas operaciones de fuerza respaldadas con alianzas internacionales con el argumento de que Estados Unidos y sus aliados tenían la “responsabilidad moral” de oponerse a los crímenes contra la

---

<sup>190</sup> Decisiones Presidenciales Directivas (PDDs) no. 62 (sobre la protección contra amenazas no convencionales) y 63 (sobre la Protección de Infraestructura Crítica).

<sup>191</sup> Una figura que sorteaba el escrutinio del poder legislativo de sus actividades.

<sup>192</sup> Ver Decisiones Directivas Presidenciales (PDD) 39, 62 y 63. La primera de 1995 y las dos últimas de 1998.

humanidad y a los crímenes masivos de carácter étnico religioso, con el fin de contenerlos donde pudieran<sup>193</sup>.

Pero también tales expediciones militares estadounidenses en el exterior se debieron a razones asociadas a amenazas o atentados terroristas, como se comprueba en los ataques con misiles cruceros sobre cuarteles generales iraquíes ordenados en junio de 1993 por el presidente Clinton, ante informes de inteligencia que reportaban planes de terroristas iraquíes de asesinar al ex presidente George Bush.

En este contexto se ubica la respuesta a los ataques terroristas perpetrados en agosto de 1998 sobre las embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania, dirigidos contra campos complejos de entrenamiento terrorista en Afganistán y contra fábricas de armas químicas en Sudán.

De hecho, los cambios auspiciados por el gobierno de Clinton se concentraron en la estructura del propio Consejo de Seguridad Nacional. Entre sus disposiciones, destacaron las siguientes: el Departamento de Estado<sup>194</sup>, se confirma como el principal responsable

---

<sup>193</sup> Morris, Dick *Behind the oval office*. Renaissance Books, Los Angeles, California, 1999, 248-9pp. Los casos asociados a este argumento son las operaciones militares desplegadas por la administración de Clinton con un mandato de pacificación de la ONU en la guerra de Bosnia y la intervención militar sobre la Yugoslavia de Slobodan Milosevic.

<sup>194</sup> En cuanto a la arena del terrorismo internacional, el Departamento de Estado que tiene bajo su coordinación el Programa de Asistencia Antiterrorista (ATA) en 1991 contó con un presupuesto superior a los 40 millones de dólares, el Programa de Desarrollo e Investigación Contrterrorista que en el 2001 tuvo asignado un presupuesto superior a los 50 millones de dólares, y el Programa de Seguridad Diplomática, que para el 2001 contó con más de 648 millones de dólares. El primer

de combatir el terrorismo en su veta internacional; el Buró Federal de Investigación (FBI) adscrito al Departamento de Justicia, se erigió en la principal agencia responsable del terrorismo doméstico y la Administración Federal de Aviación (FAA), como el organismo facultado para atender, fundamentalmente, los incidentes relativos al secuestro de aviones.

Con las disposiciones presidenciales de Clinton, las iniciativas presidenciales antiterroristas no tuvieron, sin embargo, un carácter prioritario, en buena medida por la gravedad de los escándalos políticos suscitados bajo su administración.

De hecho, la administración Clinton interpretó esta amenaza con la naturaleza y el patrocinio activo del terrorismo a escala internacional, y en el ámbito doméstico, con posibles ataques masivos con armas químicas, biológicas y nucleares, aunque sin constituir los prolegómenos de un proyecto gubernamental integral que incluyera la revisión del sistema de inteligencia doméstico y la movilización de la opinión pública estadounidense.

---

programa provee capacitación y equipo a países extranjeros para fortalecer su capacidad antiterrorista, se enfoca sustancialmente en habilidades técnicas y manejo de emergencias, detección y activación de bombas y la administración de seguridad aeroportuarias. El segundo programa, en el que también participa el Departamento de Defensa, se centra en la necesidad de combatir las potenciales amenazas que implica el aumento de tecnología, equipo y explosivos sofisticados en manos de organizaciones terroristas.

Así, desde el inicio de su administración, el gobierno de George Bush hijo, auspició la reformulación de la organización interna del sistema de inteligencia estadounidense.

En febrero del 2001, firmó la *Directiva Presidencial Núm. 1*, que apuntó a la existente estructura del Consejo de Seguridad Nacional y reemplazó los que existían formalmente como grupos de trabajo inter agencias con cuatro órganos denominados Comisiones de Coordinación Política.

Los atentados del 11 de septiembre interrumpieron abruptamente este proceso de reorganización burocrática y presidencial en la arena antiterrorista al introducir un escenario de crisis que la administración de Bush hijo a dado carácter de permanente: *la guerra contra el terrorismo internacional*, un problema de seguridad nacional codificado como uno de la seguridad global.

En suma, este recorrido ha permitido desarrollar y explicar las diversas dimensiones inscritas en el proceso de toma de decisión presidencial en escenarios de crisis estadounidenses, eje de análisis para abordar el examen de un objeto de estudio, que apunta a una matriz de premisas centrales que se corroborarán en los próximos apartados capitulares:

- El 11 de septiembre del 2001 es un escenario de crisis asociado a una ruptura sistémica mayor: la politización del sistema de

seguridad estadounidense condensada por la política interna y los intereses geoestratégicos de ese país a escala global.

- La estrategia antiterrorista post *11S* de la administración de George W. Bush se ha construido al menos bajo siete ejes cardinales: la reconstitución de la autoridad presidencial *post 11S* a través de la preeminencia político/legislativa del partido republicano; la doctrina de *la guerra preventiva*; la expansión de la secrecía gubernamental en el control de la información; la reestructuración del aparato interno de inteligencia, espionaje y seguridad pública y nacional; la promoción de nuevas “iniciativas y leyes de emergencia” en menoscabo de los derechos individuales constitucionales de ciudadanos estadounidenses y de extranjeros; la expansión del gasto público en la arena de la seguridad pública/nacional y la secrecía gubernamental y la reformulación de las premisas tradicionales de la política exterior estadounidense.
- Los ejes cardinales de la estrategia antiterrorista medran la expansión, más allá de la órbita constitucional, de las facultades presidenciales y crean las condiciones para proyectar una superioridad estratégica a escala internacional, bajo una lógica esencialmente militar. La estrategia antiterrorista estadounidense *post 11S* se dirige al monopolio universal de la prevención, de la violencia y la guerra bajo la égida artificial, del modelo de protección y seguridad estadounidense.

- Un eje articulador fue acreditar las prioridades de la agenda antiterrorista y de seguridad nacional estadounidense como modelo/medida de prevención y seguridad a escala mundial bajo el prisma de una matriz ideológica y política inscrita en la búsqueda de un proyecto de hegemonía militar sin par ni desafío en el siglo XXI.
- La opacidad estratégica del enemigo terrorista, los contrapesos históricos que integran el sistema político y judicial estadounidense, la opinión pública estadounidenses, la burocracia castrense y de inteligencia doméstica, así como las fuerzas y relaciones de poder internacionales son condicionantes objetivas del curso, la credibilidad, y la eficacia disuasoria real de la estrategia antiterrorista.

“Las instituciones declinan y  
desaparecen por efecto de su propio éxito”  
*Montesquieu*

### **Cap. III La elaboración de las decisiones presidenciales en tiempos de crisis. Los mandatos presidenciales de George W. Bush.**

#### Introducción.

Los atentados del 11S exhibieron al presidente Bush II como un gobernante tomado por sorpresa, un presidente no hecho, un líder político débil que despertaba serias dudas sobre su capacidad de asumir una posición de liderazgo resuelto e imponerse ante nuevas circunstancias fabricadas por la ofensiva terrorista y, fundamentalmente, como la cabeza de una administración puesta a prueba para evitar una crisis de confianza en la actuación presidencial en escenarios de crisis.

La biografía de W. Bush muestra una carrera política que se opaca si se revisa el expediente personal de logros y méritos alcanzados por su padre, George H.W. Bush, sobre todo, en tanto hombre afamado por su prudente actuación para preservar el prestigio de su nación en el escenario internacional conflictivo de la Guerra del Golfo en 1991.

W. Bush, fue ungido en el 2000 en una elección histórica controversial como Presidente de los Estados Unidos, con una agenda política sustentada en la apuesta por el posicionamiento electoral y gubernamental de nuevas generaciones de políticos del partido republicano, capaces de enraizar la agenda republicana vía la

expansión de su presencia y dominio político en los gobiernos nacional y estatales, el poder legislativo y judicial estadounidenses.

Abordemos así el núcleo más representativo del árbol de decisiones presidenciales desplegadas por W. Bush después de los atentados:

### *3.1- Proteger el pacto constitucional: la presencia presidencial después de la tragedia.*

El gobierno de Bush II se dedicó a reconstruir las condiciones que permitieran revertir el vacío de poder propiciado por el evento terrorista, proyectando en las primeras horas posteriores a la tragedia un presidente presa del desconcierto y la incertidumbre: el presidente fue ocultado y su principal asidero simbólico - su presencia en Washington -, constituyó un primer error político que pretendió subsanarse argumentando que la capital estadounidense era un potencial blanco terrorista; mientras que en los días posteriores a los ataques, se buscó difundir la imagen de un presidente que no experimentó una derrota terminal con el ataque terrorista, así como el despliegue de su presencia en medios y en las sedes físicas de los ataques, para establecer una consonancia entre la afectación emocional del presidente y el luto social de familiares y estadounidenses<sup>195</sup>: un proceso de rehabilitación de la imagen y la autoridad presidencial centrado cada vez más, en la reorganización doméstica de su gobierno

---

<sup>195</sup> Dos días después de la fecha del atentado terrorista, y en subsecuentes ocasiones, Bush II derramó lágrimas en pleno Despacho Oval en una conferencia televisada con la presencia de periodistas, exhibiendo sus emociones en un momento crítico para el país.

y en el despliegue de una serie de prerrogativas para la autoridad ejecutiva, sin paralelo en la historia presidencial estadounidense contemporánea.

Una decisión clave a pocos días del atentado septembrino fue enfocarse en el problema de garantizar la gobernabilidad, en tanto el Vicepresidente Dick Cheney se confinó a lugares no identificados – seguros y secretos-, medida precautoria que buscaba distanciar físicamente al Presidente del Vicepresidente, debido a la recurrente insistencia de la CIA sobre indicios de nuevos atentados dirigidos al primero. Con esta decisión se pretendía preservar la línea sucesoria constitucional del presidente en caso de producirse otro atentado.

### *3.2. - Declarar la Guerra contra el Terrorismo.*

Desde el primer momento de los atentados en el World Trade Center, Bush decidió formular la crisis como una guerra internacional<sup>196</sup> más que como un acto delictivo, la opción asumida por su predecesor, William Clinton.

Así, W. Bush inmediatamente convocó a un despliegue de esfuerzos nacionales para enfrentar potenciales ataques terroristas. Repuesto de la sorpresa, el presidente mostró determinación en esta circunstancia y se inclinó por la carrera hacia la guerra.

---

<sup>196</sup> “El pueblo norteamericano quería ver un gran golpe y ya está. Y yo debo convencerlo de que esta es una guerra que se librará a lo largo de muchas fases.” Woodward, *Bob Bush en Guerra*, Península, 2002, p.71.

La retórica orwelliana utilizada por el presidente W. Bush se exhibió al plantear a los estadounidenses que la guerra no era una opción, sino una necesidad impuesta por Saddam Hussein, abriendo la posibilidad de relacionarle reiteradamente con Al Qaeda – una obsesión política del propio Vicepresidente Cheney desde el inicio de los atentados en el *World Trade Center* y en Washington.

Los argumentos presentados contra el régimen iraquí se basaban primero en los temores de EE UU ante sus supuestas armas de destrucción masiva. Cuando se hizo evidente que la capacidad de Saddam se había exagerado, dado que ha sido imposible encontrar esas armas y que la posesión por Irak de armas nucleares fue fehacientemente negada por los inspectores de las Naciones Unidas, la razón de la guerra se desplazó hacia los derechos humanos y la democracia. De hecho, las naciones que se resistieron a ser arrastradas por la carrera hacia la guerra, fueron presentadas como hostiles por su codicia o por su incurable antiamericanismo.

3.3.- *Postular el instinto personal y la resolución como eje de la confianza propia y guía de la toma de decisiones: el poder militar como guión suficiente de poder mundial.*

W. Bush asume que tiene su propio reloj político y castrense, que sólo responde a su instinto y a las necesidades que le dictan las circunstancias:

- "Yo no actúo según el libro de instrucciones, actúo visceralmente"<sup>197</sup>.

- "Sólo puedo dejarme guiar por el instinto. Verá, soy un producto de la guerra de Vietnam. Es muy delgada la frontera entre dirigir hasta el último detalle del combate y el establecimiento de la táctica por una parte -cosa que no deseaba hacer- y procurar de que estaba seguro de que se procede, no con apremio, sino avanzando deliberadamente. Estados Unidos no puede perder poder de incisión. Mi trabajo consiste en procurar que la hoja esté bien afilada...Mi cuerpo, mi reloj, es sólo, como quiera llamarlo, instinto...Sé que resulta difícil de creer, pero no he dudado de lo que estamos haciendo...No tengo la menor duda de que estamos haciendo lo correcto. Ninguna duda".

- "Ante todo, un Presidente tiene que ser como el calcio de la columna vertebral. Si yo me debilito, todo el equipo se debilita. Si me muestro dudoso, puedo asegurarle que habrá muchas dudas. Si desciende mi nivel de confianza respecto a nuestras posibilidades, la organización entera se verá afectada por esto. Me refiero con ello a que es esencial mostrarnos confiados, decididos, unidos."

---

<sup>197</sup> Woodward, Woodward, *Bob Bush en Guerra*, Península, p.160 "Estamos furiosos, pero no somos estúpidos" p.161 Woodward

Este expediente quedó demostrado al evitar ser presa fácil de la presión pública<sup>198</sup>, doméstica e internacional, para adoptar un curso de acción en las primeras semanas posteriores a los atentados terroristas en suelo estadounidense que, en un primer momento, cuestionaban si el Presidente actuaría o no contra los terroristas con una represalia militar ejemplar<sup>199</sup>, así como cuando los medios de comunicación<sup>200</sup> se enfrascaron a cuestionar al gobierno sobre los progresos, las estrategias, los calendarios y las expectativas que podrían obtenerse, pocas semanas después de librada la guerra en Afganistán y ante la ausencia de progresos evidentes en el terreno de las operaciones en ese país árabe:

“Si existe una sensación de desesperación -planteó Bush hijo ante la ausencia de resultados inmediatos en la escalada militar inicial en Afganistán-, quiero saber de quien se trata y porqué. Confío en el equipo y es mi equipo. Y confío en ellos porque confío en sus opiniones. Y si la gente repiensa sus opiniones, yo necesitaría saber cuáles eran y ellos deberían ponerlas sobre la mesa.”<sup>201</sup>

---

<sup>198</sup> “El instinto me decía que empezaba a fraguarse una especie de ansiedad. Y quería asegurarme de que nuestra coalición supiera que somos duros. Tenemos una coalición de pueblos que...les encanta la idea de que Estados Unidos no haya entrado inmediatamente en acción”. En Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, *op. cit.*, p.174

<sup>199</sup> “Tengo que tener sentido de la oportunidad, del momento en que de verdad vayamos a estar listos para ponernos en marcha. Porque tengo que seguir preparando al pueblo estadounidense. Ha sufrido una experiencia espantosa. No podía dejar de saber de nosotros sin más...No cabe duda de que es necesario preocuparse de la defensa de la patria, pero no podemos permitir que eso nos impida entrar en acción...El presidente y el consejo de guerra tienen que ser contundentes, evidentemente, pero sin precipitarse”. Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, Península, 2002, p.176

<sup>200</sup> “No leo los editoriales. La hiperventilación que tiende a existir en estos mensajes, y todos los expertos y todos los antiguos coroneles, es sólo ruido de fondo...” Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, Península, 2002, p.284

<sup>201</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, Península, 2002, p.284

El mensaje básico para los estadounidenses y los iraquíes -en la obcecación presidencial con invadir Iraq (así como por parte del gabinete y de consejeros externos clave influyentes en la política exterior como Henry Kissinger)-, era que W. Bush no temblaría.

En efecto, creía que la firmeza de EE.UU. era suficiente para disuadir la resistencia de la insurgencia sunita y el escenario de una guerra sectaria inmanejable: el uso del poder militar enviaba el mensaje útil al mundo de que era peligroso ser enemigo de Estados Unidos:

“Kissinger estimaba a W. Bush en lo personal, aunque les había dicho a algunos colegas que no tenía claro en realidad si el presidente sabía como gobernar . Observaba que uno de los grandes problemas era que el presidente no tenía el personal o el sistema de toma de decisiones de seguridad nacional que aseguraran una evaluación cuidadosa de las ventajas de las principales decisiones: para Kissinger la principal lección que dejó Vietnam fue la de persistir (luego de sus encuentros en la casa Blanca con W. Bush y Cheney) insistió en que la victoria tenía que ser la meta, no permitan que suceda de nuevo. No cedan ni una pulgada, o los medios de comunicación, el Congreso o la cultura estadounidense de evitar las penalidades los harán retroceder. También dijo que el resultado eventual en Irak sería más importante que el de Vietnam. Un estilo de gobierno radical islámico o talibán en Irak sería un modelo que podría desafiar la estabilidad interna en los países clave en el Medio Oriente y otras regiones. Kissinger le dijo a Rice que en Vietnam no hubo tiempo, orientación, negación o apoyo interno para que las políticas funcionara. Incluso el retiro parcial de las tropas tenía sus propios peligros. Incluso conemplar la idea de retirar las tropas podría crear el ambiente para una salida que era menos que victoriosa...Afganistán no fue suficiente. En el conflicto con el islamismo radical, dijo ellos querían humillarnos. `Y nosotros necesitamos humillarlos a ellos`. La Guerra en Irak era esencial para enviar un mensaje mayor, `para sentar la posición de que no vamos a vivir en el mundo que ellos quieren para nosotros”<sup>202</sup>.

---

<sup>202</sup> Cheney, Rice, Rumsfeld y W. Bush compartían la visión de que Henry Kissinger -ex Secretario de Estado y asesor para la seguridad nacional-, compartían la visión de que las relaciones

3.4.- *Aprovechar el capital político presidencial legado por el atentado terrorista, dando por consumados en el presente acontecimientos futuros.*

La acción y la movilización del país en su defensa como fundamento del liderazgo. La fragilidad política de su administración estaba ahora ligada a la reedición de más ataques terroristas en suelo estadounidense:

“mi cometido consiste en adelantarme al momento. Supongo que cualquier puede empantanarse tanto en las circunstancias de un momento que sea incapaz de seguir siendo el estratega que teóricamente debe ser o de dar ideas estratégicas al menos. Y yo soy de los que prefieren asegurarse de haber pensado en todos los riesgos. En este caso no cabe duda de cuál es la compensación. Pero cualquier presidente está constantemente analizando, tomando decisiones basadas en el riesgo, sobre todo en la guerra, riesgo que se acepta en relación con lo que se puede alcanzar. Cuento con asesores que han visto la guerra, que han vivido situaciones de guerra, en las que el plan no salía como estaba planeado.”<sup>203</sup>

La disposición a enfrentar el peligro es una estrategia adecuada para cimentar la invulnerabilidad política:

“No se puede, escribe Canetti, adquirir de otra manera la sensación de invulnerabilidad. Quien ha desterrado el peligro, quien se oculta ante él, sólo ha pospuesto el propio destino. Quien se enfrenta al destino, quien realmente sobrevive, quien vuelve a enfrentarse, quien acumula los momentos de supervivencia, aquél puede alcanzar el sentimiento de invulnerabilidad. De hecho, se convierte en un héroe una vez que tiene ese sentimiento. Ahora arriesga todo, nada tiene que temer. Quizá nos inclinaríamos a admirarlo más, mientras aun

---

internacionales eran una cuestión de poder político y militar: se reunían en privado al menos cada dos meses, a modo de una asesoría frecuente en asuntos externos. En efecto, para este círculo de personajes el poder diplomático se derivaba de la amenaza de hacer uso efectivo de aquél poder: “Vietnam era como un lastre alrededor de su cuello (Kissinger) y el prisma a través del cual observaba al mundo...”. Véase Woodward, Bob, *Negar la evidencia*, Belacqva, Colombia, 2006, pp. 420-423, asimismo, Benjamin, Daniel, “The Decider Who Can’t Make Up His Mind”, *Washington Post*, 6 de julio de 2008.

<sup>203</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, Península, 2002, p.159

tuviera motivos para sentir terror. Pero esa es la concepción del observador externo. El pueblo quiere a su héroe invulnerable”<sup>204</sup>.

Para W. Bush y Rove, su estrategia político en jefe, fue muy claro después del 11 de septiembre del 2001 que la declaración de guerra contra el terrorismo, en defensa propia y con guión político y bélico abierto, contenía el aspecto positivo de poder cimentar y desplegar el expediente de un capital político que pasaba por el abierto respaldo de la opinión pública estadounidense<sup>205</sup> a que su presidente perfilara una firme respuesta a los atentados, consciente de que la aprobación pública es móvil, maleable y veleidosa. W. Bush hizo suyo el dictamen de Max Weber acerca de que “por su propia naturaleza, la existencia de una autoridad carismática es específicamente inestable”.<sup>206</sup>

Fue Karl Rove el responsable de operar el respaldo del sistema político a la agenda antiterrorista de W. Bush, una operación política que permitió el que la mayoría republicana en las dos Cámaras del Congreso y los tribunales aceptaran que los poderes presidenciales en tiempos de guerra se sobreponen a cualquier otra consideración, logrando así el control efectivo, de todas las ramas del gobierno; la consolidación del alineamiento político de los demócratas a la posición

---

<sup>204</sup> Canetti, Elías, *Masa y Poder*, Muchnik, 1981, p.225

<sup>205</sup> El índice de aprobación pública de Bush, registró en las encuestas que el presidente había pasado de 51% el 10 de septiembre del 2001 a 86% el 15 de septiembre. Este incremento en la aprobación pública llegaría al 90% el 22 de septiembre, representando el más elevado cenit del respaldo público concedido a un presidente estadounidense. En Gallup Poll, septiembre del 2001. Este indicador demoscópico era resultado de la aplicación de la pregunta ¿apruebas o desapruebas el desempeño del presidente?.

<sup>206</sup> Citado en *From Max Weber Essays in Sociology*, traducido, editado y presentado por H.H. Gerth y C. Wright Mills, Londres, 1982, pág. 248

presidencial, bajo el expediente de sus renuencias a atacar a un presidente popular, consumándose el respaldo bipartidista a la expansión de los poderes presidenciales. El 10 y el 11 de octubre del 2002, la Cámara de Representantes y el Senado votarían abrumadoramente a favor de otorgar el presidente plena de autoridad para atacar a Irak unilateralmente.

El resultado de la votación en la Cámara de Representantes fue de 296 votos contra 133, y en el Senado de 77 a 23. El Congreso dio a Bush su pleno consentimiento para utilizar el Ejército “como él considere necesario y adecuado” para defenderse de la amenaza de Irak.

### *3.5.- Desconocer toda regla que pudiese limitar su margen de acción.*

En el primer periodo de su administración, Bush hijo se ha mostrado decisivo en llegar a fondo en la consecución de los planes trazados y los objetivos buscados.

- Fue el caso de su negativa a suspender el bombardeo sobre territorio afgano durante el Ramadán –el mes sagrado de los musulmanes-, ante la petición expresa de no hacerlo de los líderes árabes, y principalmente de Abdalá, el príncipe heredero de Arabia Saudí, quienes le criticaron en público su decisión, y en privado le refrendaron su respaldo.
- Así lo confirma la disposición presidencial de que la CIA pudiese asesinar a los principales líderes de Al Qaeda, y en particular, desplegar operaciones riesgosas sin contrapartida de

responsabilidad legal alguna, con tal de que se tradujeran en una mayor seguridad para los estadounidenses.

- Asumió que un expediente natural de *la guerra internacional contra el terrorismo*, a diferencia de la guerra contra Vietnam, era aceptar el riesgo de un universo impredecible de daños colaterales.

### *3.6 Formular expedientes de culpabilidad a naciones no terroristas.*

El presidente decidió que no sólo había que perseguir, arrestar y destruir los refugios terroristas, sino que también las naciones que estuviesen involucradas en otorgarles protección, fuesen consideradas igualmente responsables. Al plantear la distinción entre terroristas y gobiernos que les proporcionaban refugio, dejaba las bases no sólo para atacar al gobierno talibán, sino para subsecuentes operaciones contra Irak y otras naciones presuntamente promotoras del terrorismo.

### *3.7.- La dirección presidencial de un gabinete de guerra: el método de delegación de decisiones y responsabilidades.*

W. Bush logró articular una dinámica que permitiese procesar la cadena de mando presidencial y la delegación de la toma de decisiones políticas y militares bajo el criterio de que “no todo el poder tiene que pasar por las manos de una única persona en el Despacho Oval<sup>207</sup>. Así

---

<sup>207</sup> Bush junior ha procurado el acceso inmediato a él de su círculo más estrecho de colaboradores y secretarios de Estado, lo que a su vez “me facilita mucho el trabajo obtener sus opiniones o reacciones”. Había aprendido la lección bajo la presidencia de su padre, en el que John Sununu era

lo ejemplifica la naturaleza de la distribución política y administrativa del círculo político y estratégico más próximo al Presidente y en particular el desplegado por Condolizza Rice, Karl Rove y Donald Rumsfeld<sup>208</sup>.

Rice ha sido responsable de resolver los problemas fundamentales de la dinámica diaria del Presidente en su interlocución con el gabinete de guerra y los temas de la política exterior estadounidense. Bajo la guerra en Afganistán, Rice tenía a su cargo la coordinación de las actividades de la Secretaría de Defensa, la CIA, el Departamento de Estado, y otros departamentos y agencias, para garantizar con esto el cumplimiento de las órdenes del Presidente; y, en segundo lugar, ofrecer en privado al Presidente sus opiniones y alternativas sobre los problemas que se le presenten.

Mas allá de su función en el diseño de los cursos de acción en campañas políticas, la retrospectiva histórica estadounidenses con fines políticos específicos<sup>209</sup>, el mensaje político central de W. Bush en la guerra estadounidense antiterrorista, así como su papel de censor de la

---

un jefe de gabinete férreo en el control del acceso al presidente, de que quienes llegaban con malas noticias difíciles se les solía relegar el mismo. En Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.28 Véase Frum, David, *The righth man*, New York, Ramdon House, 2003.

<sup>208</sup> El juicio de este cercano colaborador del presidente W. Bush en Irak se ha cuestionado, no así su capacidad de reformar una burocracia gubernamental de miras estrechas como la Secretaría de Defensa.

<sup>209</sup> Me refiero aquí a la elaboración por Rove de dos estudios que muestran la naturaleza de la añeja relación construida entre él y George W. Bush: realizó a) un estudio histórico político, antes de la campaña de W. Bush a la gubernatura de Tejas, para calar el papel y la imagen de los hijos de los presidentes en Estados Unidos de América, y b) un análisis demoscópico de la experiencia política presidencial en la integración del gabinete en los procesos de transición, en la víspera de la asunción de W. Bush en su primer periodo presidencial.

imagen presidencial en las encuestas de opinión pública, *Rove* ha tenido un desempeño estratégico desde el 11 de septiembre del 2001: un operador político clave de Bush junior, en tanto hacedor privilegiado de la agenda legislativa republicana e instrumentador directo del presidente en el cabildeo de las posiciones del Congreso estadounidense para plegarle hacia los planes bélicos de la administración presidencial en Afganistán e Irak.

El escenario de crisis inscrito por el acontecimiento terrorista doméstico, impuso la necesidad de ejercer un liderazgo capaz de calar con agudeza las perspectivas de su estrecho círculo estratégico<sup>210</sup>, consciente de que dirige un equipo presidencial que acumulaba varias décadas de experiencia exclusiva en la arena de la seguridad nacional. No obstante, la pretensión del presidente Bush junior de mostrar a su equipo mas cercano como confiados, decididos y unidos, no siempre ha sido la divisa del procesamiento interno de las decisiones en el *Despacho Oval*.

En otro contexto, cabe destacar que se presentaron diversos momentos críticos al interior del gabinete de guerra que implicaron digresiones que serían zanjadas según la voluntad política del Ejecutivo.

---

<sup>210</sup> "Cuando me aportan sus consejos siempre confío en su juicio. Pero a veces sus consejos no coinciden entre sí, en cuyo caso mi labor...la labor consiste en pulir los problemas, pulir las diferentes alternativas, y con suerte, alcanzar un consenso entre seis o siete cerebros, lo cual me facilita el trabajo: en esta administración no se habla de cómo obtenemos informaciones secretas, ni de cómo sabemos lo que vamos a hacer, ni de cuáles son nuestros planes" Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, 96-7pp

Uno de los casos evidenció la ausencia de un responsable principal de las operaciones bélicas en Afganistán y los problemas de comunicación no previstos en la planificación e instrumentación estratégica de las operaciones bélicas en Afganistán, como en el caso de la disputa interna entre Donald Rumsfeld, el Secretario de Defensa, con George Tenet, el jefe de la Agencia Central de Inteligencia: Rumsfeld había mostrado su frustración con la CIA por el retraso de la llegada de equipos de Fuerzas Especiales de la Agencia a Afganistán, fundamental para que las bombas norteamericanas no cayeran sobre las tropas amigas de la Alianza del Norte y para que ésta instancia pudiese establecer una comunicación estrecha entre las Fuerzas Especiales y el Ejército para detener los bombardeos a tiempo para atacar a los talibanes:

“Esta es la estrategia de la CIA - la incursión en Afganistán de la mano de la Alianza del Norte (fuerza mercenaria pagada por la CIA para avanzar el objetivo político y militar de controlar Afganistán)-. Nosotros nos limitamos a ejecutarla. No quiero que se piense que intento usurpar los que la CIA intenta llevar a cabo Se trata también de la operación de Tenet”<sup>211</sup>.

Por decisión presidencial la unidad de mando se delegó a favor de Rumsfeld, como medida de integración de la CIA y el Ejército sobre la operación en campo, consciente éste último de que la CIA habría de expandir su presencia en Afganistán en el desarrollo de los acontecimientos.

---

<sup>211</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.268

Un segundo caso fueron las digresiones fomentadas entre Colin Powell, el Secretario de Estado, con Rumsfeld y Cheney, el Secretario de la Defensa y el Vicepresidente, respectivamente.

La posición del Presidente W. Bush se consolidó al asirse de la imagen de héroe de guerra y la admiración que le profesaba a Powell el pueblo estadounidense: oficial de baja graduación en Vietnam, presidente de la Junta de Estado Mayor de la Guerra del Golfo en 1991. En su campaña presidencial, W. Bush logró el respaldo de Powell, clave para alinear el voto castrense, el afroamericano y en general, el de los electores moderados.

En la arquitectura de la política antiterrorista estadounidense, Powell en su calidad de Secretario de Estado fue una pieza clave del edificio: por un lado, el militar operó la alianza política con Pervez Musharraf, el presidente pakistaní, permitió tejer la coalición internacional que llevaría a Estados Unidos a Afganistán, y en sus manos se labró la credibilidad internacional a una supuesta veta diplomática que implicaba que la administración W. Bush no se decidiría por la guerra contra Irak.

No obstante, Powell apareció como el principal promotor de una nueva oportunidad, bajo los auspicios de la Organización de las Naciones Unidas, al cáustico régimen de Sadam Hussein y sobre todo, como el más representativo elemento de digresión política y castrense

al interior del gabinete del presidente W. Bush a la política unilateral de Washington.

Powell, el único en la plana mayor del gabinete de Bush con experiencia militar real, siempre contó con el peso en contra de una consumada maquinaria de intriga en el círculo político presidencial: Cheney, Rumsfeld y después la propia Rice, construirían la madeja de distanciamiento entre Powell y el Presidente W. Bush: El Vicepresidente y el Secretario de Defensa tendrían una indeclinable propensión, desde la deliberación sobre la expedición militar estadounidense en Afganistán, por endilgar a Hussein la autoría de los atentados del 11 de septiembre.

Rice tendría un serio distanciamiento con Powell cuando éste quiso desplegar una posición protagonista de Estados Unidos en el conflicto palestino israelí, en pleno desarrollo de la guerra de Estados Unidos en Afganistán y ante una violenta represalia de Sharon perpetrada contra presuntos terroristas palestinos, posición que había sido alentada por el propio W. Bush quien reuló después de que supuestamente se había decidido por obligar a Israel a modificar su política estatal antiterrorista. Powell, en pleno despliegue de una operación negociadora entre Arafat y Sharon, quedaría contrariado cuando Rice y Armitage, fue incitado a dejar de andar por una senda que Washington ya no avalaba.

Powell nunca logró una sinergia personal con el presidente W. Bush ni con Karl Rove, quien siempre le miró con recelo: no obstante ser un consumado militar disciplinado y leal en la cadena del mando, acotaron su margen de acción ante los vestigios de falta de incondicionalidad política a la doctrina estratégica del Presidente W. Bush: oponerse a la guerra en Irak era socavar su apoyo a la *guerra preventiva*. Para Powell Estados Unidos debía mantener un sistema de consulta con sus pares estratégicos en el mundo; mientras para W. Bush eran el liderazgo fuerte, la claridad de objetivos y teniendo en claro que se está decidido a conseguirlos:

“No podemos suscitar falsas expectativas respecto al tiempo que durará, manifestó W. Bush en una de sus reuniones del gabinete de guerra, necesitamos condicionar a Naciones Unidas para que tengan paciencia. La clave del éxito será lo fuerte que podamos ser en los tiempos buenos y en los malos: una coalición se mantiene unida cuando todo el mundo tiene claro que va a ganar. La determinación de Estados Unidos será la clave.”<sup>212</sup>

En el proceso de la toma de decisiones, el Presidente W. Bush jamás se concedió la posibilidad de deliberar con Powell su decisión sobre librar o no una guerra en Irak. El militar en funciones de diplomático, actuó en el ojo de una aguja que reprenda el círculo más estrecho del presidente W. Bush, con la divisa de ser el portador de una opinión alternativa dentro del gabinete de guerra, al anteponer la importancia de sostener un liderazgo internacional estadounidense cifrado en el respaldo de coaliciones firmes y en torno a objetivos políticos específicos. Powell apostó a la diplomacia como recurso realista para

---

<sup>212</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.307

resolver la posición de Estados Unidos ante Hussein, en un ajedrez internacional en el que W. Bush había descartado al iraquí de antemano y para toda circunstancia futura.

Así como Ben Scowcroft, que había sido asesor de seguridad nacional para Bush padre durante la Guerra del Golfo, quien públicamente planteó que un ataque a Irak podría convertir todo Oriente Medio en una `marmita revuelta y destruir de esa forma los esfuerzos realizados en la guerra contra el terrorismo”, Colin Powell compartía esta advertencia: la invasión a Irak podría desestabilizar los regímenes amigos de Arabia Saudita, Egipto y Jordania; podía afectar en forma dramática el suministro y el precio del petróleo: va a ser usted el orgulloso propietario de 25 millones de personas –le reprendió al Presidente W. Bush-; será el dueño de todas sus esperanzas, ambiciones y problemas. Usted lo poseerá todo. Irak tiene una historia compleja: los iraquíes nunca han tenido una democracia. Es bueno decir que podemos hacerlo de forma unilateral, pero no podemos...necesita aliados, necesita saber que no es cuestión sólo de un calendario militar, además de que una guerra de ese tipo requería enviar a aquel país la mayor parte de las fuerzas armadas estadounidenses; finalmente le sugirió que `todavía puede intentar una coalición que actúe bajo mandato de las Naciones Unidas para que haga lo que se tiene que hacer: si lo lleva a Naciones Unidas tiene que reconocer que serán capaces de resolverlo. En ese caso no habrá guerra.

En ese caso será una solución que no será tan limpia como entrar allí y derrocar a Hussein<sup>213</sup>”

La credibilidad política de Powell sería expuesta al legársele el papel en la Organización de las Naciones Unidas, de ser el principal difusor del esfuerzo de la presidencia de W. Bush por justificar la posesión de armas de destrucción masiva de Hussein y su conexión con la red de *Al Qaeda*, dejándole llevar a fondo su propia creencia en una resolución de la ONU contra Irak avalada por Rusia y Francia; así, W. Bush podría suscribir con Powell la expresión Benjamín Franklin de 1780:

“Vuestro consuelo y el mío en esta guerra, decía, es que hicimos honesta y firmemente todo aquello que estaba en nuestro poder para impedirlo”<sup>214</sup>

3.8 *Reformar, a raíz de la experiencia terrorista doméstica, la doctrina estratégica y la postura diplomática de Estados Unidos en el mundo*, con el argumento de que las posiciones anteriores estaban obsoletas y de que el país tiene el poder suficiente para determinar bajo su propio arbitrio, lo que determine conveniente para proteger la seguridad nacional y alcanzar la paz mundial.

La *guerra preventiva* de Bush, fue la estrategia de seguridad nacional hecha pública en septiembre del 2002. La tara estratégica de esta nueva doctrina parte de una nueva premisa de inspiración castrense: para

---

<sup>213</sup> Woodward, Bob, *Plan de Ataque: cómo se decidió invadir Iraq*, Planeta, Colombia, 2004, pp.177-180.

<sup>214</sup> Citada en Orozco, José Luis, *Benjamín Franklin y la fundación de la república pragmática*. México, FCE, 2002, p.188

ganar la paz, es necesaria la guerra, un principio defensivo radicalmente distinto al establecido por todos los predecesores de W. Bush en el periodo denominado de la *Guerra Fría*, quienes agotaron todas las vías posibles para evitar la confrontación bélica entre las potencias hegemónicas, capaz de poner en riesgo la estabilidad mundial.

### *3.9 La secrecía presidencial frente al Congreso, el poder judicial, la prensa y la opinión pública estadounidenses.*

Un segundo ataque sobre territorio estadounidense hubiese sido devastador para la administración de George W. Bush. Esta eventualidad y la propia acaecida el 11 de septiembre del 2001, fueron los principales parámetros presidenciales, cubiertos en el paraguas de la guerra internacional contra el terrorismo, que sustentaron el nervio político principal de la actuación del Presidente W. Bush: la secrecía y la confidencialidad de los medios y los fines en los que se gastaría su capital político para defender al país de otro atentado y derrotar a los enemigos terroristas y a sus patrocinadores.

Bajo el manto de la secrecía, W. Bush impulsó el envío de equipos secretos especiales de control capaces de detectar la presencia de material nuclear en Washington y Nueva York, ante la insistente profusión de información de inteligencia de que se avecinaba un nuevo atentado con un arma radiológica en octubre del mismo año del ataque

terrorista, lo que implicaba la perspectiva de un ataque nuclear en suelo estadounidense.

El secretismo al interior de la toma de decisiones y en el manejo público de las acciones presidenciales, es un patrón de comportamiento que se sustenta en la animadversión de Bush a cualquier factor que pudiese entorpecer sus planes en cualesquiera formas, desplegando en términos de una disposición a sostenerse en su estrategia y en la confianza plena en su gabinete:

“la prensa -declaraba Bush después de los 19 días de bombardeos sistemáticos sobre territorio afgano y después de una proclama mediática porque el gobierno modificara su estrategia-, busca sembrar divisiones entre nosotros. Intentarán y nos forzarán a llevar a cabo una estrategia inconsistente con la victoria...los medios de comunicación actúan como si no desearan la victoria”<sup>215</sup>.

### *3.10 Psicología de la disuasión mediante un juego de desinformación táctica.*

Una técnica que la administración ha utilizado con maestría es la manipulación del miedo y la aprehensión colectiva derivada de la experiencia terrorista. Paralelo a este expediente, el presidente ha desplegado un juego de manipulación de la información dirigido al ciudadano promedio estadounidense, la opinión pública internacional o, si es necesario para apoyar la consecución de objetivos bélicos, a la población afgana e irakí, los talibanes y los defensores del régimen de Hussein:

---

<sup>215</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.287

- Se puso en marcha un sistema de *alertas nacionales* para mantener un estado de sigilo social ante la inminencia de nuevos ataques en suelo estadounidense – evitando paralizarles de miedo-, y como mensaje a los terroristas para que retrasaran o cancelaran sus operaciones ante el supuesto de que podían estar percatados los estadounidenses de sus intenciones y sus nuevos objetivos.
- Un informe de la Agencia de Información de Defensa (DIA), el servicio secreto de inteligencia castrense creado por el Secretario de Defensa Robert McNamara para integrar las labores de información del Pentágono, planteó una evaluación alternativa de las perspectivas estadounidenses sobre el terreno, planteando que no se estaban logrando objetivos militares – como la toma de Mazar y Kabul-, y que los líderes de la Alianza del Norte no garantizaban el éxito de la operación militar en su fase aérea. Rumsfeld, el Secretario de Defensa, respondería a este informe postulando que “queremos generar una sensación de que la victoria es inevitable para que la gente se pase a nuestro bando, evitando la reagrupación de los talibanes” y reduciendo el número de objetivos limitados, alcanzables, con progresos mensurables, consciente de que se había atravesado ya el periodo religioso del Ramadán<sup>216</sup>.

---

<sup>216</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.294

### 3.11 Minimizar las incidencias relacionadas con el ántrax.

W. Bush restó importancia a la zozobra generada por los casos de ántrax, cuya aparición sería también confirmada en oficinas de cadenas televisivas y del líder del Senado estadounidense, Tom Daschle. La medida política presidencial para manejar este tema implicaba el reconocimiento, al interior de su propio gabinete, de evitar el error político de endilgar los casos de ántrax a *Al Qaeda* - porque el perpetrador que se encontrase en el país se sentiría seguro y podría atacar pensando que tiene campo libre al atribuírsele la culpa a *Al Qaeda*, y porque no se tenía ciencia cierta de si el responsable de estos ataques, por el grado de refinamiento de los polvos del ántrax, era un país o un científico renegado.

“Como la alarma del ántrax posterior al 11-S puso de manifiesto, afirma Brzezinski, la liberación de agentes bacteriológicos a gran escala podría desencadenar una epidemia letal y una histeria generalizada que, al mismo tiempo, desbordarían los sistemas domésticos de control de enfermedades.”<sup>217</sup>

---

<sup>217</sup> Brzezinski, Bzigniew, *El dilema de EE.UU: ¿dominación global o liderazgo global?*, Barcelona, Paidós, 2004, p.42

3.12.- *Fusionar las guerras de Afganistán e Irak como expedientes de la "guerra internacional contra el terrorismo".*

La operación militar de los EE.UU. en Afganistán fue primeramente diseñada para destruir al gobierno talibán y el refugio que proveían a Osama Bin Laden y a la organización terrorista Al Qaeda. Esta expedición implicaba a Arabia Saudita, en cuanto a que Osama y Al Qaeda representaban una amenaza para el gobierno saudí, que es la principal fuente de petróleo para los Estados Unidos de América. Ahora, con los talibán derrotados y los enclaves de terroristas de Al Qaeda mayormente destruidos en territorio afgano, los Estados Unidos utilizan sus bases en Asia Central para proteger el flujo futuro de petróleo desde esta región.

En el caso de Irak, la campaña de la administración W. Bush contra Sadam Hussein tiene varios objetivos: primero, eliminar la amenaza iraquí a Kuwait y Arabia Saudita (sus dos mayores proveedores de petróleo), segundo, proteger el potencial control de armas en manos de terroristas del arsenal nuclear y el gobierno pakistaní, tercero, ganar control sobre las reservas petroleras de Irak -la segunda reserva mundial después de Arabia Saudita-, en el contexto de una ofensiva política y militar, dirigida a demostrar de una vez por todas que nadie puede desafiar la supremacía estadounidense.

### 3.13 *Instrumentación permanente de planes de contingencias, civiles y militares.*

El presidente se ha desempeñado durante la crisis creando medidas que consideraban todas las alternativas disponibles, genéricamente secretas, convencido de que debía actuar previendo escenarios extremos y de la mano de soluciones radicales para enfrentar y disminuir riesgos o, por lo menos, diferir su inminencia. Dos ejemplos ilustran este tópico:

- Los planes de contingencia de Rumsfeld que contemplaban la posibilidad de poner entre cincuenta mil y, cincuenta y cinco mil soldados estadounidenses en Afganistán como prelude de la americanización del terreno en caso de que la Alianza del Norte y la CIA no lograsen sus objetivos de dominar el territorio afgano;
- Un escenario político y militar latente desde el 11 de septiembre hasta el periodo de las guerras afgana e irakí, fue la posible caída del presidente Pervez Musharraf en su liderazgo pakistaní, debido a su determinación de respaldar la guerra antiterrorista de W. Bush y, en particular, el derrocamiento del gobierno talibán y la preservación de los intereses geopolítica estadounidenses en Oriente Medio.

### *3.14 Montaje de una estrategia mediática y de relaciones públicas, para respaldar las expediciones bélicas estadounidenses en Afganistán e Irak.*

Rumsfeld y W. Bush decidieron impulsar una iniciativa política deliberada que buscaba solventar la campaña de bombardeo estadounidense en pleno Ramadán, mediante las llamadas permanentes de W. Bush a sus homólogos de los países árabes, la puesta en marcha del descrédito mediático del gobierno talibán, destacando el hecho de que los talibanes eran asesinos y llevaban a cabo operaciones terroristas, la puesta en escena de una veta política del general Tommy Franks – el responsable de las operaciones bélicas en el terreno-, para que convenciera al pueblo afgano de elegir entre la libertad o el régimen ilegítimo de los talibanes, y una campaña que buscó la profusión de donaciones humanitarias internacionales<sup>218</sup> para Afganistán.

### *3.15 La improvisación política y militar en el despliegue de planes, táctica y operaciones inscritas en las campañas militares.*

W. Bush y su gabinete de guerra debieron improvisar acciones estratégicas y tácticas en diversos eventos que, sobre la marcha, apuntaban a la ausencia de resultados, el nivel de exposición al riesgo o la cercanía de fracasos.

---

<sup>218</sup> “Debemos, dijo Rice, llevar a cabo una reunión importante para exagerar nuestra ayuda humanitaria”. En Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.286

W. Bush plantearía estas preguntas a su gabinete de guerra:

- ¿Vamos bien? ¿Seguimos confiados?<sup>219</sup>, ante las dudas en medios sobre la estrategia militar estadounidense.

-¿cómo podemos estar seguros de que nuestros equipos son lo bastante fuertes como para no caer en manos de los talibanes?, debido a que los equipos de la CIA y las Fuerzas Especiales, compuestos por varias docenas de hombres, se encontraban en zonas muy escabrosas, solos y eventualmente podrían ser atacados, secuestrados o hecho rehenes.

En una sesión del gabinete de guerra, ante el hecho de que los talibanes triplicaron su presencia en Mazar en relación con los efectivos de la *Alianza del Norte* en Afganistán:

- Rice: “No podemos permitirnos perder. Los talibanes están resultado más duros de roer de lo que pensábamos.”<sup>220</sup>

-Rumsfeld: “¿Quién gobernará Afganistán si se lograba derrocar a los talibanes? ¿Cómo? ¿Cuál era el mecanismo para mantener algún tipo de democracia en un país dominado por las facciones tribales?”<sup>221</sup>

En otro contexto, las propias inclemencias del tiempo, como el caso de la inminencia del invierno en pleno periodo de bombardeo en Afganistán, mostraba a un Ejército estadounidense con aparentes dificultades para dominar el terreno y avanzar exitosamente en su estrategia bélica aérea, al grado de que el propio Vicepresidente Cheney cuestionaba informes de la CIA que asumían que la campaña de ataques aéreos dirigidos contra los talibanes no eran los adecuados.

---

<sup>219</sup> Ibidem

<sup>220</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, p.301

<sup>221</sup> Ibidem

### 3.16. El "gobierno de sombra".

A principios de octubre del 2001, la Administración Bush puso en marcha el llamado Plan de Continuidad de Operaciones que, sin plazo límite, estableciendo un "gobierno de sombra" u oculto, con un centenar de funcionarios que viven y trabajan en secreto fuera de Washington, como medida de precaución ante posibles ataques terroristas.

La idea data una directriz presidencial que se remonta al periodo presidencial de Dwight Eisenhower, en los años cincuenta. En caso de un colapso del gobierno de EE UU, estos funcionarios asumirían la dirección de las oficinas federales regionales para contener "los trastornos en los suministros de alimentos y agua, los transportes, la energía y las telecomunicaciones, además de proveer la salud pública y el orden".

Se trata de un grupo de altos funcionarios de todos los ministerios, cuyo número oscila entre un mínimo de 75, en días de calma, y un máximo de 150 cuando se reciben informaciones sobre la posibilidad de atentados terroristas<sup>222</sup>. Su misión esencial, en caso de que un ataque nuclear o bacteriológico dejara inoperativos los centros de poder en Washington, consistiría en garantizar las funciones

---

<sup>222</sup> Gellman, Barton, "Shadow Government Is at Work in Secret", *The Washington Post*, EUA, 1 de marzo del 2002, p.9.

gubernamentales básicas "y dirigir una respuesta inmediata a la agresión":

"tengo la obligación, dijo W. Bush, ante el pueblo de EE UU de tomar todas las medidas para que, en caso de un ataque contra Washington, haya un gobierno"<sup>223</sup>.

### *3.17. La insularidad política, constitucional y estratégica presidencial.*

No debe subestimarse el papel de un actor clave que gravitó en la elaboración de estas decisiones presidenciales en el terreno doméstico y exterior estadounidense: Karl Rove<sup>224</sup>.

De esta manera, en la historia del sistema presidencial estadounidense, Karl Rove ha sido, probablemente, el asesor presidencial con mayor poder e influencia. Asimismo, durante la presidencia de George W. Bush, la Casa Blanca ha alcanzado una inaudita acumulación de poder político<sup>225</sup>.

---

<sup>223</sup> Ibidem.

<sup>224</sup> Véase Capítulo VI

<sup>225</sup> Se trató de la construcción de una esfera de poder ejecutiva que concedía al presidente la interpretación última de la Constitución, revirtiendo los efectos de *Marbury v. Madison* (1803) que estableció el principio de revisión judicial y el concepto constitucional de pesos y contrapesos en el sistema político estadounidense.

Presidentes anteriores afirmaron su derecho a no plegarse a la prescripción constitucional por erosionar su autoridad constitucional; no obstante, especificaron sus objeciones y la forma en la que ellos se propondrían ejecutar el mandato constitucional. Por ejemplo, Clinton llegó a objetar que atentaba contra sus prerrogativas presidenciales remover de la administración al director de la Agencia de Seguridad Nuclear Nacional. En cambio, W. Bush afirmó poderes amplios sin especificar sus objeciones o postular cómo planearía la instrumentación constitucional.

El papel desempeñado por Karl Rove en este gobierno es la explicación sustancial a este hecho, en la medida en que es el autor electoral y estratega político que ayudó a Bush hijo a ser elegido como gobernador de Texas, Presidente de Estados Unidos de América –así como a reelegirse y al éxito republicano en las elecciones intermedias del 2002.

Hay una correspondencia entre la matriz de metas políticas de Rove y los métodos sórdidos empleados por el presidente Bush hijo, diseñados para funcionar en una amplia gama de ámbitos de su actuación gubernamental: se perturbó el equilibrio de poder entre las tres ramas de gobierno sancionado por la Constitución estadounidense, y en particular, contra la rama del poder legislativo, abrogándose la libertad presidencial de ejecutar o no las leyes que dictara el Congreso estadounidense<sup>226</sup>.

A través de la asunción de mayores atributos en un marco de secrecía y el tratamiento despectivo de Congreso –el presidente contó con un legislativo en ambas cámaras de mayoría republicana; así, la Casa Blanca de Bush hijo delineó la rama ejecutiva menos responsable de la

---

<sup>226</sup> Ningún presidente había adoptado en la práctica la teoría del ejecutivo unitario, originalmente postulada en círculos conservadores desde varios años atrás –había sido defendida por la Sociedad Federalista, un grupo de abogados conservadores que promueven campañas a favor de la nominación de jueces conservadores. Esta idea había sido considerada –sólo teóricamente– por un abogado del Departamento de Justicia en la administración presidencial de Reagan: Samuel Alito. Asimismo, dicha teoría fue sistematizada por John Yoo, un abogado influyente en el Departamento de Justicia entre 2001 y 2003 –quién defendió la postura de que el presidente tenía el poder para hacer lo que quisiera. Este abogado también redactó el memorándum que defiende sus atribuciones constitucionales para ordenar la tortura. Alberto Gonzales, consejero en la Casa Blanca, y después Abogado General, apoyó públicamente la teoría *unitaria* del Ejecutivo. La teoría deriva interpretaciones inéditas del Art. II Constitucional, al exigir que se otorgue autoridad independiente al presidente frente a los otros dos poderes federales.

que se tenga memoria en la historia moderna estadounidense; un patrón de comportamiento que fue exitoso por la consecuente complacencia del poder legislativo federal –esta presidencia instrumentó el poder para ejecutar las leyes en función de su interpretación unilateral, ignorando la intención parlamentaria<sup>227</sup>.

El objetivo permanente de Bush fue extender poderes presidenciales unilateralmente, vía la demanda de poderes “inherentes” dado su status de Comandante en Jefe y a través de la teoría *del Ejecutivo unitario* –que le concede atribuciones por encima del Congreso y las cortes estadounidenses (Véase numeral 4.1).

Las tácticas: predominio de un grupo demográfico electoral –los conservadores evangélicos-, un tema nacional controversial clave y, virtualmente, una política que buscaba ubicar a todos en un lado monocromático de la realidad, al querer afianzar la posición presidencial como la única y la válida: se trató de la creación exitosa de un clima corrosivo de miedo en el público a lo largo del país, atizado hábilmente para evitar alternativas.

---

<sup>227</sup> Según un artículo del *Boston Globe*, desde el inicio de su presidencial W. Bush exigió el derecho de ignorar más de 750 leyes promulgadas. Bush también firmó declaraciones para poner límites severos en la vigilancia legislativa sobre actividades federales, que incluían a agencias que inspeccionaban e informaban al Congreso sobre la ocupación americana de Irak. El Presidente vetaba disposiciones legislativas que no fuesen de su agrado y públicamente sostenía sus objeciones. Savaige, Charlie, “Bush challenges hundreds of laws: President cites powers of his office”. *Boston Globe*, abril del 2006.

Así, la ecuación Bush/Rove encabezó una administración que defendió de manera inflexible una agenda de políticas públicas de raigambre conservadora –en el plano ideológico/religioso; la adopción de la doctrina presidencial de la *guerra preventiva*<sup>228</sup>, y en el campo electoral, la polarización como matriz de dominación política, al privilegiar la acción audaz y permanente a la ofensiva, como método eficiente de persuasión psicolítica, de alineamiento voluntario de los electores: la premisa central de Rove es que los estadounidenses castigan las debilidades e indecisión presidenciales.

En efecto, Rove privilegió la instrumentación de un núcleo de tácticas dirigidas a mantener la energía política de la base republicana en lugar de extender su acción a cortejar a los votantes moderados –Rove es un asesor avezado en los mapas electorales región por región y distrito por distrito, el uso de la técnica del *micro-targeting*, la segmentación de los residentes y electores por su origen étnico, educativo, filiación

---

<sup>228</sup> En su discurso de aceptación de la nominación presidencial republicana para un segundo periodo, W. Bush comparó su esfuerzo para democratizar Irak al compromiso de H. Truman a construir una Alemania democrática después del Segunda Guerra Mundial. Truman y sus asesores, que se conocerían después como los "hombres sabios", construyeron un sistema de alianzas internacionales para contener el ascenso del comunismo internacional. El presidente W. Bush postuló que reorientaría la política extranjera alrededor de una estrategia que buscaría contener el riesgo de terrorismo vía el impulso de la democracia en Oriente Medio. Se trató de una pantalla de campaña presidencial en la que se buscó moldear el expediente de la guerra en Irak dentro de un esfuerzo generación de largo plazo, similar a la que implicó la contención del comunismo. Esta pieza más detallaba buscó engarzarse con la premisa mayor de la Doctrina Bush: la advertencia que el EE.UU. trataría estados que albergan a los terroristas como indistinguible de ellos --una amenaza rápidamente confirmada con la invasión a modo de represalia consumada en Afganistán.

política e historia política: privilegio de la estadística para establecer la ruta de división y polarización (Vér Capítulo VI)<sup>229</sup>.

Dicho árbol táctico electoral, ideológico, y legislativo, permitió consumir una estrategia esencialmente insular en su diseño, dual y divisoria en su operación, así como infausta en sus resultados, dado el progresivo abandono de la base social, legislativa y electoral moderada en el segundo término de la administración de W. Bush. La mente política roviانا fraguó los objetivos de su ambición en la búsqueda de éxitos electorales que no avisaran resistencia, atizada por una voluntad de triunfo a costa del adversario: en el terreno personal, postulando una narrativa personal que consagraba la fusión de su formación autodidáctica y sus planes políticos nacionales –a contrario de lo que pensaban sus detractores-, con la historia y el sistema político estadounidense; a nivel doméstico, cuestionando su patriotismo; en el campo exterior, asumiendo la guerra antiterrorista como un guión que no debía suscitar duda ni resistencia por la opinión pública y gobiernos de naciones extranjeras.

---

<sup>229</sup> De la mano del encuestador Matthew Dowd, Rove construyó una base de datos demográfica y electoral detallada, combinada con información de los patrones de consumo de los ciudadanos republicanos y de los votantes potenciales favorables a ese mismo partido: en efecto, se trataba de una táctica que jerarquizaba comportamientos y vivencias de los electores objetivo, el sondeo y las encuestas, el prejuicio ideológico partidista como método de comprensión de la realidad social y método de predicción del comportamiento sociopolítico. Este modelo de alineamiento selectivo del electorado, se combinó con apelaciones a nichos de potenciales votantes, como el de grupos de afroamericanos devotos cortejados con iniciativas de la Casa Blanca de estimular servicios sociales religiosos. Rove asumió como un hecho consumado que el presidente nunca podría convertir el amplio espectro de electores escépticos de su liderazgo, condición manifiesta de oposición intensa que fue presentada por el presidente Bush como una insignia de honor -la prueba que Bush estaba tomando decisiones difíciles.

Congruente con esta definición táctica, el presidente W. Bush privilegió conducir su agenda parlamentaria unificando a los republicanos en lugar de dividir a los demócratas: en cada elección constitucional buscó aumentar la concurrencia republicana que atrayendo electores independientes. Su agenda política -con notables excepciones en el campo de la educación y la inmigración-, mantuvo la consistencia de consolidar iniciativas de inspiración conservadora y la oposición firme a la agenda y posicionamientos demócratas.

La meta política mayúscula de Rove era construir una realineación nacional del sistema político estadounidense a favor del Partido Republicano<sup>230</sup>. En efecto, se trataba de construir y expandir pacientemente la fuerza partidista de los conservadores estadounidenses y afianzar una mayoría republicana -una meta que

---

<sup>230</sup> Green cita que los historiadores americanos modernos generalmente han observado cinco elecciones en las que se ha presentado este fenómeno del realineamiento -un periodo de dominación político partidista de largo plazo-: en 1800, con la victoria de Thomas Jefferson; en 1828, con el triunfo de Andrew Jackson que daría lugar a la creación del sistema bipartidista moderno estadounidense y a dos décadas de influencia jacksoniana; en 1860, cuando la elección de Abraham Lincoln marcó la ascendencia del Partido Republicano y del impulso secesionista que llevó a la Guerra Civil; en 1896, cuando se consumó el efecto positivo de la industrialización y el impulso de William McKinley; la elección de Roosevelt en 1932, durante la *Gran Depresión*. Joshua Green enfatiza que Rove creía fervorosamente que el país estaba al borde de un cambio generacional, guiado por su fe en la lectura política del tiempo presidencial de William McKinley: el electorado estadounidense en la elección del 2000, como en la de 1896, estaba maduro para la reordenación, atribuyéndose él mismo la autoría del inicio de este proceso y la posibilidad de consumarlo. Rove pensaba, apunta Green, que expandir los fondos gubernamentales a organizaciones religiosas, privatizar parcialmente la seguridad social, expandir el sistema privado de salud y atraer a la población hispana con una ley inmigratoria, configurarían un plan de largo aliento que debilitaría los partidarios de centro favorables a la columna demócrata partidista. El propio periodista documenta en su artículo como Rove incluso comparará este guión político con el que impulsó la administración de W. Bush para forzar la democratización en Oriente Medio: con una invasión pacífica en Irak y Afganistán, dicta este trazado geopolítico, la democracia se consumaría, resultante que a nivel doméstico se reproduciría en el sistema político estadounidense, si se impulsaran reformas mayores desde las palancas de poder gubernamental.

devendría como una fuente clave para entender la debilidad política de la presidencia de W. Bush.

Cada una de estas tácticas reflejaba la convicción roviiana de que el Ejecutivo federal carecía de escenarios reales para atraer el apoyo de electores y legisladores fuera de la base conservadora en torno al centro político presidencial<sup>231</sup>. Se impuso una visión del éxito político con propensión en cultivar la energía del propio partido, aun cuando eso significara atizar la llama en el campo político adversario y profundizar la polarización. Se trató de una operación ideada por un asesor privilegiado del Ejecutivo y un responsable de cabildear con el Congreso la agenda, irónicamente, consciente de que bajo el gobierno dividido de Reagan, este presidente consiguió la reforma fiscal en el último tramo de su segundo periodo gubernamental.

Por su parte, en el segundo periodo del gobierno dividido de Clinton se consuma una reforma presupuestal que derivaría en un superávit en las finanzas nacionales, mientras que en el W. Bush, con un congreso dividido, en el primer año de gestión se logró aprobar la iniciativa *No Child Left*: lecciones históricas y recientes que Rove desdeñó en la praxis política dada la evidencia relevante de cómo un presidente

---

<sup>231</sup> Rove no construyó solitariamente esta estrategia. Su enfoque en aumentar al máximo el contraste entre los partidos se construyó de la mano de la influencia de Newt Gingrich (como Rove, un autodidacta en la historia política occidental). Y como Gingrich, Rove tuvo la visión de ignorar oportunidades para conquistar nuevos distritos electorales.

podía posicionar su agenda y gobernar con un legislativo controlado por el partido opositor.

Al medirse su proporción en términos del voto popular, el margen de victoria de W. Bush al buscar su reelección en el 2004, fue el más estrecho que haya obtenido un mandatario reelecto. Un fenómeno que mostró la vulnerabilidad de la estrategia insular roviiana cuando las circunstancias se modificaron sustancialmente: la aprobación nacional de la opinión pública al presidente mostró un consistente declive ante el expediente bélico iraquí, y en el interior, por la ausencia de acción de su administración al impacto del Huracán *Katrina*<sup>232</sup> así como por el rechazo público al plan de reestructuración del Sistema de Seguridad Social estadounidense -que impulsaba enfáticamente su Asesor Político en Jefe. Estos hechos se agravaron por la persistente política de excluir a demócratas en el proceso de toma de decisiones sobre la dirección que habría de darse a la guerra en Irak<sup>233</sup>.

Los episodios contrajeron el desgaste de la dirección de Rove en la planeación e instrumentación de la operación política de la

---

<sup>233</sup> En la elección intermedia del 2006, Rove y Bush perdieron la mayoría republicana en la Cámara de Representantes y en la Cámara de Senadores -principalmente a manos de electores independientes, mostrando al consejero presidencial los límites de su estrategia de polarización nacional, y los efectos de ésta en aquéllos. Dicho nicho de electores mantendría consistente su posición desencantada de este liderazgo, así como la resistencia a comulgar con las aspiraciones republicanas en el Congreso estadounidense del 2008.

administración presidencial<sup>234</sup> – la deteriorada imagen y mensaje del Ejecutivo ante la opinión pública ante los eventos en Irak, la progresiva crisis en la relación entre el Presidente y el Congreso, así como la creciente tensión entre el Presidente y los candidatos republicanos al legislativo federal.

En fin, el mosaico táctico divisor se comprobó corrosivo a mediano plazo, sustentado por un progresivo mando unificado en el ejecutivo, que buscó siempre la sujeción de las dos ramas del legislativo, sabotó la deliberación pública nacional y se orientó, prácticamente en cada situación, sólo en la dirección que era considerada o definida como prioritaria para la agenda política presidencial. Rove guiará al presidente en este proceso sistemático de desafiar, controlar y amenazar a las instituciones que podrían haber evitado este proceso: el Congreso, las Cortes, la prensa.

Asimismo, dieron prioridad a la unificación en torno al partido del presidente e impulsaron una agenda de cambio conservadora, al precio de provocar una resistencia tenaz de los demócratas, frustrar incluso la voluntad independiente de republicanos moderados, cancelar una agenda alternativa en el legislativo.

---

<sup>234</sup> El éxito legislativo de la agenda legislativa Bush/Rove se enfrentó a riesgos permanentes - incluso a la oposición de sus colegas congresistas republicanos más moderados. A esto hay que sumar la arrogancia con la que Rove operaba los acuerdos legislativos, que se transfirió a los republicanos cohesionados en torno a su gobierno: en la elección intermedia del 2006 asumirían un precio político mayúsculo, cuando estaban convencidos de que estaban exentos de sanciones y escenarios adversos.

Aquí, el cenit de un guión de polarización política y electoral, fue antesala de un proceso inadvertido: la corrosión de la debilidad electoral ascendente, de las condiciones objetivas de pérdida de su prestigio y pilares de actuación, así como de su base social, y su lealtad legislativa y partidista ampliamente domeñada, quedó estrechamente ligada a un proceso viral mayor: la implosión económica y financiera estadounidense.

El trazado táctico de Rove produjo dividendos fiables, al proyectar una administración presidencial capaz de dominar al legislativo en las votaciones parlamentarias a pesar de las estrechas mayorías republicanas<sup>235</sup> en ambas cámaras y al permitir resultados favorables con una concurrencia sólida republicana en el legislativo, en el 2002 y en el 2004, propiciando el respaldo firme de una base legislativa y

---

<sup>235</sup> “En 2005, el gasto para construcción de vivienda como porcentaje del PIB alcanzó su nivel más alto en más de 50 años. La gente que ya cuenta con casa propia la está usando como cajero automático, convirtiendo el valor de su propiedad en dinero contante y sonante: el año pasado, el ahorro personal cayó por debajo de cero por primera vez desde 1933. Y es una señal de nuestra degradada situación fiscal el hecho de que la administración Bush se jactara de que en 2005 se registró un déficit presupuestal de más de 300 mil millones de dólares, sólo porque fue un poco menor al déficit registrado en 2004. La negación cobra una forma más sistemática dentro del gobierno federal, en el que Dick Cheney está haciendo con el análisis presupuestal lo que hizo con los informes de inteligencia respecto de Irak. La semana pasada Cheney anunció que una nueva división dentro del Departamento del Tesoro mostraría que los recortes fiscales incrementan, no reducen, los ingresos federales. Esa es la fórmula Bush-Cheney: primero se decide cuáles son las conclusiones, y después se exige a los analistas que produzcan las evidencias que sustenten esas conclusiones”. En efecto, el déficit público estadounidense que legó W. Bush ascendió a 1,2 billones de dólares en el año fiscal 200, cifra equivalente al 8,3 por ciento del Producto Interno Bruto de Estados Unidos, superando ampliamente el déficit récord de 413.000 millones de dólares alcanzado en 2004. Véanse de Paul Krugman, Premio Nobel de Economía, los artículos “El insostenible déficit en los EE.UU” y “Adictos a Bush”, *El País*, España, 16 de febrero del 2006 y 01 de octubre del 2010, así como el texto de Attali, Jacques *Y después de la crisis qué?*, Gedisa, España, 2008.

electoral republicana a la administración de Bush hijo. El tiempo es la larva de toda política y estrategia inflexible e insular, tal y como se desveló en el segundo término de la administración - con registros de 34% en el nivel de aprobación de su desempeño para los 8 años de su mandato (en febrero del 2008 este mismo indicador mostró un descenso al 28%), con un 61% que le atribuyó una valoración negativa.

"Woe to the statesman whose arguments for entering a war are not as convincing at its end as they were at the beginning."

*Ante la sugerencia de una guerra preventiva contra Rusia*

*Otto von Bismarck*

"¿Quién debe querer más la paz, sino el que de la guerra puede recibir mayor daño?"

*N. Maquiavelo, Prólogo a El Arte de la Guerra.*

## Cap. IV. De la puesta en escena de un modelo contemporáneo de liderazgo presidencial a escala global.

### Introducción

El acontecimiento terrorista de septiembre del 2001, se abordó como un hecho fundacional en el siglo XXI de la política exterior, defensiva y de seguridad estadounidense. Sólo que la manipulación de las razones originales que motivaron la invasión en Irak, el uso político de los servicios de inteligencia y espionaje inter(nacionales), el desdén por los instrumentos jurídicos e instituciones internacionales, con el pulso prácticamente unilateral de las decisiones presidenciales estadounidenses, han sido procesos concatenados con una arista política mayor: la adopción e instrumentación a escala global de una doctrina que asumía la guerra como matriz para alcanzar la paz.

Este es el guión de trafo que adosa la política antiterrorista<sup>236</sup> así como la conducción de la posguerra iraquí, tradujo la agudización de

---

<sup>236</sup> "La prueba final de una política, afirma Kissinger, es su capacidad para obtener el apoyo interno. Esto tiene dos aspectos: el problema de legitimar una política *dentro* del aparato gubernamental, que es un problema de racionalidad burocrática, y el de armonizarla con la experiencia nacional, que es un problema de desarrollo histórico...El espíritu de la burocracia y el de la política se oponen diametralmente. La esencia de la política es su contingencia; su éxito depende de lo correcto de una estimación que es en parte conjetura. La esencia de la burocracia es su búsqueda de seguridad; su éxito es cuestión de cálculo. La política profunda se nutre de la creación perpetua, de una redefinición constante de metas. La buena administración se nutre de rutina, la definición de relaciones que puedan sobrevivir a la mediocridad. La política implica un ajuste de riesgos; la administración el evitar la desviación. La política se justifica así misma por la relación de sus medidas y su sentido de proporción; la administración por la racionalidad de cada acción en términos de una meta dada. El intento por conducir la política en forma burocrática conduce a una búsqueda de lo calculable que tiende a quedar prisionera de los acontecimientos. El esfuerzo por administrar en forma política conduce a la irresponsabilidad total, porque las burocracias están

condiciones para un descrédito global de la política internacional estadounidense, un proceso que advierte el paulatino deterioro del liderazgo presidencial interno<sup>237</sup> e internacional, desde antes de transitarse el tramo final del segundo mandato del presidente W. Bush.

El núcleo de objetivos internos/externos de protección territorial y seguridad nacional se inscribe en el espejo virtual de los efectos traumáticos derivados del episodio terrorista doméstico del 2001, al poner a prueba la solidez de la institución presidencial en escenarios de crisis, la credibilidad de los servicios de inteligencia y seguridad nacional y la formulación estratégica de la política exterior estadounidense que se daría post *IIS*, eslabones fundamentales para comprender los asideros del pensamiento político/estratégico de matriz neoconservadora<sup>238</sup>, que de la mano de la simplificación de las amenazas y desafíos a la seguridad nacional estadounidense, pretendió

---

diseñadas para ejecutar, no para concebir.” Kissinger, Henry, *A World Restored. The Politics of Conservatism*, New York, Grosset and Dunlap, 1964, p.398

<sup>237</sup> “El presidente, dice Corwin, posee todos los poderes que los hechos del intercambio internacional puedan en cualquier momento ser convenientemente aplicables si la Constitución no los estipula en ninguna otra parte en términos claros (el autor discute aquí la potestad ejecutiva de afectar la facultad ejecutiva de la legislatura estadounidense para declarar la guerra). Ordinariamente, esto significa que *la iniciativa* en el campo exterior descansa en él. Consecuentemente, ésta en aptitud de enfrentarse a los otros departamentos y al Congreso en particular con *hechos consumados* a voluntad, aunque por otro lado, el Congreso no tiene obligación constitucional de respaldar tales *hechos consumados* o de respaldar la política que los originó.” En Corwin, Edgard, *The President: Office and Powers (1787-1957)*, New York, New York University Press, 1957, pp.179-180.

<sup>238</sup> Véase Woodward, Bob, *Bush at War*, New York, Simon & Schuster, 2002 y del mismo autor *Plan of Attack*, New York, Simon & Schuster, 2004.

unificarlas bajo el tamiz del terrorismo internacional<sup>239</sup> (incluso las prioridades geopolíticas y de seguridad nacional de otras naciones), demostrando que podía desdeñarse el aprendizaje histórico de la política internacional estadounidense<sup>240</sup>, dada la ausencia de una visión estratégica de mediano plazo al postularse una política belicista que ha tenido efectos perniciosos en la economía nacional y la propia viabilidad de la economía global<sup>241</sup> y enfrenta el cenit del descrédito presidencial – dado el costo político de persistir en la estadounidense en Irak<sup>242</sup>-, al interior del sistema político estadounidense<sup>243</sup> y en el exterior.

---

<sup>239</sup> “El enfoque eminentemente teológico del presidente Bush logró, plantea Brzezinski, además de un efecto movilizador a nivel político, una ventaja táctica derivada del hecho de hacer confluir en una única y simple fórmula las diversas fuentes de la amenaza, con independencia de si estaban conectadas entre sí o no. La famosa referencia presidencial al ‘eje del mal’, hecha a principios del 2002, reunió en una sola fórmula política los desafíos que planteaban por separado Corea del Norte (para la estabilidad del Asia neoriental), Irán (y sus ambiciones de más largo alcance sobre la región del golfo Pérsico) y el legado pendiente de la campaña de 1991 contra el iraquí Sadam Hussein. Los amenazadores dilemas que se derivaban de los intentos de esos tres Estados por adquirir armamento nuclear quedaron así condensados en la condena moral de tres regímenes específicos pero no aliados entre sí (dos de ellos son, en realidad, enemigos mutuos) y fueron vinculados a la dolorosa experiencia directa del terrorismo en su propio territorio que estaba viviendo el pueblo estadounidense.” Brzezinski, Zbigniew, *El dilema de EE.UU. ¿dominación global o liderazgo global?*, Paidós, Barcelona, 2005, p.47.

<sup>240</sup> Véase Gurtov, Melvin, *Superpower on crusade : the Bush doctrine in US foreign policy*, Boulder, Colo., Lynne Rienner Publishers, 2006; Haley, P. Edward, *Strategies of dominance : the misdirection of U.S. foreign policy*, Washington, D.C., Woodrow Wilson Center Press Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press, 2006; Woodward, Bob, *State of denial*, New York, Simon & Schuster, 2006; Fukuyama, Francis, *America at the crossroads : democracy, power, and the neoconservative legacy*, New Haven, Yale University Press, 2006.

<sup>241</sup> Véase Aart, Kraay, *The dot-com bubble, the Bush deficits and the U. S. current account*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, 2005; Bilmes, Linda y Stiglitz Joseph, *The economic costs of the Iraq War: an appraisal three years after the beginning of the conflict*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, 2006.

<sup>242</sup> Véase Keegan, John, *The Iraq War*, New York, Alfred A. Knopf, 2004, 254p.; Ricks, Thomas, *Fiasco : the American military adventure in Iraq*, New York, Penguin Press, 2006; Davis, Steven, *War in Iraq versus containment*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, 2006.

#### 4.1 Un modelo contemporáneo de liderazgo presidencial a escala global?

##### 4.1.1 Poder para decidir lo que es y lo que no es constitucional.

Con base en el predominio de la autoridad ejecutiva bajo el principio de su *poder unitario* -el Ejecutivo tiene autoridad solitaria para interpretar la ley-, y en la cláusula de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, para evitar cualquier restricción al poder ejecutivo y asumir el control virtual de la división constitucional de poderes.

La teoría del *ejecutivo unitario*<sup>244</sup> presupone la hostilidad del entorno político externo y busca traspasar agresivamente los límites

---

<sup>243</sup> EUA: Sistema político presidencialista democrático. El presidente juega un papel decisonal bajo la impronta de los medios y el Congreso. En su conjunto, anuda la toma de decisiones expresada por los intereses económicos de los distritos federales. Los puntos finos de este sistema político se materializan en la gestión de un gobierno sujeto a la vigilancia permanente de la red económica y financiera -EUA-, y al escrutinio mediático global.

<sup>244</sup> Véase Calabresi, Steven G. y Christopher S. Yoo. "The Removal Power: The Unitary Executive during the First Half-Century." *Case Western Reserve Law Review*, 47:1451, 1997; Calabresi, Steven G. y Christopher S. Yoo, "The Unitary Executive during the Second Half-Century." *Harvard Journal of Law and Public Policy*. 26:668. 2003; Calabresi, Steven G., Christopher S. Yoo, Laurence Nee, "The Unitary Executive during the Third Half-Century: 1889-1945", *Notre Dame Law Review*. 2004, así como Calabresi, Steven G., Christopher S. Yoo y Anthony Colangelo, "The Unitary Executive During the Modern Era: 1945-2004", *Iowa Law Review*. 2004. El testimonio más evidente del poder del *ejecutivo unitario* se ofrece en la protección de las prerrogativas de la presidencia en casos como la batalla contra el veto del legislativo, contra la intervención del poder legislativo en asuntos de la rama ejecutivos, y en la lucha contra los esfuerzos del Congreso por establecer secciones y funcionarios de la rama ejecutivas inmunes al mando presidencial. Las administraciones presidenciales de Richard Nixon, Ronald Reagan y William Clinton constituyen precedentes documentados sobre la proclividad ejecutiva a afianzar su oficina, su capital político y sus políticas, para granjearse el respaldo de la opinión pública y ante un poder legislativo presto al escrutinio y al ejercicio constitucional de su papel de contrapeso en el sistema político estadounidense.

La tesis del *ejecutivo unitario*, tanto en alocuciones públicas y en el diagnóstico sobre la crisis derivado de los atentados terroristas, se asumió como paradigma de actuación presidencial indispensable, fundamentalmente teniendo por referente la *Guerra de Vietnam* y el *Watergate*, dos acontecimientos que para la administración de W. Bush, cambiaron la presidencia moderna y que erosionaron la confianza en la institución presidencial, y exhibieron la necesidad de expandir la esfera de poder discrecional del Presidente de la República. Véase Barilleaux, Ryan, "Venture Constitutionalism" en Kelley, Christopher S. *Executing the Constitution: Putting the President Back into the Constitution*. NY, SUNY Press, 2005.

constitucionales para proteger las prerrogativas de la institución y posicionar las políticas del presidente. Contiene las siguientes premisas: resistencia a la invasión de las prerrogativas de su oficina; la preeminencia en la interpretación de las leyes; el poder presidencial discrecional de vetar o anular las decisiones llevadas a cabo por agentes gubernamentales, de mover a voluntad a los funcionarios que instrumentan las políticas gubernamentales, para conducir la manera en que las agencias y los funcionarios gubernamentales operan la instrumentación de las decisiones gubernamentales.

El presidente no buscó expandir su esfera de poder para lograr razonables metas políticas, sino para socavar, unilateralmente, los otros dos poderes constitucionales, así como las leyes sujetas a debido proceso propias de la historia jurídica estadounidense<sup>245</sup>. W. Bush actuó meramente sobre la base de su propio juicio y dejó constancia de una demanda permanente para que el sistema de pesos y contrapesos, no le fueran aplicadas a su presidencia ni a su administración, en función del argumento del carácter excepcional de la crisis de seguridad nacional que debía resolver, al grado de que las cortes son renuentes a encontrar acciones inconstitucionales y el poder legislativo a ejercer su capacidad y obligación de contrapeso.

---

<sup>245</sup> Aberbach, Joel, "¿Supplying the defects of better motives?", en *The Goerge W. Bush Legacy*, Washington, C.Q. Press, 2007, 110-136pp.

#### *4.1.2 La presidencia, acumulando capital político y militar.*

En los hechos, anular la vigencia del Art. II de la Constitución de los Estados Unidos de América. En efecto, los ataques terroristas fueron asumidos por el presidente y el gobierno de W. Bush como un escenario de extraordinaria demanda de autoridad ejecutiva estadounidense, para Estados Unidos de América y para el mundo, y subsecuentemente, para sortear eficazmente obstáculos políticos y constitucionales.

#### *4.1.3 Del enemigo en el exterior al enemigo doméstico.*

Preparar un programa de vigilancia secreta que podía procesarse sin limitaciones legislativas y judiciales, suscrito en la autorización para realizar acciones de espionaje en el país<sup>246</sup>.

---

<sup>246</sup> A través de esta orden ejecutiva se faculta a la Agencia de Seguridad Nacional (National Security Agency por sus siglas en inglés, fundada en 1952 para realizar espionaje en comunicaciones en el extranjero), para intervenir llamadas telefónicas y correos electrónicos desde o hasta Estados Unidos, tanto de estadounidenses como de extranjeros, sin permiso judicial. En su vertiente novedosa, se trata de una decisión presidencial favorable a un espionaje tecnológico masivo enfocado a ciudadanos estadounidenses, sin supervisión judicial y sin autorización explícita del Poder Legislativo. Se reedita así una práctica presidencial de hace más de 30 años, cuando en 1974 bajo la administración Nixon se hizo pública una operación de espionaje doméstico en gran escala, en aquél caso se trataba del empleo de las agencias de espionaje en contra de opositores a la Guerra de Vietnam y contra disidentes de la política oficial. Operación que terminó con la renuncia del presidente Richard Nixon y expedición legislativa de la Ley de Vigilancia de la Inteligencia Extranjera (FISA por sus siglas en inglés), que establece que las autorizaciones para las escuchas telefónicas atinentes a la Seguridad nacional sean aprobadas por el tribunal secreto de la FISA. La ley sostiene que constituye un delito que funcionarios gubernamentales realicen una vigilancia electrónica fuera de los alcances exclusivos de la ley o del estatuto criminal de escuchas telefónicas. En fin, está documentada desde hace varias décadas la prohibición de estas actividades ordenadas por el Ejecutivo, sin supervisión o autorización del Poder Judicial.

La reedición de la práctica del espionaje interno fue para el Presidente W. Bush, un instrumento idóneo para sostener la guerra contra el terrorismo, dado que ésta constituye un escenario de crisis asociado a la seguridad nacional estadounidense. De hecho justifica tal expediente en términos de la necesidad de transformación sustancial del sistema político y constitucional: asume que como autoridad presidencial, en su calidad de Comandante en Jefe y debido a que el terrorismo internacional glosaba la necesidad de responder con un guión permanente de guerra dirigido contra la nación estadounidense, amerita que los principios centrales de la Constitución puedan ser suspendidos discrecionalmente.

Por otro lado, la reflexión no se sitúa en el cuestionamiento de la legalidad del derecho del poder ejecutivo para conducir vigilancia electrónica sobre objetivos de inteligencia nacional en el extranjero, sino en la objeción del derecho gubernamental para espiar dentro del territorio estadounidense sin vigilancia, lo cual está limitado por las leyes y la IV Enmienda constitucional<sup>247</sup>.

---

<sup>247</sup> La IV Enmienda a la Constitución de EUA, es una de las provisiones incluidas en la *Bill of Rights*, que afirma esencialmente que los individuos tienen el derecho a estar seguros contra cateos y confiscaciones no razonables y que ninguna orden de allanamiento deberá ser emitida sin una causa probable de que un crimen haya sido cometido. A la letra: *“el derecho de los habitantes de que sus personas, domicilios, papeles y efectos se hallen a salvo de pesquisas y aprehensiones arbitrarias, será inviolable, y no se expedirán al efecto mandamientos que no se apoyen en un motivo verosímil, estén corroborados mediante juramento o protesta y describan con particularidad el lugar que deba ser registrado y las personas o cosas que han de ser detenidas o embargadas”*.

#### 4.1.4 *La elaboración de una esfera excepcional de poder presidencial castrense.*

La creación de *Comisiones Militares*<sup>248</sup> expande la esfera del poder presidencial, al establecer que sea el Poder Ejecutivo y el Secretario de Defensa las instancias que, unilateralmente, definan quien es un *enemigo combatiente*<sup>249</sup>, vía directrices ejecutivas que sustentan el uso de la coerción en la obtención de testimonios y la evasión de acciones de vigilancia por la Suprema Corte - violando compromisos internacionales como los contraídos con la Convención de Ginebra de 1949<sup>250</sup>. Fundamentalmente, la *Ley de Comisiones Militares* autoriza el uso de la tortura y elimina el derecho de *habeas corpus* (protección del arresto arbitrario), para quienes sean designados enemigos por el gobierno de Estados Unidos.

#### 4.2 *El poder ejecutivo como entidad superior que administra temores globales.*

El miedo puede ser miedo a lo conocido, cuando se enfrenta a un enemigo de antes, que ya ha demostrado su profusión de crueldades o

---

<sup>248</sup> *The Military Commissions Act of 2006*, permite que agentes y funcionarios civiles y militares estadounidenses puedan interrogar discrecionalmente a presuntos terroristas, al ofrecerles protección legal para garantizar que no sean sujetos de demandas judiciales, además de que no evidencia el tratamiento de los detenidos cuando están encarcelados, o cuando están bajo custodia.

<sup>249</sup> La administración inventó la categoría ficticia de los “combatientes enemigos” para privar a los detenidos de las protecciones legales tanto de los tribunales estadounidenses como del estatus de “prisionero de guerra”. La administración intentó luego detener a estos “combatientes enemigos”, algunos de ellos ciudadanos estadounidenses, de manera indefinida sin juicio, acceso a un abogado, o el derecho a que los tribunales revisasen sus causas.

<sup>250</sup> Al establecer las cláusulas de protección internacional relativas al trato debido a prisioneros de guerra y a personas civiles en tiempos de guerra. *La Ley de Comisiones Militares* hace virtualmente imposible retar un fallo de un tribunal de estatus (que determina si un detenido es o no un combatiente ilegal), prohíbe peticiones de *habeas corpus* -el derecho antiguo de prisioneros en sociedades justas de tener su detención revisada-, o en cualquier caso basado directa o indirectamente sobre la *Convención de Ginebra*.

de quien se habían hecho públicas sus intenciones, o arriesgándose a una guerra, demostrando antes capacidad de destructividad (guerra nuclear, después de Hiroshima y Nagasaki). Pero también prevalece el miedo a lo desconocido, propio de una lógica de guerra de guerrillas, o en un entorno internacional, donde donde los terroristas pueden golpear, en principio, en cualquier tiempo y cualquier lugar.

La universalización del miedo, aparece como una empresa política y mediática clave para legitimar la lucha contra el terrorismo, para lograr susceptibilidad popular hacia argumentos y expediciones bélicas, para nutrir y manipular prejuicios y temores sociales (recordemos la manipulación antisemitista fraguada por los nazis en torno a la capitalización de antiguos resentimientos anticapitalistas y judeocristianos), además de los miedos primitivos de deshonor y corrupción de la sangre, lo que documentó un odio irracional calificado de pseudocientífico<sup>251</sup>.

Su equivalente contemporáneo lo suministra la proclama de la adopción de la democracia en el mundo entero, hilvanada con la hábil orquestación del miedo propiciado por los atentado terroristas del 11 de septiembre del 2001, temor a nuevos atentados terroristas, a lo desconocido -pánico-, propulsor de la destrucción de la seguridad de los estadounidenses.

---

<sup>251</sup> Koonz, Claudia, *The Nazi Conscience*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

Se trata de un gobierno que se ve y se proclama como fuente de democracia para el mundo entero, en un aprovechamiento político de la psicosis social causada por los atentados del 11S, dado el miedo a lo desconocido: terroristas capaces de destruir la seguridad de los estadounidenses de maneras insospechadas. En lugar de un líder que esgrime "nosotros no tenemos nada que temer, sino temernos a nosotros mismos", se esparce una especie de suero social conductor de ansiedad para administrar los temores sociales: alarmas coloreadas diferencialmente, el *Acta Patriótica*, la discriminación étnica/racial, la fusión del régimen de Saddam Hussein como poseedor de armas de destrucción masiva, y nexos estrechos con *Al Qaeda*.

Diversos regímenes han patrocinado políticamente la capacidad de exacerbar los miedos sociales - de Mugabe a Sharon, de Saddam a las dinastías de Corea del Norte, de Pinochet a Milosevic-; los Estados Unidos de América no han sido inmunes a este fenómeno. El doble propósito ha sido incitar la hostilidad, la belicosidad, el fervor a la venganza y a la protección violenta contra los enemigos externos (o "extranjeros", grupos étnicos, religiosos o políticos domésticos), y motiva la zozobra de los ciudadanos, en nombre de la seguridad nacional y personal, para respaldar invasiones extranjeras y reducir sus libertades públicas - que no habrían tolerado si no hubieran sido incitados a temer.

El temor a una guerra nuclear, predominante bajo la era denominada de la *Guerra Fría*, condensó estrategias inspiradas en la disuasión. De hecho, la conducta de los presidentes de Estados Unidos de América y la Unión Soviética durante la crisis de los misiles cubanos, mostró que el Ministro Khrushchev tenía razón cuando planteaba que ningún estado querría arriesgarse a la destrucción total. No obstante, una doctrina estatal cifrada en la “guerra preventiva”, hace los temores más penetrantes y duraderos.

Por otro lado, durante la Guerra Fría, el miedo al *comunismo* y el expansionismo soviético, se usó por el gobierno estadounidense para borrar los efectos negativos que el miedo a un escenario real de guerra nuclear podría haber generado entre muchos ciudadanos, o para sofocar las protestas de parte del público contra las intervenciones americanas en América Latina.

En el fondo, el poder superior con vocación de administrador universal de los temores colectivos, en el proceso de dominación se vuelve ciego al punto de vista de sus víctimas, y a la ecuación psicológica masiva de humillación y sumisión que postula. Temores globales que se difuminan en términos de guerras en todas sus modalidades –con o sin armas de destrucción masiva, guerras entre naciones, guerras patrocinadas por individuos y grupos privados, como fuentes de esparcimiento de una psicosis de miedo en la sociedad global.

### *4.3 De la capacidad de reinención del liderazgo ejecutivo en escenarios de crisis: la credibilidad política y mediática.*

Los momentos de escenarios nacionales de crisis, exigen la renovación de la capacidad de liderazgo político. Con el episodio terrorista del 11 de septiembre del 2001, los símbolos arquitectónicos del poder estadounidense – sus enclaves financieros internacionales en la Ciudad de Nueva York, las instituciones del gobierno federal en Washington D.C. y la fuerza militar en el Pentágono-, fueron amenazados y dañados de manera sin precedente en la historia política y social estadounidense. La salida al psicodrama sociopolítico implícito y la atención de los reflectores mundiales se enfocaron en una sola voluntad e institución: El Ejecutivo estadounidense<sup>252</sup>.

Circunstancia excepcional asumida como necesidad de un liderazgo presidencial protagónico que operara mas allá de los límites de un gobierno constitucional – fundamento de la reedición de un modelo de dirección política presentado como inevitable, exigencia de la sociedad y de la historia, el líder heroico deberá “enfrentar la crisis derivada de la guerra, la revolución y el caos económico, con un gobierno autoritario de popularidad temporal, antecedente de la tradición de

---

<sup>252</sup> En este caso, se trataba de un presidente con un aro de ilegitimidad electoral, resuelto con el respaldo de la Suprema Corte de Justicia. No obstante, también se trataba de un titular presidencial con una carrera política templada en escenarios adversos – su padre no se reelegiría en la Presidencia para un segundo término y hasta el 10 de septiembre del 2001, su gobierno contaba con bajos niveles de aprobación pública.

libertad de Estados Unidos, que se reafirmará cuando aquélla se termine<sup>253</sup>.

#### *4.3.1 Del ejercicio presidencial de gobierno, como campaña política permanente: conducir los temores y las esperanzas de opinión pública.*

La división entre hacer campaña y gobernar, busca disimularse con múltiples artificios: gobernar se asume como una extensión de la campaña que lo llevó a obtener la titularidad del máximo cargo, un proceso que se acompaña de una planificada aparición en distritos electorales selectivos, el uso expansivo de la televisión y continuas apariciones e informes ante los medios de comunicación masivos. Por ejemplo, Clinton nos muestra una fase más sofisticada que expandió la infraestructura de las relaciones públicas, en una evolución que puede remontarse a Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson.

La actuación gubernamental que privilegia una campaña política perpetua, enfrenta su punto de inflexión crítico no cuando la oposición política se fortalece, sino cuando surgen fisuras importantes en la arena de los partidarios del presidente; mientras algunos insisten en la ortodoxia original de la filosofía heredada, otros exigen más cambios para adaptarse a las nuevas condiciones: con W. Bush, algunos conservadores en materia fiscal exigían un retorno al gobierno más

---

<sup>253</sup> Schlesinger, Arthur Jr., "On Heroic Leadership and the Dilemma of Strong Men and Weak Peoples," *Encounter* 15, No. 6, 1960, pp.3 y 11.

modesto en su intervención en la economía y en presupuestos equilibrados, en tanto otros, insistían sobre todo en que debía ganarse la guerra en Irak a cualquier precio.

Richard Nixon fue quizás el primer presidente en adoptar una campaña permanente, dado el comentario de su consejero John Ehrlichman de que "grandes ideas que se conciben y no se venden están como bebés que nacen muertos". Nixon institucionalizó unidades consagradas a las relaciones públicas en la Casa Blanca<sup>254</sup>.

El enfoque de una administración centrada en las audiencias, constituyó una orientación que puede encontrarse en el gobierno del presidente Ronald Reagan. Reagan orientó su oficina para usar sus habilidades histriónicas y el diestro uso de la televisión; para persuadir al público y alinear al Congreso a favor de su agenda. En 1976, el encuestador Caddell escribió un memorándum al presidente electo Jimmy Carter titulado, "Informe Inicial sobre Estrategia Política", en el que defendía que "gobernar con aprobación pública requería una *continua campaña política*". Asimismo, sugería instrumentar un trabajo grupal de planeación estratégica de la campaña presidencial de 1980. Liderar al público se concibe como el centro neurálgico de una presidencia moderna. Así, los presidentes se involucran en campañas

---

<sup>254</sup> Véase Small, Melvin, *The presidency of Richard Nixon*, University of Kansas, Lawrence, 1999, 245-256pp.

permanentes que buscan capital político tanto para ellos como para sus agendas de gobierno<sup>255</sup>.

Los más recientes presidentes han jugado en esta arena, incluso mas allá de la postura de Nixon de privilegiar las relaciones públicas. No obstante, es William Clinton el ejecutivo federal más abocado a invertir tiempo y recursos para amoldar el estado de la opinión pública doméstica. Su administración configuró una presidencia basada en una campaña perpetua para obtener el respaldo público -una campaña alimentada por grupos de enfoque y memorándums de relaciones públicas. El enfoque se sustentaba en la energía y disposición del presidente y en una evaluación permanente de las políticas e iniciativas. De hecho, la administración interpretó los retrocesos repetidamente en términos de su fracaso para comunicar, en lugar de en los términos de la calidad de sus iniciativas o su estrategia por gobernar<sup>256</sup>.

Para William Clinton, el problema central del gobierno era el mensaje, la comunicación de su agenda, de su visión, de sus compromisos: el público podría reconocer y apreciar los logros si aquélla era exitosa. En efecto, esta premisa subraya que el apoyo popular es un recurso político crucial para el presidente, la dificultad para otros que medran

---

<sup>255</sup> Véase Ornstein, Norman y Thomas Mann, *The permanent campaign and its future*, Washington D.C., American Enterprise Institute for Public Policy, Brookings Institution, 2002.

<sup>256</sup> Véase Ornstein, Norman y Thomas Mann, *The permanent campaign and its future*, *ibid.*

poder, de negar las demandas legítimas de un presidente con apoyo popular y la probabilidad de que un presidente ausente del apoyo del público, enfrente frustración y quizás la humillación en las manos de sus antagonistas -o a través de la campaña permanente la Casa Blanca puede persuadir con éxito o incluso movilizar a un público al que se busca persuadir de que mantiene una relación estrecha y directa con el Presidente.

El axioma presidencial asume la habilidad para aprovechar un activismo político y mediático eficaces en el desempeño del cargo, y asumir la ciudadanía como una masa fluida de electores que pueden ser guiados con apariencias, dramas ocasionales y una retórica diestra. Una capacidad que se consume en términos de cambiar la opinión pública y conducirla. El presidente W. Bush hizo de este legado en el que la agenda de gobierno se confunde con la agenda mediática, axioma de su comportamiento político gubernamental.

#### *4.2.2 De la administración de pseudo eventos presidenciales: imagen heroica edificada sobre el artificio del enemigo perpetuo.*

El enemigo terrorista, como amenaza latente y perpetua capaz de utilizar su muerte como método innovador y al propio sistema de vida occidental como arma de destrucción masiva, permitió a la administración presidencial administrar los temores sociales con base en la puesta en escena de un gobierno en campaña permanente

proclive a la protección de los estadounidenses y, el sistema de valores y libertades mundiales.

El cálculo electoral era inevitable y de sentido común: un Comandante en Jefe que cumplía con la responsabilidad de una salida heroica<sup>257</sup> al tiempo de crisis nacional, debía ser premiado con la reelección presidencial. En semejante escenario, W. Bush capitalizó la necesidad de acciones presidenciales dramáticas: la protección de los ciudadanos en suelo estadounidense y la dimensión mediática global del escenario terrorista exigía una respuesta en la misma escala.

Aquí los antecedentes históricos presidenciales, mejor aún, los paralelismos biográficos presidenciales de predecesores del presidente W. Bush<sup>258</sup>, se presumen como referente natural para sostener una

---

<sup>257</sup> *La acción heroica como modelo de éxito consumado.* La astucia estratégica que permite la exposición de las cualidades políticas del gobernante: fundamento de la acción política eficaz, y por ésta, del prestigio y la virtud política inscrita en la guerra antiterrorista internacional como envite simbólico de orgullo, dignidad y muerte, más radical que un desafío puramente económico o político. El modelo que se ha proyectado para la realidad - inspiración/paradigma para la acción-, puede consumarse con éxito, bajo el imperativo de la eficacia práctica que supone un despliegue de acciones espectaculares dirigidas a mostrar los efectos magnificados del poder de un país.

<sup>258</sup> David Frum, un redactor de discursos del presidente W. Bush - autor de la expresión presidencial *eje del mal* -, propone el contraste del republicano con el presidente John F. Kennedy, "el más gran presidente en la historia estadounidense": Kennedy era un hombre joven sin experiencia, afianzado por la bonanza económica familiar, el poder y la fortuna -sus detractores asumían que sus políticas domésticas eran cautas y vagas, y su política exterior innecesariamente confrontacional. Para Frum, el paralelismo entre ambos presidentes es explícito: ambos eran hijos del privilegio, profesaron convicciones religiosas que enervaron el secularismo en su momento, fueron definidos por escenarios de crisis y profirieron una común capacidad de transformar la dirección presidencial con sus palabras. Tales premisas abrevan la descripción del presidente W. Bush antes y después del 11 de septiembre del 2001, al grado que para Frum, aquéllos en que estaban equivocados en el pasado sobre Kennedy, lo están en el presente con W. Bush. Véase Frum, D. *The Right Man*, London, Weidenfeld & Nicolson, 2003, pp.5 y11.

imagen de dirección firme ante la parálisis sociopolítica provocada por el evento terrorista, asidero de recreación de la cultura occidental proclive a la conversión de la institución presidencial en arena de transformación mitológica de liderazgos políticos en personajes heroicos contemporáneos.

No obstante, la aspiración a un liderazgo presidencial heroico es difícil de mantener sin riesgos, en tanto el problema del control de la imagen política del mando ejecutivo está mediatizado por parámetros globales de consumo de información, escenario desmitificador por excelencia en el que los políticos han de saber dominar las técnicas modernas de comunicación masiva, competir por ganar la atención y el respeto de audiencias múltiples –dificultad testimoniada por los propios sucesores del presidente Kennedy, que se vuelve a comprobar una vez más en el expediente gubernamental de la guerra antiterrorista de W. Bush, más allá de la expedición militar estadounidense en Afganistán.

En *The Image*, publicado en 1961, el año inaugural del gobierno de Kennedy, Daniel Boorstin atrajo la atención sobre cambios sociales profundos que en aquél periodo impactaban los procesos políticos. Para Boorstin, en la cultura estadounidense, “los héroes del pasado se disuelven ante nuestros ojos...nosotros encontramos difícil producir nuevos héroes para reemplazar a los antiguos. Esto sucede porque nuestra época han producido un nuevo tipo de eminencia: la celebridad, o alguien conocido por lo bien que se le conoce”.

El resultado fue que produjeron la celebridad como “nuevo suplente para el héroe.”<sup>259</sup> Con la proliferación de las tecnologías de comunicación, los medios de comunicación tenían que encontrar mecanismos para satisfacer las demandas crecientes de noticias que funcionaran en los mercados que estaban creando. Esto tiene implicaciones fundamentales para el análisis de la presidencia contemporánea asumida en términos de dirección presidencial heroica.

Como Boorstin señaló, “el héroe era distinguido por su logro; la celebridad por su imagen o marca de fábrica. El héroe se creó; la celebridad es creada por los medios de comunicación. El héroe era un hombre magnífico; la celebridad es un nombre magnífico.”

El desafío para los presidentes contemporáneos -George W. Bush incluido—, es consagrar la transición de la celebridad al héroe. Cuando Boorstin asume que en la década de los sesenta, la fabricación de ilusiones inundan la experiencia social, negocio de filón occidental que permite que lo que se presenta como noticia refiere a un tipo de novedad sintética: *el pseudo evento*, cuyo rasgo distintivo es su propósito primario de fabricación de noticias. Así, desde la presidencia de Kennedy -el primer presidente de la era de la televisión-, el acelerado

---

<sup>259</sup> Boorstin, Daniel, *The Image*, New York, Vintage Books, 1992, pp.54-61

desarrollo tecnológico y la multiplicación de fuentes de información, susciben la necesidad y la demanda de tales espectáculos<sup>260</sup>.

Dada la magnitud del dominio de los *pseudo-eventos* en el desempeño de los medios de comunicación, sus diseñadores suelen controlar la agenda de noticias eficazmente. El Ejecutivo federal tiene una estatura preeminente en esta arena. Pero para los presidentes contemporáneos que quieren controlar la iniciativa política en escenarios de gobierno divididos, para atraer los reflectores, deben crear noticias a través de *pseudoeventos*<sup>261</sup>, término que refiere en Boorstin a las incursiones tácticas producidas y planificadas, prácticamente en parámetros industriales, a fin de incrustarlas en los círculos noticiosos. Los hechos virtuales desplegados en una secuencia de imágenes políticas, se asumen como reales cuando, a escalas de persuasión masiva, se les atribuye substancia.

Por otro lado, cuando hay una disputa de imágenes y las habilidades presidenciales se cuestionan, entonces se generan hendiduras en la credibilidad de los eventos producidos y promovidos desde la *Casa*

---

<sup>260</sup> *Ibid*, pp.9-17.

<sup>261</sup> Para Boorstin, un *pseudo evento* contiene cuatro elementos centrales: ausencia de espontaneidad, proclividad a manejarse como noticia principal, una relación ambigua con la realidad subyacente de la circunstancias y, normalmente, se piensa en términos de una profecía autocumplida. Se trata de imágenes que suelen ponerse en lugar de la realidad: "Siempre que en la mente pública un pseudo evento compita en la atención con un evento espontáneo, el pseudo evento tenderá a dominar". El autor formula un axioma político para entender, por lo menos, el primero periodo presidencial de la administración de George W. Bush: "nosotros nos arriesgamos a ser las primeras personas en la tierra en poder construir ilusiones tan vívidas, tan *realistas* que se puede vivir en ellas. Somos la mayoría de la gente más *ilusa* en la tierra". Boorstin, Daniel, *The Image*, *Ibidem*.

*Blanca*, escenario en el que la popularidad contemporánea y la reputación histórica presidenciales se deterioran<sup>262</sup>.

El mito de la dirección presidencial heroica, hecho suyo por la administración de W. Bush, cobra mayor importancia en escenarios de crisis nacionales, y particularmente en tiempos de guerra. Para evitar daños en su niveles sociales de aprobación, un presidente tiene que buscar regular no sólo su propia imagen como Comandante en Jefe, sino también, la presentación de sus decisiones y los cursos de acción bélicas, dado el guión de la fusión global de las tecnologías de información modernas y las imágenes planificadas para el consumo popular: mientras para los medios representan ratings exitosos, para los presidentes contemporáneos, las guerras pueden deconstruir negativamente su imagen o fortalecerla, al grado de que han sido asumidos como expedientes que garantizan el éxito del liderazgo político y la reelección presidencial.

---

<sup>262</sup> Hecho testimoniado por los sucesores inmediatos de John F. Kennedy, Lyndon Jolson y Richard Nixon.

4.3.3 *De la agenda neoconservadora (véase Anexo I). La guerra antiterrorista, guión ideológico que sustenta la concentración de poder ejecutivo<sup>263</sup> y la reedición doctrinal y estratégica<sup>264</sup> de la hegemonía militar estadounidense a escala global.*

Las tesis de los Fundadores estadounidenses sobre la capacidad del Poder Ejecutivo para adoptar decisiones excepcionales en escenarios de crisis política, constitucional y de seguridad nacional – en el caso de la presidencia de W. Bush, la invención de escenarios bélicos, el

---

<sup>263</sup> El estudio de Richard Neustadt muestra cómo los presidentes ejercen y ganan poder político. Sus premisas: el poder presidencial se nutre del impulso para persuadir; los presidentes necesitan usar la coerción cuando sea necesario; los poderes formales del Congreso y del Ejecutivo federal están entrelazados, así que no lograrán mucho, uno sin la aquiescencia del otro; la confianza en el sistema de equilibrios de pesos y contrapesos, implica el poder de dar y tomar; la Convención constitucional no creó un gobierno de poderes separados; más bien, diseñó un gobierno de instituciones separadas que comparten poderes; el presidente que constriñe su poder preocupándose por sus límites constitucionales y estatutarios, será débil; cuando busca aumentar su poder, vigoriza su oficina y contribuye a la energía de su gobierno: el éxito es mediado por el vigor, la energía, la resolución y el poder personal. El presidente sigue siendo el *Iniciador* del sistema político y su *Árbitro* final; el Presidente no debe compartir sus poderes con ningún otro. Por otro lado, Neustadt no se ocupó del uso constitucional del poder; de hecho, el texto da cuenta de la importancia que atribuye al hecho de tomar decisiones y adueñarse de la iniciativa, sin examinar su autoridad constitucional para actuar; se escribe para un individuo que busca aumentar al máximo su poder: Roosevelt y Truman son aquí dos de sus arquetipos políticos. No obstante, en 1964 destacará su reflexión sobre las consecuencias de la capacidad nuclear soviética y el sistema constitucional estadounidense, derivadas del escenario de crisis asociado a la emergencia de una guerra nuclear, dada la coyuntura de la Crisis de los Misiles Cubanos de 1962: la Constitución estadounidense contempló originalmente que el Presidente y el Congreso decidan sobre el uso de la fuerza militar; sin embargo, en la perspectiva de una guerra nuclear, el Ejecutivo federal, forzosamente en el sistema político, se convierte en el único hombre capaz de ejercer su juicio bajo los límites excepcionales impuestos por el secreto, la complejidad y el tiempo. Neustadt aplicó su doble tesis, no compartir el poder y su doble ascendiente como iniciador/árbitro final del sistema, al entendimiento de la *Guerra de Corea* que encabezó el presidente Truman, y a la hipotética *guerra nuclear*. Véase Neustadt, Richard E., *Presidential Power and the Modern Presidents: The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*, New York, The Free Press, 1990.

<sup>264</sup> Véase Tyler, Patrick, *Patrick E. Tyler "U.S. Strategy Plan Calls for Insuring No Rivals Develop A One-Superpower World"*, Washington, *The New York Times*, 7 marzo de 1992. El informe cita una Guía de Defensa Política que sustenta la necesidad de "mantener superioridad americana, evitando el levantamiento de un gran rival de poder, y formando el orden de seguridad internacional en línea con principios americanos y intereses".

espionaje doméstico ilegal, la creación de Comisiones Militares que sustentaban el uso de la tortura, entre otros-, cobran mayor vigencia ante una administración gubernamental profusa en acumular y desplegar su capital político en términos de capacidad de juicio, resolución, determinación, energía, solvencia histórica y constitucional de los actos ejecutivos, de la mano de una trama de pseudo eventos diseñados para afianzar un amplio espectro de políticas y estrategias domésticas e internacionales contra la violencia y el fenómeno terroristas –con designios divinos y expediciones bélicas que se propagaron como inevitables y frente a las cuáles se exigía incondicionalidad, confianza y vocación patriótica.

#### *4.3.4 De la doctrina presidencial de la guerra preventiva.*

A nivel estratégico, la política antiterrorista interna y global así como las decisiones ejecutivas excepcionales y expediciones bélicas, se justificaron como la crisis del paradigma dominante bajo el periodo de la Guerra Fría. Con la amenaza terrorista, para el gobierno de W. Bush, no había ninguna certeza de que EUA no sería atacado nuevamente por sorpresa, por lo que determinó que la disuasión directa, la conciliación y la diplomacia coercitiva habían agotado su vigencia. La puesta en escena de guerras de agresión a voluntad, la conculcación de atribuciones del poder legislativo y del poder judicial, condensaron nuevos mecanismos y decisiones para procurar la centralización y expansión de la autoridad ejecutiva en EUA y en el mundo.

De ahí que la administración de W. Bush encuentre en el episodio terrorista terreno fértil para refrendar cursos de acción presidenciales documentados en la historia política y militar estadounidense: las operaciones secretas, la acción militar, el uso político de los servicios de espionaje e inteligencia, el derrocamiento de gobernantes y la conversión de regímenes políticos.

La *doctrina de la guerra preventiva*<sup>265</sup> actualiza el patrón sistémico estadounidense con la intención de establecer un nuevo guión en el que el ejecutivo puede modificar sustancialmente la naturaleza del fenómeno terrorista: es el método virtual de resolver la incertidumbre sobre futuros ataques, de cancelar de manera eficaz y para siempre, toda amenaza futura.

Esta doctrina presidencial estableció cómo válidos los costos, riesgos, incertidumbres; los parámetros políticos, electorales, militares y constitucionales son delineados de manera unilateral, que dio preeminencia al capital político de corto plazo del presidente y de su administración, y cuyos efectos mediatos e inmediatos, se endosan, de manera anticipada, al país y sus destinatarios en el mundo.

---

<sup>265</sup> Véase Lennon Alexander T.J. y Camille Eiss, *Reshaping rogue states : preemption, regime change, and U.S. policy toward Iran, Iraq, and North Korea*, Cambridge, Massachusetts, MIT, 2004; Daalder, Ivo H., *Beyond preemption: force and legitimacy in a changing world*, Washington, D. C., Brookings Institution, 2007, así como Gray, Colin S., *The Implications of Preemptive and Preventive War Doctrines: A Reconsideration*, Carlisle US, US Army War College (SSI), Strategic Studies Institute of the US Army War College (SSI), 2008.

La doctrina de la *guerra preventiva* (ver numeral 5.2), suscribe la invención de un enemigo derrotable, trasfondo de la asunción de un modelo geopolítico de confección y patrocinio estadounidense de la seguridad mundial, de revisión radical e incondicional de todos los fundamentos que sustentaban las relaciones e instituciones internacionales, las soberanías nacionales y las garantías individuales.

“Yo puedo realizar el trabajo y quiero todos los honores”  
*Del Emperador Maximiliano I,*  
*Informe sobre los Asuntos de Alemania*  
*17 de junio de 1508*  
*N. Maquiavelo*

“El rasgo distintivo de una potencia revolucionaria no es que se sienta amenazada, sino que nada puede tranquilizarla.”  
*Henry Kissinger.*

“El hombre político vive en el tiempo como dentro de una sustancia, de manera que *el momento* es su marco temporal. Así como no se puede pensar sin ser, hasta cierto punto, independiente del tiempo, no se puede actuar sin ser dependiente de los instantes efímeros. El tiempo es una roca para el auténtico político.”  
*E. M. Cioran*

## **Capítulo V. El Reloj del Antiterrorismo: la construcción del liderazgo presidencial en tiempos de crisis.**

### *Introducción*

La política se urde con hechos y percepciones. La decisión política es el arte de lo posible y sólo se manifiesta en el universo de las acciones que despliega el político profesional; no obstante el problema principal de la decisión política es eficacia de los cursos de acción que adopta, en tanto realización implicada en los fines de la acción.

La presencia de escenarios de crisis, supone una condición política que requiere la capacidad de respuesta e inventiva del Ejecutivo federal, el principal responsable de la tarea compleja de conducir a los individuos, incluso a costa de la voluntad expresada por ellos, a umbrales de certidumbre, confianza y riesgo manejables. El instrumento capital que tiene para ello es la decisión política.

Es la eficacia de la acción política presidencial en escenarios de crisis lo que nos ocupa en esta investigación, una reflexión que nos permita comprender la racionalidad en la adopción de decisiones adoptadas por la administración de George W. Bush, a raíz de los atentados del 11 de septiembre del 2001.

El supuesto que subyace implica al político profesional no avistando el porvenir, pero esforzándose por conocerlo. Lo que cree avizorar desempeñará un papel importante en sus acciones, más aun cuando

está convencido de que puede dominar el porvenir: se convence a sí mismo de que no podrá cambiar nada de lo que le ha pasado, pero sí producir acontecimientos futuros.

En toda acción reflexiva entra la previsión de su resultado, causa motriz de la acción, ápice para la generalización de una experiencia propia. Diversos procesos están ligados a esta visión transformadora que se desprende de la acción del político profesional:

- La acción<sup>266</sup> es la matriz de la vida de los hombres, al grado de llegar a hacerlos irreconocibles por la proclividad a modificar sus conductas de acuerdo a sus imperativos propios y los que los que les dictan sus circunstancias, creando la ilusión de que la política cambia su naturaleza.
- La política se despliega en un proceso que, a pesar de querer regularse con la intervención del político profesional, no cesa en su renovación y reinvención.

---

<sup>266</sup> El lector podrá encontrar una visión sugerente en el estudio *Notas para una Teoría de la Acción en el Político*, cuyas tesis fundamentales versan sobre: la finalidad de toda acción en el político refiere obtener el mayor territorio de poder en el menor tiempo posible, la explicación de la intencionalidad, las expectativas racionales de comportamiento y el aprovechamiento de la ocasión en el político, permite esclarecer la racionalidad de su comportamiento y el porqué de sus motivaciones, el análisis de la correlación por cadena de intencionalidades y expectativa de origen psicofísico. Véase Córdoba, Juan Pablo *Notas para una Teoría de la Acción en el Político*, Miguel Angel Porrúa, 2008.

- La acción política es el agente de cambio para resolver las contingencias: es una llamada *a saber ver y saber hacer*, aprovechando la experiencia y la posición política propia, y las ajenas, adaptándose a la *condición de los tiempos en escenarios de crisis*<sup>267</sup>.
- Las expectativas racionales de comportamiento presidencial están sustancialmente condicionadas por su desempeño político. La contingencia de las circunstancias, el tiempo político y la capacidad de maniobra de las consecuencias de sus decisiones políticas y de las eventualidades que escapan a su voluntad, llegan a ser variables determinantes para explicar el éxito o el fracaso político presidencial<sup>268</sup>.

---

<sup>267</sup> “El pensamiento maquiaveliano – aunque se eleve a lo universal-, es la teorización de una crisis, la explicación de sus razones, la búsqueda de una salida constructiva y regeneradora a la misma: la crisis y el hundimiento florentino e italiano, por él vividos con un dramatismo total en primer lugar por su patriotismo, en segundo lugar por la estrecha vinculación de su vida con el destino de la república florentina y en tercer lugar por su conciencia de que en un horizonte humano radicalmente inmanente al cosmos sublunar, el valor supremo es el Estado y la patria. Dichas fechas son: 1498 (año en que se produce la caída y la muerte de Savoranola, y también el nombramiento de Maquiavelo como secretario de la segunda cancillería de la República) y 1512 (momento en que a finales de año, se produce la caída del régimen republicano, y el retorno de los Médicis a la ciudad, la destitución y destierro de Maquiavelo.” En Granada, Miguel Angel, *El Príncipe*, Alianza, Madrid, 1981, p.10

<sup>268</sup> “La estructura de recompensas del liderazgo vincula la ambición (por mantenerse como líder en el periodo siguiente) con el desempeño (en el periodo presente)...Normalmente se eligen a los líderes por las aptitudes especializadas que poseen: razonar, persuadir, intimidar, inspirar, reunir, amedrentar, mediar, etc. El problema para los seguidores, un caso especial del problema que enfrentan de manera más general los mandantes, es que las aptitudes especializadas que hacen atractivo como líder a un agente en particular son las mismas aptitudes mediante las cuáles ese puede explotar a sus seguidores para obtener una ganancia personal” En Shepsle, Kenneth y Marx Bonchek, *Las Fórmulas de la Política*, México, Taurus, 2005, p.365

- En el cenit de la globalización de las tecnologías, los medios de comunicación masivos son un instrumento de magnificación – por la disposición mundial simultánea y en tiempo real de la información y los sucesos políticos –, la personalidad y el prestigio del liderazgo del presidente así como del alcance de sus iniciativas y cursos de acción.

El examen de la acción en escenarios de crisis está estrechamente ligado al proceso de la toma de decisiones, nervio estratégico del funcionamiento de todo Estado contemporáneo, cuya naturaleza correlaciona diversos factores que inciden en el liderazgo político: la cultura estratégica y la psicología política del líder, el contexto sociopolítico en el que se da la crisis, la percepción sobre las relaciones de fuerza e influencia en disputa, el sistema de reglas y leyes que privan en el sistema político y la naturaleza de la amenaza o el enemigo en ciernes.

Una percepción rigurosa de la naturaleza del liderazgo presidencial en escenarios de crisis, supone la necesidad de analizar el curso de acción elegido por el gobernante para resolverlo, formular la estrategia que lo orienta, describir las peculiaridades de su estilo personal y la racionalidad instrumental inscrita en sus patrones de comportamiento<sup>269</sup>.

Es una dimensión de análisis que requiere un acercamiento a la comprensión del desarrollo personal y político del líder, de sus tempranas y tardías experiencias que modelaron la visión de sí mismo, sus valores y sus motivaciones; a los eventos históricos y específicas influencias socioculturales inscritas en su proceso de socialización; al papel de los mentores; al desarrollo de la imagen de sí mismo como un líder, a las vías de compensación de su autoestima afectada; el sentido de misión y los sueños de gloria que motivan a algunos líderes, y la configuración de sus metas y ambiciones, así como las oportunidades y limitaciones que, al concurrir en tiempo y circunstancia, influyen en la

---

<sup>269</sup> James Macgregor Burns expone tres modelos en torno a los cuales han gravitado las estrategias y estilos presidenciales de liderazgo político en EE.UU. Para Burns el primer modelo, el *hamiltoniano*, sustenta un gobierno federal que giraba alrededor de la presidencia y que mucho dependía de la energía, recursos, inventiva y enérgico pragmatismo del ejecutivo. Es un gobierno que trabaja dentro de un sistema de confrontaciones y balances, que favorece el oportunismo, la manipulación, la presión y la expansión ilimitada de las facultades presidenciales. El segundo modelo, el *madisoniano*, refiere un gobierno prudente, metódico, ordenado, estable y menos osado, apegado al respeto constitucional de las garantías y libertades individuales: la presidencia de John Adams sería el prototipo en esta clasificación. El tercer modelo es el *jeffersoniano*, característico por su equilibrio casi revolucionario entre las fuerzas y poderes legislativos y ejecutivos, que implicaba al gobierno según la regla de la mayoría y bajo una fuerte supremacía soberana presidencial, con un sistema de dos partidos en abierta oposición, y con impulso igualitario más popular y democrático que el madisoniano. En Burns, James Macgregor, *Presidential Government: the crucible of leadership*. Cambridge, The Riverside Press, 1965. Debe subrayarse que la mutabilidad e imprevisibilidad que caracteriza a los estilos de liderazgo y actuación ejecutiva tan sólo en el siglo XX, muestran vigorosa capacidad de reinención en el sistema presidencial estadounidense.

transformación de su comportamiento<sup>270</sup>. Harold Lasswell ha sido de los pioneros en enfatizar el papel de la centralidad de la personalidad política y su influencia en las acciones políticas. En este autor, la ecuación clásica que define al político relaciona la búsqueda del poder, el desplazamiento de sus necesidades personales, entre el objeto público, la racionalidad y el bienestar colectivo. Para Laswell, quienes se dedican a la búsqueda del poder, usan la arena política para compensar sus sentimientos de baja autoestima, inferioridad moral, debilidad, irrelevancia, mediocridad, e inferioridad intelectual.

Por otro lado, en su análisis epistemológico de la personalidad y la política, Fred Greenstein aborda sistemáticamente cuando la personalidad afecta la política, distinguiendo entre las situaciones en las cuales las acciones del líder afectan los eventos – ahí donde las acciones individuales tienen un menor o mayor efecto sobre el curso de los eventos-, y aquéllas acciones del líder pueden entenderse a partir de las características personales del actor político. En el esquema laswelliano, un líder puede ser enteramente objetivo en su visión de la economía de su país, pero temas centrales sobre la guerra y la paz,

---

<sup>270</sup> Véase Laswell, Harold, *Psychopathology and Politics*. Chicago, University of Chicago Press, 1930. Alexander y Juliette George, en su clásica psicobiografía de Woodrow Wilson, aplicaron esta teoría para encontrar una explicación a la naturaleza de su liderazgo, con la hipótesis de si Wilson se había regido por la búsqueda del poder para compensar sus sentimientos de baja autoestima, su indisposición para compartir a otros el poder, para pedir consejo, para delegar, para consultar, para informar a los otros y demostrar un deseo de imponerse a los sistemas racionales de los otros. Examinaron decisiones claves cuando fue Presidente de la Universidad de Princeton y como Presidente de los EE.UU., confirmando las semejanzas con el perfil descrito por Lasswell. En George Alexander y Juliette George, *Woodrow Wilson and Colonel House: A personality Study*. New York, John Day, 1956.

pueden comprometer sus necesidades psicológicas. Por su parte, Margaret Hermann ha identificado varias circunstancias clave en las que la personalidad del líder juega un papel clave, en particular en el comportamiento de la política exterior: cuando el mandatario estatal es carismático, en proporción al interés general de liderar la política exterior, cuando los medios para asumir el poder han sido dramáticos, cuando la organización de la política exterior está menos desarrollada y diferenciada, en una crisis: ocasión preeminente en la que el líder toma la delantera, y el cómo actúa será la medida de su liderazgo; cuando la situación externa es percibida por su ambigüedad, el sistema de procesamiento de información del ejecutivo juega un rol clave y el estilo cognitivo y las creencias del gobernante pueden afectar la política exterior, y construir desacuerdos con los funcionarios profesionales de la confección de la misma<sup>271</sup>.

En *Politics as Leadership*, Robert Tucker ha representado el liderazgo como un fenómeno clave de la política, al observar el planteamiento de Platón sobre el *filósofo rey* y su decisivo rol en la historia, en contraste con Sócrates, quien se enfocaba más en el poder. A su vez, identifica la importancia del líder no hecho, que sin haber tenido posiciones institucionales, realizan acciones en un principio ignoradas, pero que a su debido tiempo le granjean atención nacional y dan cuerpo a su posición de líder; Rachel Carson como pionera de los movimientos

---

<sup>271</sup> En Hermann, Margaret, "When Leader Personality will affect Foreign Policy", en Rosenau, James, *Search of Global Patterns*, New York, Free Press, 1976.

ecologistas y Martin Luther King en el movimiento social de la defensa de los derechos civiles. Brewster-Smith han formulado una guía rigurosa sobre la íntima relación entre el líder y su contexto político, en el que éste es simultáneamente influyen en las actitudes del líder y a su vez es determinado por éste: el autor aduce determinantes históricas, políticas, y económicas, el entorno de la socialización y la esfera de análisis de la persona socializada; así, la clase social, la familia, los mentores, la educación, juegan un papel determinante en las actitudes de los líderes políticos y sus seguidores<sup>272</sup>.

Así, se asume que el análisis de la respuesta del presidente a un escenario de crisis, supone la necesidad de abordar su cultura política o su ausencia, sin desdeñar su actitud a la adopción de riesgos. La atribución de irracionalidad a un líder, cuando en realidad actúa dentro de sus expectativas racionales de comportamiento, puede conducir a un serio peligro o error en la interpretación de su patrón de actuación y sus implicaciones.

---

<sup>272</sup> En Tucker, Robert, *Politics as Leadership*. Columbia, University of Missouri Press, 1981. Por su parte, Jerrold Post ha realizado contribuciones originales al análisis de la relación entre psicología y liderazgo político. Ver "The Seasons of a Leader's Life: Influences of the Life Cycle on Political Behavior". *Political Psychology*, 2, 3Q, 1979, 37-46pp. y "On Aging Leaders: Possible Effects of the Aging Process on the Conduct of Leadership", *Journal of Geriatric Psychiatry* 6, No. 1, 109-116pp., así como su estudio en coautoría con Robert Robins, *Political Paranoia: The Psychopolitics of Hatred*, New Haven, Yale University Press, 1997. Para una actualización de las escuelas de interpretación de la investigación sobre el pragmatismo y el liderazgo presidencial, véase Méndez, José Luis, "Cincuenta años de estudios sobre el liderazgo presidencial: aportaciones para la consolidación democrática a través de una presidencia estratégica en América Latina", *Revista Buen Gobierno*, México, Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos, ene-jun 2011, No. 10, 2011, pp. 58-76

El examen de la eficacia de la acción que emerge como decisión(es) asumida(s) en las posiciones políticas del más elevado nivel de liderazgo, está estrechamente ligado a la dimensión sustancialmente psicopolítica<sup>273</sup> y al desempeño gubernamental durante el escenario de crisis, donde la duración y el tiempo político<sup>274</sup> del que dispone el mandatario para responder al mismo, han de asumirse como dos variables que representan factores de difícil control para el gobernante.

En efecto, la duración de la ocasión excepcional y la maduración del efecto implicado en ésta por la intervención del gobernante, están condicionados por la *virtú*<sup>275</sup> del detentador del poder y de su

---

<sup>273</sup> Stanley Renshon establece en *Psychological Assessment*, una sugerente revisión de la psicología política presidencial; plantea que la ambición (la obsesión por su reputación, por lograr sus propósitos y el completo sentimiento de autoestima), la integridad de carácter (la fidelidad a los ideales y valores) y su capacidad de rehacerse frente a los otros (de moverse en contra o a favor de la gente, pero mantienen una conexión real con ella) son dominios claves para entender la psicología interna de los gobernantes. En el mismo texto, Renshon formula que el poder presidencial implica la ecuación del liderazgo y el juicio, proponiendo tres aspectos centrales del liderazgo presidencial: la *movilización* (habilidad presidencial para estimular la opinión pública), la *orquestración* (demostrar capacidad para canalizar la movilización hacia el logro de metas) y la *consolidación* (implicar políticas organizacionales, leyes y procedimientos para la consolidación de las decisiones presidenciales). En el caso estadounidense, es clara la importancia de los métodos que elige cada presidente para conseguir sus ambiciones, definir el estilo de su liderazgo y la naturaleza de los resultados que pretende en su administración; asimismo, es fundamental la valoración presidencial de su relación con los otros: el público, sus aliados, sus adversarios y, por supuesto, de sus propias políticas. Ver Renshon, Stanley, *The Psychological Assessment of Presidential Candidates*. New York, Routledge, 1998.

<sup>274</sup> "Tiene éxito quien adecua su modo de proceder a la condición de los tiempos y fracasa quien procede en desacuerdo con los tiempos... Si se cambiase de naturaleza de acuerdo con los tiempos y las cosas, no se cambiaría de fortuna. Se vence a la *fortuna* adecuándose a los tiempos, adaptando la manera de actuar según las necesidades inscritas por cada circunstancia, siendo alternativamente piadoso o cruel, prudente o audaz, zorro o león". Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, 1964, Luis A. Arocena, Madrid, Revista de Occidente, 1954, Cap. V, p.129

<sup>275</sup> El *Príncipe* es un texto político coyuntural destinado a lograr un empleo en el principado y una prueba de la mirada política centrada en salvar a Florencia e Italia del desorden. En una carta de Maquiavelo a Vettori, del 26 de agosto de 1513, el florentino expresa así su escepticismo sobre la posibilidad de la paz y la unidad de los italianos: "como esto me aterra quisiera remediarlo; y si Francia no es suficiente, no veo solución alguna y desde ahora puedo ponerme a llorar con vos nuestra ruina y esclavitud, que si no llega hoy o mañana llegará sin duda a lo largo de nuestra

respuesta estratégica a la ocasión excepcional que enfrenta, pero también, fundamentalmente, por la naturaleza psico y sociopolítica de la circunstancia en cuestión.

De esta manera, la eficacia política del liderazgo presidencial aparece como un problema que se acentúa en situaciones excepcionales de crisis para un país, en tanto escenario que objetiva no sólo la suspensión temporal del orden social y la estabilidad política, sino también que potencia el juego de las circunstancias más sinuosas y las condiciones de mayor debilidad y vulnerabilidad política para el gobernante.

---

vida". En situaciones normales el Príncipe está sometido a la moral común; pero en condiciones de crisis política, su *virtú* consistirá en su prudencia política. Cuando peligra el Estado, cuando se legitima el recurso al mal como instrumento del bien, cuando las circunstancias establecen necesidades de excepción en la actuación política del Príncipe, la salvación del Estado aparece como el fin y criterio supremo de su actuación "Ha de tenerse en cuenta que un Príncipe, y especialmente un Príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas cosas por las cuales los hombres son tenidos por buenos, estando a veces necesitado, para conservar el estado, a actuar contra la palabra dada, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión." Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, edición de Luis A. Arocena, op. cit, Cap. XVIII. "No debe preocuparse por la fama de cruel por tener a sus súbditos unidos y leales". *Ibid*, Cap. XVII. Para Maquiavelo, la fortuna rige donde no hay virtud; ésta es arrasada cuando no está preparada ni organizada para enfrentarse a aquélla: los príncipes que se apoyan sólo en aquélla, están a merced de sus vaivenes. Así, la *virtú* es insustituible por la fortuna en los momentos políticos más adversos del Estado. Para Maquiavelo es necesario hombres de gran *virtú*, capaces de asumir 'grandes dificultades', de caminar por un sendero 'lleno de peligros'. Esta cualidad política consiste en confiar en sus propios medios, en saber que no es conveniente "depender de las armas ni de la protección de los otros". *Ibid*, Caps VI y VII. Para Maquiavelo, César Borgia es el prototipo de los príncipes que 'ascienden al poder por la fortuna y con ayuda de las armas de otros'; el duque mostró su prudencia y astucia política a la hora de conservar sus conquistas, 'de asegurarse frente a los enemigos, ganarse a los amigos, vencer o con la fuerza o con el engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, hacerse seguir y respetar por los soldados, destruir a quienes te pueden o deben perjudicar, renovar con nuevos modos el ordenamiento institucional antiguo, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, disolver la milicia infiel, crear otra nueva, conservar la amistad de reyes y príncipes de forma que te recompensen con agradecimiento o te perjudiquen con respeto. Pero a pesar de su gran virtud siempre dependió de la fortuna, sin alcanzar el poder necesario para librarse de ésta. *Ibidem*, Cap. VII. La ecuación *virtú* y fortuna puede revisarse en Maquiavelo, N. *El Príncipe*, Madrid, Alianza, 1987; en Newel, W., "How original is Machiavelli. A consideration of Skinner's interpretation of virtud and fortune", *Political Theory*, No. 15, 1987, pp.578-599.

Como se formuló en capítulos anteriores, se advierte durante un largo periodo en la historia política estadounidense, el trazado de un patrón de comportamiento presidencial en las situaciones de crisis asociadas a la seguridad nacional, en estrecha asociación a una concepción de eficacia forjada en la filosofía estratégica occidental<sup>276</sup>: se erige un plan, un modelo ideal y con una voluntad férrea - siempre asignable a un sujeto-, se propende a que ese modelo rijá la realidad, reivindicando la acción, incluso hasta el heroísmo.

Se trata de una tradición filosófica que concibe el problema de la eficacia ligado a la exigencia de una aplicación inmediata, de la instrumentación calculada de la ecuación medios-fines. En la concepción estratégica occidental, y por ende, en la lógica presidencial estadounidense, se promueve un modelo de actuación - por demás local, directo, protagónico- que busca solventarse en la producción y el consumo de episodios espectaculares presentados como acontecimientos históricos, de la mano de una empresa de persuasión en la que la historia pretende reconstruirse a golpe de eventos.

---

<sup>276</sup> Véase Asimismo, el texto *Tratado de la Eficacia* de Jullien, es aquí una guía obligada de una perspectiva filosófica original que borda sobre la concepción china y la concepción europea del problema de la eficacia.

### 5.1 La lógica política presidencial en el gobierno de W. Bush.

En diciembre del 2002, Bush terminó la lectura de *Theodore Rex*<sup>277</sup>, un estudio político de Theodore Roosevelt sobre la naturaleza de su liderazgo político en 1914. Se trata de un texto que le dispensase Karl Rove, su asesor y estratega principal de política interna, simbólico porque representa la visión de la defensa del ideario del republicanismo democrático, asume el carácter inadmisibles de la intervención de Europa en el hemisferio americano –corolario de la *Doctrina Monroe*.

Morris, su autor, destaca el hecho de que las potencias extranjeras cuyos ciudadanos habían hecho fuertes inversiones en los países latinoamericanos, podían verse tentadas de subvertirlos en caso de que gobiernos corruptos no saldaran sus deudas, por lo que Estados Unidos tenía el deber y el derecho inalienable de prevenir esta crisis actuando por sí mismo; además, una lección implícita aducía el mensaje favorable al pleno despliegue del ejercicio del poder en forma determinante, enfatizando la necesidad de conseguir resultados de la mano de un estilo personal firme, optimista y hasta soberbio.

“Mientras fui Presidente, he sido presidente categóricamente: he usado cada onza de poder que había en el puesto y no me ha preocupado un comino la crítica de aquellos que hablaban de mi ‘usurpación de poder’. Yo creo que la eficiencia de este gobierno depende de que pueda poseer un vigoroso ejecutivo central, y siempre que pude establecer un precedente en la fuerza en el ejecutivo, como lo hice, por ejemplo, en relación con asuntos exteriores, en el caso de la toma de Panamá, el arreglo de los

---

<sup>277</sup> Morris, Edmund, *The Rise of the Theodore Roosevelt*, Ballantine Books, 1971, 886 pp.

problemas en Santo Domingo y Cuba; o como lo hice, en asuntos internos, al solucionar la huelga del carbón de antracita, al mantener el orden en Nevada este año cuando la federación de mineros amenazaban con la anarquía, o como lo he hecho con el registro de las grandes corporaciones; en todos estos casos yo he sentido no meramente que mi actitud era adecuada en sí, sino que al demostrar poder de o al dar poder al ejecutivo, estaba yo estableciendo un precedente de gran valor. Creo en un ejecutivo poderoso; creo en el poder, pero también en que la responsabilidad debe acompañar al poder y que no está bien que el poderoso ejecutivo deba ser un ejecutivo perpetuo. Sobre todo creo que la salvación del país depende de que Washington y Lincoln representen el tipo de líder a quien somos fieles...creo que cualquier valor que pueda tener mi servicio proviene más de lo que *yo soy* que de lo que *yo hago*"<sup>278</sup>.

La gestión de Theodore Roosevelt (1901-1908) es un referente ante la búsqueda de comprensión del carácter presidencial estadounidense. Era un personaje culto, asiduo lector de la historia política americana, graduado en Harvard, con una visión cosmopolita, con clara visión de cómo debería conducirse un gran Presidente. Tenía un gran instinto para calcular tanto la fuerza de sus oponentes como la suya propia, así como un firme desdén por el poder del legislativo y por todo aquello que minara el poder presidencial:

"el poder ejecutivo estaba limitado sólo por las prohibiciones y restricciones específicas que aparecían en la Constitución o eran impuestas por el Congreso en uso de sus poderes constitucionales. Mi opinión era que todo funcionario ejecutivo, y sobre todo un funcionario ejecutivo de alta posición, era administrador del pueblo, obligado activa y afirmativamente a hacer todo lo que pudiera por el pueblo y no contentarse con el mérito negativo de conservar sus talentos ilesos en una servilleta. Me negué a aceptar de que lo que era imperativamente necesario para la nación no podía hacerlo el Presidente a menos de que hallara alguna autorización específica para hacerlo. Era mi creencia que no sólo constituía su derecho, sino

---

<sup>278</sup> En Morison, E. *The Letters of Theodore Roosevelt*, Cambridge, Harvard University Press, 1967, VI, p.1129.

su deber, hacer cualquier cosa que las necesidades de la nación demandaran a menos que tal acción estuviera prohibida por la Constitución o por las leyes. No me importó un ardite la mera forma y demostración de poder; inmensamente me preocupó el empleo que podía hacerse de las sustancias”.

Para Roosevelt, Estados Unidos de América tenía el derecho, no precisamente concedido por Dios, sino surgido en forma natural de las circunstancias del hemisferio y del poder preponderante de Estados Unidos dentro de éste, para desempeñar en el hemisferio occidental “un papel de policía internacional”. “Golpeemos con fuerza y aceptemos con inquebrantable frente lo que venga, sea bueno o malo. Luego los hados decidirán cuál será el resultado”; o “habla con suavidad pero no dejes de empuñar un garrote”, eran algunos de sus pensamientos distintivos.

En efecto, el sucesor de McKinley, Theodore Roosevelt, se propuso la civilización del nuevo capitalismo. Colocó a Estados Unidos en un plano de igualdad con las grandes potencias, provocó una revolución en Colombia en 1903, para propiciar la creación de Panamá, una condición necesaria para la construcción del canal. La vida para él, observa Blum, era la lucha: “los individuos y las sociedades progresaban o retrocedían según su habilidad para luchar y ajustarse; gobernamos claramente al acaso”.

En la biografía presidencial de Teddy Roosevelt podría encontrarse el legado de un núcleo de directrices y cosmovisiones políticas e

ideológicas que coadyuvaron a germinar la visión presidencial de Bush de enfrentar la difícil coyuntura política dejada por los atentados terroristas a su presidencia y asumir la libertad de decidir, en Washington, las prioridades internacionales y de aprovechar la ocasión de aprovechar la ocasión<sup>279</sup>.

W. Bush asumió la visión de T. Roosevelt en términos de disposición a desplegar su propio capital político presidencial en la balanza de modo categórico, como equivalente a la capacidad del país para responder a la amenaza terrorista, y en el camino, reconfigurar el tablero estratégico mundial. Con la biografía presidencial rooseveltiana se da por descontado que el poder ejecutivo puede responder exitosamente a un escenario de crisis, y sobre todo, definir una época.

También es posible argüir que las premisas fundamentales del presidente W. Bush ante la experiencia terrorista del 11S, ya estaban

---

<sup>279</sup> “La ocasión constituye la coincidencia de la que proviene la eficacia...Pues la ocasión es esa coincidencia de la acción y del tiempo que hace que el instante se convierta de repente en una oportunidad, que el momento sea propicio y parezca venir a nuestro encuentro...El momento oportuno, ‘adecuado’, ‘que no hay que dejar pasar’, de otro modo uno correría el riesgo de perder su eficacia estratégica”. En Jullien, Francois, *Tratado de la Eficacia*. España, Siruela, 1999, pp.105-6 “Bien estudiadas la vida y las acciones (de Moisés), se verá que a la fortuna sólo debieron la ocasión favorable para establecer la forma de gobierno a su juicio más conveniente. Sin la ocasión, su talento y virtud fueran inútiles, y sin sus cualidades personales la ocasión llegara en vano.” En Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, edición preparada por Luis A. Arocena, Madrid, Revista de Occidente, 1954, Cap. VI, p.98. “Este problema de tiempo, plantea Rosset, está hasta tal grado en el centro del problema político que todo el arte del Príncipe, en Maquiavelo, consiste en apropiarse del tiempo (para hacer de él duración) y en intentar privar de él a sus súbditos (a fin de evitar que éstos dispongan de una duración utilizable contra el Príncipe...el dominio político, al ser dominio del tiempo, significa que habiendo conseguido lograr duración para su propio beneficio hay que privar de ella a sus súbditos; del mismo modo que Fernando el Católico, cuyos ‘grandes hechos se sucedían sin intervalo, no dejando al pueblo tiempo para reflexionar y conspirar’). En Rosset, Clement, *La antinaturalidad*, Barcelona, Taurus, 1987, p.194

inscritas en su diagnóstico de la presidencia de Clinton: el demócrata negó los peligros que entraña el periodo de post *Guerra Fría*, ignoró las prioridades estratégicas y geopolíticas estadounidenses, restó importancia a los ataques terroristas perpetrados en suelo estadounidense y les otorgó únicamente el status ordinario de un problema de orden y seguridad pública.

A su juicio, la experiencia terrorista prologó la necesidad política prioritaria de su administración: la expansión de los poderes políticos y constitucionales del Ejecutivo federal era requisito indispensable para preservar la capacidad de decisión presidencial en este escenario de crisis de la seguridad nacional:

“He hecho todos los cálculos, la fatalidad hará el resto – expresaba Napoleón en el transcurso de una conversación con el barón Fain al principio de una de sus campañas militares en 1813”.<sup>280</sup>

Para W. Bush la experiencia social y política directa con el terrorismo obligaba a resolver el problema de la concepción y de ejecución de una política nacional cualitativamente diferente a la adoptada por William Clinton ante la violencia terrorista doméstica, obligando a una lectura – hobbesiana, schmittiana, morguentiana-, de los riesgos que entraña la realidad internacional para la potencia estadounidense.

---

<sup>280</sup> Herold, Christopher, *The Mind of Napoleón: from his Griten and Spoken Words*, Baton Rouge, 1955, p.45

Su primera reacción inmediata a los ataques el 11 de septiembre, “esta es una guerra”, muestra su disposición inmediata a modificar la cosmovisión personal y política ante las nuevas circunstancias<sup>281</sup>, abjuración de la idea dominante de que el terrorismo fuera sólo una cuestión de hacer cumplir la ley:

“Así pues, el estadista es como uno de los héroes del drama clásico que ha tenido una visión del futuro, pero no puede transmitirla directamente a sus compatriotas y tampoco puede convalidar su ‘verdad’. Los países sólo aprenden por la experiencia; ‘saben’ sólo cuando ya es demasiado tarde para actuar. Pero los estadistas deben actuar *como si* su intuición ya fuese experiencia, *como si* su aspiración fuese verdad. Es por esta razón, nos dice Kissinger, que los estadistas comparten a menudo el destino de los profetas, que no reciben honores en su propio país, que siempre tienen dificultades para legitimar internamente sus programas, y cuya grandeza suele quedar en evidencia sólo en retrospectiva, cuando su intuición se ha vuelto experiencia. Así pues, el estadista debe ser un educador; debe salvar la brecha que separa la experiencia de un pueblo de su propia visión; la tradición, del futuro de una nación. Un estadista que marcha demasiado delante de la experiencia de su pueblo no podrá lograr un consenso interno, por más sensatas que sean sus políticas. Un estadista que limita su política a la experiencia de su pueblo, se condenará a sí mismo a la esterilidad”.<sup>282</sup>

---

<sup>281</sup> Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*. Edición preparada por Luis A. Arocena, *Revista de Occidente*, Madrid, 1954, p.147

<sup>282</sup> “Es por esta razón que la mayoría de los grandes estadistas han sido representantes de estructuras sociales esencialmente conservadoras o revolucionarias: el conservador es eficaz por su entendimiento de la experiencia de su pueblo y de la esencia de una relación continua, que es la clave de una organización internacional estable. Y el revolucionario porque trasciende la experiencia e identifica lo justo con lo posible. El conservador se legitima por un consenso sobre las metas básicas del esfuerzo social y sobre la naturaleza de la experiencia social. En consecuencia, no hay necesidad de justificar cada paso en el camino. El revolucionario se legitima por su calidad carismática, por un acuerdo sobre la legitimidad de su persona o de su principio. En consecuencia, sus medios se consideran contingentes; sus fines o su persona legitiman los medios. Una estructura conservadora produce una noción de calidad, que proporciona el marco de una gran concepción; un orden revolucionario produce una noción de exaltación, que disuelve las limitaciones técnicas. Ambos se ocupan del problema fundamental de la tarea del estadista: como producir un entendimiento de la *complejidad* de la política, cuando es imposible producir una comprensión de su *sustancia*. Kissinger, Henry, *A World Restored. The Politics of Conservatism*. New York, Grosset and Dunlap, 1964, pp.411-412.

La guerra antiterrorista sería la divisa fundamental de su presidencia y, fundamentalmente, la fuente de revitalización de su capacidad para asumir el control de su política interna:

“La prueba final de una política, afirma Kissinger, es su capacidad para obtener el apoyo interno. Esto tiene dos aspectos: el problema de legitimar una política *dentro* del aparato gubernamental, que es un problema de racionalidad burocrática; y el de armonizarla con la experiencia nacional, que es un problema de desarrollo histórico...El espíritu de la burocracia y el de la política se oponen diametralmente. La esencia de la política es su contingencia; su éxito depende de lo correcto de una estimación que es en parte conjetura. La esencia de la burocracia es su búsqueda de seguridad; su éxito es cuestión de cálculo. La política profunda se nutre de la creación perpetua, de una redefinición constante de metas. La buena administración se nutre de rutina, la definición de relaciones que puedan sobrevivir a la mediocridad. La política implica un ajuste de riesgos; la administración el evitar la desviación. La política se justifica así misma por la relación de sus medidas y su sentido de proporción; la administración por la racionalidad de cada acción en términos de una meta dada. El intento por conducir la política en forma burocrática conduce a una búsqueda de lo calculable que tiende a quedar prisionera de los acontecimientos. El esfuerzo por administrar en forma política conduce a la irresponsabilidad total, porque las burocracias están diseñadas para ejecutar, no para concebir.”<sup>283</sup>.

W. Bush suscribió la insularidad estadounidense para encabezar su defensa y respuesta a la crisis, respaldada en una retórica que presumía a Estados Unidos de América – dada su superioridad militar y tecnológica sin par -, como un país libre para moldear a su arbitrio el mundo en función de las prioridades geopolíticas dictadas por la administración republicana.

---

<sup>283</sup> Kissinger, Henry, *A World Restored. The Politics of Conservatism*, op cit, p.398

W. Bush documentó que el 11 de septiembre del 2001 consumó un atentado coordinado por terroristas suicidas de *Al Qaeda* dirigidos sobre las ciudades de Nueva York y Washington, centrado al menos en dos símbolos del poder estadounidense - el *World Trade Center*, símbolo de la hegemonía del poder económico, y el *Pentágono*, símbolo de la superioridad del poder militar:

“El 11 de septiembre cambió mucho mi forma de pensar sobre mis responsabilidades como presidente...hizo que la seguridad del pueblo estadounidense fuera lo primero...un deber sagrado para el presidente. Es el principal deber de un presidente, porque si el presidente no se encarga de esto, ¿quien va a hacerlo?”<sup>284</sup>

De haberse consumado ataques sobre la Casa Blanca y el Congreso estadounidenses, símbolos de la supremacía del poder político, los efectos sobre la psique nacional hubiesen sido devastadores. No obstante, el éxito en la perpetración de los atentados a manos de terroristas islámicos extremistas, erosionó el sentimiento estadounidense de invulnerabilidad y la complacencia insular de estar exentos de un evento de esta naturaleza.

El lapso de duración de la crisis de confianza social en el gobierno y la zozobra colectiva por la incertidumbre sobre la inminencia de un nuevo atentado, abrió un periodo de tiempo político crítico que W. Bush administró con habilidad: se dispuso a capitalizar en su beneficio las circunstancias, al granjearse en torno de sí todos los engranajes funcionales del aparato gubernamental y enfocarlos en la producción

---

<sup>284</sup> Woodward, Bob, *Plan de Ataque: cómo se decidió invadir Irak*, Planeta, 2004, p.40

de resultados positivos para el país. En su lógica política, sus ambiciones personales eran perfectamente compatibles con su tarea de garantizar la seguridad nacional y de construir un régimen político y social conservador, que asegurara *la revolución reaganiana* de la supremacía republicana y coadyuvara a la consolidación del gobierno estadounidense en tiempos de guerra.

La reacción presidencial a los atentados terroristas implicó la construcción de una apreciación unívoca entre las percepciones del Presidente y los ciudadanos - la expresión de W. Bush ante el Congreso "los estadounidenses se preguntan por qué nos odian"<sup>285</sup>-, sugiere no sólo el reconocimiento presidencial de la impresión de pérdida de la invulnerabilidad dejada por los atentados en la psique de todos y cada uno de los estadounidenses, sino también la propensión presidencial a adular al país y lograr empatía con cada ciudadano, oponiendo constantemente un mundo exterior indiferente u hostil a una sociedad estadounidense recta y sana.

Es W. Bush un presidente reacio a que los eventos lo definan: es más proclive a imprimirles su sello propio, a buscar definirlos. El *11 de septiembre* mostró la paradójica condición en la que el presidente se topó con el escenario de su máxima debilidad política al descubrirse

---

<sup>285</sup> George W. Bush ante el Congreso de Estados Unidos el 20 de septiembre del 2001. La expresión "quien no está con nosotros está contra nosotros" es una fórmula retórica leninista que buscó granjearse el respaldo popular doméstico y prescribir actitudes de simple obediencia; internacionalmente, sólo ha logrado profundizar la animadversión hacia los estadounidenses.

expuesto a fuerzas ocultas y al mismo tiempo, la circunstancia que permitió reconstruir su posición por ser expuesto a las mismas. Como plantea Rosset, “el gran enemigo contra el que el Príncipe lucha es el tiempo: el tiempo, es decir, un mal ‘conductor’ de la duración, incapaz de asegurar la permanencia de las circunstancias. No es que la duración sea imposible, sino que está por hacer, debe ser *fabricada*”.

Fabricar duración aparece así como la obra específica de la política, por definición *violenta*...la función de la fuerza, según Maquiavelo, de su inserción necesaria en el curso de la historia, está aquí manifiesta: viene en ayuda del tiempo derrotado<sup>286</sup> y asegura la posibilidad artificial de una duración”<sup>287</sup>.

---

<sup>286</sup> Para Gramsci, la función de la violencia maquiaveliana consiste en crear artificialmente una voluntad general que no puede darse y mantenerse por sí sola: el Príncipe de Maquiavelo supone la ilustración de una ideología política que se presenta como “la creación de una imaginación concreta que opera sobre un pueblo disperso y pulverizado, a fin de suscitar y organizar una voluntad colectiva”. En Gramsci, Antonio. *Obras Escogidas*. España, Ed. Sociales, 1967, p.187

<sup>287</sup> La idea de una permanencia natural - de una situación o de la estabilidad en la disposición de los individuos hacia el gobernante-, es una grave ilusión, “es la definición misma del error político y el origen de la ruina del Príncipe: por haber confiado en esta engañosa seguridad los Príncipes de Italia han perdido sus Estados. Nada dura por naturaleza y todo lo que dura, dura por la acción del Príncipe: una situación favorable sólo se mantendrá si está constante y artificialmente alimentada por su política. Demasiado tiempo separa la intención del acto, el acto de sus consecuencias, para que se pueda tomar en consideración, como hacen los moralistas, los principios en nombre de los cuáles pretenden haber actuado (es dudoso que una intención *dure* hasta un acto y sus consecuencias). Lo que cuenta es el resultado... Sólo al resultado se pedirá cuentas de las intenciones y de los medios; y todo lo que en definitiva se le exige es que haya logrado durar. Mantenerse en el poder depende del mal o buen uso de la crueldad. El bienestar del pueblo no es pues, el móvil de la crueldad bien empleada, sin o solamente el resultado; y lo que avala, moralmente hablando la crueldad, es la obtención de duración” En Rosset, Climent, *La antinaturalidad*, op.cit, pp.194-195

## 5.2 Una visión de liderazgo a contrapelo de la presidencia de W. Clinton.

En cuanto a la naturaleza del liderazgo que ejerce y desea proyectar, W. Bush presume regirse por la doble necesidad de fijarse metas<sup>288</sup> - independientemente del carácter utópico de las mismas-, de tener una lectura prospectiva y retrospectiva de lo que no debe y de lo que ha de hacerse como titular de la institución presidencial.

Esto puede observarse en diversas aristas a saber: su visión crítica de la gestión presidencial de su propio padre: en palabras de W. Bush hijo a la pregunta “¿gastaría el capital político que tuviera?, la respuesta es si, absolutamente, lo ejercería a plenitud completamente; porque obtienes capital político para ejercerlo, y el hecho de que él (el ex presidente George H. W Bush) no lo maximizara en su beneficio, el tiempo nos lo demostró, le costó la reelección presidencial”<sup>289</sup>. Por su percepción del tiempo político oportuno, al evitar presentar su agenda de iniciativas domésticas en el Congreso hasta que se conociera el desenlace de las campañas legislativas del 2002 y, en relación con lo anterior, su compromiso pleno en las campañas intermedias de 2002, al respaldar activamente las campañas de los candidatos de su partido en estados y distritos claves, elecciones cuyos resultados le dieron una mayoría en el Senado de los EE.UU. y el control republicano en ambas cámaras del

---

<sup>288</sup> “Los hombres se convierten en mitos, dice Kissinger, no por lo que sepan, ni siquiera por lo que logren, sino por las tareas que se fijan”. Kissinger, Henry, *A World Restored. The Politics of Conservatism*, op. cit. p.389

<sup>289</sup> Walsh, Kenneth y Stephen Walsh “A conversation with Bush”, *U.S. News & World Report*. 28 de enero de 2001. Bush agregó en la entrevista: “He aprendido a gastar el capital político cuando lo obtienes, y hasta que se marchita y muere”.

Congreso estadounidense; asimismo, por su pertinaz crítica a la personalidad de Clinton, al catalogarlo como un presidente sin integridad ni autenticidad de valores, un líder sin brújula, cuya confusión moral era la definición de su carácter: a juicio de W. Bush un presidente valeroso es incapaz de deshonorar la más alta oficina de su país cediendo a la frivolidad de los caprichos del momento.

De hecho, como candidato a la presidencia de EE. UU., W. Bush definió a su contrincante Al Gore como demasiado comprometido y perturbado por su estrecha relación con Clinton, y sobre todo como alguien que tenía que convencer a la gente de ser, en su definición, “su propio hombre”, mientras él devenía de ser un candidato “a gusto en su propia piel” a alguien que “había encontrado la paz en la autoconfianza” en su propia identidad política<sup>290</sup>.

Por otro lado, para W. Bush el liderazgo presidencial debía asumir las agendas partidistas como instrumentos de gobernación nacional, por lo que era ésta una de las principales debilidades del partido demócrata en la era post Reagan. De ahí que W. Bush estigmatizaría a los demócratas – Clinton, Gore, Kerry-, como políticos incapaces de definir una clara alternativa.

---

<sup>290</sup> Ver, Halbfinger, David, “Kerry says flip-flop image ‘doesn’t reflect the truth’”, *New York Times*, 30 de septiembre de 2004.

La presidencia Clinton se consumó durante ocho años de relativa y excepcional estabilidad interna, pero con una febril ofensiva política republicana centrada en su vida privada y en su destrucción personal, escándalos y litigios donde se propició la cláusula del *impeachment* contra el presidente.

Como líder político era perseverante y audaz, con una gran capacidad de empatía, una consumada astucia táctica para neutralizar y derrotar a sus oponentes, y sobre todo al recuperar su popularidad ya en su segundo mandato, con animadversión a asumir riesgos políticos en su actuación gubernamental: llevó a su cenit el uso político de las encuestas; de hecho, para todo asunto personal, política pública o de proyección presidencial, por más diminuto que fuese, sondeaba la naturaleza de la expectativa social y el estado de la *opinión pública*.

En efecto, Clinton se había pasado la mayor parte de su vida soñando con una presidencia heroica, rooseveltiana, de grandes decisiones y grandes gestos. Pero ese sueño terminó con el fracaso de la reforma sanitaria. En ese momento se enfrentaba a un reto más sutil: para sobrevivir, tendría que dirigir una administración táctica, a la defensiva. Tendría que moverse a la izquierda y derecha a la vez; hacia la izquierda porque necesitaba a los demócratas progresistas en el Congreso para mantener su poder de veto ante la apisonadora republicana. Pero también tenía que desplazarse hacia la derecha, para sintonizar con la mentalidad, más conservadora en ese momento, de

los estadounidenses (aunque él estaba convencido de que no tan conservadora como creían los republicanos).

Pronto se vio ridiculizado, desde ambos extremos del espectro político, por su nueva cautela política; pero puede afirmarse que éste fue el periodo de aprendizaje y exigencia de mayor mesura y resultados para la toma de decisiones bajo su presidencia <sup>291</sup>.

Como gobernante, un hilo conductor traspasó el tiempo de sus dos mandatos: el control del déficit presupuestario, incluso por encima, de los temas geoestratégicos estadounidenses. Para Clinton su administración no ofrecería resultados halagüeños si no entendía los resortes legislativos de Washington, una de las vías para lograr dominar a los republicanos en la confección del presupuesto federal anual: reconstruiría la viabilidad de su presidencia y su oportunidad de reelección.

En efecto, William Clinton desplegó una política económica exitosa como resultado de su gestión presidencial, y al paralelo, una personalidad socialmente carismática, pero políticamente vulnerable,

---

<sup>291</sup> Ver Halbfinger, David, "Kerry says flip-flop image 'doesn't reflect the truth'", *New York Times*, 30 de septiembre del 2004. Para el análisis de la conexión causal entre psicología, personalidad y el estilo de liderazgo político de William Clinton, revisar los artículos de Stanley Renshon y Margaret Hellmann, en Post, Jerrold, *The Psychological Assessment of Political Leaders: With profiles of Saddam Hussein and Bill Clinton*. The University of Michigan Press, USA, 2005, pp. 271-335. Véase también Klein, Joe, *The Natural. The Misunderstood Presidency of Bill Clinton*. EE.UU, 2004, pp. 163-164.

que le granjeó amplias dificultades para mantener la confianza de su propio partido, que marcó el rumbo y prestigio de su presidencia.

En política interna, su estrategia exitosa fue agenciarse la agenda política de sus adversarios bajo la bandera de la *Tercera Vía*, lo que W. Bush veía como el mejor signo de la falta de un proyecto político: al hacer suyas las iniciativas de sus oponentes, las llevaba a la práctica después de limar sus filos más cortantes. Como Wilson, se apropió del programa progresista de *Theodore Roosevelt*; como Eisenhower -el primer republicano en aceptar los presupuestos del *New Deal* de Franklin Roosevelt-, William Clinton logró arrebatarse a los republicanos su agenda en la arena de la seguridad social, la política anticrimen y el manejo del presupuesto.

En relación a la política exterior, su administración no se involucró a fondo en temas de inteligencia y no concedió prioridad a la política estadounidense en la arena, la cultura y las prioridades castrenses: reordenó el interés nacional en función de los asuntos económicos y estratégicos de *la globalización*; evitó cultivar enemigos innecesarios; defendió los intereses de EE.UU. en las organizaciones multilaterales.

Clinton sorteó el oportunismo coyuntural en cuestiones fundamentales de política económica: respaldó la crisis del peso mexicano a finales de 1994, al aprobar por adelantado un préstamo gubernamental en enero del 2005 - incluso en contra de la previsible posición del liderazgo y la mayoría legislativa republicana de no solventar al gobierno mexicano en esta circunstancia, fundamental para lograr la aprobación del Congreso estadounidense; propició un fondo de reserva de 20 000 millones de dólares, sensible a la preocupación de su Secretario del Tesoro, Alan Greenspan, centrada en evitar el efecto doméstico de un pánico financiero y el escenario de un colapso económico global.

Este es un parte de resultados de la administración Clinton al finalizar sus dos mandatos: 14 millones de nuevos empleos; la menor tasa de desempleo en el periodo de los últimos 24 años; el descenso récord de la incidencia delictiva; la menor tasa de inflación subyacente en las últimas tres décadas; 30 000 millones de dólares en deducciones fiscales para la educación superior; 24 000 millones de dólares destinados a un programa que permitía proporcionar asistencia a todos los niños cuyos padres no pudieran pagarla; los niveles más bajos de inscripción en el sistema de asistencia social en los últimos 27 años; un liderazgo estadounidense promisorio en el mundo y la obtención de un superávit fiscal superior a los 350 mil millones de dólares que no ejercería su presidencia, pero quedaría bajo la tutela de su sucesor: George W. Bush, quien en sus memorias publicadas en 2010, *Decisión Points*, argumentó que en realidad el crecimiento y las fortalezas

económicas nacionales habían llegado a su techo al final de la propia administración de W. Clinton.

W. Bush se asume a sí mismo como un líder, que rechaza la indecisión y la tibieza política tanto en el ejercicio de las responsabilidades presidenciales como en la consecución de sus aspiraciones: jamás se permitiría asimismo los desaciertos de personalidad política consumados por Clinton.

El liderazgo implica templanza para reestablecerse en momentos críticos y machacar golpe tras golpe político sobre las mentes de los otros. W. Bush ha demostrado no temer hacerlo; de hecho, es propenso asumir riesgos políticos, tal y como sucedió en diversos momentos críticos en asuntos claves para su administración, a cuenta de su credibilidad política doméstica e internacional<sup>292</sup>: su defensa del recorte de impuestos enfrentando la intensa oposición demócrata y la indiferencia de la opinión pública, la decisión de invadir Irak, el pésimo desempeño de la administración durante la tragedia del Huracán *Katrina*, su negativa a firmar el protocolo de Kyoto, su

---

<sup>292</sup> Una importante fuente de descrédito presidencial internacional se remonta a la manera en que el tema de Irak salió a la superficie durante la campaña inconclusa contra el terrorismo. El énfasis en el "cambio de régimen" y los primeros indicios de que EE.UU. estaba dispuesto a ir a la guerra por su cuenta generaron la sospecha de que la decisión norteamericana de buscar la aprobación de la ONU para el desarme de Irak era una charada, basada en la expectativa de que Saddam resultaría inequívocamente recalcitrante. La credibilidad norteamericana no se vio favorecida por la afición a citar sospechas como prueba de las transgresiones iraquíes.

promesa de propagar la democracia y el libre mercado en Medio Oriente, mas allá de los focos regionales del conflicto Israel-palestino.

El presidente asume posiciones resueltas y las defiende hasta el final<sup>293</sup>, no sin calar los riesgos unilaterales y los que puedan desprenderse de las reacciones de los otros:

“Soy el tipo de persona que se asegura que todos los riesgos están dimensionados. Un presidente que constantemente analiza la toma de decisiones basándome en los riesgos que entrañan, particularmente en una guerra – asumo el relativo riesgo frente a lo que puede lograrse.”<sup>294</sup>

Al cuestionársele sobre si la guerra no incitaría más rabia y odio contra los Estados Unidos, W. Bush replicó:

“hay riesgos en todas las acciones que adoptamos. Pero el riesgo de la inacción no es una opción, está lejos de mi interés. La inacción crea más riesgos que nuestra obligación de hacer el mundo más pacífico. Y obviamente sopesé todas las consecuencias sobre nuestras diferencias.”<sup>295</sup>

El problema de la naturaleza del riesgo es una arista clave inscrita en la experiencia política presidencial del 11S, ya que su cálculo es cualitativamente distinto al que se podría hacer bajo cualquiera otra circunstancia: después del atentado cualquier escenario debía ser pensado bajo la lógica de lo peor, más aun cuando el propio presidente había sido tomado por sorpresa. La convicción bushista *post 11S* era

---

<sup>293</sup> “Los actores proclives a adoptar grandes riesgos, creen que sufrirán menos de lo que ellos provocaron”

<sup>294</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, op. cit, p. 68

<sup>295</sup> “The president’s News Conference” *Weekly Compilation of Presidential Documents*, No. 38, 11 de noviembre del 2002, pp. 1998-2008.

que frente a cualquier otra amenaza, el riesgo puede abordarse bajo parámetros predecibles, con el ejercicio resuelto y pleno del poder disponible y conquistable en el sistema presidencial estadounidense, fundamental para el caso (y experiencia) de la violencia terrorista, donde un juicio erróneo o un mal cálculo puede implicar la posibilidad de una catástrofe más para la nación.

No se soslaya aquí la capacidad presidencial de sobrevivencia a escándalos de toda magnitud: al fracaso continuo para encontrar las armas de destrucción masiva en Irak; los daños colaterales permanentes y el pulso trágico cotidiano de la guerra iraquí; las acusaciones incendiarias de Richard Clarke, su ex consejero de seguridad nacional, al proferir que el presidente y miembros allegados de su gabinete de seguridad, siempre pensaron en el expediente bélico iraquí, independientemente de su conexión causal con el terrorismo del 11S; la pérdida de aliados estadounidenses (Holanda, España, Republica Dominicana); los escándalos de abusos de torturas en las prisiones iraquíes, entre otros.

La visión presidencial de su propio encargo después del 11S, nos sugieren tres elementos que gravitan en la psicología política de W. Bush: el éxito, el destino y la fatalidad. El peso de la fortuna en su biografía, muestra al presidente W. Bush con una indeclinable predilección por el éxito - lo que seduce a cualquier otro individuo -,

pero en el caso de él, con el añadido de que realiza el esfuerzo necesario para aprovechar sus oportunidades<sup>296</sup>.

El atentado terrorista recreó el sentimiento de su propio destino político - implicado en la conversión religiosa personal que abonó a favor de su fortuna económica, su matrimonio, su súbita y próspera inclusión en la política nacional-, al reaccionar con una visión presidencial fatalista de la realidad internacional que le orilló a asumir una postura audaz, hermética, altiva y decisiva: él mismo, su presidencia y su país, habían sido sometidos a la prueba de la adversidad asociada al terrorismo.

Al presidente W. Bush le agrada sobremanera tomar decisiones y tener definiciones determinantes<sup>297</sup>; basamento que estratégica, sino

---

<sup>296</sup> "El arte de hacerse temer y respetar equivale al sentido de la oportunidad. Mientras un conquistador triunfa, mientras avanza puede permitirse cualquier delito; la opinión lo absuelve, pero en cuanto la fortuna lo abandone, el menor error se volverá contra él. Todo depende del momento en el que se mata: el crimen en plena gloria consolida la autoridad por el miedo sagrado que inspira". En Cioran, E.M. *Historia y Utopía*, Barcelona, Tusquets, 1981, p.71

<sup>297</sup> En su autobiografía, *A Charge to Keep*, W. Bush plantea un precepto sobre su visión del liderazgo político: se prometió así mismo nunca ceder a ser definido por los demás. Su autobiografía fue realizada con la ayuda de la escritora - y su asesora cercana-, Karen Hughes. En el texto, W. Bush no dice mucho acerca de sí mismo, y por supuesto, el lector no encontrará una obra en la que concluya reconocimiento a un pensador profundo. No obstante, *A Charge to Keep*, es un estudio sobre el valor de la definición en el liderazgo. La historia de la vida de W. Bush aborda una serie de "momentos de definición" e instruye sobre los altos costos de no definirse. Capítulo por capítulo, el lector descubre que la definición ha sido una preocupación central en la educación política de este personaje: en las páginas iniciales W. Bush recuerda la frase de William Clinton 'es la economía, estúpido' - definió el mensaje de su campaña presidencial, incluso con la resistencia de los economistas y aun cuando la economía mostraba señales de renta recuperación. En su texto, Bush elogia la determinación clara y simple en sus objetivos del ex presidente Reagan, al plantear con sobriedad que "su presidencia era definida". En otro apartado, plantea que aprendimos "el fracaso para definir la misión" bajo la guía a la ruina de Lindon Johnson, y lo que es más importante para W. Bush y su generación, que derivaron en años de indecisión y ausencia de rumbo para la nación. Al final del libro, plantea que durante la campaña de 1988, "mi padre fue capaz de definirse por sí

psicológicamente, son una respuesta al problema del vacío que en su biografía tiene en estos ámbitos, pero que dio por resuelta al pergeñarse de cercanos a su tamiz de filias con experiencia y capacidad de consejo político relevante.

En efecto, no se trata del triunfo de la estrategia sobre la personalidad, sino del despliegue tenaz de una personalidad para medrar autoridad, encauzar sus alternativas y estructurar el proceso de dominación exigido por sus políticas.

La psicología política de W. Bush inscribe la presencia de una perspectiva pragmática - no teórica, no intelectual, no filosófica-, en la adopción de decisiones y en su interlocución con su gabinete: era propenso a simplificar la realidad con agilidad y proclive a los resultados -cuáles fueran. El ex director de la CIA, George Tenet, planteaba que cuando le exponía un problema, Bush siempre le cuestionaba:

“¿bueno, cuál es la solución?; ¿cómo arreglarás esto?¿qué medidas adoptaremos?; ¿cómo obtendrás algo más de esto?”<sup>298</sup>

---

mismo. En 1992, Bill Clinton y Ross Perot lo definieron, y perdió en un lamentable y largo año.” Bush, George W., *A charge to keep*, 1999, p.55-98. El instinto político de W. Bush parece tener su arraigo en las lecciones de su propia experiencia política temprana: fracasó en conseguir un escaño en la legislatura de Texas frente al conservador demócrata Kent Hance, quien lo etiquetó exitosamente como un muchacho rodeado de privilegios, un forastero metido a la política de Texas, un aventurero político; la misma táctica de ataque que pasada más de una década, le propinaria su adversaria por la gubernatura de Texas, Ann Richards, embestida que W. Bush resistiría, incluso superando las expectativas electorales.

<sup>298</sup> Citado por Bruni, Frank, *Ambling into History: The Unlikely Odyssey of George W. Bush*. New York, HarperCollins, 2002, p.139

Asimismo, no le representa problema o conflicto alguno construir un lugar aparte de los demás, signo de su menor susceptibilidad a la presión que ejercen las demandas de sus opositores partidistas, de los puntos de vista de los líderes y la opinión pública internacional; no así, sobre todo en situaciones críticas, de la opinión pública estadounidense.

Destaca su astucia política, manifiesta en su predilección por el aprovechamiento de cada circunstancia, al orientar su energía<sup>299</sup>, disciplina y determinación a conseguir el apoyo político necesario para lograr sus metas, dispuesto a maniobrar con los líderes del legislativo para perfilar apoyo político a sus iniciativas, así como en el manejo mediático de las expectativas y temores del público estadounidense.

W. Bush, sin ambigüedad alguna, ha utilizado los poderes de su despacho, con disposición a asumir los costos personales y políticos implicados en sus decisiones, sin menoscabo del nivel de riesgo a su credibilidad personal, política y del prestigio estadounidense

---

<sup>299</sup> Alexander Hamilton fue uno de los *padres fundadores* de la constitución estadounidense. Su biografía da testimonio el haber pasado la mayor parte de su existencia en épocas de crisis, lo que sustentó su inclinación a pensar que cualesquiera que fuesen los peligros de los procesos constitucionales ordinarios, las condiciones de necesidad urgente requerían la concentración del poder en manos de la rama del gobierno más vigorosa y de una sola mentalidad. Su ideario era que EE. UU. se instituyera en una nación continental poderosa - un objetivo que no podría lograrse sin la concentración de poder en el gobierno nacional-. Para Hamilton la fuerza y el vigor presidencial son fundamentales para perfilar su primacía frente al poder legislativo y sobre todo para reaccionar rápida y flexiblemente a los acontecimientos excepcionales. Hamilton afirmó que "la energía en el Ejecutivo es una característica primordial para la definición de un buen gobierno: es esencial para la protección de la comunidad contra ataques extranjeros, para la firme administración de las leyes, para la protección de la propiedad, para la seguridad de la libertad en contra de las empresas y asaltos de la ambición, de la facción y de la anarquía". Citado por Burns, James Macgregor, *Presidential Government: the crucible of leadership*. Cambridge, The Riverside Press, 1965, pp.32-3.

internacional; su definición de la agenda de la crisis de seguridad nacional y la formación de opinión favorable en torno a ella, fue una estrategia recurrente para presionar al legislativo y expandir sus facultades: el uso de la mayoría partidista, los nombramiento de las jefaturas de las agencias gubernamentales, la información estratégica de inteligencia, las órdenes ejecutivas, la elección de tropas y recursos.

En la arena exterior, la formulación de iniciativas extraterritoriales, la redefinición de las alianzas, la construcción de amenazas e identificación de prioridades nacionales, todo encaminado a acopiar un progresivo capital político presidencial.

El gabinete define sin duda alguna el tipo de presidencia que se lidera. W. Bush abrevó la experiencia de gobierno en la historia política presidencial estadounidense. Perfiló - con sus propios parámetros personales como la lealtad, la disciplina y la relación estrecha interpersonal-, una férrea concentración de poder en su gabinete presidencial, desplegada en una centralizada delegación de decisiones. Con esta base, W. Bush pudo constituir dos circuitos políticos y estratégicos de decisión presidencial: uno para asuntos políticos internos y el otro encargado de la agenda bélica y la política exterior estadounidense.

Con su gabinete presidencial y su gabinete de guerra, pero en particular con sus más cercanos colaboradores en materia de seguridad

nacional, ejerció un elevado nivel de secrecía y confidencialidad, combinado con un selectivo, estrecho y personalizado nivel de interlocución, al estimular la visión de ser un líder con una voluntad impredecible en sus propios círculos estratégicos de decisión y sobre todo, fomentar no la deliberación sino los detalles – operacionalización, consecuencias, riesgos-, de las decisiones que había adoptado con anticipación: cuando ha tomado ya una decisión presidencial, evalúa para decidir con realismo la mejor ruta a seguir para instrumentarla, las ventajas y los costos que entraña.

- “Un presidente no puede tomar decisiones racionales al menos que entienda las posibilidades reales de lo que puede pasar”<sup>300</sup>.

Su perspicacia pragmática se demostrado con la elección de su gabinete presidencial, un crisol de experiencia política y militar de varias décadas: garantizaba prestigio y lealtad a sus designios personales, familiares, empresariales y políticos<sup>301</sup>, inteligencia competitiva, firmeza y respuestas en circunstancias adversas, tal y como la que se presentó en la coyuntura de la crisis de confianza en su gobierno generada por el atentado terrorista suscitada en septiembre del 2001.

---

<sup>300</sup> Woodward, Bob, *Plan de Ataque: cómo decidió Bush invadir Irak*, Planeta, 2004, p. 43

<sup>301</sup> Los ejecutivos de negocios retornaron a los lugares privilegiados de Washington: El Vicepresidente Richard Cheney fungió como presidente de un gigantesco conglomerado de la industria petrolera, Halliburton; el Secretario del Tesoro Paul H. O’Neill fue presidente de Internacional Paper y posteriormente de la CEO en Alcoa; el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld (quien también fungió en el Pentágono bajo la administración de Ford), fue presidente de la compañía internacional de drogas G. D. Searle; el Secretario de Comercio Don Evans fue un ejecutivo prominente de una empresa petrolera; mientras Andrew Card fue presidente y jefe de un despacho de lobby para la Asociación de Fabricantes de Automóvil.

No obstante, existe la percepción de que el presidente W. Bush es sólo la pantalla frente a otros decisores. Hay quienes dudan de que fuera realmente el que decidía y le percibían como un títere de su familia y de sus conexiones políticas y empresariales. Se le suele percibir como una figurilla de los personajes de mayor y determinante influencia en su gobierno -Rumsfeld, Rice, Cheney e incluso de Rove.

Hay varios hechos políticos que documentan la hipótesis contraria, a la que daba por verídica su sujeción a los dictados de su gabinete presidencial y su estrategia político electoral: en la mañana del 12 de septiembre del 2001, el Vicepresidente Cheney estuvo presto a asumir el mando y consultó si alguien debería presidir el gabinete de guerra e informarle al presidente W. Bush para eficientar el proceso de toma de decisiones; el presidente le planteó “no, yo lo haré, dirigiré los encuentros”<sup>302</sup>.

Esta era la posición del Comandante en Jefe, lo que supone que no podría ser delegada. Con esto, el presidente enviaba una señal de quien tenía el control interno<sup>303</sup>; cuando abordaron la expedición bélica

---

<sup>302</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*, op. cit, p. 129

<sup>303</sup> Durante las semanas siguientes a los atentados del 11S, fue notorio el compromiso de W. Bush de sumergirse de lleno en las deliberaciones políticas. Entre el mes en el que se perpetraron los ataques y su conferencia de prensa del 11 de octubre del 2001, el presidente presidió las sesiones del Consejo de Seguridad Nacional 24 ocasiones. Sesiones que expusieron la verdadera naturaleza de los encuentros: por ejemplo, el 12 de septiembre, el Vicepresidente Cheney y el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, plantearon que EE.UU. debía atacar no solamente a *Al Qaeda*, sino también a naciones que veían como responsables de respaldar el terrorismo, notoriamente se referían a Irak. El Secretario de Estado, Colin Powell, mostró su desacuerdo, sin embargo, planteó que el pueblo estadounidense debería estar listo para la respuesta a quienes estuvieron relacionados con los ataques del 11S, pero que debía comprobarse si Irak estaba implicada. W. Bush

en Afganistán, el presidente planteó “no tener tiempo para resolver el tema (de Irak)” a los miembros del gabinete que le inquirían sobre ambos casos; la decisión de invadir Irak fue exclusivamente del presidente, quien se sostuvo en dicha posición incluso ante la excepcionalidad de los riesgos que entrañaba esa expedición bélica: pérdida del respaldo internacional, daños colaterales ilimitados, la posibilidad de la emergencia de la guerrilla urbana en Bagdad, así como el escenario de una guerra civil interétnica; “sin consultar a Cheney, Powell o Rumsfeld” construyó la pieza retórica de la *doctrina Bush*, que esencialmente planteaba que los Estados Unidos no harían distinción entre los terroristas y quienes les ayudaban<sup>304</sup>; después de las elecciones intermedias del 2002, expresó:

“no adopto señales de nadie, hago lo que creo que es correcto. Es justo el camino que elijo. Y corro sobre una filosofía política: yo no cambio mi filosofía política. Soy el que era antes – el mismo después de la elección que fue antes de la elección. Justo como soy quiero liderar este país”.<sup>305</sup>

Sin embargo, W. Bush tenía predisposición a admitir su dependencia del mejor consejo político que deriva de personas connotadas, pero no se presta a estar bajo control de sus consejeros:

“Soy el comandante...no tengo que dar explicaciones...no tengo que explicar porqué digo lo que digo. Eso es lo interesante de ser presidente. Es posible que otras personas tengan que explicarme a mí

---

pondría un alto al debate, indicando que no era el momento para resolver este asunto. Para un análisis del papel del consejero de seguridad nacional presidencial, véase Pfiffner, James P., *The Modern Presidency*, Bedford/St. Martin's, 2000, pp. 188-193

<sup>304</sup> Woodward, Bob, *Bush en Guerra*. Península, p.206.

<sup>305</sup> Bush, George, W., “The Presidents New Conference”, *op. cit*, p. 2004.

porque dicen una cosa, pero yo no creo que deba darle explicaciones a nadie".<sup>306</sup>

La política antiterrorista de W. Bush se fue consolidando como una madeja de iniciativas que buscaba certezas en su capacidad de reacción del gobierno estadounidense y de garantías de no ser nuevamente presa de la violencia terrorista<sup>307</sup> y sobre todo, como una empresa presidencial de persuasión y disuasión de molde belicista, sustento de una política de administración de la paranoia social y los temores sociales estadounidenses.

Pero en el caso que la amenaza no tenía forma, no pueda ser ubicada, que se desconozcan sus alcances y efectos, esa amenaza produce un miedo anticipado antes de que el peligro realmente ocurra: el individuo experimenta ansiedad. Esta experiencia si se intensifica o disminuye determina el comportamiento de la persona y en consecuencia su tranquilidad. Para contrarrestar esta ansiedad, asume mecanismos de defensa para proteger su integridad. Si la amenaza no sólo puede afectar su integridad, sino a su círculo social cercano, la

---

<sup>306</sup> Woodward, Bob *Bush en Guerra*, Península, p.168. Maquiavelo planteaba que era potestad del Príncipe escuchar sobre lo que quiere oír; en compensación, supone conveniente que pregunte sobre todo, que escuche y se aconseje ampliamente; pero que hable poco. Sólo que, para el florentino, "hay una regla general que no falla nunca: un Príncipe que no sea sabio por sí mismo, no puede ser bien aconsejado". Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*. Edición preparada por Luis A. Arocena, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1954, Cap. III, p.78.

<sup>307</sup> "Siempre que Napoleón destruye algo - escribió Metternich al emperador en 1810- habla de garantías. Esta expresión en sentido usual no es compatible con sus acciones. Una garantía descansa comúnmente sobre el estado de las relaciones políticas... Pero Napoleón no aprecia el aspecto político de las garantías; busca *la realidad*, una seguridad. Por tal razón, cada usurpación se convierte para él en una garantía de su fuerza y de su existencia... En este sentido, cada derrumbe de un trono...por la apariencia de la autodefensa." Kissinger, Henry, *A World Restored*. Op. cit, p.146.

disposición a garantizar la seguridad de todos puede derivar en la abnegación de su propia individualidad. Sin convivencia pacífica hay “miedo continuo, y peligro de muerte violenta; y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta”<sup>308</sup>

---

<sup>308</sup> En Hobbes, Thomas, *Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1979, p.225

El público norteamericano sintió los efectos del miedo el 11 de septiembre con las imágenes de los aviones impactando el emblema económico de los Estados Unidos; después de ese día, todos los habitantes perciben las consecuencias del enemigo anónimo que representa un terrorista, desde entonces, la sensación de ansiedad del cada ciudadano si no ha concluido ha sido administrada individualmente, al menos como una amenaza no inminente en territorio estadounidense. Como ha planteado Remo Bodei, “el miedo que tradicionalmente había sido considerado como el fundamento de los regímenes despóticos, desde el *phobos* atribuido por los griegos a los orientales, cuyos soberanos trataban a sus súbditos como esclavos, hasta la *crainte* que Montesquieu veía como dominante en su tiempo en el imperio otomano o en Persia, es en Hobbes una característica ineludible de todo régimen, cuando es ejercida en el ámbito de la ley o en el arbitrio del soberano, así como de la anarquía, cuando se transforma en terror amplio.” En Bodei, Remo, *Una geometría de las pasiones*. Barcelona, Muchnik, 1997, p.119

La respuesta a estos hechos sólo podía conseguirse, en la percepción de los habitantes, con otro emblema: el gobierno federal y las dependencias a su mando. Históricamente, había sido la entidad rectora que había neutralizado eficientemente cualquier amenaza. La administración del presidente George W. Bush asumió esta responsabilidad contando por una parte con dicha aprobación y por otra, con el miedo generalizado de su población a un nuevo ataque. “No hay para el hombre, nos dice Hobbes, más forma razonable de guardarse de esta inseguridad mutua que la anticipación; esto es dominar, por fuerza y astucia, a tantos hombres como pueda hasta el punto de no ver otro poder lo bastante grande como para ponerle en peligro.” En Hobbes, Thomas, *Leviatán*, op. cit, p.235. Arendt confirma: “No es la igualdad ante la muerte lo que es decisivo para Hobbes; es la igualdad del miedo que resulta de la habilidad igualitaria para matar que todo hombre posee en el estado de naturaleza para que los individuos se aten a un bienestar común”. En Arendt Ana, *On Violence*. New York, Harcourt Brace, 1982, p.78.

La experiencia traumática estadounidense fue hábilmente capitalizada por el gobierno. A medida que la sensación pública de un ataque era eminente los márgenes de maniobrabilidad gubernamental aumentaron en dos direcciones para mantener la seguridad nacional: controles inflexibles dentro de su territorio y acciones determinantes fuera del mismo: la experiencia terrorista imprimió un tatuaje indeleble en la psique estadounidense. Recordemos lo que dijo el 7 de mayo del 2002 un funcionario estadounidense: “En este momento, *Al Qaeda* tiene raíces en más de cuatro naciones. Sus fondos han penetrado en los sistemas financieros de todo el mundo, inclusive en nuestro propio territorio. Probablemente ahora, los terroristas son más invisibles que nunca. No visten uniformes militares. Están mezclados en nuestra sociedad. Pueden ser hombres de negocios en trajes de tres piezas. Puede ser el comprador formado en un *Wal-Mart*. Pueden ser – como lo vimos trágicamente – la persona sentada junto a nosotros en un avión”. Robert S. Mueller, Director del FBI.

El *Acta Patriótica* fue la primera medida gubernamental de política interna frente a su población, que estableció que cualquier habitante que presuntamente contravenga con los intereses y seguridad del país puede perder sus derechos individuales y privacidad: el bien común sobre el bien particular. El ataque a enclaves terroristas en Medio Oriente devino como una medida de

En efecto, la vulnerabilidad que experimenta un individuo ante una amenaza provoca reacciones desconocidas aún para él. Si esta amenaza es real, la causa del miedo está definida. La intensidad y peligrosidad de la amenaza determina su reacción. Si este miedo que experimenta tiene identidad, puede enfrentarse directamente.

El presidente W. Bush concentró su atención en cimbrar los pilares ideológicos, legales e institucionales prevalecientes para enfrentar las amenazas a la seguridad estadounidense, bajo la premisa del fracaso del proyecto liberal y la adopción de acciones ejecutivas espectaculares, por definición *post 11S* en sus propios términos, distanciadas de posiciones convencionales y paradigmas tradicionales<sup>309</sup>, lo que incluía su perseverancia total en defenderlas<sup>310</sup>.

---

mayor alcance: la hegemonía estadounidense sobre los enclaves terroristas y selectivos gobiernos dictatoriales.

<sup>309</sup> Al presidente W. Bush se le ha señalado por su defensa de las iniciativas políticas del espectro político conservador; no obstante, suele desafiarlas: en diversos momentos, elogió los pasos en educación que "los hispanos y los afroamericanos habían dado en Texas" y refutó la denuncia de la inmigración ilegal, al recordar que muchos de los mexicanos que entraban en EE.UU. eran electores que simplemente buscaban mejorar la vida para sus hijos". Ver Bruni, Frank, "Bush signaling readiness to go his own way as an unconventional republican", *New York Times*, U.S., 3 de abril del 2000. Asimismo, Donald Lambro planteó en el *Washington Times*: "Bush ha asumido diversas decisiones que han enfurecido a los líderes conservadores...está presionando en la iniciativa para fortalecer la seguridad en la frontera por la amnistía a la inmigración ilegal en un intento por congraciarse con los electores hispanos, busca impone altas tarifas a la importación de acero contra esta industria en Pennsylvania y Virginia del Este, desea incrementar un 50 por ciento la ayuda al exterior, un política contra la que los conservadores han estado luchando por décadas". En Lambro, Donald, "Bush decisions rankle conservatives", *Washington Times*, 27 de marzo del 2002, A1

<sup>310</sup> "Pero está en la esencia de una potencia revolucionaria que posea el valor de sus convicciones, que este dispuesta - en realidad ansiosa- a llevar sus principios hasta sus últimas consecuencias, por lo que tiende a minar , si no la legitimidad del orden internacional, por lo menos las restricciones con que el mismo opera". En Kissinger, Henry, *A World Restored*. Op. cit, p.34

En efecto, la política nacional antiterrorista de W. Bush se fraguó a través de un gasto ominoso en seguridad nacional y de intervenciones bélicas - revirtiendo el cuantioso superávit presupuestal logrado por su predecesor William Clinton, durante más de ocho años-; de la supeditación de la división de poderes a la agenda estratégica de seguridad nacional, inscrita en la *doctrina* de la *guerra preventiva* para salvaguardar la seguridad interna en la lucha antiterrorista, en el contexto de la manipulación presidencial de los servicios de inteligencia estadounidenses y extranjeros, a favor de los objetivos políticos y electorales republicanos de corto plazo y los designios belicistas de su administración.

Dominar el porvenir supone una actuación estratégica que permita alcanzar metas y objetivos plausibles en el terreno mediático, político y militar. Por esto, el basamento pragmático e idealista de las decisiones presidenciales exigían *adelantarse a los acontecimientos*<sup>311</sup>, enfocando las energías nacionales en un enemigo identificable, singular, común<sup>312</sup>, sustento<sup>313</sup> de un curso de actuación elegido para ganar en el más corto

---

<sup>311</sup> En el Secretario de Defensa de W. Bush, Donald Rumsfeld, encontramos el fundamento doctrinal castrense de esta lógica política que se asumía como una lección de atentado terrorista del 11S: la clave de todo esto es que no puedes enfrentarte al terrorismo defendiéndote. No puedes defender todos los lugares, en todo momento, contra todo posible ataque. Es simplemente imposible hacerlo, porque ellos cambian constantemente de técnica y de momento, y tienes que ir por ellos. Tienes que hacer que sean ellos los que se sientan acosados, y eso quiere decir que debes adelantarte a su ataque." En Woodward, Bob, *Plan de Ataque: cómo se decidió invadir Irak*, op.cit, p.48

<sup>312</sup> Eric Hoffer ha observado la importancia de sustentar el poder de un líder carismático que deriva de su capacidad de enfocar odio contra enemigos singulares, como Hitler lo hizo en la década de los treinta del siglo pasado, unificando al pueblo alemán en torno a su odio contra los judíos. Eric Hoffer, *The True Believer: thoughts on the Nature of Mass Movements*, New York, Harper y Row, 1996.

<sup>313</sup> Encontramos en este contexto, un primer campo de vulnerabilidad estratégica en la política antiterrorista de W. Bush que abordaremos al final de la investigación: la invención de un doble

plazo<sup>314</sup>, hacia la rehechura del capital político necesario para revertir la crisis de confianza social en el Ejecutivo federal derivado del escenario terrorista del 11S, condición para desplegar su conversión en actor decidido en las escenas de los acontecimientos políticos y militares globales.

En fin, la crisis del 11S fue vista como un encuentro trágico nacional y a la vez, como una ocasión oportuna para revitalizar las fuentes de influencia del poder presidencial, sobre la base de la instrumentación de políticas sustentadas en la reestructuración del aparato de inteligencia y espionaje doméstico antiterrorista y su manipulación hacia el despliegue de intervenciones bélicas, decididas a nivel presidencial como *hechos consumados*, operaciones políticas presidenciales de alcance mayor y sin un contrapeso real a escala mundial, cuya planificación e instrumentación debió acelerarse, al ser desplegadas en procesos diplomáticos de simulación y de manipulación mediática a escala interna -los medios de comunicación como propagadistas del filón patriótico de la política bushista post 11S y como censores de la disidencia doméstica e internacional.

---

enemigo que podía considerarse vencido de antemano, los gobiernos talibán e iraquí, incluso aunque carecieran de raíces de pertenencia con la amenaza terrorista focalizada en Washington, y por supuesto, el análisis de la naturaleza política del fenómeno terrorista.

<sup>314</sup> La visión antitética es aleccionadora. Al juzgar la acción política de Piero Soderini, Maquiavelo planteó: "No supo ser gobernante bueno ni malo, y creía demasiado que con paciencia, aprovechándose, como se dice, del beneficio del tiempo, todas las dificultades que se le oponían podían ser superadas". Maquiavelo, Nicolás, Discursos de la Primera Década de Tito Livio. Libro V, *op. cit.*

Los *hechos consumados* se presentaron como artificios políticos innovadores<sup>315</sup> en el trazado antiterrorista del presidente W. Bush. En el discurso que pronunciara el 1 de junio del 2002 en *West Point*, proclamó la doctrina de la guerra de anticipación a un ataque (*pre - emptive war*), como instrumento legítimo y moral de política exterior, en detrimento de la lógica estratégica predominante en el periodo de la *Guerra Fría* (*contención más disuasión*), que funcionó incluso para mantener dentro de sus fronteras durante más de una década, con patrocinio estadounidense, al propio Sadam Hussein. Como bien señala Zbigniew Brzezinski, de ese modo, se “estaba sustituyendo la doctrina ya establecida de la Destrucción Mutua Asegurada (conocida como *MAD* por sus iniciales en inglés) por el nuevo concepto de destrucción solitaria asegurada. Un paso estratégicamente regresivo...” En efecto, la doctrina bushista de la guerra se sustenta en la premisa de saber y predecir con certeza lo que va a suceder.

La distinción entre anticipación y prevención buscó ser diluida en la retórica presidencial, pero su pretendida necesidad para la estabilidad internacional no debe ser subestimada, insiste Brzezinski, ya que “en ella estriba la diferencia, por ejemplo, entre la decisión israelí en junio

---

<sup>315</sup> “Preciso es, planteaba Maquiavelo, examinar si los innovadores se sostienen por sí mismos o dependen de otros; es decir, si para ejecutar su empresa necesitan persuadir o si pueden obligar, porque en el primer caso fracasarán siempre sin conseguir cosa alguna; pero si son independientes y pueden apelar a la fuerza, rara vez sucumbirán. De esto nace que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los inermes... Porque quien no afirma previamente los fundamentos de su autoridad, podrá afirmarlos después si tiene gran virtud; pero será con trabajo para el arquitecto y peligro para el edificio” Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*. Cap. VI y VII, pp. 250-4

de 1967 de *anticiparse* a la ofensiva para la que las fuerzas árabes estaban completando su despliegue y el ataque del propio Israel en 1981 sobre el reactor nuclear de Osirak para *prevenir* e impedir en última instancia, la adquisición de armas nucleares por parte de Irak.

La primera respondía a una amenaza inminente; el segundo evitó que siquiera surgiese tal amenaza. De manera similar, el ataque estadounidense sobre Irak en 2003, fue posiblemente *preventivo* con respecto a alguna 'grave amenaza que se avecina' (en palabras del propio presidente Bush), pero desde luego no se anticipó a ningún ataque inminente de los iraquíes.<sup>316</sup>

La doctrina de la *guerra preventiva* se sustenta en el empleo de la fuerza militar para eliminar una amenaza imaginada o inventada, a modo de una política de defensa propia anticipada, abrogándose el derecho a la agresión a despecho de la discrecionalidad de sus propios parámetros para proteger el poder, la posición y el prestigio de Estados Unidos de América. La *guerra preventiva* consagra la conversión doctrinal estratégica, vía la adopción de una posición política radical cuya premisa de victoria - para ganar la paz, es necesario la guerra-, sustento de un paradigma castrense de nuevo cuño para perpetrar una

---

<sup>316</sup> Brzezinski, Zbigniew, *El dilema de EE. UU: ¿dominación global o liderazgo global?*. Barcelona, Paidós, 2004, p.57

guerra a voluntad presidencial y preservar los intereses geopolíticos estadounidenses<sup>317</sup>.

Para su gobierno, la seguridad nacional post 11S, sólo se garantiza afianzando la seguridad interna y definiendo unilateralmente los peligros que la atenazan. *La guerra* como medio para lograr la seguridad estadounidense ante la violencia terrorista, pero sobre todo, era uno de los únicos criterios presidenciales válidos para sustentar la seguridad global: en el caso de EE UU, se sostiene que su seguridad soberana, su Constitución y sus leyes nacionales, son superiores al Derecho Internacional, postulando incluso la condena de la ONU por su incapacidad para decidir o hacer cumplir sus decisiones, como por sus intentos de limitar las acciones de sus miembros.

Este viraje de la política exterior de Washington significaba prácticamente el retorno a las condiciones anteriores a 1914, cuando las únicas limitaciones internacionales al derecho de cada Estado soberano de utilizar la fuerza eran las reglas correspondientes con el *ius in bello* – los diversos modos en los que la fuerza puede desplegarse- pero no con los objetivos.

---

<sup>317</sup> El uso unilateral del poderío militar en función de las necesidades políticas presidenciales, ha sido un principio que gravita en el pensamiento estratégico estadounidense en particular desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, válido para el Hemisferio Occidental, el antiguo Imperio Británico y el Lejano Oriente, sustento de una visión oficial que pretenderá minar toda posible rivalidad o amenaza de serlo, a la hegemonía militar y económica estadounidense. Revisar el “Memorando del Proyecto de Estudios de la Guerra y de la Paz” en Minter, William y Laurence Shoup, *Imperial Brain Trust*, Monthly Review, 1977, pp. 130-7.

Esto descarta el progreso logrado en el intento de conformar un *ius in bellum* moderno, es decir, una definición de los propósitos para los cuales la fuerza puede ser utilizada de forma legítima (defensa propia, seguridad colectiva) y de los mecanismos que pueden autorizar el recurso a la fuerza. Tratados como la *Convención contra el Genocidio* y los tribunales internacionales creados para juzgar a personas responsables de crímenes contra la humanidad o crímenes de guerra, se descartaron en esta nueva visión doctrinal estratégica de la política exterior de W. Bush.

La madeja de sus decisiones implicadas condensa diversos hilos conductores que presuponen el aprovechamiento de la crisis del 11 de septiembre, oportunidad utilizada al máximo para aventajar políticamente a su gobierno: se involucró en preservar su capital político interno perfilando una agenda legislativa republicana de reformas que permitieran mantener el respaldo del elector conservador y evangélico – coautor de su llegada a la Presidencia-; dada su intuición de que el pueblo estadounidense había hecho del terrorismo la máxima prioridad política y social, y que deseaba un liderazgo determinante para atenderla; promovió una campaña a favor de la movilización del país en su propia defensa, preparándolo para su disposición a enfrentar nuevos sacrificios y riesgos, a cuenta de limitaciones al régimen de libertades civiles y constitucionales vigentes; expandió la órbita de sus poderes en la órbita del sistema presidencial estadounidense, bajo el imperativo de evitar la reedición

de un nuevo ataque en territorio estadounidense; respaldó la expansión del gasto defensivo como barómetro político delicado para sustentar la política bélica antiterrorista, además de legitimar el amasijo político de las guerras en *Afganistán e Irak*, como expedientes necesarios de la propia guerra internacional contra el terrorismo, en beneficio de la paz y la estabilidad mundial.

La reacción y revitalización política de la administración de W. Bush frente al 11S, se puede explicar con la glosa presidencial de un proceso de relativa inmunización política de sí mismo y de su gobierno, neutralizando el riesgo de un enjuiciamiento legislativo, y desdeñando la exposición y la crítica mordaz contra sus políticas y designios belicistas en la opinión pública, inscritos en acometidas de toda índole proferidas en los medios masivos de comunicación, tanto a escala doméstica como internacional, un borde en que los avances han sido críticos, sobre todo en una perspectiva global que adjudica al liderazgo estadounidense la propensión a administrar apariencias y a la fabricación política de acontecimientos.

### 5.3 El terrorismo, ¿el centro de gravedad de la estrategia presidencial estadounidense post 11S?

La psicología política y el patrón de actuación gubernamental del presidente W. Bush, da cuenta de la propensión a una actuación ejecutiva prototípica de la cultura occidental y en particular, de la historia política presidencial estadounidense: la exaltación de *la acción*<sup>318</sup> y la *heroicidad* presidencial en tiempos de crisis.

El desafío a los estadounidenses inscrito en el 11S puede inscribirse en el ideario de los gobiernos demócratas y conservadores, unánimes respecto a la importancia que debe atribuirse a la dominación estadounidense; aunque en el caso de la perspectiva conservadora de la administración W. Bush, persiste la férrea convicción de que Estados Unidos debía cumplir un papel principal en la lucha bíblica del bien contra el mal<sup>319</sup>, con libertad para imponer designios al mundo, de la mano de un Estado que tiene la misión de proteger los intereses de las corporaciones privadas y preservar la expansión del

---

<sup>318</sup> "El único camino para la seguridad es la acción. Y esta nación va a actuar" planteó W. Bush al presentarse a los alumnos de la clase 204 que se graduaba en *West Point* el 1 de junio del 2002.

<sup>319</sup> "El enfoque eminentemente teológico del presidente Bush logró, plantea Brzezinski, además de un efecto movilizador a nivel político, una ventaja táctica derivada del hecho de hacer confluír en una única y simple fórmula las diversas fuentes de la amenaza, con independencia de si estaban conectadas entre sí o no. La famosa referencia presidencial al 'eje del mal', hecha a principios del 2002, reunió en una sola fórmula política los desafíos que planteaban por separado Corea del Norte (para la estabilidad del Asia neoriental), Irán (y sus ambiciones de más largo alcance sobre la región del golfo Pérsico) y el legado pendiente de la campaña de 1991 contra el iraquí Sadam Hussein. Los amenazadores dilemas que se derivaban de los intentos de esos tres Estados por adquirir armamento nuclear quedaron así condensados en la condena moral de tres regímenes específicos pero no aliados entre sí (dos de ellos son, en realidad, enemigos mutuos) y fueron vinculados a la dolorosa experiencia directa del terrorismo en su propio territorio que estaba viviendo el pueblo estadounidense." Brzezinski, Zbigniew, *El dilema de EE.UU.*, op. cit, p.47.

gasto defensivo (sólo en cuanto a la guerra contra el terrorismo, el gobierno de Estados Unidos gastó, entre el 2001 y el 2009 -1.08 billones de dólares). Contextualicemos este indicador crítico: en el año 2000 se había alcanzado un presupuesto superavitario equivalente al 2,5% del PNB, pero la deuda había crecido hasta 5,6 billones, un 58% del producto de ese año. Sin embargo, esta situación entró en un proceso de crecimiento descontrolado del gasto público en un mandato republicano de 8 años bajo la dirección de George W. Bush, legando un gasto militar equivalente al 4,3% del producto, un déficit presupuestario del 3,2%, y una deuda pública que creció un 77%, representando 9,9 billones de dólares).

El criterio de actuación y racionalidad política supone al líder inspirado<sup>320</sup> para encabezar lo que al pueblo *conviene*<sup>321</sup> hacer en situación de crisis nacional. El líder visualiza como luchar contra las circunstancias adversas – se muestra con la determinación, los artificios

---

<sup>320</sup> “La inspiración implica la identificación de sí mismo con el significado de los acontecimientos. La organización requiere disciplina, la sumisión a la voluntad del grupo. La inspiración está fuera del tiempo; su validez es inherente a su concepción. La organización es histórica, depende del material disponible en un periodo dado. La inspiración es un llamado a la grandeza; la organización es un reconocimiento de que la mediocridad es el patrón usual del liderazgo.” En Kissinger, Henry, *A World Restored. The Politics of Conservatism*. New York, Grosset and Dunlap, 1964, p.378

<sup>321</sup> “El presidente, dice Corwin, posee todos los poderes que los hechos del intercambio internacional puedan en cualquier momento ser convenientemente aplicables si la Constitución no los estipula en ninguna otra parte en términos claros (el autor discute aquí la potestad ejecutiva de afectar la facultad ejecutiva de la legislatura estadounidense para declarar la guerra). Ordinariamente, esto significa que *la iniciativa* en el campo exterior descansa en él. Consecuentemente, ésta en aptitud de enfrentarse a los otros departamentos y al Congreso en particular con *hechos consumados* a voluntad, aunque por otro lado, el Congreso no tiene obligación constitucional de respaldar tales *hechos consumados* o de respaldar la política que los originó.” En Corwin, Edgard, *The President: Office and Powers (1787-1957)*, New York, New York University Press, 1957, pp.179-180.

y el valor necesarios para sortearlas. Su empresa de persuasión no hace concesiones a las ilusiones más íntimas de la opinión pública, porque su heroicidad tiene sustento en el respaldo social, y más allá de éste: *el presidente decide y comanda el país*, es la divisa política y mediática que priva en la cultura del heroísmo, sustento de la administración del temor como medio de cohesión social y política.

Desde la edición de la violencia terrorista en territorio estadounidense en el 2001, quedó demostrado que la psicología política y la evidencia empírica de la actuación presidencial de W. Bush desvela un patrón de comportamiento amparado en el cálculo del máximo beneficio que ha calado previamente los costos y los riesgos, asumiendo iniciativas políticas desplegadas con imprudencia ejecutiva, con medios, recursos y plazos de instrumentación previamente preconcebidos, incluso considerando estos últimos como ilimitados en el tiempo.

Se trata de una lógica presidencial que reorganizó el aparato de inteligencia doméstica y asumió políticas espectaculares de índole internacional, como una nueva estrategia de disuasión percibida por sus orquestadores y ejecutores como más realista y eficaz que las desplegadas bajo el periodo denominado de la *Guerra fría*, no sólo para evitar un nuevo ataque terrorista en territorio estadounidense, sino también para afianzar los intereses estratégicos de esa nación en el tablero geopolítico mundial.

La evaluación de la ausencia de prudencia política<sup>322</sup> presidencial en este escenario de crisis, entraña la necesidad de un diagnóstico y una dirección estratégica compartida de lo que pasa en el mundo, necesaria para elegir una política nacional centrada en la trama causal del terrorismo internacional.

“El problema crucial del estadista, plantea Kissinger, no consiste en encontrar una definición formal para la política realizada, sino en entender su contenido en cualquier periodo dado. Las disputas sobre la política nunca se refieren a un desacuerdo sobre la sensatez de la seguridad sino sobre su carácter, no sobre la conveniencia de la seguridad, sino acerca de los medios más adecuados para obtenerla”<sup>323</sup>.

La visión castrense de la doctrina de la *guerra preventiva* de W. Bush, se manejó como la introducción de un sustento novedoso<sup>324</sup> en la política internacional, una declaración presidencial que llamaba al ciudadano estadounidense a prepararse para un permanente estado de emergencia, un expediente bélico ilimitado e indefinido en el tiempo, filón de un trazado de políticas pragmáticas, tamizadas por grandes objetivos estratégicos encapsulados en el código doctrinal del

---

<sup>322</sup> “En los negocios de estado, cuando se prevén los peligros (y este es el privilegio de los prudentes), pronto se conjuran; pero si, desconociéndolos, se les deja crecer de modo que nadie los advierta, son irremediables. Previsores los romanos, los conjuraron siempre antes de que aumentaran, aun a costa de una guerra, pues sabían que las guerras no se evitan por diferirlas, y si se difieren, es en provecho del enemigo.” Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Edición preparada por Luis A. Arocena, Madrid, *Revista de Occidente*, Universidad de Puerto Rico, 1954, p.215

<sup>323</sup> Kissinger, Henry, *A World Restored. The Politics of Conservatism*. Op. cit, p.378

<sup>324</sup> Para Maquiavelo, el afán de cambios domina a los individuos. “Los hombres son tan inclinados a las cosas nuevas, que las más de las veces desean el cambio tanto los que están bien como los que se encuentran mal; y es que como se dice, y con razón, los hombres se cansan en el bien y en el mal se afligen. Esta predisposición abre las puertas a quien en cualquier parte se convierte en jefe de la novedad. Si es forastero se corre detrás de él; si es del lugar, se le rodea, ensalza y favorece; y de cualquier modo que el innovador proceda, hará efectivos progresos en donde actúe” Maquiavelo, Nicolás, *Discursos*, Alianza Editorial, 1998, III, p. 91.

*neoconservadurismo* de inspiración fundamentalista a modo de guión<sup>325</sup> a universal de la seguridad internacional: el derrocamiento de regímenes adversos a los intereses estadounidenses, el arbitraje y la tutela estadounidense de la paz mundial, la democratización de los países del *Medio Oriente*: como si la institución presidencial pudiese controlar el tiempo y el destino de la geopolítica regional.

Este aserto nos sugiere que el expediente pragmático e idealista de la política presidencial de W. Bush - defender su gobierno de futuros ataques terroristas y liderar guerras bajo designios geopolíticos mundiales- contiene al menos tres elementos críticos: el primero apunta a la legitimidad y, como se ha corroborado en los hechos, el dudoso futuro de la estrategia de seguridad nacional de la *guerra preventiva*; el segundo, postula la reformulación de la noción de victoria militar en la guerra contra el terrorismo, en tanto la naturaleza de esta amenaza y violencia no permite ninguna modalidad de triunfo que pueda ser impuesta por decreto presidencial y, el tercero, aduce que la iniciativa de una postura belicista internacional estadounidense sólo podía ser mantenida con un férreo control presidencial de la agenda legislativa, la supresión del perfil bipartidista de la política exterior y la anulación de las prerrogativas constitucionales del poder judicial estadounidense.

---

<sup>325</sup> Se sugiere al lector revisar el artículo de Orozco, José Luis "Del pragmatismo al fundamentalismo en las ciencias sociales", Revista *Enfoques*, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile, 237-247pp., 2008.

La administración presidencial de W. Bush ensaya desde el 11S una política y una guerra con objetivos que pueden considerarse ilimitados, pero no necesariamente porque así se lo haya propuesto, sino por el peso político de las circunstancias y el carácter sorpresivo de las consecuencias derivadas de la política antiterrorista de W. Bush, cuyo sustento estratégico en contraposición con la psicología política y la cultura estratégica del terrorismo en su versión contemporánea y suicida no fueron comprendidos en toda su magnitud y originalidad.

#### 5.4 *La Comisión de los Atentados Nacionales del 11S del Congreso estadounidense.*

El sistema político estadounidense se ha nutrido de asesoría institucionalizada al más alto nivel gubernamental, contribuyendo al diseño de políticas públicas y la adopción de decisiones trascendentes para la historia de ese país. En 1794, George Washington formó una comisión que le aconsejara en la *Rebelión de Whisky*<sup>326</sup>; de ahí en adelante, los ejecutivos federal establecieron comisiones para investigar, obtener recomendaciones o diferir la capacidad de respuesta a escenarios de crisis política así como de seguridad nacional.

---

<sup>326</sup> El presidente George Washington estableció una comisión para resolver en 1794 la *Rebelión del Whisky* erigida por una oposición que se levantó en 1791 para rehusarse a pagar el nuevo impuesto al consumo del whiskey y al empezar a aterrorizar a los recolectores de dicho impuesto, particularmente en la región del oeste de Pennsylvania.

En algunos casos, como en el de la *Warren Comisión* (1963-1964)<sup>327</sup> creada por el presidente Lyndon Johnson –y dirigida por el propio presidente de la Suprema Corte para investigar el asesinato del presidente Kennedy–, se consumó como un expediente abierto al desdén, al escepticismo y la especulación ciudadana.

La *Comisión Nacional en los Ataques Terroristas en los Estados Unidos*, conocida como la Comisión 9/11, se creó con la renuencia del propio Congreso estadounidense y con la franca oposición del propio presidente W. Bush, cuyo gobierno, desde un principio y durante la vigencia de la Comisión, mostró reticencias al negar recursos suficientes para su funcionamiento, oponerse a que se extendiera la duración de su existencia, así como entablar argucias para negar documentación requerida, además de intentos de presión (al denunciar que algunos de sus miembros demócratas se comportaban partidariamente<sup>328</sup>) e incluso, la instrumentación de tácticas de desacreditación de la Comisión y de agentes de inteligencia antiterrorista al más alto nivel gubernamental, que denunciaron la corresponsabilidad de los gobiernos de Clinton y W. Bush –y de

---

<sup>327</sup> Denominada Comisión Presidencial sobre el Asesinato del Presidente Kennedy (President's Commission on the Assassination of President Kennedy); con base en las recomendaciones de esta Comisión, el Servicio Secreto estadounidense incrementó el número de agentes asignados a la protección presidencial, la ampliación del entrenamiento a agentes especiales, el desarrollo de funciones de inteligencia de protección, los enlaces con las agencias de procuración de justicia y otras instancias federales. El servicio adicionó nuevas tecnologías, automatizó el procesamiento de datos y fortaleció la infraestructura comunicacional. Asimismo, la estructura interna se reorganizó al incluir: un Director; un asistente del Director; un Inspector y un Auditor; un Consejero de Enlace e Información; un Asistente del Director para Investigaciones; un Asistente del Director para Protección de Inteligencia; un Asistente del Director para Fuerzas Especiales de Protección; un Asistente del Director para la Gestión Administrativa.

<sup>328</sup> En particular Richard Ben-Veniste, de filiación demócrata y abogado experimentado.

miembros estrechos de su gabinete de seguridad interna-, en la posibilidad de prevenir y reaccionar a tiempo a la inminencia de los atentados<sup>329</sup>. Asimismo, un nuevo precedente se instituyó respecto a comisiones del pasado: se integraron miembros de las familias de las víctimas del 11S<sup>330</sup>.

La Comisión se integró por un Comité de 80 miembros, entre personal burocrático, fiscales experimentados, funcionarios de inteligencia nacional de regímenes anteriores. La Comisión emitió 17 informes parciales para abordar las comparencias de funcionarios gubernamentales y de inteligencia respecto a la evidencia disponible sobre el desempeño de los diversos circuitos sistémicos y los niveles de responsabilidad política en el escenario de los atentados; revelaciones que permitirían la construcción del Informe final de la Comisión y de sus recomendaciones: los comisionados obtuvieron información y documentos tácticos relevantes, dado que muchas de las comparencias se ventilaron en medios televisivos y que la propia administración de W. Bush se vió presionada a colaborar.

---

<sup>329</sup> A pesar de los cargos de Richard Clarke como consejero antiterrorista de la administración de Clinton y de W. Bush, no se consideraron sus advertencias sobre el peligro que representaba *Al Qaeda*; la Casa Blanca buscó desacreditarlo así como a la Comisión, sin éxito. El informe de la comisión esencialmente plantea que desde el verano de 2001, la administración presidencial tenía muchas advertencias de posibles ataques de *Al Qaeda*, y no respondió a ellos.

<sup>330</sup> Descritos en el Informe como "the partners of comisión" sugieren un aspecto poco serio en el proyecto de evaluación de los hechos con perspectiva (tal como el significado de la autopromoción mediática de algunos de sus miembros). En efecto, el duelo por la pérdida de las familias es inevitable, y tal vez incluso intransferible, pero ser el familiar de una víctima no califica a una persona para aconsejar cómo se pudo haber prevenido el desastre –o cómo se haría en el futuro.

La constitución bipartidista de la Comisión permitió la obtención de información sensible para sus trabajos y la formulación de un informe unánime, de congresistas y personal de ambos partidos, a un precio político mayor: no asignar ningún “reproche individual” en sus resoluciones y evitar la crítica abierta al presidente. No obstante, el Informe final delinea una acusación sórdida a la administración presidencial de W. Bush por su comportamiento antes y después de los ataques del 11 de septiembre del 2001.

La Agencia Central de Inteligencia, encabezada por George Tenet, fue uno de los obstáculos más sólidos que la administración presentó a los trabajos de los comisionados, dado que no se les permitió entrevistar a los detenidos presuntamente implicados en el episodio terrorista septembrino –entre otros, les prohibieron hablar con *Khalid Jeque Mohammed* (denominado KSM en el informe<sup>331</sup>) y uno de los cerebros de los atentados, capturado en Pakistán, al argumentar que fracturarían el proceso de interrogación relevante.

La ineficacia de la Comisión para granjearse información más relevante y desafiar eficazmente la posición oficial de la administración, impidió un ciclo de mayor rigurosidad en la investigación y en el dictamen final –dado que, por ejemplo, no se permitió interrogar a fondo a los

---

<sup>331</sup> La Comisión no pudo valorar si algunos de los testimonios habían emitido mentiras. El Informe final de la Comisión, por ejemplo, establece que KSM era simplemente un “coordinador eficaz”. Citan que daba respuesta a la demanda de Osama Bin Laden de poder “evaluar a los nuevos aprendices rápidamente, en aproximadamente diez minutos, al grado que los suicidas del 11S se seleccionaron de esta manera”. Asimismo, KSM describió cómo Bin Laden le insistió en “adelantar la fecha de los ataques”.

detenidos, comprobar la credibilidad de las detenciones y de las condiciones de reclusión en la que se encontraban, ni clarificar las ambigüedades implicadas en los interrogatorios practicados, y tampoco el comprobar *in situ* el trato que les profesaban los interrogadores y sus custodios<sup>332</sup>, privilegiando la deducción de sus conclusiones según su juicio privado y de fuentes de segunda mano, evidenciando la falta de apoyo al más alto nivel ejecutivo para operar con independencia, objetividad<sup>333</sup>, oportunidad y certeza.

#### 5.4.1 Consideraciones sobre el Informe final de la Comisión de los Atentados terroristas:

##### 5.4.1.1 *Del Informe por sí mismo.*

El texto remacha sobre la narrativa de los ataques, su fondo y la respuesta gubernamental a éstos<sup>334</sup>. El informe es notablemente franco, sostiene el esfuerzo de un posicionamiento bipartidista, con una prosa sin retórica burocrática, un estilo libre y un planificado esfuerzo de relaciones públicas alrededor de su creación, la investigación y mediatización de sus testimonios, y la difusión de sus conclusiones.

---

<sup>332</sup> Torturas *waterboarding*,

<sup>333</sup> En los interrogatorios celebrados por la Comisión a personal y funcionarios gubernamentales y de inteligencia, se evidenció que los comisionados no se olvidaron del partido político al que ellos pertenecían.

<sup>334</sup> La parte narrativa del informe termina en la página 338 y en seguida, despliega 90 páginas de análisis y recomendaciones. Norton ha publicado la edición autorizada; otra edición incluye artículos de las noticias reimprimidos por reporteros de *The New York Times* y ha sido publicado por St. Martin, mientras *Public Affairs* ha publicado su propio testimonio.

#### *5.4.1.2 Del carácter de la Comisión como capital político presidencial.*

En el caso de la *Comisión de los Atentados Terroristas* del 11 de Septiembre del 2001, el Presidente W. Bush no vio en ésta un recurso para fortalecer el sistema de inteligencia nacional estadounidense a mediano y largo plazo, sino como una oportunidad para acumular capital político y minar las ofensivas que pudieran imprimir desprestigio y responsabilidad a la administración de su gobierno por los atentados terroristas in comento.

#### *5.4.1.3 Del análisis y los tiempos presidenciales de las recomendaciones.*

El dictamen analítico y las conclusiones no generaron ninguna impresión extraordinaria. En cuanto a la información documentada se mostró insuficiente –producto, fundamentalmente, de la vocación de la administración presidencial en proteger y mantener en status de confidencialidad documentos y testimonios relevantes para las indagaciones-; y en cuanto a los tiempos políticos, la Comisión aceleró la realización de su investigación para emitir sus posicionamientos antes de la realización de la campaña presidencial del 2004, frustrando sabotear su propia capacidad para afilar sus análisis y consejos sistémicos en cada una de las ramas del aparato ejecutivo, inteligencia y seguridad estadounidense.

*5.4.1.4 De la unanimidad política que empaña la validez de las Recomendaciones.*

Los comisionados no se limitaron a emitir hallazgos de la investigación, sino que demandaron unanimidad en su articulación. Combinar la investigación de los ataques con propuestas para prevenir atentados futuros, sugiere el mismo error que se propicia cuando se combinan las tareas de inteligencia nacional con los imperativos de la política: la manera en que un problema se describe influye en las opciones que se exploran para su resolución.

En este sentido, el desafío de la Comisión de escrutar la estructura sistémica de la inteligencia estadounidense se merma con la predisposición a responsabilizarla del fracaso en prevenir los atentados del 11S -y por extensión, esta misma lógica de la unanimidad se replica en el caso de la culpabilidad consabida por el fracaso de la inteligencia que asumió al régimen de Saddam Hussein en posesión de armas de destrucción masiva.

*5.4.1.5 De la unanimidad sistémica en la adopción de decisiones.*

El modelo institucional que sustenta la Comisión es consistente: postula la necesidad de la centralización de la información y la producción de inteligencia, de la mano de un gobierno piramidal que estructure la diversidad, desincentive la competencia y el disenso. La insistencia en la unanimidad, como en la planificación e instrumentación centralizada del procesamiento de la

información estratégica y la hechura de las decisiones, puede privar a los tomadores de decisión de un amplio espectro de expectativas. Al precio de la unanimidad, se adoptaron recomendaciones que fueron la segunda opción de muchos de los miembros de la Comisión misma. El apremio por la unanimidad diluyó conclusiones centradas en las imputaciones sobre la culpabilidad generalizada en el fracaso para prevenir la edición de los ataques del 11S.

*5.4.1.6 De la unanimidad como artilugio de condescendencias presidenciales.*

Dada la composición político partidista de la Comisión, los acuerdos y desencuentros se procesaron a favor de posiciones unánimes que reprocharon por igual a la administración de William J. Clinton y a George W. Bush.

*5.4.1.7 De la premisa de la imposibilidad cultural y sistémica de prever el desastre.*

Para la Comisión, fue prácticamente imposible tomar acción eficaz para prevenir hechos que no han ocurrido previamente: una vez que ocurrieron los atentados del 11S, asumió que se tomaron medidas que redujeron la probabilidad de una reedición, y antes de los ataques, era a nivel política e institucionalmente imposible adoptar dichas medidas. El gobierno supo que *Al Qaeda* había atacado por otros medios a Estados Unidos de América y que lo haría de nuevo, pero la idea de que lo haría infiltrando operaciones que implicaban aprender a volar

aviones de vuelos comerciales y que éstos serían estampados a edificios, se percibieron absurdas<sup>335</sup>.

El problema no es sólo la dificultad de asumir si se presentarán nuevos riesgos para la seguridad nacional, sino la ausencia de mecanismos e iniciativas que permitiesen supervisar un amplio rango de posibles ataques -y si fue posible actuar para prevenir su eventualidad. Cuando la Comisión observa que "históricamente, la acción firme por la seguridad sólo tuvo lugar después de que un desastre había ocurrido o una parte específica había sido descubierta", sugiere que siempre ha sido así, y así seguirá<sup>336</sup>.

El planteamiento de la Comisión de que los terroristas "aprovecharon de fracasos institucionales profundos dentro de nuestro gobierno", está sobrevalorado. A mediados de la década de los noventa, el gobierno sabía que Osama Bin Laden era un enemigo peligroso de los Estados Unidos: el presidente Clinton y su consejero de seguridad nacional, Samuel Berger, encargaron a la CIA, la búsqueda y la autorización de asesinar, sin éxito, a Bin Laden.

---

<sup>335</sup> Ningún terrorista había secuestrado un avión comercial estadounidense en cualquier parte en el mundo desde 1986.

<sup>336</sup> Por ejemplo, cuando el informe refiere los atentados en el Centro Mundial de Comercio de 1993, asume que se mejoraron las medidas de seguridad notablemente, y que éstas a su vez redujeron las posibilidades de los ataques del 11S; en otras palabras, sólo en la ligera magnitud en que los ataques del 11S tenían precedente, derivaron en pasos defensivos significantes de antemano.

El Informe de la Comisión desmiente la queja de William Clinton de que no tenía todos los recursos constitucionales y logísticos a su alcance para atrapar a Bin Laden y a su vez, exhibe como falsa la determinación de rechazar la vía diplomática y promover la invasión en Afganistán e Irak por la administración de W. Bush, consumadas bajo la doctrina de la *guerra preventiva* y el supuesto de prevenir futuros ataques de *Al Qaeda*, acometiendo sus principales sedes de arraigo y reproducción -hacia una década después de que se arrebató el mando talibán en Afganistán, *Al Qaeda* aun no sería destruida.

Asimismo, los nuevos miembros de la administración actuaron con impericia antes de los 9/11 ataques: la Consejera de Seguridad Nacional de W. Bush, Condoleezza Rice, removió a Richard Clarke, uno de los funcionarios de inteligencia en el área antiterrorista con información más actualizada sobre Bin Laden y *Al Qaeda*: se le excluyó de las principales reuniones de gabinete en la arena de seguridad nacional, y se le solicitó su transferencia al área del ciberterrorismo.

El comité respectivo en el *Consejo de Seguridad Nacional*, no discutió el tema de *Al Qaeda* hasta una semana antes de los ataques del 11S. La nueva administración mostró un interés menor en explorar opciones militares para tratar con *Al Qaeda*, y por su parte, Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa, no designó un sucesor al jefe oficial de contraterrorismo de la propia instancia de inteligencia militar antiterrorista.

La *Comisión* no llega a establecer si la respuesta de la administración de W. Bush a la amenaza que significaba *Al Qaeda*, fue la predisposición de la nueva administración presidencial a rechazar las prioridades con las que habría tenido éxito. De hecho, antes que el informe de la *Comisión* fuera divulgado, la impresión inicial era que el fracaso para prevenir los ataques había sido debido por la incapacidad de intercalar cabos tácticos de información que tenían funcionarios diferentes en los servicios de seguridad –principalmente de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el Buró Federal de Investigación (FBI)<sup>337</sup>.

Dichos eslabones de información más relevantes se obtuvieron hasta agosto del 2001, y se asume poco realista, suponer que podrían integrarse y comprender el guión terrorista a tiempo<sup>338</sup>.

---

<sup>337</sup> El F.B.I. aparece en el Informe como una instancia incompetente para combatir el terrorismo. El problema es que la Comisión nunca recomendó su reforma estructural. El Buró, en reacción excesiva al modelo sin límite legado por Edgar Hoover, quedó inscrito en un paradigma predominantemente legalista que impide a sus agentes pensar en términos preventivos y privilegiar una visión persecutoria –los predispone a consagrar mayores recursos a darle un sesgo a sus investigaciones y a delincuentes convencionales en términos del problema del narcotráfico, por lo que no es realista suponer, hasta agosto del 2001, que podrían integrarse a la perspectiva de la comunidad de inteligencia y comprender el guión terrorista a tiempo.

El Buró privilegia la temporalidad pausada de las investigaciones delictivas. La información que puede compartir el FBI con otras agencias, difícilmente es útil, en parte por la autonomía excesiva de las corporaciones del Buró y porque la agencia no ha adoptado un sistema moderno de comunicaciones. El F.B.I. es, sin reserva, una instancia judicial impecable. Ahí está su mayor virtud y límite. De todas las agencias involucradas en inteligencia y contraterrorismo, el F.B.I., es la que sale mal librada en el Informe de la Comisión, lo que no es objetivo, si se comprende su historia, su paradigma dominante en su filosofía y praxis, y el papel que ha desempeñado en el andamiaje institucional de seguridad estadounidense antes de los atentados terroristas.

En el fondo, la exageración del grado en que no se compartía la información entre el FBI y la CIA antes del 11S, refiere un fracaso directivo y de carácter político, no institucional ni legal –como lo pretendió subsanar *The Patriotic Act*.

<sup>338</sup> Véase Russell, Richard L., “Blundering in the War on Terrorism”, en *Sharpening Strategic Intelligence*, Cambridge University Press, 2007, 73-90pp.

El capítulo contraterrorista del FBI constituye un vacío delicado a nivel sistémico en el aparato de investigación e inteligencia nacional estadounidense. El Buró fue instado en una de sus oficinas de campo a investigar a Zacarias Moussaoui<sup>339</sup>, arguyendo que se negó porque

---

<sup>339</sup> Nacido en Francia de descendencia árabe-marroquí, Moussaoui: fue detenido el 16 de agosto del 2001 por violar normas de inmigración en el estado de Minnesota, después de que las autoridades de una escuela de vuelo, la Academia Internacional de Vuelos de la Pan Am en Eagan, suburbio de Minneapolis, le informaron al FBI que éste trataba de capacitarse como piloto de aviones Boeing 747; su conducta causó sospechas: tenía una actitud bélica; rehusaba presentar sus antecedentes y hablar en francés con uno de los instructores que hablaba el idioma; y pagó su inscripción con \$6,300 en efectivo. Sin estar lo suficientemente capacitado para volar aviones pequeños, insistía en aprender a manejar el enorme avión *jet*; el instructor y el vice presidente de la escuela de vuelos Clarence Prevost, había realizado seis llamadas telefónicas al FBI para obtener un agente dispuesto a prestar ayuda, así como informado a los diputados federales James Oberstar y Martin Sabo, quienes representan parte de zona metropolitana de Minneapolis—, acerca de sus repetidos esfuerzos para que el FBI se interesara en el comportamiento de Moussaoui. La falta de reacción frustró al instructor hasta tal punto que éste llegó a advertirle al FBI con premonición que “un 747 lleno de combustible puede usarse como bomba”; el Departamento de Inmigración y Naturalización detuvo a Moussaoui y le imputó exceder el plazo de su visa. Los investigadores del FBI estacionados en Minneapolis inmediatamente sospecharon que Moussaoui era un terrorista y trataron de obtener una orden judicial que les autorizara participar en actividades de contraespionaje para poder investigar la computadora casera de éste. Funcionarios de alto rango en Washington rechazaron este pedido, declarando que no había suficientes pruebas para llenar los requisitos que permitieran la emisión de la orden judicial; agentes del FBI le siguieron la pista Moussaoui hasta llegar a la Escuela de Vuelos *Airman* en la ciudad de Norman, Estado de Oklahoma. Ahí había logrado, anteriormente en el 2001, cubrir 57 horas de vuelo, pero nunca se le había dejado volar solo porque su capacitación no era muy buena. Este hecho, de por sí, hubiera sonado la alarma, pues Abdul Hakim Murad, miembro de *Al Qaeda* que había recibido instrucción en la misma escuela como parte de sus preparaciones para un ataque suicida vía tácticas de vuelo selectivo, contra el edificio de las oficinas centrales de la CIA. Hakim Murad testificó acerca de estos planes en 1996 durante el juicio de Ramzi Ahmed Yusef, coordinador principal del ataque carro-bomba colocada en el sótano del *World Trade Center* en 1993.

Varios de los piratas aéreos del 11 de septiembre se habían inscrito en la escuela de vuelos en Oklahoma o la habían visitado: el 26 de agosto del 2001, el servicio de espionaje francés advirtió a las oficinas principales del FBI que Moussaoui tenía vínculos con la organización de *Al Qaeda* y con el mismo Osama bin Laden. Este informe no condujo al FBI a tomar acción. Una comisión especial antiterrorista, organizada por el FBI y la CIA, repasó toda la información contra él, pero concluyó que no había pruebas suficientes que lo comprobaran una amenaza—a pesar que había rehusado responder a interrogaciones y a los alegatos de los franceses. Moussaoui no fue trasladado del centro de detenciones del Departamento de Inmigración y Naturalización a manos del FBI hasta después del 11 de septiembre. El *New York Times* comentó el 22 de diciembre que el caso de Moussaoui “planteaba nuevas inquietudes acerca de por que el FBI y otras agencias fueron incapaces de prevenir los ataques”. Véase el testimonio de Robert Mueller, director del FBI en el que se niegan los indicios y se minimiza lo que dejó de hacer su agencia: [http://ftp.fas.org/irp/congress/2003\\_hr/021103mueller.html](http://ftp.fas.org/irp/congress/2003_hr/021103mueller.html), y Lyons, Patrick, *The New York*

pensó que la Corte especial –que autoriza la vigilancia de inteligencia extranjera rechazaría emitir garantías, una razón absurda para no solicitarla (Ver Anexo III).

Una alternativa que no se exploró fue la necesidad de introducir y arraigar una cultura de investigación antiterrorista en el Buró, o la de crear una agencia de inteligencia doméstica independiente en este ámbito: un modelo interesante es el del *Servicio de Seguridad de Gran Bretaña* (M.I.5), aunque este Servicio de Seguridad no tiene ningún poder de arresto<sup>340</sup>. Ese poder se aloja en la *Sección Especial* de Scotland Yard, y con esa sección de producción de inteligencia, se alojaría el poder de arresto en una rama del FBI.

De hecho, el M.I.5 y M.I.6 (la versión británica de la CIA), suelen estar complementados y trabajar con eficacia. Comparten una cultura común, como aún no la tienen la CIA y el FBI: operan como agencias de inteligencia y a través de la vigilancia en lugar de la persecución – quienes asumen que una versión estadounidense del M.I.5 es una reedición de la *Gestapo* [policía secreta del régimen nazista], omiten la comprensión de su diferenciación cualitativa totalitarista.

---

*Times*, 25 de enero del 2008, <http://thelede.blogs.nytimes.com/2008/01/25/disputing-the-5-million-terror-tip-reward/>.

<sup>340</sup> Véase Scout, Len, “Sources and methods in the study of intelligence: a British View”, en Loch K. Johnson, *Handbook of Intelligence Studies*, Routledge, 2007, pp.28-38.

Así, la agencia de inteligencia doméstica principal es desarrollada por el FBI, pero se trata principalmente de investigación delictiva, a lo que debe anudarse una limitación sociocultural sistémica<sup>341</sup>: no se puede tratar al terrorismo internacional sin comprender las propias limitaciones culturales, con el nivel de ignorancia prevaleciente de los idiomas, culturas e historia del mundo islámico en su comunidad de inteligencia, además de la incapacidad de reconfigurar radicalmente la eficacia de sus métodos antiterroristas dada su predisposición a considerar modelos extranjeros -frente a naciones incluso con mayor experiencia para tratar con el terrorismo que los propios estadounidenses como es el caso de Inglaterra, Francia e Israel.

*5.4.1.8 De la Recomendación de la Comisión para construir un sistema de planificación centralizada de la inteligencia y el diagnóstico que circunscribe esta reforma en función de la necesidad de la prevención de un nuevo episodio terrorista, fundamentalmente, al modelo de ataque experimentado el 11S.*

En efecto, las recomendaciones de la comisión se interesan implícitamente en prevenir una reedición semejante al escenario terrorista que se presentó el 11S, y considera adicionalmente el terrorismo nuclear, las amenazas a modo a través de transportes y aviones, pero desdeñando las amenazas potenciales implícitas en el bioterrorismo y ciberterrorismo. Asimismo, sugiere iniciativas

---

<sup>341</sup> Véase el capítulo relativo al contraterrorismo de la 9/11 Commission, *Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks against the United States*, Washington, D.C., 2004, 363-428 y 562-7pp., y de Theoharis, Athan, "The succes and failures of FBI Counterintelligence", en Loch K. Johnson, *Strategic Intelligence*, Praeger, Vol. 4, 2007, 68-72pp

prudentes como el que los ciudadanos estadounidenses pueden contar con pasaportes biométricos.

No obstante, la mayoría de las recomendaciones retoma la ruta burocrática convencional. No debe soslayarse la propuesta principal del *Informe* –enfaticada por los comisionados y que hicieron propia ambos candidatos presidenciales (George W. Bush y el senador demócrata John Kerry): instituir un director de inteligencia nacional que permitiera superar la animadversión ente las agencias de inteligencia a compartir la información propia de cada una de éstas.

El problema es que la centralización de información en una sola instancia puede implicar reducir la función de producción de información y análisis estratégico antiterrorista a concentrarse en un solo o un espectro muy limitado de riesgos. La *Comisión* asume que la razón de que los eslabones de información figuraran como un mosaico que nunca permitió decodificar el *11S*, resultó que las agencias no estaban unificadas y ninguna persona estaba encabezándolas.

Este diagnóstico parece erróneo: el volumen de información es tan inmenso que – incluso con los adelantos tecnológicos más sofisticados-, puede condensarse y ser analizado en función de un solo banco de datos, o incluso en una red de bancos de datos unidos; el grado en que la información que pueda considerarse relevante en términos de secrecía y confidencialidad para la seguridad nacional, puede llegar a

ser insegura<sup>342</sup>, y los servicios de inteligencia diferentes y sus subunidades tienden a acumularlo, dado que la información relevante puede suponer espacios de poder. De ahí que los esfuerzos por centralizar la función de la inteligencia alarguen los tiempos necesarios para que éste derive en análisis de inteligencia y a su vez, éste se allegue al Presidente y se adopten cursos de acción, plausibles, oportunos y eficaces.

Además, el hecho de que se priorizara el mantener interesados a los clientes políticos de la agencias de información nacional, y no el que se proveyera de inteligencia estratégica: como concluyó la Comisión Legislativa de los Atentados del 11S del 2005, la CIA proporcionó información sobre Irak de carácter alarmista: tanto el (los) Resumen(es) Diario(s) para el Presidente (RDP), como los informes de más amplia distribución como el Resumen de Inteligencia para Altos Cargos (RIAC), dado que se sustentaban en “titulares orientados a llamar la atención y sus machaconas repeticiones, daba la impresión de que había muchos informes corroborativos, cuando lo cierto es que existían muy pocas fuentes...De maneras a veces sutiles y en ocasiones no tan sutiles, los informes diarios parecían estar `vendiendo`la información de inteligencia a fin de mantener interesados a sus clientes, o al menos a su Primer Cliente”<sup>343</sup>

---

<sup>342</sup> Recordemos el escándalo derivado del espionaje tutelado por Aldrich Ames.

<sup>343</sup> Weiner, Tim, *Legado de cenizas: la historia de la CIA*, Barcelona, Random House Mondadori, 2008, pp.546-547

Así, ha de enfrentarse la necesidad de la reducción de la diversidad y competencia en la obtención de análisis de los datos de inteligencia, la limitación del número de amenazas que puedan considerarse serias, la privación al Presidente de un rango de interpretaciones alternativas de información ambigua e incompleta - lo que en este ámbito crítico es normalmente inevitable<sup>344</sup>.

La propuesta de la Comisión parece limitada si se considera la variedad de servicios que se despliegan en la *comunidad de inteligencia* estadounidense. Uno de las agencias se preocupa por diseñar y lanzar satélites espías; otra rama es el desarrollo de la inteligencia doméstica por el FBI; otros recogen inteligencia militar para su uso en conflictos con actores estatales -como Irán y Corea del Norte.

El director de la inteligencia nacional estaría en conflicto continuo con el Procurador General, la Secretaría de Defensa, el presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, la Secretaría de Seguridad Interior, y el *Consejero de Seguridad Nacional* del Presidente. Además, no tendría tiempo para dirigir las reformas orgánicas que la *Comisión* juzga urgentes.

---

<sup>344</sup> Se sugiere revisar la actualización, vía el Proyecto MUSE, "The Quest for Absolute Security: the failed relations among U.S. Intelligence Agencies (review)", en *Journal of Cold War Studies*, Vol. 11, Num. 4, 2009.

El informe sostiene su propuesta con la premisa de que el aparato existente de la inteligencia estadounidense se diseñó para luchar en el periodo denominado de la *Guerra Fría*, subrayando su desfase para combatir el terrorismo islámico.

Asimismo, el Informe denota el éxito en los esfuerzos por centralizar las iniciativas y la producción de inteligencia en las fuerzas armadas, y reducir las rivalidades críticas entre las agencias castrenses. Sin embargo, no hay ninguna sugerencia respecto a que el Director de Inteligencia Nacional puede tener autoridad en este ámbito.

La planificación centralizada sugerida por la *Comisión* suscribe la propuesta de cambiar la CIA, transfiriendo sus funciones paramilitares –a pesar de su éxito llamativo en la campaña bélica en Afganistán-, a la Sección de la Defensa. En el fondo, la Comisión busca la separación de dos capacidades operativas en el terreno de las operaciones encubiertas, un capítulo que a nivel del Ejército y la inteligencia estadounidense tiene y ha consolidado: la Fuerza *Delta*, las unidades de inteligencia de la Marina estadounidense, la Armada Sella, el regimiento de guardabosques y divisiones especiales de la CIA que desarrollan funciones encubiertas.

De esta manera, la diversidad de métodos, personal y culturas orgánicas -que configuran la fuerza de un sistema de seguridad nacional-, pueden reducir los niveles de riesgo y reforzar la

flexibilidad. La insistencia de la *Comisión* en que las 15 agencias comprometidas con actividades de inteligencia requieren de mayor coordinación y asignación presupuestaria, es procedente; más aun, cuando el Departamento de la Defensa absorbe más del 82% del presupuesto de la inteligencia global de la nación, mientras que de la C.I.A. -con un presupuesto relativamente pequeño (13% del total)-, no puede esperarse que controle el presupuesto y la esfera de decisiones de la inteligencia nacional entera. Asimismo, preservar el esquema de un director de inteligencia central, mantendría el modelo de una guerra sórdida constante con la Secretaría de la Defensa<sup>345</sup>, por lo que no parece ser una solución viable.

Actualmente, el poder ejecutivo procesa la información de inteligencia a través de su Consejero de Seguridad Nacional y su staff, habrán de poder coordinar las necesidades y la información estratégica producida por las agencias de inteligencia. Este modelo tradicional difícilmente puede ser mejorado vía una reorganización que no atienda la espina dorsal de su estructura dominante, la capacidad de coordinación interagencias, el problema sociocultural y la reestructuración presupuestaria.

---

<sup>345</sup> En EUA, el ámbito de la Defensa está profundamente involucrado en tareas de inteligencia doméstica (la que atiende amenazas a la seguridad nacional en suelo estadounidense). La Agencia de Seguridad Nacional, conduce la vigilancia electrónica de ciudadanos americanos dentro de los Estados Unidos. Otras agencias del Pentágono, notablemente la conocida como Counterintelligence Campo Actividad (CIFA), dirige la inteligencia doméstica con un amplio espectro de recursos y mecanismos Aunque la misión formal de CIFA es prevenir ataques en instalaciones militares en los Estados Unidos, una evaluación de sus actividades sugiere una preocupación mayor por la seguridad interna. Otras agencias del Pentágono han entrado en el acto de la inteligencia doméstica, como el Centro de Dominación de Información también en la esfera de la inteligencia militar.

Además, en el periodo 2005-2006, el Congreso estadounidense no aprobó una ley de autorización de inteligencia nacional, una legislación básica que sanciona el modo en que las dieciséis agencias de inteligencia estadounidense ejercen sus recursos y realizan sus actividades, hecho inédito que refrenda la inercia sistémica no resuelta en más de tres décadas atrás, desde la creación de los comités de inteligencia del Congreso.

Después del 11S, W. Bush suprimió el puesto de Director de la CIA y estableció el cargo de *Director de Inteligencia Nacional*, atribuyéndole mayor autoridad a escala de toda la *comunidad de inteligencia* del país; así, dicho Director sustituyó al *Director de Inteligencia Central* del *Consejo de Seguridad Nacional* a nivel de las deliberaciones, función fundamental para proveer de información estratégica al Presidente sobre la seguridad interna.

Por su parte, a través de directivas presidenciales, en mayo de 2009 el presidente B. Obama impulsó la reestructuración de la *comunidad de inteligencia* estadounidense: anunció la integración del personal del *Consejo de Seguridad Nacional* y del *Consejo de Seguridad Territorial* (creado por la administración de W. Bush), en un solo equipo de Seguridad Nacional (National Security Staff), con el objetivo de acabar con "la división artificial entre el núcleo de funcionarios de la *Casa Blanca* que trata la seguridad nacional con los asuntos de seguridad nacional". Dicha medida buscó encauzar una cooperación más estrecha

entre agencias federales, estatales y locales responsables de la seguridad interior. Esta iniciativa probará su viabilidad sistémica en tanto deberá resolver la ecuación entre la figura e instancia de *Asesor de Seguridad Nacional* del Presidente, con la del *Director de Inteligencia Nacional* (diseñada bajo la administración de W. Bush), en cuanto a la compatibilidad de actividades, la información de inteligencia consolidada y el acceso privilegiado al titular del Ejecutivo federal.

## 5.5 La elaboración de la política exterior estadounidense post 11S: la dimensión internacional.

*“Estamos firmemente convencidos, y actuamos en esa convicción, de que tanto en las relaciones con las naciones como con los individuos, nuestros intereses correctamente calculados serán siempre inseparables de nuestros deberes morales.”*

Thomas Jefferson<sup>346</sup>

Los ataques terroristas en New York y Washington dieron una importante profusión de respaldo y simpatía de líderes y opiniones públicas en el extranjero. El expediente bélico afgano se edificó en este pilar. Poco después de la expulsión del gobierno talibán de Afganistán, el presidente W. Bush identificó a Irán, Irak y Korea del Norte como “eje del mal”, en su mensaje sobre el Estado de la Unión del 2002. Así, la elaboración y consecución de la invasión estadounidense en Irak, fue un factor determinante para desacatar/desafiar la voluntad del Washington presidido por W. Bush, y exhibir los límites que tiene una potencia hegemónica al franquear amenazas e incentivos para alcanzar sus metas:

- En el verano del 2002, Estados Unidos de América se preparó para lograr el respaldo internacional y del Congreso estadounidense a la acción militar dirigida a derrocar el régimen iraquí en Irak. El Canciller Gerhard Shroeder - que enfrentaba una muy difícil campaña de reelección-, hizo público que

---

<sup>346</sup> Thomas Jefferson, Cartas a Pierre J. G. Gabanis del 12 de julio de 1803 y a Jean Baptiste Say del 1 de febrero de 1804, y el Segundo Mensaje Inaugural del 4 de marzo de 1805, en Writings, pp. 1135-1136, 1143-1144 y esp. p. 518, Cfr. Orozco, José Luis, “Los Laberintos de la Utopía”, en *Érase una utopía en América: los orígenes del pensamiento político norteamericano*, México, UNAM, 2008, p.341

Alemania enviaría tropas para unirse a la campaña estadounidense contra *El Talibán* y *Al Qaeda* en Afganistán, y declaró que en toda circunstancia se plegaría a la acción militar contra Irak. La promesa fue probablemente suficiente para asegurar su reelección.

- Aparentemente con la insistencia del Secretario Colin Powell y contra el consejo de otros funcionarios clave de política exterior, incluyendo al Vicepresidente Dick Cheney, así como miembros élite del Departamento de Defensa como Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, la administración W. Bush desganadamente hizo suyo el caso para el uso de la fuerza contra Irak en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Washington se percató que Francia o Rusia probablemente rechazarían una resolución estadounidense que autorizara la invasión en Irak; sin embargo, los Estados Unidos esperaron obtener el respaldo de al menos nueve de los quince miembros del Consejo, y de esta manera, obtuvieron una legitimidad política mientras simultáneamente, aislaron las negativas de París, Berlín y Moscú. El expediente bélico nunca se votó dado que las negociaciones revelaron que esto resultaría en una vergonzosa derrota estadounidense. Los Estados Unidos de América fueron incapaces de lograr el respaldo de Chile o de México, vecinos hemisféricos con los cuáles tiene una intensa

relación comercial. Sólo 7 de 33 naciones latinoamericanas y caribeñas, respaldaron la acción militar contra Irak<sup>347</sup>.

- Después de la invasión de Irak en Kuwait en 1990, el Presidente George H. W. Bush fue capaz de obtener la autorización del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para utilizar la fuerza contra Irak con el mandato límite de retirarle de Kuwait. El presidente Bush padre alcanzó una coalición de 33 naciones que contribuyeron a la expedición bélica contra Irak. La coalición incluyó dos importantes poderes regionales islámicos –Egipto y Turquía. En contraste, el presidente George W. Bush no sólo fracasó al pretender el respaldo del Consejo de Seguridad para consumar una invasión a Irak en 2003, sino que su “coalición de voluntarios” incluyó contribuciones significativas de fuerzas armadas sólo de Inglaterra, con mucho menores y más simbólicas unidades militares de Polonia y Australia, y más tarde, de Italia, España, entre otros. Fue notable la ausencia de países árabes y musulmanes.
- La aprobación del presidente W. Bush, en septiembre de 2002, de la *Estrategia de Seguridad Nacional*, constituye la doctrina que actualiza la tradición del *excepcionalismo estadounidense*: el derecho preventivo a la defensa del país exige que la amenaza sea inminente, inmediata o abrumadora. Así, la *Estrategia* permite que la administración llevará a cabo una *guerra preventiva* si cree

---

<sup>347</sup> Marquis, Christopher, “Latin American Allies of the U.S: Docile and Reliable No Longer.” *New York Times*, January 9, 2004

que en algún momento futuro otro gobierno podría atacar a los Estados Unidos de América. Es de suponer que la administración se mostrara reacia a extender un derecho similar a otros estados, por ejemplo, la India o Pakistán -aunque también podría reclamar, con justificación, que también se enfrentan a una amenaza potencial para la seguridad nacional<sup>348</sup>. El antecedente de esta posición neoconservadora era el borrador de las *Orientaciones para la Planificación de la Defensa*<sup>349</sup>, en este caso ideado por funcionarios clave de la propia administración de George H. W. Bush en la perspectiva de su posible (y frustrada) reelección: pieza central del Proyecto *El Nuevo Siglo Americano* (PNAC por sus siglas en inglés), abordaba las nuevas realidades inherentes al novedoso estatus de E.U.A como única superpotencia mundial. Contenía recomendaciones de cara a aprovechar las nuevas circunstancias creadas por la caída de la Unión Soviética y postulaba una derrota de Irak. En el documento se decía que la zona de predominio estadounidense tenía que expandirse hacia el este en Europa y consolidarse con firmeza hacia Oriente Medio y Próximo. Postulaba un enfoque

---

<sup>348</sup> Véase Byers, Michael, "Preemptive self defense: "hegemony, equality and strategies of Legal Change", *Journal of Political Philosophy*, Vol. II, junio de 2003.

<sup>349</sup> Cheney, Wolfowitz y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld participaron en la elaboración del documento y se reencontraron en los círculos estrechos del más alto nivel de toma de decisiones del presidente George W. Bush.

influido por la tradicional política de poder en pro de la hegemonía sin par estadounidense<sup>350</sup>.

- Por primera vez en su historia, la OTAN invocó el artículo V del Tratado del Atlántico Norte: “las partes acuerdan que un ataque armada contra uno o más de ellas en Europa o en Norteamérica deberá ser considerado un ataque contra todos los miembros”. La subsecuente invasión en Afganistán para capturar a los líderes de *Al Qaeda* que abiertamente clamaron su responsabilidad por los atentados terroristas del 11S, recibieron un generalizado respaldo. Numerosos países, incluyendo a los aliados de la OTAN, proveyeron tropas, equipo y el apoyo de sus servicios de inteligencia. La acción militar estadounidense fue considerada como una defensa legítima a los ataques terroristas sórdidos en los cuáles no había ambigüedad o dudas sobre las motivaciones de los perpetradores.
- Los círculos académicos estadounidenses encontraron un camino en los circuitos de seguridad interna de EUA. La *Ley de Seguridad Nacional* de 2002 estableció la iniciativa de programas universitarios para involucrar a los centros de investigación más destacados de EE.UU. a que estudien los aspectos sociales y de comportamiento que generan el fenómeno terrorista internacional (entre otros), instancia que está estrechamente vinculada a la *Homeland Security Council*, también creada bajo la

---

<sup>350</sup> Brzezinski, Zbigniew, *Tres presidentes: la segunda oportunidad de la superpotencia americana*. Paidós, 2007, p. 109

administración W. Bush. Se trata de una mirada dirigida a la construcción de nuevos cuadros de expertos en seguridad, educados en el estudio de la acción colectiva y aspectos psicológicos del terrorismo, que busca actualizar a mediano plazo la visión que conducirá a los EE.UU. hacia las estrategias de lucha contra el terrorismo más sofisticado y altamente eficaz.

- W. Bush arguye la existencia de un “eje del mal” en el que contempla a Irán, Irak y Corea del Norte; asimismo, el presidente estadounidense no suscribe el Tratado del Tribunal Penal Internacional.
- Pese a la búsqueda de un respaldo a la guerra por parte del Congreso y de las Naciones Unidas, durante las últimas semanas de 2002 y las primeras de 2003, W. Bush –según una conversación secreta que mantuvo con el primer ministro Tony Blair y que fue posteriormente revelada por el consejero de política exterior de este último-, contempló incluso la posibilidad de orquestar una provocación militar deliberada para forzar un *casus belli*.<sup>351</sup> No obstante, EUA invade el país sin que se encuentren armas de destrucción masiva en Irak. En el texto sobre sus memorias, W. Bush aduce que este es uno de los errores capitales de su Presidencia al basar su decisión de invadir Irak, en la información de la existencia de dichas armas, por “un fracaso del sistema de inteligencia”<sup>352</sup>.

---

<sup>351</sup> Brzezinski, Zbigniew, *ibid*, p.190

<sup>352</sup> Véase Bush, George W., *Decision Points*, Random House Inc, 2010, p.167.

- Después de que el presidente estadounidense anunció el 1 de mayo del 2003 el fin de las hostilidades en Irak -“*Misión Cumplida*” fue su proclama-, algunos países incluyendo aquéllos que se opusieron a la guerra, fueron informados de que podrían hacer significativas contribuciones financieras para la reconstrucción del Irak post Sadam, así como participar en la transición hacia un gobierno democrático estable. Las contribuciones no aparecieron, quizás porque la administración también dejó en claro que los contratos para la reconstrucción iraquí, no serían signados con países que se negaron a respaldar el liderazgo estadounidense en la invasión a Irak: entre ellos, Francia, Alemania y Rusia.
- La invasión estadounidense en Irak, fue ampliamente juzgada más como una distracción, que como un gran paso en relación a los desafíos reales propios del terrorismo.
- En junio del 2004, la administración de W. Bush una vez más demandó que los miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), contribuyeran con más tropas para sofocar la insurgencia iraquí y mantener la seguridad durante la transición, mientras los iraquíes recuperaban el control de su propia soberanía.
- En junio del 2005, EUA propuso una resolución que podría autorizar a la Organización de Estados Americanos a valorar el estado de la democracia entre sus países miembros.

- La administración W. Bush abandonó de manera intempestiva, su anterior oposición al programa de India de consolidar su armamento nuclear, lo que disuadió a China y Rusia de apoyar iniciativas estadounidenses de poner límite a los programas nucleares de Irán y Norcorea.
- En este periodo, China y Rusia impulsaron nuevos alineamientos de carácter geopolítico, no reconocido abiertamente pero si impulsado contra EUA, en función de una brújula de intereses compatibles: han promovido una comunidad de cooperación asiática conducida por China, además de que ambas naciones han buscado que se reduzca la presencia estadounidense desplegada de manera protagónica en Asia central, posterior a la invasión en Afganistán después del 11S. Rusia ha ampliado su ascendencia política y militar a Venezuela y ha puesto en entredicho la solidaridad atlántica respecto a su dependencia de las fuentes de energías rusas; por su parte, Oriente Medio, África, Brasil, testimonian una cada vez más influyente presencia militar y económica china.
- China, en particular, consolida su presencia y prestigio global, en un proceso de distanciamiento con las reglas del juego construidas bajo la hegemonía militar estadounidense, y fundamentalmente, bajo parámetros unilateralistas internacionales.

La guerra de agresión unilateral contra Irak, y eventualmente contra Irán, como guión de trasfondo de la *guerra preventiva* de W. Bush, dejó en evidencia a una administración con ceguera histórica y geopolítica: la guerra como un artilugio presidencial de ascensión heroica y espectacular (una especie de laboratorio de hechura de la historia de Medio Oriente, que buscó hilvanar la égida de nuevos dirigentes prooccidentales en la región que permitieran convertir a Afganistán e Irak en democracias, preservar los intereses estratégicos de Washington y retirarse en cuanto se lograra dichos propósitos, dado el imaginario en el gabinete de guerra cercano al presidente, de una previsible insostenibilidad popular e internacional respecto a la presencia militar neocolonial de larga data), que en los hechos derivó en la reedición de un proceso costoso: fallido a escala de la planeación e instrumentación de la estrategia política de la invasión (al disolver la fuerza policial del régimen de Hussein y se buscó encauzar el control político sin la colaboración de ex militantes y funcionarios del Partido Baath que habían estado a cargo de la administración civil, configurándose un vacío de gobernabilidad, a cuenta una vez más para la credibilidad interna y de la política exterior de la presidencia (y en específico del estrecho y supuestamente eficaz gabinete de guerra del Ejecutivo federal, al demostrar una pavorosa falta de comprensión de las condiciones locales, de los hechos elementales en la vida política y económica en Irak, y de lo que significa la tarea de gobernar en este caso una nación invadida). Ruta de actuación que ha tenido efectos desastrosos con relación a la imagen global de los Estados Unidos de

América, y fundamentalmente ominosos, para las realidades y expectativas del progreso económico estadounidense a corto y mediano plazo.

“Cada uno de sus consejeros pensará en sus propios intereses, y él no sabrá ni corregirlos ni percatarse de ellos...Por eso se ha de concluir que los buenos consejos, vengan de quien vengan, han de nacer de la prudencia del Príncipe, y no la prudencia del Príncipe de los buenos consejos”

*Nicolás Maquiavelo, El Príncipe, Cap. XXIII*

## Cap. VI La construcción de una biografía política presidencial: George W. Bush y el factor Rove.

### 6.1 Linaje político

El apellido Bush es herencia en la política estadounidense. El abuelo del presidente George W. Bush, el senador Prescott Bush, fue socio administrador de la firma de inversiones de Wall Street, así como presidente de Yale Corporation – la fuente financiera que gobierna la Universidad de Yale, gobernador y senador republicano por Connecticut de 1962 a 1972, apoyó el internacionalismo de Roosevelt, así como su reformismo social. Era socio del demócrata más próspero de la época del *New Deal*, Averrell Arriman.

George Herbert Walker Bush, su hijo, nació en 1924 y pasó su niñez al lado de las familias acaudaladas de Greenwich, Connecticut. Ingresó a la *Academia Phillips* en Andover, Massachussets, donde capitaneó el equipo de fútbol soccer y fue presidente de su generación. Después de la Segunda Guerra Mundial, se traslada a Texas, cuya economía se abre al armamento, a la tecnología de punta y a las finanzas.

George H.W.Bush se graduó en Yale en 1948. A los 25 años comenzó un trabajo como vicepresidente de *Industrias Dresser*, una exitosa firma texana dedicada a la venta de equipo de perforación, de la que su padre había sido director. Formó varias compañías petroleras, con financiamiento de su tío, Herbert Walker: Bush-Overby, Zapata

Petroleum y Zapata Offshore Oil. Fungió como director del Primer Banco Internacional de Houston y London, así como de Eli Lilly, Texas Gula, y Purolator. En la década de los sesenta, Bush era ya a los treinta años un texano de la industria petrolera multimillonario.

Bush padre debe su carrera política a sus estrechos vínculos con los sectores de negocios. En 1964, se enfrascó en una campaña para derrotar a Ralph Yarborough, un senador estadounidense de Texas y aliado del presidente Lyndon Johnson. Bush perdería la elección por un estrecho margen y se toparía con la misma piedra, al postularse consecutivamente por el mismo escaño y volver a ser derrotado.

Como premio de consolación política, el presidente Richard Nixon designó a George Bush embajador estadounidense en la Organización de las Naciones Unidas, donde se mantuvo por dos años. Al ser Nixon reelecto, Bush fue nombrado presidente del Consejo Nacional Republicano, una posición muy difícil que coincidió con la escalada del escándalo *Watergate*: no obstante, Bush fue eficaz en evitar que el escándalo presidencial contaminara la organización partidista republicana y en que su propio nombre fuese contaminado. El propio presidente Gerald Ford lo incorporaría a la nueva administración, y Bush sería designado nuevamente embajador en la República Popular de China. En 1975, el presidente Ford lo llamó de China a través de Henry Kissinger, a la sazón Asesor Presidencial en Seguridad

Nacional, para que retornara de China y encabezara la Agencia Central de Inteligencia.

Bush heredó el respaldo del *establishment* oriental al ganar el Partido Republicano. Los republicanos internacionalistas de Wall Street influyeron en la administración de Eisenhower y lideraron pocos años después la fundación de Nelson Rockefeller. Al consumarse la derrota de Gerald Ford en las manos de Jimmy Carter, Bush inició su propio camino hacia la presidencia; esperó combinar el respaldo del *establishment* oriental con sus viejos amigos texanos, y reclutó a su mejor amigo, James A. Baker, asesor en la campaña del presidente Ford, y ambos condujeron una vigorosa campaña política nacional.

No obstante, Ronald Reagan había gastado años en la construcción de su base política republicana en las regiones sur y oeste del país: Bush perdió la primaria presidencial en 1980 después del debate celebrado en New Hampshire en el que Bush se mostrara acartonado e inflexible, mientras Reagan se había visto relajado y amable. Reagan le ganaría el estado de Texas y las primarias republicanas. En la Convención Nacional Republicana, Reagan rescató a Bush en su fórmula política, al reevaluar su experiencia en política exterior y su capacidad de apelar a los republicanos moderados.

George Bush fue un hombre leal como Vicepresidente. Categóricamente rechazaba diferir con el presidente, incluso cuando había sido involucrado por los medios en el escándalo de las compras de armas iraníes. La lealtad le fue pagada con generosidad política. Reagan recobraría su popularidad en sus años finales. Ocho años de paz y prosperidad económica fueron recompensados en las encuestas. Bush fue percibido como el legítimo heredero del legado de Reagan: en la elección primaria arrolló a sus contrincantes republicanos, y en la elección constitucional, al propio Michael Dukakis -quien buscó convencer a los estadounidenses de que el legado reganiano era una ilusión temporal.

El desempeño presidencial de George Bush fue perseverante y victorioso en asuntos extranjeros y militares, y vacilante en la arena doméstica. Devino presidente en un momento crucial de la historia mundial: el colapso del comunismo en Europa del Este, el fin de la alianza militar antioccidental liderada por Rusia a través del Pacto de Varsovia signado en 1955 y desmantelado en 1991, y la propia desintegración de la Unión Soviética. Hizo suya la oportunidad de declarar la victoria occidental ante el fin de la Guerra Fría y se dispuso a configurar un “nuevo orden mundial” en el que los Estados Unidos de América ocuparían la posición global predominante.

El tiempo político final de su presidencia fue resuelto en el Golfo Pérsico: delineó una coalición política internacional, que incluyó a la Rusia, China, y las naciones árabes y occidentales, contra la invasión en Kuwait perpetrada por Sadam Hussein. Prudentemente, encabezó la planeación estratégica y la instrumentación de las operaciones bélicas con lo que demostró capacidad para evitar los errores de la *Guerra de Vietnam*: escalamiento gradual de la fuerza, operaciones prolongadas, acumulación de daños colaterales, negociaciones fallidas, interferencia política en operaciones bélicas, moratorias de bombardeos. Eligió una rápida y decisiva victoria militar con el uso de violencia abrumadora. Detuvo los esfuerzos por diferir ataques o atraer negociaciones inacabables, o permitir intermediarios que empantanaran el curso de los eventos.

Bush padre buscó experimentar limitados daños colaterales para los estadounidenses, afianzar coaliciones y finalizar la guerra en el más corto tiempo posible. Aunque su desempeño conjunto como Comandante en Jefe le granjeó la más elevada aprobación pública conseguida por un presidente americano, su administración sólo fue capaz de articular un débil esfuerzo de disuasión con Sadam Hussein, una estrategia eficaz a medias, que sería diluida posteriormente al dar cabida al compromiso asumido por los Estados Unidos, de que Hussein mantendría la voluntad de continuar una política de relaciones pacíficas.

En contraste, en la arena política doméstica, George Bush padre enfrentó un fracaso más. Careció del compromiso ideológico de su predecesor Ronald Reagan. No fue capaz de aprovechar su popularidad generada con la *Guerra del Golfo* para tomar la iniciativa en asuntos domésticos. Ofreció escasas iniciativas políticas presidenciales al Congreso. Un elemento distintivo es que fracasó al enfrentar la crisis de la economía nacional, al responder con ambigüedad y tardíamente, dejando la impresión de que no estaba comprometido con las preocupaciones del pueblo estadounidense.

El posicionamiento mediático de Bush se desplomó en la primavera de 1992. Los indicadores de desempleo mostraron una lenta recuperación, no obstante los medios se enfocaron en las principales dolencias económicas nacionales. Ross Perot, un multimillonario texano, en un primer momento, absorbió las preocupaciones de miles de electores de clase media conscientes del cuantioso déficit presupuestal; no obstante, el interés despertado por su campaña y su posicionamiento en las encuestas, permitió abrirle el paso a un deslucido candidato demócrata, William Clinton, gobernador de Arkansas. Clinton eludió los ataques sobre su propio carácter y capturó para sí la imagen del cambio.

La campaña de Bush acumulaba desaciertos: el Secretario de Estado James Baker fue llamado a rescatar a su viejo amigo. Pero Bush retornó al desempeño opaco en su campaña reflejado en los primeros

debates presidenciales, y a un final en el que se consumó un abrupto fracaso político. Los votantes eligieron a Clinton ante su insatisfacción con Bush y su negligencia para resolver las preocupaciones domésticas.

En otro contexto, de acuerdo con las expectativas políticas tradicionales, la elección como presidente del Vicepresidente Al Gore se fraguó con la expectativa de un hecho consumado. El país atravesaba por una prosperidad económica, niveles de desempleo e inflación aceptables, y una estabilidad política relativa (durante los dos periodos de William Clinton como presidente, el ingreso medio familiar aumentó en un 14 por ciento, el número de estadounidenses en la pobreza se redujo en casi un 17 por ciento, y el número de niños en situación de pobreza se redujo en casi una cuarta parte; desde que el presidente oriundo de Arkansas dejó el cargo en 2001: el ingreso promedio se redujo en un 5 por ciento o, su equivalente, más de 2,500 dólares. El número de estadounidenses en la pobreza ha aumentado en un 38 por ciento, o alrededor de 12 millones. El número de niños en situación de pobreza se incrementó en un tercio, es decir, casi cuatro millones: una década en la historia contemporánea estadounidense inusual en la producción de tales pérdidas económicas).

Pero la campaña presidencial mostró desde su inicio un mal manejo del propio Al Gore. El Vicepresidente fue percibido como un acartonado y sin el respaldo tácito de su jefe, el aún carismático

William Clinton. Gore se desvaneció frente a Bush en los primeros ocho meses del año de la elección presidencial. Trató de reinventarse a sí mismo durante varias ocasiones, proyectando diferentes imágenes de sí mismo en diferentes ocasiones: soso, aburrido e incapaz de hacer suyo el magnetismo mediático de Clinton.

### *6.2 El aprendizaje de los errores ajenos y el consejo político eficaz: George W. Bush.*

La campaña de George W. Bush reposó en irradiar su personalidad a los electores. Inicialmente, él presumió ser un representante del “conservadurismo compasivo”, una táctica que buscaba acercarle a los electores independientes, minoritarios y especialmente, a las mujeres. Parcialmente, disipó la noción de que él necesitaba las credenciales de sabiduría y experiencia en los debates presidenciales televisados. En el primer debate, Gore apareció agresivo y rudo; no obstante, Bush logró posicionarse en las encuestas en los siguientes debates, aunque ambos vieron como éstas mostraron trazos zigzagueantes en las preferencias públicas.

Como su campaña progresó, Gore buscó distanciarse de Clinton, aparentemente en un esfuerzo por evitar que la campaña fuese contaminada por los escándalos políticos en los que estuvo involucrado su ex jefe, el expresidente demócrata. Al hacerlo, fracasó en asumir todo el crédito de los años de prosperidad nacional bajo la era Clinton. En una perspectiva integral, Gore ganó en temas claves –

la economía, la educación, la seguridad social. Pero Bush fue juzgado por los votantes como el más agradable<sup>353</sup>.

Los estadounidenses recordaron con dramatismo en la elección presidencial del 2000 como el presidente de los Estados Unidos no sería electo por el voto popular sino por la mayoría de los votos electorales de los estados, sancionados en el Colegio Electoral. El candidato demócrata ganó con una diferencia mayor de 500 000 votos al candidato republicano, mientras Bush había ganado con la mayoría de los votos electorales estatales -271 a 267-, el margen más estrecho en la historia electoral norteamericana.

Al final, la Suprema Corte, el más elitista poder del gobierno estadounidense, eligió presidente. Sólo esta instancia tendría legitimidad para resolver la más competida elección presidencial del siglo. La decisión emitida el 12 de diciembre por el máximo tribunal: la votación dividida entre los jueces, 5 a 4, aumentó el cuestionamiento sobre la imparcialidad política de la Corte.

La histórica decisión de la Suprema Corte daría carta de legitimidad a la asunción de George W. Bush. No obstante, Bush buscó afianzar su legitimidad política integrando un gabinete acreditado por el éxito

---

<sup>353</sup> CNN, *USA Today Poll*, octubre 17 de 2000.

personal de sus miembros en el ámbito de los negocios y el gobierno<sup>354</sup>. La calidad política de las designaciones y la autoridad que el parecía proveerles buscó ser consistente con la imagen proyectada en su campaña hacia la presidencia.

George W. Bush, nació en 1946 en New Haven Connecticut. Siguió las huellas de su padre en la Universidad de Yale<sup>355</sup>, aunque sin las credenciales que le acreditaran como un atleta y académico exitoso. Después de graduarse en 1968, se incorporó a la Guardia Nacional Aérea de Texas, completó su trayectoria escolar, aunque, él y su padre, hicieron lo necesario para evitar el que fuera alistado en la guerra de Vietnam<sup>356</sup>. Obtuvo el grado de Maestro en Administración de

---

<sup>354</sup> Después de una completa ausencia de experiencia militar en la cúpula de la administración de Clinton, el gabinete de Bush incluyó a cuatro veteranos: entre ellos Colin Powell, de hecho la más prominente presencia militar, así como al Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el Secretario de Transporte Norman Mineta y al propio Anthony Principi. A su vez extendió la mano a las minorías calificadas en su administración: Colin Powell como Secretario de Estado, la afroamericana Condoleeza Rice, una muy calificada designación como Asesora de Seguridad Nacional quien a sí mismo tenía credenciales impecables en Seguridad Nacional (un expediente que no había ocupado mujer alguna), fraguado en el Instituto Hoover de la universidad de Stanford. Bush designó al afroamericano Roderick Paige para encabezar el Departamento de Educación, postulando que la educación sería una alta prioridad de su administración. Como Gobernador de Texas Bush tendría éxito en acercar a su círculo más estrecho a hispanos, sentando un precedente positivo frente a otros gobernadores republicanos, salvo la excepción en Florida representada por su hermano Jeb Bush. De hecho, los hispanos estarían bien representados en el staff de la Casa Blanca, con Mel Martínez liderando el HUD. Por otro lado, tres mujeres asumirían una posición elevada en el gabinete presidencial: Elaine Chao, como Secretaria del Trabajo; Gale Norton, como Secretaria del Interior y Ann Veneran, como Secretaria de Agricultura, mientras Condoleeza Rice tendría una posición presidencial estratégica en el Consejo de Seguridad Nacional. Asimismo, W. Bush ubicó a varios representantes de los negocios personales y familiares al frente de las instituciones y de los departamentos federales del gobierno estadounidense.

<sup>355</sup> Su abuelo Prescott Bush fue un activo político republicano: alcanzó el escaño senatorial en dos ocasiones por Connecticut y construyó un amplio expediente de servicio público nacional durante las administraciones de Nixon e Eisenhower.

<sup>356</sup> "Tres jóvenes tenientes de la Marina que se conocían entre ellos, a pesar de haber luchado en el sur del Pacífico en la misma época, iban a convertirse en presidentes de los Estados Unidos de América, y su participación en aquélla guerra tuvo en ese sentido una importancia clave: John

Negocios en Harvard y retornó a Texas para ingresar en el negocio del petróleo por sí mismo. Más adelante en su carrera se conocerían sus “indiscreciones juveniles”, incluyendo un arresto por conducir ebrio en 1976.

A través de la fama inscrita en su nombre y los resortes de oro de las valiosas relaciones personales de su padre, atrajo inversiones hacia una serie de compañías petroleras que él mismo manejó, aunque virtualmente todas perdieron capital (incluyendo a la *Harvard Corporation* que invertía donaciones de fondos a la Universidad). Es conocido su fracaso en rescatar su compañía energética denominada Harten. No obstante, Bush fue capaz de perseverar en el negocio del petróleo y reinvertir su dinero en el equipo tejano de *The Rangers*, una compra que le redituó alrededor de los 15 millones de dólares de ganancias.

Desde su edad más temprana, W. Bush pudo ver que la política era en parte “un negocio familiar” y una actividad en la que podría seguir los pasos de su padre. No obstante, es claro que evitó beneficiarse de la gestión presidencial de George H. W. Bush. W. Bush no fue presa del oportunismo político, optando por buscar sus propios caminos para arribar al poder: cuando tenía 25 años él se perfiló para ocupar un escaño en la legislatura de Texas.

---

Fitzgerald Kennedy, Richard Milhous Nixon y George Helbert Walker Bush”. Kelly, Kitty, *La familia: la verdadera historia de la familia Bush*, Plaza y Janés, México, 2004, p.123

No obstante, presume que su identidad política se consumó hasta la edad de los 40 años -un dato en el insiste para elogiar su breve pero exitosa carrera política hacia la presidencia, asidero presumible ante las consistentes biografías políticas de su padre George H. W. Bush y su abuelo Prescott Bush-. Su breve pero fecunda trayectoria hacia la consecución de puestos públicos, muestra éxitos consumados fraguados de la mano de experiencias personales y familiares adversas, en un ambiente de rigurosa competencia familiar, en contra de las expectativas de su familia y de su propia madre en particular, en fin, a W. Bush tomando distancia del modelo de actuación y decisión política de su padre.

George W. Bush nunca tuvo control sobre puesto público alguno antes de encabezar su campaña política que lo llevaría a la gubernatura de Texas en 1994. No obstante, ganó una invaluable experiencia política sirviendo como un asesor no oficial durante la campaña presidencial de su padre. Bush hijo construyó una campaña severa y sarcástica contra su contrincante, Ann Richards, una candidata demócrata con un importante nivel de aceptación popular, quien a su vez buscó ridiculizarlo como “el arbusto” y “el pequeño Bush”. Con base en una estrategia electoral orquestada por Karl Rove, su asesor político y estratega electoral, Bush triunfó sobre Richards con un gasto ominoso y una campaña política negativa, al ganar con el 54 por ciento de los votos y posicionarse como el segundo gobernador republicano de esa entidad en la era contemporánea.

Como gobernador de Texas, George W. Bush buscó el realineamiento de las bases de electores de arraigo demócrata hacia las iniciativas y los intereses partidistas republicanos.

La biografía del hijo primogénito de George y Bárbara Bush estuvo sellada, hasta la obtención de sus éxitos políticos personales - la gubernatura de Texas y la Presidencia-, por la confianza de sus padres en el futuro político de su hermano Jeb, con quien mantuvo una abierta competencia por disputarse el reconocimiento paterno.

No obstante, George hijo, en la hechura de su ambición por triunfar en los negocios, siempre contó con las ventajas del peso político y empresarial del apellido, una madeja privilegiada de relaciones políticas y empresariales, así como la venia de su padre, el ex presidente George Bush.

W. Bush no es un hombre fraguado en la hechura del carácter que dan las décadas de inmersión en la política - como lo fue el caso de su padre -, aunque vivió de cerca los diversos intentos fallidos de su padre y el propio por alcanzar una posición política<sup>357</sup>. Bush hijo logró consumarse como un hombre avezado en el aprovechamiento de su fortuna (familiar, económica y política), aunque sin concesión alguna al hecho de que sus éxitos se le atribuyan a cuestiones de privilegio y

---

<sup>357</sup> Como en las campañas para el Senado de Estados Unidos en Texas de 1964 y el fracaso para conseguir la nominación por la candidatura republicana a la presidencia frente a Reagan.

situación<sup>358</sup>. Los demócratas se burlaron de su nepotismo, acusándolo de considerar la política como un negocio: en el fondo Bush hizo suyo un aspecto singular del capitalismo, la sumisión de la esfera pública al mercado.

En su carrera política arrolladora por Texas, W. Bush colabora con las comunidades de afroamericanos e hispanos, colmando el vacío ideológico al proferir una visión individual y ritualizada de la religión. En 1986 se convirtió en metodista, al adquirir la vena religiosa de su esposa Laura, una tradición que impregnaría todos los ámbitos de su vida. Este *segundo nacimiento* personal producto de su inmersión religiosa, supuso su distanciamiento del alcohol a los cuarenta años de edad evitando su erosión personal, financiera y matrimonial. A su vez, éste punto de inflexión biográfica le redituaria dividendos políticos con los electores asiduos a la iglesia metodista, lo que usó para posicionarse como un devoto de la salvación religiosa, como principal basamento ideológico de su personalidad y prueba palpable de representar un hombre de familia y de valores promedio, con un arraigado linaje en la historia estadounidense.

---

<sup>358</sup> "Amasar riqueza - o como decían los Bush, 'asegurar nuestro futuro'- se convirtió en su prioridad básica (de Bush padre), y cada cual declaró que su éxito económico constituía una consecución independiente. Incluso (el abuelo) Prescott negó la realidad de su procedencia familiar y que su padre fuera uno de los principales industriales de su época. 'Esto concuerda con la perpetuación del mito del hombre que ha alcanzado su posición gracias a sus propios esfuerzos', según el historiador Herbert Parmet, biógrafo autorizado de George Herbert Walker Bush". En Kelley, K, *op. cit*, p.309

Bush frecuenta círculos de estudio de la Biblia en la Primera Iglesia Metodista en Midland, de la mano de dos principales mentores religiosos: James Robinson y William Graham<sup>359</sup>. Con ellos ha labrado un proceso de conversión religiosa que le ha permitido asumir que es un hombre amado por Dios, con la posibilidad de ser el arquitecto del renovado control de su vida y predestinado a moldear su propio destino y el de los estadounidenses.

Bush construyó un puente político decisivo al abanderar la agenda conservadora del país, al asumir como un error político de su padre el distanciamiento con la Coalición Cristiana, un movimiento de base de fines de los noventa de la década pasada contrario al aborto, favorable a rezar en las escuelas públicas, de promover los valores y posiciones religiosas en el gobierno y generar un retorno a los valores familiares, solventó su triunfo hacia la gubernatura de Texas, anexando a este expediente la fustigación a los homosexuales, granjeándose un capital político sólido con electores alineados con la pretendida identidad devota de Bush: un cristiano evangélico renacido.

---

<sup>359</sup> El lector puede revisar el texto edificante de Bloom para entender la genealogía de la religión en Estados Unidos en los términos de una tradición precristiana de divinidad individual. Los estadounidenses creen que Dios los conoce y los ama de una manera personal, y que hay algo dentro de ellos, más profundo aun que el alma, que está en contacto con Dios. El norteamericano se coloca por encima de la Creación; es más antiguo que ésta, tan antiguo como Dios, de quién es parte. En la religión estadounidense, ser libre es unirse con Dios o con Jesucristo. En particular, el lector encontrará referencias puntuales a la escuela religiosa de Graham, cuya guía pastoral ha supuesto un supuesto punto de inflexión religiosa en el actual presidente de Estados Unidos, W. Bush. En Bloom, Harold, *La religión en los Estados Unidos*, FCE, México, 1991.

Esta ecuación políticamente rentable entre negocios, religión y poder, prevaleció en el curso de sus campañas hacia la gubernatura de Texas y la Presidencia de Estados Unidos. El 11 de septiembre del 2001, acentuó esta veta personal y laica de su religiosidad, postulado de la personificación del favor de la gracia divina: *Jesús* cambió su vida y es guía de sus decisiones. Es una *vivencia* que nutrió sus expectativas y su convicción de haber sido llamado a ejercer el liderazgo de una nación ungida<sup>360</sup>.

En efecto, hay un sentido de misión religiosa que teje un hilo conductor en el estilo de liderazgo político presidencial de George W. Bush, y que le permite espejarse como un hombre elegido por designio divino para dirigir al país en el escenario de crisis sellado por la violencia terrorista, e incluso, emplazado a constituirse en el principal instrumento de la reversibilidad del *mal* bajo los términos de una violencia futura que merece ser anticipada y contrarrestada, única forma de garantizar una eliminación incisiva y sistemática de quienes no están dispuestos a sujetarse a la voluntad de la versión secularizada del Dios *estadounidense* -se reedita la visión del mal dibujado y encarnado no sólo por los terroristas, sino por todos aquellos países

---

<sup>360</sup> Bush enfatiza: "Yo tengo reverencia por la vida, mi fe me enseña que la vida me la regaló nuestro Creador...yo apoyo la pena de muerte, porque creo que si la administro, rápida y justamente, la pena capital es un arma contra la violencia futura y salvará otras vidas de personas inocentes". En el caso de la pena de muerte se trata de hacer justicia ante el hombre imperfecto que ha nacido; en el caso de su postura contra el aborto, se trata de oponerse al atentado contra niños aún no nacidos, indefensos, inocentes. En Rodríguez Sámano, Abelardo, *La dinastía Bush*, Aguilar, México, 2003, p.41

que no comparten la cultura, los valores, los parámetros políticos y de vida, de los estadounidenses que detentan el poder.

De hecho, desde las reacciones iniciales de W. Bush a los atentados terroristas, este rol presidencial - su preocupación por evidenciar su filón espiritual en la guía rectora de la nación y el de ostentar una salvaguarda religiosa frente a la amenaza terrorista-, se volvió cada vez más idiosincrático, sobre todo al presumir el carácter impoluto de su propia visión para abordar la crisis y de los cursos de acción antiterroristas, signo de determinada indisposición a tolerar la crítica y la disidencia expresa o velada: “o están conmigo, o están contra nosotros”, una sentencia bíblica ya milenaria, expuesta en su más pragmática e ideológica hechura para justificar la suspicacia presidencial a todo lo que se opusiera a su doctrina política y castrense.

De la ambición política viene el sentido de lo que es necesario hacer para ir hacia delante, más aún cuando se ha asumido como propias las amargas experiencias ajenas. W. Bush resolvió en su edad adulta, con la hechura de una cuantiosa fortuna personal, su inclinación por la vida política, bajo la criba de lecciones aprendidas en la campaña perdida contra Kent Hance en la que disputó el gobierno de Texas, y las derivadas de las campañas fallidas de su padre - al querer alcanzar escaños senatoriales y la candidatura republicana a la Presidencia frente a Reagan. De hecho, Bush hijo debió remar a contracorriente de

la posición de su propia madre, quien se había opuesto públicamente a que presentara su candidatura al gobierno de Texas.

En la targa de las campañas de su padre Bush hijo aprendió a valorar el peso específico de las encuestas en una campaña electoral y el consejo político más eficaz para resolver las necesidades dictadas por las circunstancias, si quería zanjarlas a su favor. A diferencia de Clinton, cuyo liderazgo proyectaba a un presidente inconsistente como prueba fehaciente de su voluntad de no querer estar limitado de ninguna manera personal y políticamente, George W. Bush muestra no tener ambages en reconocer públicamente su dependencia del consejo político, estratégico y experimentado.

*6.3 Rove conduce a W. Bush a la Presidencia de Estados Unidos de América.*  
Karl Rove es la pieza más invaluable del ajedrez estratégico que diera desde la campaña electoral por la gubernatura de Texas, sentido y sustancia a la carrera política de Bush hijo. El *arquitecto* (así le denomina el Presidente) es uno de los pocos miembros del círculo estrecho de George W. Bush: su consejo ha sido para el tejano, guión de su acción política y electoral. Rove diagnosticó las fortalezas y debilidades de Ann Richards, dibujó los trazos de la estrategia de campaña y la naturaleza de la ofensiva mediática y táctica con el resultado consabido a favor del republicano<sup>361</sup>.

---

<sup>361</sup> Véase Moore, James y Wayne Slater, *Rove exposed: how Bush's brain fooled America*, Hoboken, New Jersey, J. Wiley, 2006.

Rove posicionó una imagen mediática de Bush hijo buscando siempre cuidar su base electoral natural y la necesidad de atraer votos de electores moderados. Rove promovió su carácter resuelto: magnificado por su determinación en pro de la pena de muerte, endurecer las penas de prisión y aumentar los centros de reclusión, la defensa de las tesis cristianas en la agenda partidista republicana, la hidratación política que concede la disposición ominosa de recursos por parte de las élites financieras y políticas interesadas en invertir en el carrera política de Bush hijo, la puesta en escena del extremismo religioso inscrito en el activismo desplegado por células de ciudadanos afiliados a la Coalición Cristiana y la mordacidad mediática para segar a los adversarios a golpe de *spots* que les desacreditaban y exhibían sus expedientes personales para ellos inconfesables.

En 1977, Bush padre lo contrató para ayudar a manejar un pequeño comité político pro republicano encabezado por el abogado James W. Baker, amigo personal del ex presidente que llegó a fungir como Jefe de Asesores, Secretario del Tesoro y Secretario de Estado durante los gobiernos de Ronald Reagan y George H. W. Bush. En esa posición Rove encabezaría la dirección nacional de la organización de jóvenes republicanos, alcanzando el estatuto de autoridad supervisora de los acuerdos del Consejo Nacional Republicano.

Rove atribuyó una supuesta excepcionalidad política y carismática a Bush hijo desde su primer encuentro con él, por lo que buscó y logró diseñar una imagen de credibilidad política y gubernamental para

George W. Bush, de la mano de la transformación del estado de Texas en una entidad predominantemente republicana. Su asesoría impregnaba desde la elección definitiva de los candidatos republicanos a los escaños en el Congreso y a las gubernaturas descartando aspirantes incómodos, pasando por la supervisión de los fondos financieros de las campañas políticas, hasta la definición de la agenda ideológica republicana de largo plazo.

Rove fungió como el principal pilar estratégico de Bush hijo: el presidente lo describe en sus memorias como “un amigo cercano” y “un politólogo desquiciado”<sup>362</sup>, que fungió como jefe real de los asuntos políticos domésticos de la Casa Blanca, proveyendo al Ejecutivo de consejo relevante y cursos de acción decisivos para el desempeño presidencial: después de ganarle a John F. Kerry, y asegurar su segundo mandato, Bush llamaría a Rove *El Arquitecto*, agradecimiento público por el triunfo consumado a raíz del trabajo realizado por su asesor político en jefe al diseñar e instrumentar el guión estratégico electoral de su campaña por la reelección presidencial en el 2004.

Rove asistió al derrumbe de un sistema que creyó infalible, y con esto, al ocaso de la ambición por ver una mayoría republicana que traspasara las fronteras de la administración de W. Bush, un pensamiento que la realidad devoró dados sus dos nadires electorales

---

<sup>362</sup> Bush, George, W., *Decision Points*, ibid, p.52

trágicos: el triunfo de la mayoría del Partido Demócrata en octubre del 2006 y el triunfo demócrata en la Presidencia de Barak Obama en 2008 - un demócrata que dismanteló la estrategia, el núcleo táctico y el tablero electoral bush/roviano inspirado en la polarización, la incomprensión del fenómeno terrorista global a modo de negación de la realidad mundial e incluso como apuesta a su remodelación con guión estadounidense, la administración de atmósferas de crisis y propagación del miedo social; en fin, la elaboración, escenificación y saturación de los electores con campañas negativas.

#### 6.4 ¿El consejero conduce la Presidencia?: el factor Karl Kristian Rove.<sup>363</sup>

“Hay una regla general que no falla nunca: un príncipe que por sí mismo no sea sabio, no puede recibir buenos consejos, a no ser que se ponga enteramente en las manos de un hombre prudentísimo que lo gobierne en todo”

*Nicolás Maquiavelo, El Príncipe, Cap. XIII*

W. Bush, al menos en apariencia, evitaba las encuestas como fuente de sus decisiones políticas, aunque en realidad las usaba para lidiar con su impopularidad, hilvanar votaciones legislativas y decisiones presidenciales, capitalizando desventajas políticas importantes: desde su campaña a la presidencia estadounidense, y en su propia administración, buscó tomar distancia de la costumbre del Presidente William J. Clinton de consultar permanentemente las encuestas y

---

<sup>363</sup> Fundamentalmente, con base en los artículos de Joshua Green “Karl Rove in the Corner”(1994) “The Rove Presidency” (2007), ambos en la Revista Atlantic Monthly.

afianzar su popularidad (incluso para definir su destino vacacional o la mascota doméstica).

En realidad, era una táctica con la que W. Bush trataba de ofrecer una impresión de dirección, juicio y sustancia: se rigió siempre por una profunda confianza en la habilidad de sus propios encuestadores dirigidos por Jan van Lohuizen [parte del equipo de W. Bush desde 1991, cuando Rove lo contrató para trabajar en una campaña diseñada para financiar un nuevo estadio del béisbol para el equipo bushista de los Rangers de Texas], y por su gurú en el terreno de los grupos de enfoque, Fred Steeper [quien colaboró con Rove en campañas políticas realizadas en Illinois y Missouri], desde cuya actuación prácticamente desapercibida y anónima en Washington, codificaban las definiciones presidenciales que, delineadas por Karl Rove, adoptaba ante un público inicialmente escéptico, y después del 11 de septiembre, ávido de liderazgo presidencial –a la manera en que lo fueron para Clinton, Dick Morris y Mark Penn.

En efecto, bajo el método de elegir sus políticas con anticipación, W. Bush se basó en consultores de campaña, expertos en publicidad corporativa<sup>364</sup>, vía la elección de los mensajes adecuados para granjearse el apoyo de las audiencias y los indecisos a su plan energético, educativo y de privatización de la seguridad social, de la

---

<sup>364</sup> Entre los clientes de Steeper y Lohuizen figuraban Wal-Mart, Qwest, Anheuser-Busch, y Microsoft.

mano de ideas fuerzas que previamente habían sido pulsadas en la investigación de la opinión pública: su administración postuló una retórica que respaldaba sus políticas como “equilibrada”, “comprensiva” y posicionar los atributos de “dirección” en W. Bush, a la manera de la necesidad de utilizar métodos “modernos” para prevenir el daño medioambiental, propiciar “la mejor opción educativa” y “la generación de riqueza en las cuentas privadas”. Cabe señalar que estos encuestadores internos respaldarían los posicionamientos de Ari Fleischer y Karen Hughes en la comunicación política presidencial.

A diferencia de Clinton -quien procesaba directa e inmediatamente los resultados de las encuestas-, W. Bush lo hacía mediante Rove, quien consumía, analizaba y trazaba la línea de fondo presidencial sobre todo escrutinio de la opinión pública estadounidense: este registro demoscópico ha sido una herramienta importante para los gobernantes estadounidenses, aunque solían mantenerlo en secreto para evitar seguir una agenda de derechos civiles (John F. Kennedy); para no ser visto como un “experimentado hacedor de política” (Richard Nixon); cuando se quiso presentar la imagen presidencial como una celebridad, a modo de campaña corporativa de Coca-Cola -como sucedió con Jimmy Carter bajo la dirección del encuestador Pat Caddell, a la sazón estrella de rock en los años ochenta; para pulsar la opinión pública antes, durante y después de que se promovía una política presidencial, perfilar una agenda ideológica derechista, no bloquear la política de

seguridad social como lo había planeado, o retirarse a tiempo de una contienda si las encuestas indicaban que no se ganaría la campaña (Ronald Reagan); en contraste, la total aversión a considerar las encuestas como un criterio para determinar cursos de acción, una táctica que encontró su nadir incluso cuando la popularidad presidencial bordaba el 88 por ciento de la aprobación después de la denominada *Guerra del Golfo*, mientras la percepción sobre la economía era desastrosa (George H. W. Bush), y por supuesto, William Clinton asumió el registro de las encuestas como una obsesión política sin precedente en sus predecesores, con una fe inaudita en sus encuestadores al grado de considerarlos sus más importantes consejeros.

Para W. Bush, estos registros demoscópicos nacionales, en lugar de aprovecharlos para afianzar un amplio apoyo a nuevas políticas, los destinó a favorecer su base electoral conservadora y de ser el caso, a las corrientes predominantes de opinión pública. Un tamiz predominante que modeló la administración presidencial entera.

La ecuación política Rove/Bush es establecida ampliamente por Joshua Green -un periodista de investigación de primer nivel en Estados Unidos de América, distanciado del poder y con una visión original de la política-, quien construyó una perspectiva rigurosa de la trayectoria de Karl Rove, resultado de estudiar testimonios relativos a su trabajo

de consultor de candidaturas (casi exclusivamente republicanas<sup>365</sup>) y de sus antagonistas, de sus colegas pasados y actuales, y de periodistas que han dado cuenta de las tácticas robianas, en particular en Texas y Alabama –donde se había concentrado su más amplio trabajo de campaña, y por supuesto, de consultas realizadas a legisladores federales, cabilderos políticos, y miembros prominentes de la administración presidencial con la condición de preservar el anonimato. Rove es dimensionado por Green como un personaje ávido exclusivamente por el triunfo a toda costa, eclipsada sólo por su reputación de crueldad dado sus métodos que eluden todo escrúpulo ético/moral:

- Un estratega electoral talentoso, con habilidad para entender y ejecutar campañas, y motivar a los votantes aun cuando no utilizara ninguna táctica extrema de polarización y descrédito de los adversarios;
- Privilegia la campaña negativa como eje de posicionamiento; que aprovecha el recurso permanente a la religión como fuente de proyección, decisiones presidenciales y motivaciones políticas;
- Centrado en identificar electores fundamentalmente conservadores y motivándolos a donar: un especialista en

---

<sup>365</sup>Además de las elecciones presidenciales las elecciones para gobernador de Texas de 1994 y 1998, dirigió la del congresista y senador Phil Gramm en 1982 y 1984, el gobernador de Texas Bill Clements en 1986, el gobernador Rick Perry para la Comisión de Agricultura de Texas en 1990, el senador John Ashcroft en 1994 y el senador John Cornyn en 2002.

recaudación de fondos por vía directa del correo y del posicionamiento de las campañas en medios locales y nacionales (una de las facetas de campaña que constituía una táctica decisiva en el esquema roviano);

- Proclive a la transformación de electores democráticos a electores firmemente republicanos; consolidación de su estafeta como consultor político al establecer un panel de candidatos/clientes y especializarse en aquellos que le granjearan mejores dividendos, en consistencia con una meta profesional: su modo de comunicar es a través de una carta larga que resalta algunos puntos, más que un mensaje rodeado de connotaciones como hace la televisión; su objetivo principal es conseguir fondos y para ello suele acompañar la carta un sobre para enviar el donativo para la campaña. La clave del éxito está en identificar muy bien al público destinatario de las cartas, más que abarcar universos indiscriminados.
- Empleo de tácticas diseminadas para desacreditar a los adversarios<sup>366</sup>: por la orientación sexual de sus antagonistas,

---

<sup>366</sup> En 1981, Rove fundó una empresa de consultoría política llamada Karl Rove & Co., con la que trabajaría hasta 1999 en cientos de campañas. Al comienzo, en la mayoría de éstas su papel se centraba en la recaudación de fondos por correo, algo en lo que había sido pionero durante su etapa de Virginia. Desde el momento en que Rove llevó a Clements a la victoria, se convierte en un personaje de la trastienda política a tener en cuenta, tal como atestiguan los trabajos que llevó posteriormente a cabo. En 1986, Rove ayudó a Clements a convertirse en gobernador por segunda vez. Y de modo significativo, decía en una nota de estrategia que escribió para su cliente antes de la campaña citando a Napoleón: “todo el arte de la guerra consiste en una motivada y perspicaz defensa, seguida por un ataque rápido y audaz”. Ver Aobry, Octave, *Napoleón*. Barcelona, Montaner

como en 1994, cuando W. Bush se posicionaba para el gobierno texano, promovió el rumor de que Ana Richards era una lesbiana, fijando la sensación de que no se debía dejar aspirar al cargo a homosexuales; también en 1994, contaminando la atmósfera del poder judicial, anteponiendo la política por encima de la ley la justicia: desacreditó la carrera judicial de Mark Kennedy para impedirle su reelección como juez de lo familiar en Alabama, presentándolo como uno de “los peores jueces de Estados Unidos de América”, siendo que Mark había hecho una trayectoria impresionante, llegándolo a presentar incluso como un propenso a la pederastia [había establecido fondos y fundaciones, privados y no lucrativos, contra el abuso de los niños, incluso llegó a presidir el Comité Nacional para evitar el Abuso y Abandono de los Niños], o en la difamación de candidatos con expedientes de guerra impecables: mientras en las primarias de la campaña presidencial del 2000, por ejemplo, esparció el rumor de que John McCain, torturado como prisionero de guerra en Vietnam, había traicionado a su país bajo la interrogación y que era mentalmente incapaz para la oficina.

---

y Simón, 1979. Su siguiente triunfo fue el que llevó a Thomas R. Phillips a ser el primer republicano elegido como presidente de la Corte Suprema de Texas, y que sería reelegido en 1990, 1996 y 2002. En 1989, aconseja a George W. Bush presentarse como gobernador de Texas, pero finalmente, este decidió no hacerlo. Rove sigue trabajando y en 1994, un grupo llamado el Consejo Empresarial de Alabama lo contrata para ayudar en la campaña de elección de varios candidatos republicanos para el Tribunal Supremo de Alabama. Fue el principal estratega de decenas de campañas tanto a nivel nacional como estatal, de las cuales ganó treinta y cuatro.

Así, el universo táctico roviario implicaba, como bien afirma Green, atacar a un adversario en el mismo frente en el que parece inexpugnable<sup>367</sup>.

- Asumió la *teoría del realineamiento político electoral*<sup>368</sup>, como eje académico que a su juicio permitía fundamentar que había momentos históricos en los que un presidente podría ambicionar la creación de una unión gobernante, que durara más allá de sus mandatos –pensaba en T. D. Roosevelt. Rove arguía que bajo la administración republicana, la agenda conservadora y el liderazgo de W. Bush y con el acontecimiento del 11S, estaban sentadas las bases para aprovecharse del escenario político electoral y reformarlo con guión republicano. Sólo que el fracaso de la reforma hacia la privatización de la seguridad social, el

---

<sup>367</sup> Véase Brain, James Moore y Wayne Slater: *Bush's Brain: How Karl Rove Made George W. Bush Presidential*. New York, J. Wiley, 2003.

<sup>368</sup> Politólogos desarrollaron la denominada “teoría del realineamiento” para modelar que diversas elecciones en la historia de la nación creaban condiciones sólidas y perdurables para impulsar cambios políticos generacionales: 1800, con la victoria de Thomas que contrajo una dominación democrática de largo aliento; 1828, con la victoria de Andrew Jackson que derivó en el sistema bipartidista moderno y en dos décadas de influencia jacksoniana; 1860, cuando la elección de Abraham Lincoln marcó el ascenso del Partido Republicano y el impulso secesionista llevó a la Guerra Civil; 1896, cuando los efectos de industrialización afirmaron un orden político combinado con un gran proceso de urbanización, que impulsaría a William McKinley a la presidencia; y la elección de Roosevelt en 1932 con el *Nuevo Trato* y la *Gran Depresión*, que trajo consigo tres décadas de dominación democrática en Washington. Académicos e historiadores han mostrado que dos condiciones previas mayores deben estar para que la reordenación generacional ocurra: primero, la lealtad partidista tiene que ser suficientemente débil para permitir que la mayoría del electorado esté madura para el realineamiento; la otra condición es que la nación debe sufrir alguna clase de evento que habilite esta voluntad: tal como la depresiones de 1890 y 1930, por ejemplo, o el conflicto Norte-Sur de la década de 1850 y 1860 que derivaron en guerra civil. Así, Rove creyó fervientemente que su país estaba al borde de otro gran cambio histórico político nacional –incluso comparando a W. Bush con McKinley, cuando de éste último personaje la mayoría de los historiadores le consideran una mediocridad.

desprestigio derivado de su desempeño en la tragedia del *Huracán Katrina*, el desastre internacional de la expedición bélica estadounidense en Irak, e incluso el verse forzado a retirar la nominación de la abogada de la Casa Blanca y amiga personal, Harriet Myers, como candidata para el Tribunal Supremo -con el cuestionamiento del propio Partido Republicano a las credenciales de la postulante.

Lo que Rove no consideró es que el electorado del 2000 y el 2004, en efecto, enfrentarían una debilidad bipartidista mayúscula y un acontecimiento terrorista que le conmocionaría, pero que la administración diseñó un guion de gobierno que a la postre resultó errónea a escala internacional, con costos ominosos para la solidez económica de Estados Unidos y las expectativas de empleos e ingresos de los electores estadounidenses. Como bien suscribe Green “no había ninguna razón para esperar que una reordenación estaba a punto de suceder”. En efecto, las reordenaciones en realidad se han dado por factores aleatorios y por el talento político de los presidentes involucrados [a lo largo de su presidencia, *Roosevelt logró mayorías democráticas amplias en el Congreso pero operó con una estrategia de independencia, como si él no las tuviera*]<sup>369</sup>.

---

<sup>369</sup> Véase Beck, Paul Allen, *Partisan Realignment: voters, parties, and Government in American History*. Sage, Beverly Hills, 1980 y de Mayhew, David, *Realignment: The Theory That Changed the Way We Think about American Politics*. Yale, Yale University Press, 2003.

“Rove, dice J. Green, tenía una estrategia clara *por lograr la reordenación y presuponía las condiciones históricas necesarias para lograrlo*”, su influencia considerable dentro de la administración encontró su cenit con la elección del 2000 [aunque sin el voto popular mayoritario para W. Bush], la elección intermedia del 2002 y el 2006, y por supuesto, con la reelección de W. Bush, bajo el código de una campaña agresiva y decisiva que logró endosar el liderazgo presidencial para sostener la guerra contra el terrorismo y las expediciones bélicas de la administración en Medio Oriente. Pero lo que “Rove asumió como *el motor para la reordenación, resultó ser el catalizador de su propia caída política*”. Nada sugirió que el cambio radical fuera posible, y los márgenes estrechos en el Congreso significaron que cualquier medida polémica exigiría la ejecución de una operación presidencial de mayor envergadura que tamizara los dos partidos, la necesidad de una agenda sustancialmente no ortodoxa capaz de atraer al universo mayoritario de electores.

Rove se creyó la lógica de estos cambios sísmicos para la realidad doméstica pero también para la arena exterior: secundó el plan de la administración que implicaba la democracia por la fuerza en Medio Oriente, vía la invasión y pacificación iraquí y afgana, y por supuesto, el trazo táctico roviiano de una administración de una crisis permanente, a modo de una campaña política persistente para sostener la psicosis del trauma social inscrito en el episodio terrorista del 2001, y la exigencia de respaldo ciudadano ante los designios bélicos y el

liderazgo presidencial de W. Bush, como tabulador del contraste entre las posiciones republicanas [cuya cooperación sostenida nunca apreció, desdeñando la posibilidad de que su éxito dependería finalmente de la consistencia de este apoyo], y demócratas en el terreno de la seguridad nacional.

Se confirma así una premisa que ha desgranado esta administración en prácticamente todos los ámbitos de su actuación: W. Bush tendía a elegir sobre un guión de prioridades, optando por la que respondiera a su convicciones más conservadoras y a su vez fuese la más ambiciosa en ese tenor, utilizando los métodos, las iniciativas y la retórica más agresiva posible, así como las políticas y los recursos de la administración para su consecución: la preeminencia de una lógica de campaña política, por encima de una prudente y estratégico ejercicio de gobierno.

Así, Green documenta cómo la ambición de un ejecutivo federal republicano con un fuerte congreso del mismo partido, no logró construir una mayoría que permitiera la construcción de un centro político, paradoja que inscribe cómo un personaje como Rove, “quien según Joshua tiene una de las mentes políticas más brillantes de su generación y las oportunidades prácticamente ilimitadas para consumir los mejores propósitos, condujo al gobierno bushista hacia el desastre” [*tiene la necesidad de triunfar sobre todos los demás: no es suficiente*

*para él haber leído todo; él necesita haber leído todo y llegó a visiones que a otros extrañan en absoluto].*

En Karl Kristian Rove se testimonia una amistad y lealtad muy estrecha a George W. Bush<sup>370</sup>. En su trabajo siempre procuró fortalecer y dar certezas políticas a su candidato y a su presidente, a manera de una práctica taoísta de que lo primero es alinear el poder detrás de su “Príncipe”. Bush confió en lo que había hecho Rove. Rove confió en lo que anhelaba Bush. Mientras W. Bush sólo buscaba afirmarse, Rove quería consagrarse en la posteridad: “él invocó la supremacía de Franklin Roosevelt en los años treinta y sugirió que algo similar estaba entre manos: ‘Nosotros, decía Rove, hemos puesto una agenda, nosotros hemos puesto una visión, y ahora los estadounidenses quieren ver resultados.’ Imponer los cambios desde la maquinaria gubernamental republicana, en fin, querer forzar la realidad política a voluntad, siempre contrae sus desencuentros.

---

<sup>370</sup> Véase de James Moore and Wayne Slater, *The Architect: Karl Rove and the Dream of Absolute Power* *Machiavelli's Shadow: The Rise and Fall of Karl Rove*; de Paul Alexander, *Boy Genius: Karl Rove, the Architect of George W. Bush's Remarkable Political Triumphs*, de Carl M. Cannon, Lou Dubose y Jan Reid, además del texto de Halperin y John F. Harris *The Way to Win: Taking the White House* publicado en 2008. Y por supuesto, para contextualizar su papel en el gobierno, Drew, Elizabeth, *Fear and loathing in George Bush's Washington*, Nueva York, New York Review Books, 2004.

## Conclusiones

La política antiterrorista [con el uso de *tribunales militares secretos* (un antecedente directo son las Comisiones *ad hoc* consideradas necesidades militares durante la administración de F.D. Roosevelt, que permitieron el enjuicimiento secreto de los nazis), la vigilancia doméstica de ciudadanos musulmanes y no musulmanes al interior de EUA, la autorización de la tortura para juzgar a enemigos combatientes y terroristas, el uso político de los servicios de inteligencia, en un escenario sin producción de inteligencia estratégica sino de informes que buscaron alinearse a las disposiciones políticas presidenciales, sesgando las amenazas de terrorismo cruciales, además de ser dependientes de información sustraída mediante tortura en cárceles secretas y la obtención de un poder sin restricciones] y el designio bélico geopolítico de W. Bush fundamentalmente en Irak, constituyen precedentes que se explican en el contexto de la propia historia del sistema político estadounidense: es el caso de A. Lincoln al asumir el control de las milicias estatales y suspender el *Habeas Corpus* mientras el Congreso estaba en receso en abril de 1861; de F.D. Roosevelt [(quien manifestó en marzo de 1933, semanas después de sobrevivir a un intento de asesinato en Florida, "le pediré al Congreso la ampliación del poder ejecutivo para librar una guerra contra la crisis, tan grande como el poder que se me daría como si de hecho, hubiésemos sido invadidos por un enemigo extranjero")], al consumir su política del *New Deal*, y ahora las propias de B. Obama, tanto con su orden

ejecutiva de fines de marzo de 2011 –sin mediar declaración de guerra ni permiso del Congreso estadounidense-, de intervención preventiva en Libia (arguyendo compromisos internacionales estadounidenses ante causas justas: emergencias humanitarias en tanto “me niego a esperar a las imágenes de matanzas y fosas comunes antes de pasar a la acción”), al propiciar el colapso del régimen de Muamar el Gadafi, como con su operación secreta ejecutada en mayo del 2011 que perpetró la liquidación y desaparición de los restos de Osama Bin Laden [inconsulta al interior de los poderes constitucionales de Estados Unidos de América y gobiernos del orbe, instrumentada en los hechos violentando la soberanía pakistaní, sin previo juicio ni sentencia pública de organismo judicial alguno con potestad internacional].

Se trata de la invocación de poderes meta constitucionales a escala interna y mundial, para hacer frente a crisis particulares: el telón de fondo fue la expansión de la autoridad y los poderes presidenciales, arguyendo que, con sus propios parámetros, debían resolver emergencias de seguridad nacional o anticiparse a episodios que la pusieran en riesgo.

En el caso de la administración W. Bush post *11S*, se consumó un prólogo antiterrorista que derivó en política de guerra, guión global y artificio indispensable de un proyecto de seguridad nacional de la potencia mundial, que buscó ser ejercido sin apelación, réplica ni resistencia a escala global: se postuló en los hechos como condición

límite de un sistema de afirmación de intereses hegemónicos que buscaron vertebrar la seguridad nacional estadounidense como condición de paz mundial. Veamos:

*Sobre la Introducción general.*

**Lincoln: el axioma de la necesidad como premisa de la prudencia política presidencial ante crisis nacionales.**

En el diseño constitucional trazado por los padres fundadores, los poderes pueden proteger su propia esfera de atribución constitucional. No obstante, ante el hecho de que la Constitución no tiene una vía diseñada para anticiparse a cada eventualidad, dejaron las bases para que se consolidara un Ejecutivo fuerte sujeto a principios republicanos: una convicción que tenía Lincoln sobre la autoridad presidencial, y cuyos parámetros debió experimentar y resolver en la praxis política, al argumentar su responsabilidad de repeler ataques súbitos y rebeliones, en tanto la violencia doméstica secesionista implicaba la capacidad de extender los poderes ejecutivos, preservar la Unión y operar la división de poderes vía la estabilidad del aparato constitucional.

Lincoln representó dilemas fundamentales que subsisten sobre la actuación del poder ejecutivo en escenarios de emergencia. En efecto, en la presidencia de Lincoln encontramos un precedente político vital en el que se defiende públicamente una visión pragmática del poder ejecutivo, exponiendo la naturaleza de sus acciones y decisiones en función de los recursos que le otorgaba la Constitución; dicho árbol de

actuación fue justificado por una extraordinaria crisis que ningún presidente había enfrentado antes y que ningún presidente enfrentaría otra vez.

En ese caso, no justificó sus decisiones, sino en función de que la Constitución otorgaba el más alto grado de discrecionalidad en tiempos de guerra, por lo que algunos de sus acciones fueron argumentadas en función de apelar a la necesidad política y no a la ley. La admisión pública de cuando sus acciones excedieron a su autoridad. La expresión de arrepentimiento por reafirmarse en los poderes emergentes de guerra, adujeron en A. Lincoln la defensa de decisiones y acciones basadas en el imperativo de preservar el sistema estadounidense.

La conciencia histórica, constitucional, estratégica y política abrevada en el pensamiento, los escritos y la actuación de la presidencia de Lincoln, no han encontrado paralelo presidencial en la historia contemporánea estadounidense. Su premisa cardinal de fortalecer la institución presidencial, pero a favor del funcionamiento y prestigio de la democracia en un sistema republicano y en función de un liderazgo virtuoso a nivel doméstico e internacional, no tuvieron campo fértil en la visión, actuación y las políticas presidenciales de George W. Bush, proclive a un pragmatismo presidencial de inspiración neoconservadora.

**El modelo del juicio político estadounidense como salvaguarda del sistema presidencial.**

En Estados Unidos de América, la garantía inglesa de protección del monarca como sucedánea de la protección de la seguridad nacional en el siglo XVII, se ha preservado bajo la figura constitucional del juicio político presidencial.

En el fondo, el modelo de juicio político estadounidense, fue diseñado en principio para preservar la división de poderes y la amplitud de potestades constitucionales de la institución presidencial y finalmente, en escenarios límite para la seguridad nacional, para garantizar la inmunidad política del Ejecutivo federal, salvaguardando su autoridad y capacidad de respuesta vía la asunción de poderes presidenciales plenos.

**La filosofía política de John Locke, como principio de salvaguarda de los derechos sustanciales del individuo y de la nación, por la vía de las prerrogativas políticas del Ejecutivo federal.**

La prerrogativa lockiana de que se contradiga a la Constitución puede ser una necesidad imperativa, favorable al bien público en circunstancias extremas: una filosofía de la defensa de la energía ejecutiva de filón hamiltoniana o del pragmatismo de la necesidad lincolniano.

Para Locke, la rígida observación de las leyes puede ser impráctica o incluso dañina: el público debe conservar el poder de juzgar si la discrecionalidad ejecutiva era de hecho necesaria; el poder Ejecutivo debe asumir esta ampliación de poderes con una correspondiente expansión de responsabilidades.

En una perspectiva lockiana, los escenarios nacionales de emergencia - de riesgo extremo para preservar la propiedad y derechos individuales-, exigían la respuesta y consolidación del Ejecutivo federal: en la expansión de sus prerrogativas constitucionales se implica la discrecionalidad, la habilidad, la rapidez y la flexibilidad que garantiza se pueda sortear la pluralidad de opciones sin determinación y resolución en la que puede incurrirse con el poder legislativo. W. Bush y su gobierno durante el periodo 2001-2008 buscaron infundir personalidad, doctrina y fundamento estratégico a estos supuestos.

**Schmitt y el problema de la legitimidad de la política exterior: la actualización del enemigo mundial.**

La autonomía de la política actualiza su esencia en la ecuación amigo-enemigo, distinción que exige ser elaborada con agudeza en la toma de conciencia política del otro y del gobernante ante sí mismo, para comprometerse o no en una lucha con un enemigo que amenaza la soberanía nacional. Schmitt formula la proposición del monopolio por el soberano de la toma de decisiones -premisa fundamental de la

existencia y duración del Estado contemporáneo-, a modo de una posición excepcional para exigir la voluntad de morir y matar a sus ciudadanos, necesidades imperativas en un teatro de guerra. Dada la intensidad del conflicto y la violencia, en su responsabilidad de preservar el Estado, se concede al soberano el derecho de violar la libertades individuales de sus ciudadanos y de ser necesario, prepararlos y movilizarlos hacia una guerra total -hasta la extinción de los enemigos del Estado (internos/externos).

Saber gobernar implica calar los peligros para la seguridad nacional, pero en el proceso, esto supone la necesidad de elegir prudentemente a los allegados y construir un sistema de toma de decisiones que permitiera asirse de información estratégica, para evaluar los costos y las ventajas de las decisiones más delicadas: una cultura de anticipación de resultados geopolíticos por determinación y persistencia presidencial -como en la guerra orquestada contra el régimen iraquí de Hussein-, de desafío unilateralista, propensión a la humillación bajo el prisma ideológico de la *Guerra fría* (tal como H. Kissinger buscó al permear las convicciones de miembros clave del gabinete de W. Bush consumada su reelección, al aconsejarle que sólo debía salir con la *victoria* de Irak: W. Bush dio prueba reiterada de que no sucumbiría a la presión política interna y externa), al refrendarse la visión de la política exterior estadounidense y la seguridad nacional como una cuestión de poderío político y militar, donde el episodio del 11S supuestamente les obligaba a refrendar a EE.UU como una suerte

de potencia hegemónica irrevocable: reflejo del prisma ideológico shcmitiano y morguentiano.

**Las tesis de realismo político de H. Morgenthau muestran que la lógica política contemporánea ha de preservar el interés nacional en circunstancias adversas para la seguridad de un país.**

Morgenthau establece que los estadistas deben evitar caer en el engaño de buscar motivos y preferencias ideológicas en sus decisiones.

La hechura e instrumentación de la política exterior de carácter unilateral impulsada por la administración de W. Bush, buscó la actualización por dilución presidencial del dilema de la seguridad – propia del paradigma internacionalista del realismo clásico-, con la doctrina de la *guerra preventiva*: el 11 de septiembre justificaba no sólo que Estados Unidos de América asumiera la responsabilidad de su seguridad (self-help system), sino que, colocaba a sus adversarios reales o potenciales en una situación de inseguridad respecto a la posición de poder estadounidense respecto al sistema internacional.

La guerra desplegada en Afganistán e Irak, se confirman como hechos antitéticos del pensamiento *realista* representado por Morgenthau, dado que no representaban amenaza militar para la seguridad interna estadounidense, y en todo caso, nunca se materializó (sin demérito de la argucia que buscó acreditar coautoría del régimen iraquí de Hussein del atentado terrorista en territorio estadounidense), además de que el despliegue masivo y selectivo de violencia ha sido oneroso e

injustificado. Un principio más del paradigma realista quedó en entredicho con la actuación estadounidense en dichas expediciones bélicas: si se perseguía o no mantener el equilibrio de poder que existía previamente.

Aunque en ocasiones se presenta como una respuesta a los ataques terroristas del 11S, las raíces de la tesis unilateralista / unipolar vuelve a la ficción de la administración del primer Bush cuando el Secretario de Defensa Dick Cheney, encargó un estudio grupo encabezado por el subsecretario de Política de Defensa Paul Wolfowitz y otros miembros del gobierno, para desarrollar un nuevo plan que auspiciaría la permanencia del dominio militar global estadounidense.

*Sobre el Capítulo II*

**El axioma presidencial de que se conduce una guerra ejemplar.**

Quienes alcanzaron la madurez política consumado el legado crítico de la *Guerra de Vietnam* (1965-1975), serían proclives a una política exterior protagónica y unilateralista, ante el escenario de asumir una posición de un fuerte liderazgo en el sistema mundial al final de la *Guerra fría* y ahora en los albores del siglo XXI: el círculo más estrecho de colaboradores en la Casa Blanca que articularon y procesaron las decisiones presidenciales de política exterior de la administración de W. Bush, se asumió como un núcleo estratégico que visualizó la historia estadounidense. Se trató de un titular del Ejecutivo y un staff

gubernamental presuntamente *realistas*, que concibió los expedientes bélicos presidenciales estadounidenses *post 1945* y *11S* como errores políticos costosos – incluso de manera traumática como el de la *Guerra de Vietnam*, fundamentalmente-, que dieron por consabidos lecciones históricas de dichos episodios, frustrando toda deliberación al interior del gabinete durante prácticamente los dos periodos del presidente, consumando imperturbable el proceso de adopción y resolución de decisiones a instrumentar [los miembros más cercanos/experimentados/leales al Presidente, sancionaron el carácter irrevocable, unánime y exitoso de las políticas a adoptar].

La complejidad e incertidumbre del fenómeno terrorista se decodificaría a partir de la experiencia formativa y la lógica estratégica clásica occidental probada: la eficacia con la que Estados Unidos de América había combatido y derrotado al comunismo a escala mundial, además del desdén por los interlocutores de potencias mundiales, realidades globales y tendencias sociopolíticas más novedosas.

En efecto, elaboraron e instrumentaron una respuesta de gobierno que magnificó el episodio terrorista *11S* a escala mundial: se proyectó la guerra contra el terrorismo y las guerras en Afganistán e Irak [quienes defendieron la expedición en este país pero que no tenían experiencia de combate fueron: el Presidente W. Bush, el vicepresidente Cheney, la asesora de Seguridad Nacional Condoleezza Rice, el Secretario de Defensa Rumsfeld, el Secretario Adjunto de Defensa Paul Wolfowitz, y

el Presidente de la Junta Política de Defensa, Richard Perle]. Por otro lado, los veteranos que se mostraron al menos escépticos respecto a la opción de la guerra fueron: el ex Secretario de Estado Colin Powell (quien sugirió que bajo esta presidencia se estaba creando un complejo industrial de antiterror), su Secretario Adjunto de Estado Richard Armitage, algunos miembros del Estado Mayor Conjunto (en el verano de 2002), diversos oficiales de carrera militar (en el verano de 2002), el general retirado Anthony Zinni (ex jefe del Comando Central de los EE.UU.), el general retirado y ex asesor de Seguridad Nacional Brent Scowcroft, James Webb (veterano de Vietnam y ex secretario de la Marina), el general Wesley Clark, ex Comandante de la OTAN y Norman Schwarzkopf, comandante de las fuerzas militares de EE.UU, que en el caso de la expedición militar en Irak arguyeron que se confirmaría ruinoso y efímero: se impulsaron por un núcleo élite de funcionarios del presidente W. Bush convencidos de que Estados Unidos de América debía acreditar méritos de guerra, en principio mediante el acecho a los perpetradores de los atentados terroristas y después, con la puesta en escena de la segunda *Guerra del Golfo*, hacia la disolución de un régimen postulado como renuente como el de Irak y con Sadam Hussein, un personaje al que patrocinó Estados Unidos de América y que garantizaba en este nuevo escenario post terrorista, al menos en el libreto, un éxito militar inmediato.

Se trata de una administración presidencial comprometida con la amenaza terrorista inédita que fue personificable en un enemigo

visible [Osama Bin Laden se había refugiado en una sede inescrutable para los medios tecnológicos más sofisticados de los servicios de espionaje e inteligencia occidentales, y en la placenta de protección personalizada, de toda su confianza política], que viró hacia un enemigo estatal supuestamente vulnerable que permitiera entregar a los electores estadounidenses un episodio de fuerza, un espectáculo de despliegue bélico triunfal, una medalla de orgullo para reelaborar la narrativa grabada en la psique del ciudadano estadounidense con la afrenta terrorista, a la vez que se buscó rehabilitar el imaginario de invulnerabilidad como potencia mundial sin par, sobre la base de un ejecutivo federal con un guión internacional de dominación geoeconómica y occidentalización del modelo democrático en Medio Oriente. Obsecación de un legado de heroísmo presidencial, a modo de refrendo bushista de una de las vertientes estratégicas propias de la lógica tradicional occidental: se gana sólo derrotando al adversario.

"Un gobierno popular sin información popular o los medios para adquirirla, no es sino un prólogo a una farsa o una tragedia, o quizás ambas cosas."

*James Madison*

**Pragmatismo presidencial antiterrorista como inevitable arquitectura doctrinal, política y estratégica global.**

Amparado en la tragedia terrorista doméstica del 2001, la administración W. Bush anudó la creación de una doctrina ejecutiva de proyección global: la *guerra preventiva*, guerra como guión legítimo y moral de la política exterior, pero esencialmente designio militar como oficio presidencial al margen de la política internacional.

Con la presidencia de W. Bush se actualiza el ciclo de toma de decisiones políticas estadounidenses como un proceso modelo universal: la guerra preventiva como doctrina estratégica defensiva de Estados Unidos de América y del mundo; la suspensión del derecho e instituciones internacionales vigentes de acuerdo a la matriz jurídica internacional unilateral estadounidense; la reestructuración del sistema interno de inteligencia y espionaje nacional como método global de escrutinio selectivo de la vida privada, y conculcación obligada de libertades y garantías constitucionales.

La doctrina W. Bush de la *guerra preventiva* constituye un contraste drástico con la visión estratégica dominante de la guerra en la historia política estadounidense, propia del periodo posterior a la Segunda

Guerra Mundial: la guerra para imponer la paz bajo condiciones estadounidenses.

Mas allá del fenómeno terrorista, sólo escasos problemas internacionales contemporáneos admiten soluciones unilaterales, incluso si se franquean con todos los recursos de la única superpotencia mundial.

**Pragmatismo presidencial de “la guerra a voluntad”.**

Lincoln estuvo en contra de que James K. Polk librara la *Guerra de Intervención* contra México. En su convicción, fabricar una guerra sin fundamento, ordenar la invasión a otro país para evitar un supuesto acto agresivo permitiría a un presidente estadounidense “hacer la guerra a voluntad”. Este es el fundamento de la doctrina preventiva de tamiz neoconservadora, la espina dorsal de un espectro de decisiones gubernamentales que encontraron en la experiencia terrorista doméstica, la ofensiva que obligaba a una respuesta espectacular de Estados Unidos de América: la invención de dos expedientes bélicos – Afganistán e Irak-, presentados como matriz trágica, necesidad extrema y solución geopolítica, del fenómeno terrorista internacional.

De la mano de la influencia intelectual y doctrinal neoconservadora de Paul Wolfowitz, William Kristol, Robert Kagan, Norman Podhoretz, Condoleezza Rice, John Yoo y David Addington, pero con la égida

política de Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Karl Rove como articuladores en jefe del núcleo estrecho de consejeros del presidente W. Bush, se desplegó una demagogia extremista y un proceso de ampliación discrecional de los poderes presidenciales, engranado en términos de una necesidad impuesta por la experiencia terrorista: la adopción de medidas preventivas extremas de un nuevo atentado en territorio estadounidense mediante la aplicación de una política exterior radical y unilateral -bajo el guión de planes de guerra preconcebidos en el periodo de la *Guerra Fría*-, que no dimensionó que una intervención militar en el régimen iraquí (y una posterior dominación), implicaba más que la humillación y el derrocamiento de su líder Saddam Hussein, y que el terrorismo internacional en la versión de *Al Qaeda* en Afganistán y Pakistán, representaba un método de violencia política que venía forjándose con más de una década de anticipación, cuya originalidad y contexto sociocultural y estratégico, por definición, ponían en jaque toda doctrina defensiva de índole convencional: corroía los sistemas de inteligencia que -desde la era de W. Clinton -, consagraron la inteligencia y el espionaje empresarial, tecnológico y satelital en el ámbito mundial como el único campo de actuación imprescindible para avanzar los intereses geopolíticos estadounidenses en la era de la globalización.

En sus memorias publicadas en noviembre de 2010, *Decision Points*, W. Bush no sólo atribuyó la inexistencia de las armas de destrucción masivas a un fracaso en la inteligencia estadounidense, sino que

arguyó que no se respondió rápida y agresivamente a la resistencia e insurgencia iraquí glosada con la invasión en Irak. Se trata sin duda, de la negación presidencial de un expediente histórico ideológico estadounidense comprometido con una visión tradicional del mundo, que consumó una vergüenza de inspiración ideológica neoconservadora y un fracaso de política exterior que granjeó temor y desprecio internacional a la política externa estadounidense.

En los casos de A. Lincoln y F.D. Roosevelt, se evidencia el hecho de que los límites del poder presidencial en tanto Comandantes en Jefe en tiempos de guerra -declaradas o no con la venia del poder legislativo-, no devienen en realidad de la Constitución o del sistema político en general, sino de la política, el pragmatismo y la prudencia del personaje que ejerce de titular del Ejecutivo federal. En el caso de W. Bush, se actualizó y se llevó al extremo esta premisa, al intentar ocultar sistemáticamente sus propias decisiones y sus consecuencias-, a la opinión pública estadounidense (se promulgaban políticas y leyes con absoluta secrecía, se negó información al Congreso, se abusó del proceso de información clasificada, se censuraba las opiniones disidentes, se perseguía a los periodistas por negarse a revelar sus fuentes confidenciales, se amenazó con procesar a la prensa por revelar operaciones y políticas secretas, y, en general, se invocó la doctrina del *secreto de Estado* -un principio del *common law* destinado a permitir que el gobierno proteja la divulgación de información de seguridad nacional en litigios, recurrida de manera sin precedente por la

administración de George W. Bush para bloquear la revisión judicial de una amplia gama de prácticas cuestionables, evitando que el Congreso como los tribunales evaluaran la constitucionalidad de sus decisiones: doctrina aplicada sin reservas en la actuación gubernamental de B. Obama (al invocarse la *Ley de Protección de los Secretos de Estado*, promulgada en 2009 para evitar que la Agencia Central de Inteligencia entregase información extraordinaria solicitada judicialmente, o para mantener la práctica de la Agencia de Seguridad Nacional de espionaje telefónico a ciudadanos estadounidenses).

W. Bush demostró, a pesar de pretender inscribir su liderazgo y sus políticas dentro de este legado histórico, la ausencia de aprendizaje político real de las lecciones de la presidencia de A. Lincoln en tiempos de adversidad para la seguridad nacional de Estados Unidos de América: no entablar, a discrecionalidad y arbitrio presidencial, una guerra de agresión exterior; preservar la vigencia constitucional de la división de poderes, durante y más aun después de que han sido restauradas las condiciones de la estabilidad post crisis; mantener incólume la capacidad del sistema estadounidense de preservarse en su vocación republicana, sin expandir de manera unilateral e indiscriminada, los poderes de la presidencia al interior de la vida pública o más allá de las fronteras estadounidenses.

**El desdén del Presidente W. Bush y de su gabinete de guerra, por los procesos y sistemas ordinarios de toma de decisión.**

La comprensión de las implicaciones de sus decisiones políticas, disposición a involucrar alternativas de política, la deliberación y evaluación -tanto ecuánime como competente-, así como de información o criterios relevantes en materia de experiencia, autoridad y responsabilidad, pueden asociarse a la existencia de un proceso de evaluación política rigurosa en el ámbito burocrático de la *Casa Blanca*, lo que no sólo se descartó sino que fue permanentemente frustrado desde el estrecho círculo de colaboradores notables del Presidente W. Bush, fundamentalmente pero no sólo en el primer periodo de esta administración: así sucedió con la iniciativa de detención global vía la existencia de *Tribunales Militares Secretos* impulsados en noviembre del 2001, la decisión de suspender el 7 de febrero del 2002 la *Convención de Ginebra* (que tendió las condiciones de abuso y tortura de detenidos en *Guantánamo*, en la Base de la Fuerza Aérea de Bagram en Afganistán así como en *Abu Ghraib* en Irak), además de la política presidencial misma de consumir la expedición militar en Irak y, en dicho curso de acción, la de disolver el Ejército iraquí en mayo de 2003.

En efecto, W. Bush se atribuye las decisiones clave de su presidencia pero en los hechos son resultado de procesos derivados tanto de escasa sino es que nulo debate y contrastación de alternativas, como de un examen relativo de la información y de las consecuencias de la decisión: en 2001, por ejemplo, inmediatamente después de los

atentados, W. Bush no aceptó –cuando en los hechos la difirió–, la propuesta de Paul Wolfowitz, el Subsecretario de la Defensa, de atacar Irak como respuesta a los atentados del 11S; un ciclo de definiciones en la que Condoleezza Rice funcionó como articulador de las discusiones y custodió el proceso de toma de decisiones: no insertó sus puntos de vista actuando como consejera política, al enfocarse sólo en la conducción de las discusiones y en presentar los temas críticos al Presidente –quien en octubre de 2001 estaba impaciente por actuar militarmente y enviar tropas a Afganistán como respuesta a los atentados.

Rice estuvo dispuesta a desafiar, dentro del marco de las decisiones trazadas, la posición del Presidente sobre los tiempos en que se desplegaría la actuación y aconsejar prudencia, al informarle que se necesitaba tiempo para planear e instrumentar la respuesta militar, plegándose al razonamiento de líderes militares; asimismo, cuando en 2006 valoró incrementar el número de tropas en Irak, el Presidente consideró un estrecho margen de perspectivas: después de consultar el análisis de líderes militares, W. Bush decidió enviar más tropas en los siguientes meses (alrededor de 22 000), con la esperanza de desviar la marea de la resistencia al interior del gabinete de guerra y de la instancias orgánicas *ex profeso* existentes en el sistema de inteligencia civil y militar nacional –un plan que no contó originalmente con el respaldo de Condoleezza Rice, la Secretaria de Estado; del Gral. John Abizaid, cabeza del Comando Central; de George Casey, el

Comandante estadounidense de Irak en turno así como del denominando *Joint Chief of Staff*.

W. Bush adoptó políticas que le fueron presentadas como cardinales para afianzarse en plena crisis y solventar la ampliación de su esfera de poderes, vía la configuración de una política antiterrorista a escala interna y global, delegando su instrumentación fundamentalmente a Cheney, Rove y Rumsfeld, a través de decisiones en el fondo inconsultas y sin consenso del resto de miembros e instancias clave de la administración, del sistema político y de la comunidad nacional de seguridad, privándose de los juicios de los colaboradores e instancias institucionales diseñadas históricamente para proveer de información y análisis -en particular las que pudiesen presentar una lectura prudente de los costos y beneficios para el país de los cursos de acción que se presentarían.

De hecho, a estos actores e instancias clave se les negó acceso al Presidente o, peor aún, se les excluyó del proceso de decisión y evaluación: no eran informados ni involucrados-, como sucedió con el Secretario de Estado, el Asesor de Seguridad Nacional, la cabeza de la División Criminal del Departamento de Justicia, importantes miembros del Consejo de Seguridad Nacional, así como de abogados militares del Cuerpo General de Jueces y Abogados (JAG por sus siglas en inglés). Hasta fines del 2006, se efectuaron cambios tácticos -como en el volumen de la presencia militar-, lo que implicó finalmente que se

proveyera información estratégica a personal y staff directivo del *Consejo de Seguridad Nacional*, hecho que derivó en una revisión de la política desplegada en Irak con la esperanza de cambiar el curso de la insurgencia. En 2007, independientemente de su propio juicio sobre la prudencia de la actuación estadounidense en Irak, el presidente W. Bush propició la deliberación sobre alternativas en el seno del Consejo de Seguridad Nacional, y con expertos militares externos a la administración.

En los hechos, el Presidente eligió un gabinete de guerra que impuso sus preferencias durante más de 5 años al interior del proceso formal y real de toma de decisiones, y con la deferencia presidencial, se destacaron por su propensión a desdeñar valores, paradigmas, leyes e instituciones legitimados en el sistema de justicia civil/militar de Estados Unidos de América y del mundo –una de las consecuencias de este proceso de exclusión fue el expediente judicial *Hamdam vs Rumsfeld*, que contrarió el plan de comisiones militares por su desfase con las leyes estadounidenses o del Código de Justicia Militar nacional. Así, con una deliberación estrecha, sin considerar el disenso en su gabinete de guerra y sin la participación de las instancias del sistema, se adoptaron decisiones vitales para la seguridad nacional y la política exterior estadounidense, en las que el Presidente se desentendió de la responsabilidad y consecuencias a mediano plazo: por un lado, el control prácticamente absoluto cedido al Departamento de Defensa prácticamente durante más de 6 años de la presidencia como instancia

dominante del proceso de toma de decisiones en la guerra iraquí (Donald Rumsfeld fue reemplazado en el *Pentágono* por Robert Gates hasta diciembre de 2006, endoso a la factura política de los resultados en la elección legislativa intermedia en el que el partido demócrata logró el control de la Cámara de Representantes y el descenso del respaldo de la opinión pública estadounidense a la guerra en Irak), y por el otro, la decisión de que el Vicepresidente Cheney participara e instrumentara el programa de intervenciones telefónicas y correos electrónicos de ciudadanos estadounidenses (no sólo los de origen musulmán), instituido después del 11 de septiembre del 2001 pero revelado hasta fines de junio del 2005, referente en los escándalos asociados con la tortura de detenidos presuntamente involucrados a la red *Al Qaeda* -una política controversial dentro y fuera de Estados Unidos de América.

#### *Sobre el Capítulo IV*

*“Me sentí como el capitán de un barco que se hunde”  
George W. Bush, Decision Points*

**Una crisis de seguridad nacional con saldo a la estabilidad y futuro de la estabilidad económica y financiera de Estados Unidos de América y del mundo.**

“Me parece que si los estadistas poseyeran un poco más de aritmética o estuvieran más habituados al cálculo, las guerras serían mucho menos frecuentes”. Premisa que, anticipada por Benjamín Franklin como paradoja de la *república pragmática* (José Luis Orozco), muestra la

ausencia de prudencia en una política presidencial que desplegó expedientes militares incosteables para la economía estadounidense e internacional: W. Bush legó una recesión económica y financiera con consecuencias inmediatas y de mediano plazo sobre la economía doméstica e internacional, directriz que permearía de sombríos los pronósticos sobre el futuro de las políticas públicas de las próximas tres administraciones presidenciales: la propia *Casa Blanca* de Barak Obama, desde 2009, proyectó un déficit presupuestal de 9 billones de dólares para el periodo 2010- 2019.

W. Bush pudo resolver la experiencia terrorista estadounidense del 11 de septiembre como si estuviera condenado a una iniciativa que tradujera un plan de guerra, por lo que se enfocó en la puesta en marcha de un supuesto liderazgo heroico dirigido a renovar la confianza de su país en la reestructuración de su sistema de inteligencia y seguridad doméstica, franqueando la certeza de que no habría un nuevo atentado interno.

A modo de venganza por el atentado del 11S -y su dramatización como acontecimiento histórico, individual y colectivo-, las decisiones de política exterior de W. Bush (inicialmente en términos de expedición bélica inicial en Afganistán contra los santuarios talibanes de *Al Qaeda*, y policial para capturar a Bin Laden), escalaron en una guerra afgana con implicaciones importantes para la viabilidad y la seguridad de los regímenes políticos de la región, y en la invención de

otra contra un gobernante árabe que había sido un aliado en la región, desacreditando progresivamente (por unilaterales, desgastantes, arriesgadas, dada una resolución ejecutiva magnificada y conducida con obstinación por reconocimiento y resultados), el potencial de liderazgo en términos de conducción creíble e interlocución internacional, al punto de que para la mayoría de sus propios conciudadanos y el resto del mundo, el desempeño del Presidente deterioró la fiabilidad de su palabra, e indudablemente, su contribución al poderío de su nación como potencia mundial.

Por otro lado, la campaña presidencial del ahora presidente Barak Obama se sustentó en una lectura acertada del fin de la hegemonía republicana en el Congreso federal consumada en la elección del 2006, la certeza de haberse despejado el temor social a la inminencia de la amenaza terrorista doméstica y el guión de fracasos en el manejo de la economía y la política exterior, transferidos por los expedientes bélicos ruinosos que supuestamente labrarían prestigio a la presidencia de W. Bush.

Así, Obama erigió una campaña sobre la base de una estrategia progresiva de anudación de factores favorables: desestructuración del potencial de su principal adversaria interna (Hillary Clinton) en distritos electorales claves para granjearse la campaña demócrata, pero sin una polarización que implicara una ruptura definitiva con ella; maduración a su favor, a modo de momento estratégico electoral, de

los errores decisivos de la administración republicana en su dimensión doméstica e internacional; aprovechamiento del significado innovador de la campaña que prefilaría no por su carácter de estadounidense con antepasados provenientes de África, sino por su capacidad de representar una candidatura novedosa en uno de los dos partidos principales del país; comprensión y dominio propagandístico tanto de las tecnologías de comunicación como de la que implica el de las redes sociales, como asidero de financiamiento exponencial a su campaña presidencial nacional, dada la premisa de tomar distancia de todas las reglas y métodos de competencia imperantes, de las últimas décadas, en el sistema político estadounidense; una retórica creíble de movilización moral intergeneracional centrada en que el elector revalorase su propia capacidad para transformar en realidad la alternancia y el cambio -adosada por triunfos mediáticos derivados de los debates presidenciales y éxitos electorales clave en distritos electorales en disputa-, que desvirtuaron la campaña negativa republicana que buscó ridiculizar y cuestionar el patriotismo de quienes se oponían a la campaña estadounidense en Iraq, así como la pretensión de restar peso decisivo a los méritos de guerra y el carácter del candidato republicano John McCain (amén del cuestionamiento político sobre el mérito de su decisión de elegir a Sara Palin como compañera de fórmula a la vicepresidencia)-, capitalizando el ánimo de profundo desencanto nacional con el legado de la presidencia de George W. Bush.

**La impopularidad presidencial, doméstica e internacional, como espejo de una política presidencial fallida.**

Desde el 11 de septiembre, la opinión pública estadounidense ha sido la fuente de capital político consistente para el gobierno de George W. Bush, en una suerte de validación gregaria para la toma de decisiones del poder ejecutivo amparada en el temor, y la paranoia colectiva ante un enemigo difuso, pero indudable y profundamente real.

La reelección del presidente W. Bush, fue asumida por él y su administración gubernamental, como una elección plebiscitaria favorable a una política internacional uniltaral y *neoconservadora*, a modo de respaldo del electorado estadounidense tanto a tácticas invasivas de la privacidad como de respaldo y señal de continuidad a una política exterior que pretendió suspender la vigencia de la historia jurídica y las instituciones internacionales. W. Bush persistió en su intento de imponer una política defensiva de suma cero a escala global, legando el hecho de que la palabra de este presidente estadounidense no bastara para que un líder y nación extranjera pudiesen dar por creíble la información y la evidencia relevante que presentara sobre una amenaza, inminente o no.

*Sobre el Capítulo V.*

**La disposición a la incomprensión presidencial del enemigo terrorista suicida.**

**En una dimensión estratégica geopolítica.**

La lógica de actuación del gobierno de W. Bush se inscribe en un patrón de actuación estratégica propia de la posguerra del siglo XX: la incomprensión de la violencia terrorista en términos de desafío a una visión presidencial del sistema político, de la inteligencia estratégica y la seguridad nacional contemporánea.

*Al Qaeda* representa una violencia por definición sin Estado, indiferente a fronteras y gobiernos, mediada por una exigencia de base doctrinal al Islam, propensa a su asociación con causas globales y a perpetrar actos de desestabilización terrorista que son, a la vez, medios y fines: el enemigo sin frentes, que opera en pequeña escala, informal, transnacional, imposible de ser enfrentada en solitario o con fórmulas convencionales de guerra nacional tuteladas por la potencia mundial militar sin par en el orbe.

**En una dimensión del terrorismo internacional como fenómeno socio/cultural propio de la era global.**

La versión sociopolítica contemporánea del terrorismo está indisolublemente ligada a la formación, expansión y crisis de los estados modernos – a la extensión de los procesos hegemónicos territoriales, la construcción de identidades políticas, el otorgamiento

de un sentido político por el Estado al terrorismo (clave para entender la acumulación de poderes sustanciales en la órbita presidencial del gobierno de W. Bush sin réplica efectiva dentro y fuera de Estados Unidos de América), y la reinención de este fenómeno en un movimiento de múltiples configuraciones sociales, espejo de los procesos propios de la era global.

Actualmente, nuevas formas de percepción parece remitir al terror -un terror que es real y al tiempo simulacro-, pero nace en la pantalla, se explica en la sincronía de la información y se expresa en las imágenes para finalmente regresar y hacerse presente en la fisiología del cuerpo. Producto de la obsesión occidental, o de filón estadounidense, esta apuesta antiterrorista modelada por iniciativas neoconservadoras estadounidenses, se pretendió consagrar reverenciándose producción -por la fuerza-, de realidades democráticas en otras regiones estratégicas del mundo. La herencia cultural occidental obliga a suponer que las disputas se expresan sobre la base de relaciones de fuerzas, desdeñando el aspecto simbólico donde a la muerte sólo podemos responder a partir de una forma superior.

El terrorismo contemporáneo, sin embargo, no nace de la impotencia ni de la coalición secreta, tampoco de la complicidad pretérita, es más bien, un envite al Estado, en la medida que el Estado le daría al terrorismo un sentido político: una vez más, el problema es la

existencia o no del Estado, así como las consecuencias de mediano plazo de sus políticas. Incluso, la frase que postuló una guerra al terrorismo, parece refrendar la versión tradicional de la guerra en tanto circunscrita a su desarrollo en un Estado frente a otro. Mientras los terroristas de inspiración fundamentalista musulmana no se escudan con el manto de esa entidad política moderna, dado que el terrorismo lleva sus métodos de lucha y de propagación de las mismas al extremo, otros reivindican ideologías conservadoras extremistas: Anders Behring Breivik, el noruego de 32 años que, en su lucha contra el marxismo, el multiculturalismo y los inmigrantes musulmanes, causó más de noventa muertes en los atentados del 22 de julio del 2011 en Oslo, Noruega, actualizando una vertiente de violencia terrorista catalizada por la mentalidad sectaria y supremacista: ¿Cuándo ha dejado de ser el multiculturalismo una ideología dirigida contra la cultura europea, las tradiciones, la identidad y las naciones Estado?", testimonio de los archivos digitales de Behring, irónicamente, admirador de la coherencia ideológica del nazismo y de *Al Qaeda*.

En efecto, el terrorismo da cuenta de un movimiento sociopolítico que cuestiona todo un sistema articulado sobre la representación y la legitimidad: la soberanía y razón política del poder, la búsqueda de equilibrios, en otras palabras, desde la prevención pasando por la seguridad y soñando con el control.

El terrorismo pretendió ser asumido sólo desde la perspectiva de la amenaza a los Estados nación, de una autoridad estatal desafiada, de la asunción de una guerra que buscó no dejar de ser sólo entre Estados – cuando se acusa a otros de alojar e incubar el terrorismo en sus propios territorios-, con la consecuente extensión temporal del miedo social. La ineficacia histórica de las políticas formales que buscan combatir este fenómeno, no deben sorprendernos.

El fenómeno terrorista actual, y las lecciones derivadas de los escenarios históricos de crisis nacional en los que ha estado involucrado Estados Unidos de América (que apuntan a la importancia de calar la dimensión estratégica del enemigo, así como en la evaluación de las consecuencias a corto y mediano plazo de las decisiones ejecutivas), sugieren que el legado de A. Lincoln –por referirnos a uno de los tutores cardinales de la formación y consagración de EUA como Estado nación en tiempos de crisis-, no fue referente en el núcleo más leal y experto de los asesores presidenciales de W. Bush, y en los hechos, fue ignorado por su autonombrado y falso pupilo presidencial.

**El atentado terrorista como matriz de actualización geopolítica imperial y prevención de dominación de poderes rivales.**

Dos documentos, la *Defense Planning Guidance* (1992) y la *National Security Strategy of the United States of America* (septiembre del 2002), enhebran el trasfondo de una política exterior en la que Rusia, China, la India, la Unión Europea e incluso Japón, son visualizados como

poderes emergentes a escala internacional, y sustancian la necesidad de cursos de acción militares preactivos a fin de que Estados Unidos de América pudiese prevenir y frustrar el ascenso de potencias competitivas en el acceso así como en el dominio de recursos y mercados a escala eurasiática, donde las estrategias de dominio global, vía la presencia militar permanente y la escenificación de nuevos centros de competencia estratégica: la guerra de Irak y Afganistán despliegan, en el Golfo Pérsico y en el Mar Caspio, posibilidades de afianzamiento de poder dominante en ámbitos decisivos transcontinentales: el control del petróleo sigue siendo una divisa de garantía del sostén de su status de potencia militar sin par y estratagema de preeminencia de los intereses estadounidenses frente a potencias expansivas rivales.

La Presidencia de W. Bush fue proclive a imprimir decisiones en absoluta congruencia con designios históricos estadounidenses. El postulado de inspiración ejecutiva centrado en el liderazgo republicano de Teddy Roosevelt en particular, buscó dar racionalidad a la vocación de un liderazgo presidencial vigoroso a escala global, proyecto dominante que acompaña a Estados Unidos desde su formación como nación independiente y su consolidación del prisma geopolítico de la potencia mundial: búsqueda del control del Medio Oriente y su petróleo, de la Cuenca del Pacífico, en el que la tutela unilateral de las zonas estratégicas de recursos asegura la duración de la dominación en términos de poder y riqueza unilateral, designio

prologado en el pensamiento ideológico *neoconservador*, formado en las premisas que respondían a la dominación del sistema soviético y dominante en el periodo de la *Guerra fría*: donde la tiranía gobernase, la democracia surge como alternativa natural. La planificación gubernamental estadounidense de la postguerra de Irak, concluyó prematuramente que tan pronto como el régimen autócrata de Saddam fuese disuelto, los demócratas iraquíes surgirían y asumirían el gobierno de la coalición liberadora, y un régimen pro-occidental se desarrollaría sin problemas desde el pasado imperfecto.

#### *Sobre el Capítulo VI*

##### **La crisis ofrece la circunstancia.**

La crisis de seguridad nacional derivada de la violencia terrorista consumada el 11 de septiembre del 2001, fue tratada por el gobierno de George W. Bush como un problema de acumulación y ejercicio de autoridad presidencial y capital político, que exigió a las instituciones estadounidenses y liderazgos estadounidenses e internacionales, asumir como propio el guión de reglas, axiomas y políticas trazados por la administración en sus diversas dimensiones: a modo de una campaña política permanente, orquestada con el consejo privilegiado de Karl Kristian Rove -hilvanada en una lectura transversal de doctrinas promovidas por el gobierno de A. Lincoln, F.D. Roosevelt, H. Truman, y R. Reagan, entre otros-, y desplegado en un árbol de políticas que permitirían administrar el miedo social a la amenaza

terrorista así como la partidización de beneficios y la movilización de una base de electores de tamíz conservador/cristiano/fundamentalista en función de metas de corto plazo (evitar por todos los medios posibles la reedición de un atentado terrorista en territorio estadounidense y afianzar la reelección de W. Bush en el 2004), y de mediano plazo (afianzar una era de dominación electoral y legislativa republicana post W. Bush y consumir designios geopolíticos neoconservadores).

Finalmente, esta administración presidencial asumió el 11S como necesidad extrema de actuar, imperativo de proporcionalidad ascendente de poder y libertad discrecional gubernamental. Demostró que una crisis de seguridad nacional conducida sin prudencia política en este caso por el gobernante de una potencia mundial, pueden resultar en un núcleo de errores políticos de magnitud global: “no es verdaderamente sabio, esgrimió el florentino Maquiavelo, quien en un principio no conoce los males cuando nacen”.

Con la seguridad de que no habría potencia mundial o gobernante que se opondría a sus designios, la administración de W. Bush actuó en función de una lógica política de hechos *consumados*, “como si su intuición fuese experiencia, como si su aspiración fuese verdad” (H. Kissinger). El titular del Ejecutivo y su gabinete mostraron una pésima evaluación de los escenarios, y de las consecuencias dado el episodio terrorista, las empresas bélicas y los acontecimientos políticos se

concibieron como experiencias no sólo realizables sino *realizadas*, como del control de la amenaza terrorista internacional de versión suicida en tanto enemigo *partisano* territorial e identificable.

Todo el guión de actuación y toma de decisiones de W. Bush pareció orquestado a modo de una dramatización de un liderazgo mundial para superar el reloj político de la crisis: renovadas las condiciones para preservar el engranaje de intereses geopolíticos estadounidenses, se consumó un ciclo político que derivó en la caída en desgracia de un liderazgo presidencial más, con élites, intereses mediáticos corporativos y electores, ávidos de crear un nuevo personaje célebre para enfrentar la nueva partitura de crisis heredadas.

Si el conocimiento no es separable de la *prudencia política*, esta virtud maquiaveliana concede importancia fundamental a la dimensión de la ejecución, la que orienta la acción, que se funda y regula de acuerdo a principios generales: aunque se sustancia en la conducción de los hechos y de lo que hay que hacer, ha de asociarse en definitiva con la *virtu* de la *praxis* política y de gobierno en beneficio de la duración de la República, al calarse los alcances e implicaciones de toda decisión y realidad: W. Bush, con su gabinete presidencial y de guerra [(cuyo núcleo vital de pensamiento político y estratégico se formó en respuesta al sistema y amenaza soviéticas, originalmente a favor o en contra, y que en la cosmovisión en que maduró fue imposible no percibir la política como actividad humana suprema y dominante)],

anuló esencialmente la deliberación sobre los costos y riesgos que se derivarían de los cursos de acción, sorteando todo posible disenso sobre las iniciativas y campañas militares que podrían proferir miembros claves del staff presidencial disponibles, e instancias relevantes de asesoría y diagnóstico del sistema de inteligencia civil y militar estadounidense.

En efecto, se adoptaron decisiones vitales para la seguridad nacional y la política exterior estadounidense, en las que el Presidente se desentendió de la responsabilidad y consecuencias a mediano plazo, sin juicio político/constitucional de por medio, que pusiera en riesgo su remoción en el cargo o su procesamiento penal, imponiendo su voluntad, reglas e intereses por encima de la división de poderes.

Según el propio W. Bush favorecía el cálculo de las implicaciones y riesgos en cada una de sus decisiones de política interior o las relativas a las campañas militares desplegadas, pero en los hechos, desdeñó las responsabilidades, las consecuencias y los límites del poder y las acciones desplegadas, negando en sus actos *la calidad de los peligros y las dificultades* (Maquiavelo). El presidente fue presa tanto de la necesidad de actuar con premura ante la crisis de confianza política asociada a la experiencia terrorista sorpresiva, como de la pretensión de demostrar al mundo que su gobierno no era políticamente débil, que contaba con una respuesta de dimensión internacional y sobre todo, con los dones

políticos y militares providenciales para hacerla valer el poderío estadounidense a toda costa y con éxito.

*Epílogo.*

**La ejecución de Osama Bin Laden en la perspectiva presidencial: la fragilidad geopolítica de la política antiterrorista occidental.**

“Ya sea que tu siervo Osama viva o muera, no importa.  
Él ha mostrado el camino.”

*Osama Bin Laden*

Con W. Bush, las guerras de Afganistán e Irak pretendieron hilvanar una respuesta a modo de venganza a la agresión/desafío terrorista del 11S, con propensión a la captura/enjuiciamiento mundial en calidad de verdugo de los perpetradores del atentado (el precedente del proceso sobre Hussein así lo sugiere), pero en el fondo, sin contraponer un sistema posible del enemigo (militar, policial, físico).

En efecto, a través de sus decisiones ejecutivas, W. Bush y su círculo gubernamental más compacto, suscribieron el 11S como una derrota simbólica del poder hegemónico de la post *Guerra fría*. El problema es que la respuesta a esta violencia no podría equipararse nunca al daño ocasionado a la cosmovisión estadounidense de nación invulnerable y de potencia mundial excepcional: no hay represalia militar ni humillación personal de un líder (representaba un personaje, que en el caso de Bin Laden le fue elaborada una estatura simbólica global a modo de una complicidad estadounidense involuntaria), que pudiese compensar el daño político y psicológico, de dimensión global, cimentado en este precedente de extremismo suicida perpetrado en suelo estadounidense con alrededor de 3 mil víctimas y

posteriormente, mediante atentados atroces contra personas inermes en Afganistán, Irak, Londres y Madrid, entre otras latitudes.

Bajo la administración de W. Bush se estuvo cerca de capturar a Bin Laden en la región de *Tora Bora* en 2001 (un recóndito enclave cercano a la frontera con Pakistán), donde se asentaban líderes tribales de la etnia pastun y fieles seguidores del líder de *Al Qaeda*: las advertencias de la *Casa Blanca* de W. Bush que avisaron un ataque inminente sobre *Al Qaeda* en agosto y septiembre de ese mismo año, combinada con el hecho de que el mando militar estadounidense dejó en manos de líderes afganos locales la captura de Osama para evitar bajas en sus propios efectivos, propiciaron el movimiento estratégico que llevaría a Bin Laden a refugiarse durante varios años en territorio pakistaní (tal como a su vez documentaron los más de 700 archivos del Departamento de Defensa desclasificados por los cables de *WikiLeaks* en abril de 2011, relativos a la prisión de Guantánamo).

La ejecución de Osama Bin Laden resultó de una planificación sin precedente entre la CIA y el Ejército federal estadounidense -y en la versión oficial, el líder fue abatido a manos del comando élite "*Team 6*", que realiza operaciones antiterroristas no convencionales-, y se inscribe en la acumulación de información de inteligencia antiterrorista desplegada desde el 2001 en Afganistán y Pakistán: se corroboró la autenticidad de un mensajero cercano al líder de *Al Qaeda* que había sido reactivado en el círculo estrecho de Bin Laden, y hasta los últimos 40 minutos de la *Operación Gerónimo* se comprobó la identidad y

paradero de Bin Laden. Además, en el proceso de acopio de información relevante, se constató la existencia de una estructura terrorista -detectada por la CIA-, que sustentaba una estrategia de desgaste contra objetivos relevantes en la región, que es promovida por una red de liderazgos terroristas asentados en Pakistán.

Así, este país se evidenció santuario de terroristas internacionales [*Al Qaeda* atentó al menos en tres episodios contra la vida del ex presidente Pervez Musharraz -quien recibió la advertencia de la administración de W. Bush de que debía abandonar su apoyo al régimen talibán en Afganistán o encarar la potencial desintegración de Pakistán; los servicios de seguridad e inteligencia pakistaníes capturaron y asesinaron a varios cientos de miembros de *Al Qaeda*, y padecieron miles de bajas ante sus organizaciones militantes desde el 2001], y paradero de Bin Laden que expuso el error político de la administración W. Bush de no confiar excesivamente en la estructura de servicio militar y de espionaje pakistaní, lo que le permitió a aquél consolidar el imaginario de un enemigo perpetuo, y refugiarse en una sede anidada en un núcleo de lealtades estructurales que le garantizó su ocultamiento al menos durante 5 años, en los que promovió una imagen de asceta cuando en realidad vivía en una especie de complejo militar construido con millones de dólares, en un barrio residencial pakistaní protegido del ojo público.

Asimismo, desplegó un liderazgo eficaz, una articulación organizativa sin estructura jerárquica sustentada en la confianza en los subordinados y en sucesores idóneos, además de la conducción estratégica de atentados, cifrada en términos de una lógica de hostigamiento terrorista geopolítica, a la sombra de la tecnología más sofisticada de comunicación e identificación global, sobre la base de un liderazgo inspirador, coordinador, orientador, facilitador financiero y logístico para el funcionamiento óptimo de las redes de organizaciones terroristas bajo la égida flexible de *Al Qaeda* -que fue atomizada por decisión de Bin Laden desde el 2002 en estructuras de comando regionales con acciones planificadas y operadas con independencia, y que propagó con éxito temporal que sólo a través de la *yihad* podría transformarse Medio Oriente: en el 2007, 80 por ciento de todos los musulmanes concebían la política exterior de EE.UU. como un ataque a su fe y en sus seguidores. Bin Laden se concebía así mismo y a su red terrorista como un factor de instigación para los musulmanes: para convencerlos primero de que la victoria era posible y para instarles a luchar contra los estadounidenses y sus aliados, y expulsarles de Medio Oriente.

El presidente Barak Obama decidió actuar sobre la base de una política realista que se enfocara en la necesidad de prever implicaciones geopolíticas con una eventual ejecución [“hay que tomar más en cuenta el temor de nueva guerra que la esperanza de una paz estable” (N. Maquiavelo, *Historia de Florencia*)]: dada la égida nuclear regional de

Pakistán, la colaboración pendular de este país con EUA en términos de su política antiterrorista (se duda aun si alberga a líderes sucesores de *Al Qaeda*, designados por Bin Laden ante la eventualidad de su detención/muerte), y ante el hecho de que se evidenció como un país que albergó -a 50 kilómetros de Islamabad-, al terrorista contemporáneo más buscado por los servicios de inteligencia occidentales, lo que endosó al gobierno pakistaní no sólo por las organizaciones terroristas y seguidores yihadistas asentados en dicho país, el carácter de verdugo final del destino de Osama.

El clérigo yemení con ciudadanía estadounidense *Anwar al-Awlaki* [inspirador del atentado fallido de Times Square, en mayo de 2010 y a quien se le atribuye el frustrado atentado contra un avión de pasajeros en la Navidad de 2009 sobre la ciudad estadounidense de Detroit, es considerado una especie de imán estadounidense que se convirtió en un alto comandante del brazo de *Al Qaeda* en Yemen] y Ayman al-Zawahiri, cofundador de la red extremista [quien hasta ahora parece impulsar el proceso de cambio del liderazgo al interior de la organización, dado el carácter insustituible del carisma de Bin Laden, podría sostener su consistencia organizativa y hegemónica como instancia terrorista islámica radical, aunque es señalado por un estilo de liderazgo dominante y su deseo de promover los egipcios por encima de los militantes de otras nacionales árabes], si en realidad ambos personajes no son creación de los medios de propaganda

occidental como virtuales sucesores elegidos por Bin Laden, representan líderes regionales que podrían disputarse la conducción de la red *Al Qaeda*, aunque con menor capacidad inspiradora, mayor extremismo ideológico y predilección por la planificación táctica detallada de los atentados terroristas que la representada por Bin Laden.

El desenlace de la vida de Bin Laden, ha sido conducido por la administración Obama como un proceso de dominio anticipado y progresivo de las consecuencias (la decisión presidencial parece haber hecho propia la máxima “never explain” de Benjamin Disraeli ante el asedio mediático internacional por acceder a testimonios foto videograbados de la operación/cuerpo de Bin Laden: la administración presidencial lo sustentó en razones de seguridad nacional, al evitarse que la difusión de la ejecución pudiese utilizarse para incitar a una violencia adicional y como herramienta de propaganda terrorista).

Una lectura que puede inferirse es que el asesinato de Bin Laden se inscribe en una represalia diferida, presentada como un episodio de la guerra global contra el terror. La venganza -que administra la memoria y la solidaridad con las víctimas y sus deudos-, tiene por otro nombre la justicia (R. Girard/W. Sofsky), principio universal tanto en la paz como en la guerra. El ataque mortífero contra Bin Laden y el mensaje a los estadounidenses de “hemos cumplido” B. Obama en la

*Zona Cero* en Nueva York días después, buscó ocultar la sospecha de arbitrariedad presidencial y sancionar la proporcionalidad de la respuesta estadounidense al atentado terrorista: se obtiene lo que se merece, evitando que el perpetrador fuera eliminado con las mismas armas con las que luchó y fue derrotado, o con los instrumentos coactivos internacionales vigentes; como si la desaparición del terrorista de origen árabe saudí liberara de la derrota y la humillación e hiciese posible superar el tiempo de la impotencia por el tiempo de redención, ofreciéndose una ley de equivalencia a la violencia terrorista (que en su versión bin ladista, por definición, invalida la utilidad y la eficacia de la disuasión, la contención y la coacción sistémica. Una especie de castigo y mensaje antiterrorista inéditos que no parecen destinados a los seguidores de *Al Qaeda*, sino a las audiencias y a la nueva generación de líderes y organizaciones terroristas que ha inspirado. En fin, validez de la justicia en tanto venganza consumada contra el enemigo.

Otra vertiente de interpretación aduciría que Obama adoptó un replanteamiento estratégico frente a la política de la administración de W. Bush de la doctrina de la guerra y la derrota antiterrorista, redireccionandola en términos de una cuestión preeminente de inteligencia política, información estratégica, incursiones transfronterizas selectivas y desmantelamiento eficiente de la amenaza: la operación *Gerónimo* evidenció una táctica de secrecía y/o complicidad en el acceso irrestricto a cada una de sus fases,

preservando la esfera de la no rendición de cuentas internacionales y ser excusados de un proceso de comprobación, investigación y difusión testimonial de los hechos [asumidos como un riesgo de seguridad nacional por Barak Obama, Hillary Clinton (Secretaria de Estado) y Robert Gates -el ahora ex Secretario de Defensa quien afirmó, en congruencia con el desenlace de la operación *Gerónimo*, que “cualquier futuro Secretario de Defensa, que asesore al presidente a enviar de nuevo un gran ejército estadounidense al Medio Oriente, Asia o África, debe examinarse la cabeza”, y que fue reemplazado en el cargo por Leon Panetta en junio de 2011].

Panetta, un mes después de su asunción al cargo, ha adelantado que Estados Unidos de América *tiene a su alcance la derrota estratégica de Al Qaeda* ante la eventual detención de 20 de sus líderes insurgentes, como si pudiese suprimirse la violencia islámica extremista en su versión contemporánea eliminándose uno a uno a los líderes de la red terrorista, cuya historia sugiere una adaptación a la política antiterrorista occidental, al comprobarse más flexible y amorfa, además de que se trata de una organización extremista con una planificación escrupulosa de sus procesos de sucesión, dejando el enigma de si hereda tanto el carácter permanente y visible en el(los) nuevo(s) liderazgo(s), como una generación de nuevos jóvenes terroristas – ¿mejor educados?, ¿más sanguinarios?-, para la era post Bin Laden. El nuevo liderazgo de *Al Qaeda* deberá a su vez resolver el desafío de

cómo responder al despertar árabe y al movimiento juvenil que se ha extendido por el norte de África y el Medio Oriente.

No obstante, incluso con la captura/muerte de Osama Bin Laden y de sus seguidores, el uso del terror como política de descontento contra EUA y sus aliados internacionales, no desaparecerá. Asimismo, con este suceso Estados Unidos de América estará sujeto a cuestionamiento sobre la cuestión legítima de cuánto tiempo y en qué condiciones deberá hacer presencia en la región, ya que Pakistán representa un problema geopolítico capital: en tanto su status de potencia nuclear y país clave para preservar la estabilidad regional y evitar la conformación de regímenes extremistas: ¿cómo responder a la ofensiva terrorista que endosa la identificación del paradero/ejecución de Bin Laden a su conocimiento y permisibilidad para que se realizara la incursión del comando élite?, o ¿cómo mantener incólume la cooperación antiterrorista internacional post Bin Laden?.

En efecto, la cuestión de cómo Pakistán y sus aliados occidentales se ocuparán de las fronteras con Afganistán - que siguen estando en gran parte bajo el control de una amplia variedad de grupos terroristas a pesar de los esfuerzos del ejército pakistaní para desmantelarlos, es todavía más acuciante. *Al Qaeda* y sus aliados extremistas pakistaníes necesitan de este territorio y es posible que lo defiendan a muerte más aun con la liquidación de Bin Laden. Pakistán se devela como un Estado más vulnerable que cuando se buscaba al líder terrorista de

origen saudí, al que sus problemas de viabilidad política y económica, han de agregarse la amenaza permanente e infranqueable hasta ahora de las zonas tribales, lo que conlleva a la cuestión de si no ha de innovarse la presencia y el apoyo internacional en esta latitud: el luto extremista post Bin Laden anticipa nuevos episodios terroristas suicidas para vengar la muerte de su héroe/líder (para evitar que se consuman nuevas tensiones con los países musulmanes o una oleada represiva contra inmigrantes musulmanes en países occidentales), circunstancia que complica a su vez la posición de un Pakistán plegado incondicionalmente a los objetivos estratégicos y antiterroristas estadounidenses.

El presidente W. Bush hijo evitó articular una ecuación geopolítica con los vecinos de Afganistán. Incluso antes de la muerte de Osama bin Laden, el presidente Obama anunció planes para comenzar retirada de las tropas de Afganistán en julio. El ritmo de la retirada comenzó y se ha perfilado durará hasta el 2014. Sin embargo, en ausencia de evidencia clara de que los EE.UU. y sus aliados están en camino de la derrota militar a los talibanes –sin evidencia documentable–, dicha iniciativa parece buscar la creación de condiciones que permitan una reducción sustancial de presencia militar occidental y, lo que se avizora más difícil, una eventual negociación de un cese de hostilidades en la región, atrayendo a los talibanes a la política institucional/constitucional afgana, al despejarse del camino al líder supremo de *Al Qaeda*. Al mismo tiempo, en el Congreso

estadounidense se cuestiona el valor estratégico para Estados Unidos de América de destinar más de 100 mil soldados y que el *Pentágono* invierta más de 100 mil millones de dólares anuales, en un territorio que no ofrece garantías de pacificación.

Sin embargo, es posible que actualmente Pakistán represente el enigma más relevante para el futuro de la política exterior estadounidense en esta región. Una futura intervención activa norteamericana abierta/encubierta en este país, puede propiciar más problemas que soluciones y poner en jaque al propio gobierno civil pakistaní, coadyuvando involuntariamente incluso al colapso del Estado. Se trata de una entidad caracterizada por una clase media proclive a la lucha contra la insurgencia extremista, un ejército propenso al desdén con las instituciones civiles, con un gobierno que enfrenta la división de sus élites, que ha desarrollado una alianza estratégica con China en los últimos años, y cuyo ejército despliega su mayor presencia efectiva no en las fronteras afganas para lograr minar el problema talibán, sino en la frontera con India. Además, una parte del mismo mantiene vínculos estrechos con los líderes y militantes talibanes (quienes han logrado expandir su movimiento yihadista en Asia Central e India y siguen dando pruebas de su eficiencia política terrorista -en la segunda semana de julio de 2011, victimaron a Ahmed Wali Karzai [ jefe del *Consejo Provincial* y según cables de *Wikileaks*, agente de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que desarrollaba actividades de reclutamiento de combatientes afganos para operaciones encubiertas

contra los talibanes en Kandahar, afamado por corrupción y tráfico de drogas], y a la sazón, hermano del actual presidente afgano Hamid Karzai.

Ante estos hechos y percepciones, la administración Obama ha buscado atender la desconfianza que genera en el Congreso estadounidense la posición oficial de Pakistán, por lo que decidió retener casi un tercio de la ayuda financiera destinada al Ejército pakistaní -800 millones de dólares de un total de 2 000 mil millones de dólares anuales-, que ha reaccionado amenazando con retirar al gobierno y sus tropas de la frontera afgana -alrededor de unos 1000 mil efectivos-, un mensaje que advierte un aparente distanciamiento con la política antiterrorista de Washington.

Desde otra arista de reflexión, se trató de una operación presidencial antiterrorista que se manejó insondable incluso para el gabinete de seguridad nacional e inteligencia gubernamental en pleno, eficiente en alcanzar sus objetivos en esta materia y que mostró a a un ejecutivo federal estadounidense que cala las dificultades y riesgos políticos implicados en el proceso de toma de decisión presidencial [después de que en marzo del 2009 hizo pública su estrategia de dismantelar y derrocar a la red *Al Qaeda*, Obama adujo que al tomar esta decisión previó que podía fracasar la operación *Gerónimo* y estaba preparado para aceptar esa circunstancia (pensemos en la que se presentó una generación antes al presidente Jimmy Carter en 1980 en la perspectiva

de su reelección, seis meses después del intento de rescate de 52 rehenes en la embajada de Teherán, una operación que fue dirigida por fuerzas de operaciones especiales del Pentágono denominada *Desierto Uno*, muriendo ocho comandos en el intento de rescate en el desierto iraní después de que un helicóptero chocara contra un avión de transporte)]. No obstante, Obama concluyó que las ventajas de autorizarla, superaban los riesgos dada su valoración de la magnitud de víctimas y recursos involucrados por EUA desde el 11S en la lucha contra la red terrorista internacional.

Así, se exigió secrecía y confidencialidad ante su propia familia y funcionarios del más alto nivel de su gobierno, además de la propia ejecución de un personaje que, en su convicción, era símbolo mundial del terrorismo y un asesino de masas: el presidente Obama buscó que se minimizaran los riesgos de daños colaterales, y asumió sobre todo el peso de los costos tomando distancia de la lógica de una administración propensa a la heroicidad en clave occidental (ensayada en la protagónica pulsión belicista y en la recurrente arrogancia de su antecesor inmediato en el cargo); operación cuya información del desenlace ha sido destilada con excesivo recelo: la no difusión de imágenes de Bin Laden a manera de potlach de expropiación simbólica gubernamental (Boris Groys), de táctica disuasoria terrorista para no desencadenar un escenario de humillación, a modo de una apuesta presidencial de reversión de una violencia suicida islámica inmenajable, derivada de la negación de acceso a evidencia testimonial

del líder extinto, después de dos décadas de búsqueda y una recompensa de 50 millones de dólares ofrecidos por su cabeza.

En el fondo, Obama desistió de propiciar una dramatización mundial, musulmana, y particularmente, yihadista, con la no exhibición hasta ahora de los detalles del desenlace fatal de Bin Laden: *partisano* terrorista (Schmitt), millonario (otro de los rasgos originales en la violencia terrorista suicida contemporánea), sórdido en su crueldad y avezado tanto en buscar alterar el papel simbólico, como el espacio estratégico y jurídico de la posición hegemónica de Estados Unidos de América, que orilló a su sistema político presidencial a reestructurar su seguridad y las propias libertades ciudadanas domésticas, y a redimensionar su política exterior: exigida de reinención de sus fuentes de legitimidad en la actuación presidencial y de la narrativa que amparan designios militares y económicos a escala mundial, con una lógica de conquista neoimperial, dando por hecho que podría instigar la instauración de un orden democrático mundial en Medio Oriente, instrumentar un guión antiterrorista sin resistencias internacionales y patrocinar eventos bélicos de filón *neoconservador* y unilateralista (W. Bush).

En el caso de Obama, la liquidación de Bin Laden concluye sólo un núcleo original de peligro y violencia *partisana*, perfilado como evento del teatro de la guerra estadounidense antiterrorista, que inició con el atentado en Oklahoma de 1995 y escaló a versión suicida con la

administración de George W. Bush del 11S: se trató de una operación de aniquilación selectiva de un liderazgo de la organización terrorista *Al Qaeda*, con una actuación presidencial manejada con prudencia, guiada por información de inteligencia estratégica que al final, connotó la redada como una victoria nacional y un éxito de la política exterior estadounidense, aunque dejando abiertas sus implicaciones geopolíticas regionales.

Aunque este evento puede constituirse en un pilar de capital político para su campaña de reelección en 2012, el presidente Barak Obama recién enfrentó un proceso de aprobación del presupuesto federal [con una predecible campaña republicana de desacreditación e intransigencia legislativa (exacerbada por los legisladores del *Tea Party*, su ala conservadora más extrema en el Congreso), logrando que el Presidente se mostrara dispuesto a negociar y ceder parte de los beneficios del régimen de seguridad social consolidado por EUA a partir del *New Deal* y colocarlo ante los ojos de los electores estadounidenses y del mundo, en el escenario extremo de quien conduce hacia una parálisis presupuestal y ha de saber lidiar con la suspensión internacional de pagos], precio político que Obama consideró inevitable para alcanzar un acuerdo presupuestal bipartidista, costoso para su administración y para las expectativas de empleo, inversión y crecimiento económico estadounidenses a corto y mediano plazo.

Actualmente, Obama tiene un índice de aprobación nacional del 42% (*Gallup*, 8/Agosto/2011), lo que lo ubica en un declive relevante en el respaldo de los electores a su desempeño, posición que de mantenerse consistente alrededor de dicho nivel de aprobación durante los siguientes 15 meses restantes de su periodo presidencial, pondría en entredicho su potencial electoral competitivo y sus posibilidades de reelección frente al adversario republicano que se presente, dado que con ese índice demoscópico difícilmente podría construir una mayoría en el Colegio Electoral, al poder alcanzar alrededor de 210 de los 270 votos electorales estatales necesarios (en el 2008, B. Obama derrotó 365 a 173 a John McCain).

Asimismo, la administración Obama deberá definirse frente a una Europa que muestra en algunos de sus países niveles de crisis y endeudamiento crítico (Grecia, Irlanda y Portugal, a los que se les ha sumado España, Italia y posiblemente Francia se inserte en la dramática espiral de crisis eurofinanciera, con medidas de austeridad presupuestal, aumentos de impuestos y sacrificios sociales de alcances nacional incluídas), lo que traduce una drástica reducción de las expectativas de crecimiento económico para los siguientes años, lo que a su vez pone en riesgo real la recuperación económica mundial y particularmente, la de Estados Unidos de América.

Ante este escenario, el presidente Obama deberá convencer a los electores que su presidencia contribuyó a superar la peor crisis económica que ha enfrentado la nación desde la *Gran Depresión*, que Estados Unidos de América puede inocularse de los efectos de una potencial recesión tutorada por las crisis económicas del continente europeo, y por supuesto, que su administración entrega resultados en una ecuación medular: evidenciar capacidad de recuperación progresiva del nivel de vida de los estadounidenses al lado de una cultura de déficit fiscal ominoso y permanente.

# Anexo I

*Consideraciones sobre el estado del arte en la perspectiva teórica y evidencia empírica sobre la formación y el ejercicio del liderazgo político en Estados Unidos de América.*

La investigación reexamina las perspectivas inscritas en el estudio de transformaciones en la personalidad, la psicología y el liderazgo político presidencial, los vaivenes en las actitudes ciudadanas hacia el titular del Ejecutivo y a su agenda de políticas, como unidades de análisis clave para entender la articulación y el impacto sistémico de un núcleo estratégico de políticas diseñadas para formular soluciones a escenarios nacionales adversos en Estados Unidos de América.

Así, por *liderazgo* referimos la interpretación de un fenómeno que implica, sustancialmente, la capacidad de mando sobre la voluntad de otros, de administrar sus energías y emociones, e instigar a los otros hacia el logro de las metas que fije. El liderazgo implica el ejercicio de la posición política para el mejor aprovechamiento de las circunstancias que se le presentan, la operacionalización política de las fuentes de su poder y legitimidad, de la visión, temas clave, argumentos centrales o políticas prioritarias puestas por el líder en el tablero de la política nacional e internacional. Dependiendo de *quién* lo hace y de lo *que* hace, del *cómo* interactúa con los diversos problemas y desafíos inscritos en sus circunstancias, de la prontitud en el logro de sus metas, el líder construye activos duraderos, que le permitirán adaptarse a las contingencias durante amplios periodos de tiempo, o que le hará susceptible, exponiéndole a serias vulnerabilidades.

El tema del liderazgo político presidencial se aborda ampliamente en el estudio de Neustadt, *Presidential Power and The Modern Presidents*, un

texto clásico sobre este tema en la ciencia política contemporánea. Enfatizamos algunas de sus tesis: el tema subyacente al poder presidencial es la debilidad, en el sentido de una gran brecha, entre lo que se espera de un hombre (o algún día, de una mujer) y la capacidad segura de realizarlo. Se despiertan expectativas y se incrementan las tareas de gobierno, mientras las perspectivas de apoyo sostenido de cualquier origen empeoran, a medida que las alianzas externas se debilitan y los acuerdos políticos se desvanecen; un presidente que tiene en cuenta la eficacia de sus proyectos, con y por medio de todos aquellos – partidarios, burócratas, nacionales e internacionales-, está tomando en cuenta cuestiones relevantes para la política, al convocar a un mayor amplitud de electores e instituciones. Tener buenas ideas sobre las perspectivas personales puede contribuir a mejorar la viabilidad de sus políticas; el presidente que mejora su influencia futura dentro del sistema, contribuye a energizar todo el proceso. Aumentará la perspectiva de que las políticas que elija puedan ser viables: puestas en acción, administradas, con un poder estable, al grado que en una situación en la que el presidente reserve o gaste su influencia, si lo ha calculado sabiamente, sólo habrá fortalecido aquéllas políticas; el presidente Harry Truman estaba en lo cierto cuando declaró que el poder presidencial es el poder de persuadir: es un método de persuasión, no un sustituto, y tampoco una técnica apropiada para emplearse a diario: desde su posición de autoridad, status, el veto presidencial, los nombramientos, la publicidad, el presupuesto, la Casa Blanca puede controlar la más completa colección

de ventajas del sistema político estadounidense; la necesidad o el temor son las ventajas del presidente; el presidente debe preocuparse de su reputación profesional como gobernante, entre todos los que comparten la tarea de gobernar: tiene que atender las impresiones residuales de tenacidad y habilidad, que a la larga se van acumulando en la mente de los washingtonianos: la apariencia que el presidente tenga ante los ojos de los demás, se hace estratégicamente importante para su influencia; el rol decisivo que tiene un presidente en la conformación de su reputación, es una fuente de oportunidades así como de peligros; el factor dinámico del prestigio de un presidente es la imagen que se tenga de su cargo, no de la persona. Las impresiones de una persona se formarán al comienzo y perdurarán, pero los valores que los individuos asignan a lo que ven, puede variar bastante rápido. La "firmeza" puede transformarse en irascibilidad; el "talento" puede parecer astucia, la "amplitud mental", debilidad; el "coraje", temeridad. Nuevamente acude a Truman: el "gran político" de 1948, era el "simple" político de 1951. La misma agudeza de las impresiones producidas por su elección lo hizo sospechoso en el momento más crítico de la guerra de Corea.

Dos años después de la aplastante reelección de Eisenhower, cada encuesta demostraba que eran considerablemente pocos los ciudadanos que celebraban lo que él representaba en la Casa Blanca. En su caso, como en el de Truman, el sentido de lo que él era no parece haber cambiado, más bien el sentido de lo que debía ser había

cambiado. No es la personalidad, sino las percepciones sobre el presidente, lo que subyace en la mayoría de los rápidos cambios en el prestigio popular; el presidente, desde su posición, tiene una tarea dura y arriesgada. Si quiere cuidar su aprobación popular debe dar a la experiencia de la vida real una significación que fomentará la tolerancia hacia él. Pero los acontecimientos crean las oportunidades de enseñar. Tiene que dirigir los hechos para ganarse la atención: la experiencia en términos de poder no es un sustituto de la experiencia en política; ésta ofrece alguna protección, no obstante, de errores y torpezas de evaluación; en fin, ver puede determinar que el presidente decida, o no, pero al menos es estar advertido de antemano. Sin embargo, nadie ni nada ayuda a un presidente a ver, salvo que se ayude así mismo.<sup>371</sup>

Asimismo, se explora las oportunidades y limitaciones que, al concurrir en tiempo y circunstancia, influyen en la transformación del comportamiento político del presidente: Harold Lasswell ha sido de los pioneros en enfatizar el papel de la centralidad de la personalidad política y su influencia en las acciones políticas. Para este autor, la ecuación clásica que define al político relaciona la búsqueda del poder, el desplazamiento de sus necesidades personales, con el objeto público, la racionalidad y el bienestar colectivo. Para Laswell, quienes se dedican a la búsqueda del poder, usan la arena política para

---

<sup>371</sup> Ver Neustadt, Richard E., *Presidential Power and The Modern Presidents: The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*, USA, MacMillanPublishing Company, 2002, 426pp.

compensar sus sentimientos de baja autoestima, inferioridad moral, debilidad, irrelevancia, mediocridad, e inferioridad intelectual<sup>372</sup>

Alexander y Juliette George, en su clásica psicobiografía de Woodrow Wilson, aplicaron esta teoría para encontrar una explicación a la naturaleza de su liderazgo, con la hipótesis de si Wilson se había regido por la búsqueda del poder para compensar sus sentimientos de baja autoestima, su indisposición para compartir a otros el poder, para pedir consejo, para delegar, para consultar, para informar a los otros y demostrar un deseo de imponerse a los sistemas racionales de los otros. Examinaron decisiones claves cuando fue Presidente de la Universidad de Princeton y como Presidente de los EE.UU., confirmando las semejanzas con el perfil descrito por Lasswell<sup>373</sup>.

Por otro lado, en su análisis epistemológico de la personalidad y la política, Fred Greenstein aborda sistemáticamente cuando la personalidad afecta la política, distinguiendo entre las situaciones en las cuales las acciones del líder afectan los eventos - ahí donde las acciones individuales tienen un menor o mayor efecto sobre el curso de los eventos-, y aquéllas acciones del líder pueden entenderse a partir de las características personales del actor político. En el esquema laswelliano, un líder puede ser enteramente objetivo en su visión de la

---

<sup>372</sup> Ver Laswell, Harold, *Psychopathology and Politics*. Chicago, University of Chicago Press, 1930

<sup>373</sup> En George Alexander y Juliette George, *Woodrow Wilson and Colonel House: A personality Study*. New York, John Day, 1956.

economía de su país, pero temas centrales sobre la guerra y la paz, pueden comprometer sus necesidades psicológicas. Por su parte, Margaret Hermann ha identificado varias circunstancias clave en las que la personalidad del líder juega un papel clave, en particular en el comportamiento de la política exterior: cuando el mandatario estatal es carismático, en proporción al interés general de liderar la política exterior; cuando los medios para asumir el poder han sido dramáticos, en tanto la organización de la política exterior está menos desarrollada y diferenciada; en una crisis: ocasión preeminente en la que el líder toma la delantera, y el cómo actúa será la medida de su liderazgo; ante el escenario de que la situación externa es percibida por su ambigüedad, el sistema de procesamiento de información del ejecutivo juega un rol clave, y el estilo cognitivo y las creencias del gobernante pueden afectar la política exterior, y construir desacuerdos con los funcionarios profesionales de la confección de la misma<sup>374</sup>.

En *Politics as Leadership*, Robert Tucker ha representado el liderazgo como un fenómeno clave de la política, al observar el planteamiento de Platón sobre el *filósofo rey* y su decisivo rol en la historia, en contraste con Sócrates, quien se enfocaba más en el poder. A su vez, identifica la importancia del líder no hecho, que sin haber tenido posiciones institucionales, realizan acciones en un principio ignoradas, pero que a su debido tiempo le granjean atención nacional y dan cuerpo a su

---

<sup>374</sup> En Hermann, Margaret, "When Leader Personality Will Affect Foreign Policy", en Rosenau, James, *Search of Global Patterns*, New York, Free Press, 1976.

posición de líder; Rachel Carson como pionera de los movimientos ecologistas y Martin Luther King en el movimiento social de la defensa de los derechos civiles. Brewster-Smith han formulado una guía rigurosa sobre la íntima relación entre el líder y su contexto político, en el que éste es simultáneamente influyen en las actitudes del líder y a su vez es determinado por éste: el autor aduce determinantes históricas, políticas, y económicas, el entorno de la socialización y la esfera de análisis de la persona socializada; así, la clase social, la familia, los mentores, la educación, juegan un papel determinante en las actitudes de los líderes políticos y sus seguidores<sup>375</sup>. Por su parte, Jerrold Post ha realizado contribuciones originales al análisis de la relación entre psicología y liderazgo político.<sup>376</sup>

La necesidad de resolver el escenario nacional de de crisis, está ligada a la capacidad del mandatario de conducir un proceso eficaz y eficiente de toma de decisiones proveer confianza en su propia visión de las prioridades estratégicas, inspirar el apoyo colectivo, maniobrar con tácticas eficaces para lograr respaldo legislativo, así como elevar las expectativas sociales al adoptar un rumbo o al desviarse de otro radicalmente.

---

<sup>375</sup> En Tucker, Robert, *Politics as Leadership*. Columbia, University of Missouri Press, 1981.

<sup>376</sup> Ver "The Seasons of a Leader's Life: Influences of the Life Cycle on Political Behavior". *Political Psychology*, 2, 3Q, 1979, 37-46pp. y "On Aging Leaders: Possible Effects of the Aging Process on the Conduct of Leadership", *Journal of Geriatric Psychiatry* 6, No. 1, 109-116pp., así como su estudio en coautoría con Robert Robins, *Political Paranoia: The Psychopolitics of Hatred*, New Haven, Yale University Press, 1997.

Sobre la dimensión psipolítica y el desempeño gubernamental en una crisis, referimos a Stanley Renshon quien en *Psychological Assessment*, establece una sugerente revisión de la psicología política presidencial; plantea que la ambición (la obsesión por su reputación, por lograr sus propósitos y el completo sentimiento de autoestima), la integridad de carácter (la fidelidad a los ideales y valores) y su capacidad de rehacerse frente a los otros (de moverse en contra o a favor de la gente, pero mantienen una conexión real con ella) son dominios claves para entender la psicología interna de los gobernantes.

En el mismo texto, Renshon formula que el poder presidencial implica la ecuación del liderazgo y el juicio, proponiendo tres aspectos centrales del liderazgo presidencial: la *movilización* (habilidad presidencial para estimular la opinión pública), la *orquestración* (refiere a la demostración de capacidad para canalizar la movilización hacia el logro de metas) y la *consolidación* (implicar políticas organizacionales, leyes y procedimientos para la consolidación de las decisiones presidenciales).

En el caso estadounidense, es clara la importancia de los métodos que elige cada presidente para conseguir sus ambiciones, definir el estilo de su liderazgo y la naturaleza de los resultados que pretende alcanzar en su administración; asimismo, es fundamental la valoración

presidencial de su relación con los otros: el público, sus aliados, sus adversarios y, por supuesto, de sus propias políticas<sup>377</sup>.

---

<sup>377</sup> Ver Renshon, Stanley, *The Psychological Assessment of Presidential Candidates*. New York, Routledge, 1998.

## Anexo II

*Semblanza sobre el pensamiento ideológico neoconservador de  
Estados Unidos de América*

El movimiento intelectual y doctrinal *neoconservador*, parece tener sus primeros cimientos en los años del régimen de H. Truman para encontrar justificaciones al uso de la fuerza militar, contra el comunismo entonces, y contra el terrorismo internacional en los últimos años. Observaron lo que había de hacerse en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial y, en consecuencia, al episodio terrorista del 11 de septiembre del 2001 en suelo estadounidense: en ambos casos, Truman y W. Bush se comprometieron con el postulado del excepcionalismo estadounidense y la necesidad de extender la democracia a otros países.

Se asumieron las premisas de la dirección de Truman en 1947, quién insistió en que «el reconocimiento de regímenes totalitarios impuestos a ciudadanos libres, por agresión directa o indirecta, minan los fundamentos de la paz internacional y la seguridad de los Estados Unidos<sup>378</sup>. En el caso de W. Bush, destaca su posición contraria al fundamentalismo islámico en nombre de la libertad<sup>379</sup>.

---

<sup>378</sup> Véase Neustadt, Richard, *Presidential Power and the Modern Presidents: The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*, New York: The Free Press, 1990, pp. 23-36.

<sup>379</sup> Ver Kaplan, Lawrence y William Kristol, *The War Over Iraq: Saddam's Tyranny and America's Mission*, San Francisco, Encounter Books, 2003, p. 116.

Por otro lado, las posturas anticomunistas militantes, se abrieron paso entre los sectores de derecha e izquierda intelectual de la postguerra. *The Vital Center: The Politics of Freedom*, publicado en 1949 por Arthur Schlesinger, asumió una línea dura contra el comunismo y el stalinismo, en términos de un rechazo incondicional al totalitarismo y al terrorismo: en su visión, “representaban la unión de la izquierda y las leyes del totalitarismo en las tierras oscuras de la tiranía y el terror”<sup>380</sup>.

Presumen que la presidencia siempre está constantemente expuesta en peligro y deploran cualquier pérdida de poder presidencial. De hecho, asumieron la vigencia de la tesis de la presidencia imperial, que se vió mermada debido a la guerra de Vietnam y el escándalo político del Watergate, conflictos que derivaron en “el daño a la capacidad institucional de Estados Unidos para dirigir una lucha abierta contra el comunismo en el mundo”. Fue huésped del proyecto republicano e ideológico de la administración Reagan, pero al final del segundo periodo de ésta, criticaron al Presidente por no proteger sus poderes institucionales, dejandola «más débil que cómo la encontró». Asimismo, no muestran preocupación comparable por proteger los poderes de Congreso o el sistema de frenos y contrapesos. Por otro lado, no obstante que de los años cuarenta hasta mediados de los sesenta, los conservadores eran respetuosos del Congreso federal y

---

<sup>380</sup> Véase Schlesinger, Arthur, *The vital center: the politics of freedom*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1949, p.67

entendían su papel importante en la hechura de un gobierno constitucional [Friedrich A. Hayek en 1944 postuló que el desdén hacia el legislativo y la consolidación de los “expertos” en la rama ejecutiva, minaría la democracia y conduciría al poder arbitrario y dictatorial<sup>381</sup>.

En las décadas recientes, cuando expresan preocupaciones constitucionales, lo hacen para objetar los constreñimientos legales que se ponen al poder presidencial -Willmoore Kendall, fue probablemente el único en la comunidad neoconservadora que reconoció la importancia de un Congreso fuerte e independiente, mientras la mayoría ha escrito contra las invasiones del poder legislativo en la arena ejecutiva de la política exterior, las acciones encubiertas, los poderes de guerra y el poder de veto<sup>382</sup>.

Otros representantes de la comunidad ideológica neoconservadora han ampliado sus premisas: Joshua Muravchik, en su texto de 1992, *Exportando Democracia*, inscribe la importancia de teorías realistas en regímenes democráticos y la proclividad por afianzar los intereses estadounidenses a través de la guerra<sup>383</sup>; Irving Kristol ha sido una figura mayor en la articulación de los valores de la comunidad de neoconservadores. Su ensayo de 1993 individual, muestra los tres pilares del conservadurismo moderno: religión, nacionalismo, y

---

<sup>381</sup> Ver Hayek, F.A., *The Road to Serfdom*, London, Routledge, 1944, pp. 69-79

<sup>382</sup> Véase Nash, George, *The Conservative Intellectual Movement in America*, Wilmington, Intercollegiate Studies Institute, 1998, pp. 73-89

<sup>383</sup> Véase *Exporting Democracy, Fulfilling America's Destiny*, Washington, D.C., AEI Press, 1992

crecimiento económico<sup>384</sup>; Michael Ledeen en 1996 enfatizó el postulado de la superioridad de la civilización estadounidense<sup>385</sup>. En este mismo año, William Kristol y Robert Kagan defendieron la tesis de la “hegemonía global benévola”, en términos de la necesidad de una política exterior “neoreaganiana”: aumentar el gasto militar, mayor claridad moral, y la proclamación del excepcionalismo estadounidense., a modo de defensa de la preeminencia castrense de EUA en el mundo de la post Guerra Fría.

En este contexto, en un estudio publicado en el 2000, Kristol y Kagan promovieron una agenda ambiciosa y belicosa, al concluir la necesidad de derrocar a Sadam Hussein del poder en Bagdad. y asentar más tropas estadounidenses en Irak, “el tiempo suficiente para que un régimen más amistoso tome raíz”. En dicho texto se dedica una sección amplia al “cambio del régimen» y a “una estrategia amplia de promoción de gobiernos liberales y democráticos a lo largo del mundo”<sup>386</sup>.

---

<sup>384</sup> Véase Kristol, Irving, *Reflections of a Neoconservative*, New York, Basic Books, 1983, pp.34-56 y del mismo autor *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*, Chicago, Elephant Paperbacks, 1999 así como “The Future of American Jewry”, en *Commentary*, agosto de 1991, pp.18-21

<sup>385</sup> Véase su “A Republican Contract With the World”, *Weekly Standard*, 13 de mayo de 1996, pp. 23-26

<sup>386</sup> Véase de Kagan, Robert y William Kristol “Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy”, *Foreign Affairs* No.75, 1996, pp.16-22, y de ambos autores, *Present Dangers: Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*, San Francisco, Encounter Books, 2000, pp.6-23.

En septiembre del 2000, se difunde el *Proyecto para el Nuevo Siglo Americano* – al sugerir que el siglo XX ha sido "el siglo estadounidense", y que esta situación debe prolongarse durante el siglo XXI-, y que contiene un informe titulado "Reconstruyendo las Defensas de América: La Estrategia, Fuerzas y Recursos hacia un Nuevo Siglo". El Proyecto se estableció en 1997, encabezado por William Kristol.

La comunidad neoconservadora *condensó sus posiciones ideológicas y estratégicas en este documento, e incluso envió una carta al presidente demócrata William Clinton a favor de una segunda guerra contra Irak.* Los miembros anteriores y actuales de la PNAC son en su mayoría importantes miembros del Partido Republicano y de la Administración del presidente George W. Bush, como Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush, Richard Perle, Richard Armitage, Dick Cheney, Lewis Libby, William J. Bennett, Zalmay Khalilzad, Ellen Bork, Gran parte de sus ideas y sus miembros están asociados con el movimiento neoconservador<sup>387</sup>.

Francis Fukuyama, miembro de esta comunidad, en su estudio *After the Neocons: America at the Crossroads*, toma distancia de la comunidad neoconservadora: El *neoconservadurismo*, ha evolucionado en algo que yo ya no puedo apoyar", dada su discrepancia con 1) el unilateralismo que practica la política exterior estadounidense en Medio Oriente, 2) el

---

<sup>387</sup> Véase "Rebuilding America's Defense: Strategy, Forces and Resources For a New Century" en *Project for the New American Century*, septiembre del 2000.

uso indiscriminado de la fuerza militar en el extranjero. Para Fukuyama, la guerra iraquí muestra cómo incluso una única superpotencia mundial tiene dificultades para ejercer su poder para alcanzar eficazmente los objetivos políticos que se traza.

En la perspectiva de Fukuyama, los EUA son tanto más poderosos en términos militares, económicos y políticos que cualquier otro potencia mundial y aún así, no consigue controlar los resultados políticos en ese país. Asume que la *guerra en el Líbano* es un ejemplo que sustenta este axioma, dado que Israel, a pesar de su superioridad militar sobre sus vecinos, no consigue controlar los eventos en esa pequeña franja de territorio de algunas decenas de kilómetros en su frontera. Así, EUA tiene la opción entre continuar con este tipo de política unilateral o reconocer los límites de esta tentativa de utilizar el poder militar para rediseñar el mundo y poner mayor énfasis en el uso de instrumentos del “poder suave” y un modelo más colaborativo en política exterior<sup>388</sup>.

Así, estratégicamente ubicados en la la administración de W. Bush, en la Casa Blanca y en sus secciones ejecutivas, los *neoconservadores* mantuvieron una dura línea militar contra el comunismo y afianzaron esta agenda después del derrumbe de la Unión Soviética – el objetivo de expandir el Ejército estadounidense en el Medio Oriente data desde hace varias décadas: bosquejaron la necesidad de consumir una nueva

---

<sup>388</sup> Véase Fukuyama, Francis, ver *After the Neocons: America at the Crossroads*, London, Profile Books, 2006

acción militar contra Irak y convertir a su gobierno en un régimen democrático liberal<sup>389</sup>.

---

<sup>389</sup> Véase Kosterlitz, Julie "The Neoconservative Moment", *National Journal*, 17 de mayo del 2003.; Anonymous, *Imperial Hubris: Why the West Is Losing the War on Terrorism*, Washington, D.C., Brassey's Inc., 2004; Johnson, Chalmers, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*, New York, Metropolitan Books, 2004; Boggs, Carl, *Imperial Delusions: American Militarism and Endless War*, Lanham, Md., Rowman & Littlefield, 2005; Mann, James, *Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, New York, Viking, 2004, p. 190. Un texto reciente refrenda esta visión realista de los desafíos de la política exterior estadounidense: véase Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, USA, Knopf, 2008.

## Anexo III

*Osama Bin Laden y Moussauí. Una narrativa sobre la preparación del atentado terrorista del 11 de septiembre de 2011.*

Un testimonio contextualiza el propio papel que desempeñaría Moussaoui, al ser desvelada su operación en interrogatorios practicados por la Comisión legislativa a Khalid Shaikh Mohammad (uno de los tutores fundamentales de la trama terrorista septembrina del 2001).

Mohammad fue detenido en Pakistán en marzo del 2003, el país cuya nacionalidad posee, junto con la kuwaití, aunque cursó estudios superiores en Carolina del Norte (EE UU); durante 1994, Ramzi Yusef Osama Asmuria, apodado Wali Jan, Abdul Hakim Murad y él mismo trabajaron en el llamado plan Bojinka, que consistía en hacer estallar en vuelo 12 aparatos de compañías norteamericanas procedentes o con destino a EE UU. Ese proyecto se abortó a principios de 1995.

Khalid Shaikh Mohammad proporcionó informaciones sobre la puesta en práctica de su proyecto de secuestro de aviones en Estados Unidos por kamikazes. Mohammad se desplazó a Afganistán en 1996 para convencer a Bin Laden de que le diese dinero y personal para secuestrar 10 aviones en EE UU y estrellarlos sobre blancos civiles y militares, cinco en la Costa Oeste y cinco en la Costa Este.

Al principio, Bin Laden dudó de que la operación se pudiese poner en práctica, pero en marzo o en abril cambió de opinión y convocó a Khalid Shaikh en Kandahar (Afganistán). Bin Laden le dijo que

consideraba que el proyecto era realizable y le informó que la operación contaba con el pleno apoyo de *Al Qaeda*. Bin Laden le propuso enseguida a cuatro personas dispuestas a llevar a cabo una operación suicida: Khalid Shaikh, Saleh Baattash (alias Jallad), Abu Bara al Yamani, Jaled al Mihdhar (o Midhdar) y Nawaf al Hazmi. Cuando el proyecto de secuestro obtuvo la aprobación de Bin Laden, Khalid Shaikh y otros cuadros importantes de *Al Qaeda* que estaban informados se refirieron a él como "la operación de los aviones". Khalid Shaikh Mohammad estimó que serían necesarios unos dos años para planificar el proyecto y ejecutarlo.

Mohammad reajustó su plan durante la primavera y el verano de 1999 cuando se dio cuenta de que Ba'Attash (alias Jallad) y Abu Bara, ambos yemeníes, no podrían obtener visados norteamericanos. Mohammad quería que ambos participasen en la operación junto con otros yemeníes; asimismo, se vio obligado a dividir la operación en dos partes distintas para garantizar la participación de los yemeníes. Mohammad decidió enviar a EE UU a un número no precisado de ejecutantes para secuestrar aparatos de líneas norteamericanas y precipitarlos contra objetivos situados en EE UU. A mediados de 1999, Al Mihdhar y Al Hazmi, que disponían de visados norteamericanos, fueron designados para participar en la operación. La segunda parte de la operación, concebida como una versión restringida del plan, otorgaba un papel a los yemeníes: los kamikazes secuestrarían aviones de compañías norteamericanas en vuelos sobre el Pacífico y los harían

estallar en vuelo en lugar de dirigirlos contra objetivos en tierra. A mediados de 1999, Baattash y Abu Bara habían sido designados para participar en esta fase de la operación;

En cualquier caso, el proyecto consistía en estallar en vuelo o en precipitarlos sobre objetivos en tierra, y casi en el mismo momento, aviones secuestrados en EE UU y en el sureste asiático, para conseguir con estos ataques el máximo impacto psicológico. Hacia abril o mayo de 2000, Bin Laden canceló la parte asiática de la operación porque afirmó que resultaría muy difícil sincronizarla con la vertiente norteamericana del plan.

Mohammad declaró que se sintió feliz de que Bin Laden le otorgase la responsabilidad de la operación del 11 de Septiembre porque él mismo propuso una operación similar a Bin Laden cuatro años antes, en 1996, después de la llegada de éste a Tora Bora (Afganistán) tras su salida de Sudán. Jaled pensaba que la operación resultaría fácil. Fue en ese momento cuando sugirió que los muyahidin aprendieran a pilotear para estar en condiciones de secuestrar grandes aparatos, *Boeing 707-400*. Él no quería ceñir el entrenamiento a las tácticas militares que se ofrecían en Afganistán, porque no lo consideraba suficientemente adaptado al plan. Mohammad opinaba que la sencillez era la clave del éxito, no le gustaba recurrir a códigos secretos en los mensajes, pedía a sus hombres que tuvieran un comportamiento de lo más normal, que se ciñeran en sus cartas a un estilo educativo, social o comercial y que

hicieran breves llamadas telefónicas; también les prohibió contactar con sus familias. Se llegó incluso a suprimir de sus pasaportes cualquier sello o visado paquistaní. Mohamed Atta había seguido una formación en ese ámbito y dominaba la técnica.

Mohammad declaró que el objetivo de los atentados contra las Torres Gemelas era "despertar al pueblo norteamericano". Explicó que si el objetivo hubiese sido puramente militar o gubernamental, el pueblo norteamericano no habría sido consciente de las atrocidades que EE UU cometía al apoyar a Israel contra el pueblo palestino, ni del carácter egoísta de la política exterior norteamericana, que corrompe a los gobiernos árabes y acentúa la explotación de los pueblos musulmanes;

Según Mohammad, cuando Atta fue designado como uno de los futuros terroristas del 11S, Bin Laden organizó una nueva reunión en Kandahar para determinar qué objetivos serían golpeados. El grupo asumió que al menos tres objetivos serían atacados, y Bin Laden indicó que deseaba golpear un blanco militar, uno político y uno económico. Antes de que Mohammad saliese de Afganistán, Bin Laden le presentó una lista de objetivos que después se encargó de trasladar a Atta. Bin Laden informó a Atta que debía golpear las Torres Gemelas, el Pentágono y el edificio del Capitolio, pero dejó a Atta elegir otros objetivos adicionales, como la Casa Blanca, la torre Sears [en Chicago] o una embajada extranjera en Washington. Tras esa conversación, Atta utilizó un programa informático para localizar una central nuclear en

Pensilvania que Bin Laden aceptó añadir a la lista. Los detalles de la operación del 11-S fueron estrictamente codificados y sólo Mohammad, Bin Laden y algunos miembros de sus comandos estaban al corriente de los objetivos precisos, del calendario, de la identidad de los terroristas y de la forma de operar; en un determinado momento del entrenamiento de Atta, Bin Laden decidió que él sería el emir de los kamikazes en EE UU, y su adjunto Al Hazmi. Mohammad firma que no desempeñó ningún papel en la designación de Atta como emir.

La decisión final de golpear un objetivo con un determinado avión fue dejada en manos de los pilotos: fue durante un encuentro en España, en julio de 2001, cuando Atta informó a Ben al Shibh de los objetivos de ataque definitivos. Ben al Shibh trasladó la información a Mohammad. La distribución definitiva de objetivos entre pilotos fue llevada a cabo por Atta, Shehhi, Hanjour, Jarrah y Hazmi.

Durante el verano a finales de agosto, cuando los últimos detalles de la operación fueron establecidos, Bin Laden anunció al consejo - consultivo- de la shura por *Al Qaeda*, que un ataque de gran envergadura contra objetivos norteamericanos no precisados iba a llevarse a cabo en las próximas semanas, pero se abstuvo de dar más detalles. Bin Laden formuló varias observaciones que aludían vagamente a la inminencia de un ataque, lo que suscitó rumores en la comunidad yihadista mundial.

Bin Laden anunció a destacados visitantes que debían esperarse a un próximo ataque contra intereses norteamericanos y, durante un mensaje pronunciado en el campamento de *Al Faruq* (sede de entrenamiento talibán en Afganistán), pidió a los jóvenes que rezasen para el éxito de una operación de gran envergadura en la que estaban implicados 20 mártires. Mohammad y Abu Hafs se preocuparon por la falta de discreción e instaron a Bin Laden a que no evocase públicamente la operación.

En tres ocasiones, Mohammad se negó a ceder ante un Bin Laden que le insistía en que adelantase el lanzamiento de la operación: Bin Laden quería que tuvieran lugar el 12 de mayo de 2001, siete meses después del atentado contra el *USS Cole* en Yemen [un evento suicida perpetrado por una célula de Al Qaeda contra el destructor de la marina estadounidense USS Cole (DDG-67) el 12 de octubre de 2000, mientras se encontraba anclado en el puerto yemení de Adén, muriendo 17 marineros y los dos suicidas a cargo del ataque, además de 39 heridos de gravedad]. En todos los casos, Mohammad pudo resistir las presiones de Bin Laden explicando que su equipo no estaba listo.

Mohammad declaró que Mussauí fue reclutado para formar parte de una "segunda oleada" de ataques planeada para después del 11S, previendo utilizar a seguidores de origen europeo u asiáticos, dado que creía que les resultaría a ellos más fácil operar tras los ataques en

territorio estadounidense del 2001, que a las personas originarias de Oriente Próximo. Con la reacción bélica de la administración de W. Bush sobre Afganistán e Irak, Bin Laden se vio obligado a perfilar comandos regionales de Al Qaeda y ser testigo de cómo la organización terrorista internacional que fundó evolucionaría sin su liderazgo único, con métodos más cruentos y objetivos terroristas independientes a su voluntad y misión<sup>390</sup>.

---

<sup>390</sup> Véase Coll, Steve "We're Keeping These Stingers", en *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10*, Penguin, 2004, 336-51pp.

## *Referencias Bibliohemerográficas*

- Aart, Kraay, *The dot-com bubble, the Bush deficits and the U. S. current account*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, 2005.
- Aberbach, Joel, "¿Supplying the defects of better motives?", en *The George W. Bush Legacy*, Washington, C.Q. Press, 2007.
- Alasdair, Roberts, *The Collapse of fortress Bush: the crisis of authority in American Government*, New York University Press, New York, 2008.
- Alexander, L. George, *Western State Terrorism*, Polity Press in association with Basil Blackwell, Cambridge, UK, 1991.  
  
- y Andrew Bennet (coautores), *Case studies and theory development in the social sciences*. MIT Press, Cambridge, Mass., 2005.
- Alexander T.J. y Camille Eiss, *Reshaping rogue states: preemption, regime change, and U.S. policy toward Iran, Iraq, and North Korea*, Cambridge, Massachusetts, MIT, 2004.
- Alnasrawi, Abbas, *The economy of Iraq: oil, wars, destruction of development and prospects, 1950-2010*, Greenwood, Westport, Connecticut, 2006.
- Ambrose, Stephen, *Eisenhower the President*, Nueva York, Norman, 1987.
- Anonymous, *Imperial Hubris: Why the West Is Losing the War on Terrorism*, Washington, D.C., Brassey's Inc., 2004.
- Aobry, Octave, *Napoleón*. Barcelona, Montaner y Simón, 1979.

- Arendt Ana, *On Violence*, New York, Harcourt Brace, 1982.
- Bamford, James, *Body of Secrets: Anatomy of the ultra secret national security agency*, Anchor Books, Nueva York, 2002.
- Barber, Benjamin, *El imperio del miedo: guerra, terrorismo y democracia*. Paidós, Barcelona, 2004.
- Barradori, Giovanna, *La filosofía en una época de terror: diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Taurus, Madrid, 2003.
- Bataillon, Pilles y Ambrosio Velazco (coordinadores) *Las teorías de las guerras justas en el siglo XVI y sus expresiones contemporáneas*. UNAM-CIDE, México, 2007.
- Beck, Paul Allen, *Partisan Realignment: voters, parties, and Government in American History*. Sage, Beverly Hills, 1980.
- Benedict, Michael *The Impeachment and Trial of Andrew Johnson*, Nueva York, 1973.
- Benjamin, Daniel, "The Decider Who Can't Make up His Mind", *Washington Post*, 6 de julio de 2008.
- Benmelech Efraim y Claude Berrebi, *Economic conditions and the quality of suicide terrorism*. National Bureau of Economic Research, Cambridge, Mass., 2010.
- Berger, Peter L. *The Longest War: the enduring conflict between America and Al Qaeda*. New York Free Press, 2011
- Bilmes, Linda y Stiglitz Joseph, *The economic costs of the Iraq War: an appraisal three years after the beginning of the conflict*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, 2006.

- Bloom, Harold, *La religión en los Estados Unidos*, FCE, México, 1991.
- Blum, John Morthon, *The Republican Roosevelt*, Cambridge, Harvard University Press, 1963.
- Boggs, Carl, *Imperial Delusions: American Militarism and Endless War*, Lanham, Md., Rowman & Littlefield, 2005.
- Boorstin, Daniel, *The Image*, New York, Vintage Books, 1992.
- Botero, Giovanni, *The Reason of State*. New Haven, 1956.
- Brinkley, Alan, *Historia de Estados Unidos*, Interamericana McGraw-Hill, México, 1996.
- Bruni, Frank, *Ambling into History: The Unlikely Odyssey of George W. Bush*. New York, HarperCollins, 2002.
- Brunsson Nils, *The consequences of decision-making*. Oxford University Press, New York, 2007.
- Brzezinski, Zbigniew, *El dilema de EE.UU: dominación global o liderazgo global?*. Paidós, Barcelona, 2005.
  - *Three presidents and the crisis of america superpower*. Basic Books, New York, 2007, 234p (hay edición en español Brzezinski, Zbigniew, *Tres presidentes: la segunda oportunidad de la superpotencia americana*. Paidós, 2007.
  - *De la esperanza a la audacia: una evaluación de la política exterior de Obama*. Foreign affairs en español, V. 10, num. 2, abril, 2010.
- Buckley, Mary, *The Bush doctrine and the war on terrorism: global responses, global consequences*. Routledge, New York.

- Burke John, *Becoming president: the Bush transition 2001-2003*. Lynne Rienner Publishers, Colorado, 2004.
- Burns, James Macgregor, *Presidential Government: the crucible of leadership*. Cambridge, The Riverside Press, 1965.
  - Burns, James MacGregor, *The Three Roosevelts: patrician leader: who transformade America*. New York, Atlantic Monthly, 2001.
- Bush, George W., *Decision Points*, Random House Inc, 2010.
  - "Petición a la Suprema Corte de EUA de Avocación", *Bush vPalm Beach County Canvassing Bd.*, 531, U.S. 70, 2000, No. 00-0836, 2001 WL 34117432.
  - "The National Security Strategy of the United States 2002", *The White House*, Washington, 17 de septiembre del 2002.
  - "The National Strategy for Homeland Security", *Office Of Homeland Security*, julio de 2002.
  - *A Charge to Keep*. Easton Press, USA, 1999.
- Byers, Michael, "Preemptive self defense: "hegemony, equality and strategies of Legal Change", *Journal of Political Philosophy*, Vol. II, junio de 2003.
- Calabresi, Steven G. and Christopher S. Yoo. "The Removal Power: The Unitary Executive during the First Half-Century." *Case Western Reserve Law Review*. 47, Summer, 1997.
  - y Christopher S. Yoo. "The Unitary Executive during the Second Half-Century." *Harvard Journal of Law and Public Policy*, 26, 2003.

- Christopher S. Yoo y Laurence Nee. "The Unitary Executive during the Third Half-Century: 1889-1945." *Notre Dame Law Review*, 2004.
- Christopher S. Yoo, y Anthony Colangelo. "The Unitary Executive During the Modern Era: 1945-2004." *Iowa Law Review*, 2004.
- Calasso, Roberto, *La ruina de Kash*. Barcelona, Anagrama, 1989.
- Canetti, Elías, *Masa y Poder*, Muchnik, Barcelona, 1981.
- Carter, Clarence, "The Office of Commander in Chief: A Phase of Imperial Unity on the Eve of the Revolution," en *The Era of the American Revolution*, Richard Morris Ed., 1971
- Chan, Stacey y Joshua Angrist, *Long-term consequences of Vietnam era conscription: schooling, experience and earnings*. National Bureau of Economic Research, Cambridge, Mass., 2007.
- Chandler Michael, *Countering terrorism: can we meet the threat of global violence?* Reaktion, London, 2007.
- Chomsky, Noam, *El miedo a la democracia*. Crítica, Barcelona, 2003.
- Cioran, E.M. *Historia y Utopía*, Barcelona, Tusquets, 1981.
- Clark, Wesley, *Qué ha fallado en Irak? La guerra, el terrorismo y el imperio americano*. Crítica, Barcelona, 2003.
- Clarke, Richard, *Contra todos los enemigos: la lucha antiterrorista de Estados Unidos vista desde dentro*. Taurus, Madrid, 2004.
- Colodny Len, *The forty years war, the rise and fall of the neocons, from Nixon to Obama*. New York, Harper, 2010, 489p.

- Coll, Steve “We’re Keeping These Stingers”, en *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afganistan and Bin Laden, from de Soviet Invasion to September 10*, Penguin, 2004
- Connolly, Terry y Lee Roy Beach, *The psychology of decision making: people in organizations*. Sage Publications, California, 2005.
- Córdoba Elías, Juan Pablo, *Notas para una teoría de la acción política*. Porrúa, México, 2008.
  - y Pedro Isnardo De la Cruz (coautoría) *Y después del 11 de septiembre qué? Lecciones sobre la seguridad nacional estadounidense*. Miguel Angel Porrúa, 2002.
- Corwin, Edward Samuel, *American Constitutional History: Essays*. Harper, New York, 1964.
  - *El Poder Ejecutivo: función y poderes 1787-1957, atribuciones y funciones del presidente de los ee.uu. a través de la historia y el análisis de la practica constitucional*, Ed. bibliográfica argentina, Buenos Aires, 1959, 366p.
- Curzio, Leonardo, *Toma de Decisiones*. IFE, México, 1998.
  - “La forja de un concepto: razón de Estado”. *Revista Estudios Políticos*, México, Octava Época, mayo-agosto, núm. 2, 2004.
  - “The candidates and the security debates in the United States”, *Revista Voices of Mexico*, México, october-december, no. 69, 2004.
  - *El dilema de Hobbes: ¿libertad o seguridad?*, México, CISAN-UNAM, 2007.
- Daalder, Ivo H. y I.M. Destler, *In the Shadow of the Oval Office: profiles of the national security advisors and the presidents they served: from JFK to George W. Bush*. Simon & Schuster, New York, 2009.

- *Beyond preemption: force and legitimacy in a changing world*, Washington, D. C., Brookings Institution, 2007.
- Davis, Steven, *War in Iraq versus containment*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, 2006.
  - Dewey, Clayton, *The presidential campaign of Barak Obama: a critical analysis of a racially transcendent strategy*, New York, Noutledge, 2010.
  - Donovan, Robert, *Conflict and crisis: the presidency of Harry's Truman 1945-1948*, Nueva York, 1977.
  - Draper, Robert *Dead certain: the presidency of George W. Bush*. Free, New York, 2007.
  - Drew, Elizabeth, *Fear and Loafthing in George W. Bush's Washington*. New York Review Books, 2004.
  - Drumheller, Tyler, *On the Brink: An Insider's Account of How the White House Compromised American Intelligence*, Carroll & Graf, New York, 2006.
  - Dye, Thomas, *Who's running America?: the Bush restoration*. New Jersey, Prentice Hall, 7a. Edición, 2002.
  - Eichengreen, Barry, *International economic policy: was there a Bush doctrine?*. National Bureau Economic Research, Cambridge, Mass., 2008.
  - Ellis, Richard, *Presidential travel: the journey from George Washington to George W. Bush*, University Press of Kansas, Lawrence, Kan., 2008.
  - Elson, Henry W., *History of the United States of America*, The MacMillan Company, New York, 1904.

- Estevez Araujo, José, *La crisis del Estado de derecho liberal. Schmitt en Weimar*, Barcelona, Ariel, 1991.
- *Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Against the United States*, Washington, D.C., 2004.
- Fisher, Louis, *The politics of executive privilege*, Clarendon Press, Oxford, 2004.
- Fleischer, Martin, *Machiavelli and the nature of Political Thought*, Croom Helm, London, 1972.
- Frank Robert, *Madison's constitution: the story behind the constitutional convention*. New York, Dodd, 1965.
- Frei, Christoph, *Hans J. Morgenthau: an intellectual biography*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2002.
- *From Max Weber Essays in Sociology*, traducido, editado y presentado por H.H. Gerth y C. Wright Mills, Londres, 1982.
- Frum, David, *The righth man*, New York, Random House, 2003.
- Fukuyama, Francis, *America at the crossroads : democracy, power, and the neoconservative legacy*, New Haven, Yale University Press, 2006.
- Gaddis, John Lewis, "Containment, a Reassessment"; *Foreign Affairs*, Julio de 1977.
- Galston, William, "Why a first strike will surely backfire", *The Washington Post*, 16 de junio de 2002.
- Gambetta, Diego, *El sentido de las misiones suicidas*. México, FCE, 2009, 461p.

- García-Pelayo, Manuel, *Los mitos políticos*. Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- Gellman, Barton, *Angler: The Cheney Vice Presidency*. Penguin, New York, 2008.
  - "Shadow Government Is at Work in Secret", *The Washington Post*, EUA, marzo de 2002.
- George Alexander y Juliette George, *Woodrow Wilson and Colonel House: A personality Study*. New York, John Day, 1956.
- Goldsmith, Jack L. *The terror presidency: law and judgment inside the Bush administration*. W.W. Norton, New York, 2007.
- Gould, Lewis, *The modern american presidency*. Foreword by Richard Norton Smith, University Press Kansas, Lawrence, 2003.
- Gray, Colin S., *The Implications of Preemptive and Preventive War Doctrines: A Reconsideration*, Carlisle US, US Army War College (SSI), Strategic Studies Institute of the US Army War College (SSI), 2008.
- Green, Joshua, "Karl Rove in the Corner", *Atlantic Monthly*, 1994.
  - "The Rove Presidency", *Atlantic Monthly*, 2007.
- Greiner, Bernd, *War without fronts: the U.S. in Vietnam*. Yale University Press, New Haven, 2009, 518p.
- Grove, Andrea, *Political leadership in foreign policy: manipulating support across borders*, Palgrave Macmillan, New York, Basingtoke, 2007.
- Gurtov, Melvin, *Superpower on crusade: the Bush doctrine in US foreign policy*, Boulder, Colo., Lynne Rienner Publishers, 2006.

- Gutman, Roy, *How we missed the story: Osama Bin Laden, The Taliban and the hijacking of Afganistan*. Washington D.C., United State Institute of Peace, 2008, 321p.
- Haley, P. Edward, *Strategies of dominance: the misdirection of U.S. foreign policy*, Washington, D.C., Woodrow Wilson Center Press Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press, 2006.
- Halliday, Fred, *Shocked and Awed. A dictionary of the war on terror*. Berkeley y Los Angeles University Press, 2011.
- Haaas, Richard N., *Intervention: the use of american military force in post Cold World*. Brookings Institution Press, Washington, D.C., 1999.
- Hamilton A., J. Madison y J. Jay *El Federalista*, FCE, México, 1994.
- Harris, Sarah *The Incredible Father Divine*. London, 1954.
- Harrison, Ewas, *The post Cold War international system: strategies, institutions, and reflexivity*. Routledge, New York, 2004.
- Herold, Christopher, *The Mind of Napoleón: from his Griten and Spoken Words*, Baton Rouge, 1955.
- Hermann, Margaret, "When Leader Personality Will Affect Foreign Policy", en Rosenau, James, *Search of Global Patterns*, New York, Free Press, 1976.
- Herring, George, *From colony to superpower: U.S. foreign relations since 1776*. Oxford University Press, New York, 2009.
- Hess, Gary, *Presidential decision for war: Korea, Vietnam and the Persian Gulf*, Baltimore, Johns Hopkins University, 2001.
- Hixson, Walter L. *The myth of American diplomacy: national identity and U.S. foreign policy*. Yale University Press, New Haven, 2008.

- Hobbes, Thomas, *Leviatán*, cap. XIII y Sofsky, Wolfgang, *Tratado sobre la violencia*, Madrid, Abada editores, 2006.
- Hoff, Joan, *A Faustian foreign policy from the Woodrow Wilson to George W. Bush: dreams of perfectibility*. Cambridge University, Cambridge, 2008.
- Hoffer, Eric, *The True Believer: thoughts on the Nature of Mass Movements*, New York, Harper y Row, 1996.
- Hoffer, Peter y N. Hull, *Impeachment in America 1635-1805*, Nueva York, Lanham, 1984.
- Hoffmann, Stanley, *World disorders: troubled peace in the post Cold War era*. Rowman and Littlefield, Lanham, Md., 2006.
- Hogan, Michael, *The Marshall Plan: America, Britain and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952*. Nueva York, 1987.
- Honderich, Ted, *Conservatism: Burke, Nozick, Bush Blair?*. Pluto, London, 2005.
- Hook, Steven *American foreign policy since World War II*, Cq., Washington, D.C., 2005.
- James, William, *The Varieties of Religious Experience*. London, 1911.
- Johnson, Chalmers, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*, New York, Metropolitan Books, 2004.
- Jones, Maldwyn Allen, *Historia de Estados Unidos 1607-1992*, Cátedra, Madrid, 1996.

- Jouvenel, Bertrand De, *The Pure Theory of Politics*. The Syndics of Cambridge University Press, Mass., 1965.
- Judt, Tony, *III fares the land*. New York, Penguin, 2010.
  - *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Santillana, 2008.
- Jullien, Francois, *Tratado de la Eficacia*. España, Siruela, 1999
- Kagan, Robert, *Poder y debilidad: Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*. Taurus, Madrid, 2003.
  - y William Kristol "Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy", *Foreign Affairs* No.75, 1996.
  - *Present Dangers: Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*, San Francisco, Encounter Books, 2000.
  - *The Return of History and the End of Dreams*, USA, Knopf, 2008.
- Kaplan, Lawrence y William Kristol, *The War Over Iraq: Saddam's Tyranny and America's Mission*, San Francisco, Encounter Books, 2003.
- Kaufmann Matthias, *Derecho sin reglas: los principios filosóficos de la teoría del estado y del derecho de Carl Schmitt*, España, Alfa, 1989.
- Kay, David. Declaración Desclasificada del *Iraq Survey Group to the House Permanent Select Committee on Intelligence and the House Committee on Appropriations*, Subcomité de la Defensa y el Comité Permanente de Inteligencia del Senado Estadounidense, 2 Octubre, 2003.
- Keegan, John, *Historia de la guerra*. Planeta, Barcelona, 1995.
  - The Iraq War*, New York , Alfred A. Knopf, 2004.

- *Intelligence in war: Knowledge of the enemy from Napoleon to al Qaeda*, New York, Alfred K. Nnopf, 2003, 387p.

- Kelley, Christopher S. *Executing the Constitution: Putting the President Back into the Constitution*. NY, SUNY Press, 2005.
- Kelly, Kitty, *La familia: la verdadera historia de la familia Bush*, Plaza y Janés, México, 2004.
- Kenan, George, *Memoirs 1925-1959*, Nueva York, 1952.
- Kennedy, P. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Vintage Books, 1987.
- Kessler, Glen, *The confidante: Condoleezza Rice and the creation the Bush legacy*. St. Martin's Press, New York, 2007.
- Kitfield, James, *War and destiny: how the Bush revolution in foreign and military affairs redefined the American power*. Potomac Books, Washington, D.C., 2005.
- Kissinger, Henry, *Un mundo restaurado. La política del conservadurismo en una época revolucionaria*. FCE, México, 1977.
- Klein, Joe, *The Natural. The Misunderstood Presidency of Bill Clinton*. EE.UU, 2004.
- Koonz, Claudia, *The Nazi Conscience*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.
- Kosterlitz, Julie "The Neoconservative Moment", *National Journal*, 17 de mayo del 2003.
- Kristol, Irving, *Reflections of a Neoconservative*, New York, Basic Books, 1983.

- *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*, Chicago, Elephant Paperbacks, 1999.

- "The Future of American Jewry", *Commentary*, agosto de 1991.

- Lambro, Donald, "Bush decisions rankle conservatives", *Washington Times*, 27 de marzo del 2002.
- Laqueur, Walter, *Una historia del terrorismo*. Paidós, Barcelona, 2003.
- Laswell, Harold, *Psychopathology and Politics*. Chicago, University of Chicago Press, 1930.
- Lauren, Paul, *Force and statecraft: diplomatic challenge of our time*. Oxford University Press, New York, 2006.
- Laurent, Eric, *Bush secret world: religion, big business and hidden networks*. Polity, Cambridge, 2004.
- Leffler, Martin *A preponderance of power: the truman administration and the cold war*, Nueva York, The Free Press, 1991
- Levinson, Sanford y Jack, Balkin, "Crisis constitucional". *University of Pennsylvania Law Review*, No. 707, 2009.
- Locke, John, *Ensayo sobre el Gobierno Civil*, Alianza, España, 1982.
- Löwith, Karl, "Decisionismo político", en *El hombre en el centro de la historia*. Balance filosófico del siglo XX, Herder, 1998.
- Manent, Pierre, *An intellectual history of liberalism*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1994.
- Mann, James, *Rise of the vulcans: the history of Bush's war cabinet*. Viking, New York, 2004.

- Maquiavelo, Nicolás, *Obras Políticas*. Prólogo de Luis Navarro, México, Signo Editorial, Club de Lectores, 2010, 661p.
- *El Príncipe*, Luis A. Arocena, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1964.
- May Thomas Eurkine, *La historia constitucional de Inglaterra desde el advenimiento de Jorge III: 1760-1871*. Madrid, Fortanet, T. I, 1999.
- McClellan, Scott, *What happened: Inside the Bush White House and Washington's culture of deception*. Public Affairs, New York, 2008.
- Macgregor, James, *Presidential Government: the crucible of leadership*. Cambridge, The Riverside Press, 1965.
- Marquis, Christopher, "Latin American Allies of the U.S: docile and reliable no longer." *The New York Times*, January 9, 2004.
- Mayhew, David, *Realignment: The Theory that Changed the Way We Think about American Politics*. Yale, Yale University Press, 2003.
- Méndez, José Luis, "Cincuenta años de estudios sobre el liderazgo presidencial: aportaciones para la consolidación democrática a través de una presidencia estratégica en América Latina", *Revista Buen Gobierno*, México, Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos, ene-jun 2011, No. 10, 2011.
- Miscamble, Wilson, *George Kenan and the making of american foreign policy (1947-1950)*. Princeton University Press, 1992.
- Moore, James y Wayne Slater, *Rove exposed: how Bush's brain fooled America*, Hoboken, New Jersey, J. Wiley, 2006.
- Moore, James y Wayne Slater: *Bush's Brain: How Karl Rove Made George W. Bush Presidential*. New York, J. Wiley, 2003.

- y Wayne Slater, *The Architect: Karl Rove and the Dream of Absolute Power Machiavelli's Shadow: The Rise and Fall of Karl Rove*.

- Moore, John, "The National Executive and the Use of the Armed Forces Abroad", *Naval War College Review*, 1969.
- Morcöl, Göktug, *Handbook of decision making*. Taylor & Francis, Boca Raton: CRC, Florida, 2006, 638p.
- Morison, E. *The Letters of Theodore Roosevelt*, Cambridge, Harvard University Press, 1967, VI.
- Morgenthau, Hans J., *Política entre las naciones*. Buenos Aires, G.E.L., 1986.
- Morris, Dick *Behind the oval office*. Renaissance Books, Los Angeles, California, 1999.
- Morris, Edmund, *The Rise of the Theodore Roosevelt*, Ballatine Books, 1971.
- Morris, Hervey *Saddam's War: the origins of Kuwait conflict and the international response*. New York, Oxford University, 1992.
- Mullen, M.G., "The National Strategy Military United States 2011", *Council on Foreign Relations*, 8 febrero del 2011.
- Nash, George, *The Conservative Intellectual Movement in America*, Wilmington, Intercollegiate Studies Institute, 1998
- Negretto, Gabriel L., "El concepto de decisionismo en Carl Schmitt: el poder negativo de la excepción". En *Sociedad*, núm. 4, mayo de 1994, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

- Neustadt, Richard E., *Presidential Power and The Modern Presidents: The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan, USA*, MacMillan Publishing Company, 2002.
- Newel, W., "How original is Machiavelli. A consideration of Skinner's interpretation of virtud and fortune", *Political Theory*, No. 15, 1987.
- Nitze, Paul H. *From Hiroshima to Glasnost. At the center of decision: A memoir*: Grover, New York, 1989.
- Norris, Pippa, *Framing terrorism: the news media, the government and the public*, Routledge, New York, 2003, 329p.
- Oates, Sarah, *Terrorism, elections and democracy: political campaigns in the United States, Great Britian, and Russia*. Malgrave Macmillan, New York , 2009.
- Oliva, Javier Ulises, *Las fuerzas armadas de Mexico en la trayectoria y ajuste de las politicas de seguridad nacional en el contexto de los EU*. México, FCPyS/UNAM, tesis doctoral, 2007.
- Orozco, José Luis, *Benjamín Franklin y la fundación de la república pragmática*, FCE, México, 2002, 286p.
  - *El Estado pragmático*, Colección Fontamara/FCPyS, México, 1996, 303p.
  - *William James y la filosofía del siglo americano*, Gedisa/FCPyS, Barcelona, 2003, 173p.
  - *La revolución corporativa*, Ediciones y Distribuciones Hispánicas, México, 201p.
  - "William James y la ingeniería pragmática de la conciencia". *Revista Equiprudencia*, Chihuahua, México, Primera Época, Año 1, No. 2, junio 1997.

- *La pequeña ciencia*. FCE, México, 2002, 467p.
- *Érase una utopía en América: los orígenes del pensamiento político norteamericano*, México, UNAM, 2008.
- Orozco, José Luis “Del pragmatismo al fundamentalismo en las ciencias sociales”, Revista *Enfoques*, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile.
- Orozco, José Luis y César Pérez Espinoza (Coordinadores), *El pensamiento político y geopolítico norteamericano*, Fontamara-FCPyS, UNAM, México, 369p.
- Ornstein, Norman y Thomas Mann, *The permanent campaign and its future*, Washington D.C., American Interprise Institute for Public Policy, Brookings Institution, 2002.
- Paige, Glenn, *The Korean Decision*, Nueva York, The Free Press, 1968.
- Pffiner, James, *Power Play: the Bush presidency and the Constitution*. Brookings Institution Press, Washington D.C., 2008.
- *The Modern Presidency*. NY, Bedford/St. Martin's, 2000.
- “Assessing the Bush presidency”. En *Considering the Bush Presidency*, Gary L. Gregg II and Mark J. Rozell. New, USA, 2004.
- *Intelligence and National Security Policy Making on Iraq, British and American Perspectives*, College Station, Texas University Press, 2008
- Phillips-Fein, Kim, *Invisible Hands: The Making of the Conservative Movement from the New Deal to Reagan*. W.W. Norton, New York, 2009.

- Pierce, Anne, *Woodrow Wilson and Harry Truman: mission and power in American foreign policy*. Praeger, Wesport, Connecticut, 2003, 302p.
- Pocock, John Greville, *El momento maquiavelico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Tecnos, Madrid, 2002, 668p.  
  
- *Virtue, Commerce and History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- Podliska, Bradley, *Acting alone: a scientific study of American hegemony and unilateral use-of-force*. Lexington Books, Lanham, Md., 2010, 255p.
- Posner, Richard, *Law and Legal Theory in England and America*, Clarendon Press Oxford, New York, 1996
- Post, Jerrold, "The Seasons of a Leader's Life: Influences of the Life Cycle on Political Behavior". *Political Psychology*, 2, 3Q, 1979.  
  
- y Robert Robins, *Political Paranoia: The Psychopolitics of Hatred*, New Haven, Yale University Press, 1997.
- *Preparing for the 21 Century: an appraisal of U.S. Intelligence*, Washington, Government Printing Office, 1996.
- *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1945-1953*, Washington D.C., 1966.
- *Public Report of the Vicepresident's Task Force on Combating Terrorism*, Washington D.C., US Government Printing Office, febrero de 1986.
- Quintanilla, Lourdes, *Benjamin Constant: la fragilidad política*, Sexto Piso, México, 2003, 159p.

- Ranelag, John, *The Agency: the rise and decline of CIA*, Nueva York, 1986.
- Remnick, *The bridge: the life and rise Barack Obama*. New York, Knopf, 2010.
- Renshon, Stanley *National Security in the Obama administration: reassessing the Bush doctrine*. Routledge, Milton Park, Avingdon, 2010, 291p.
  - *The Psychological Assessment of Presidential Candidates*. New York, Routledge, 1998.
  - *National Security in the Obama administration: reassessing the Bush doctrine*. Milton Park, Noutledge, 2011.
- Ricks, Thomas, *Fiasco: the American military adventure in Iraq*, New York, Penguin Press, 2006.
- Rodríguez Sámano, Abelardo, *La dinastía Bush*, Aguilar, México, 2003.
- Roosevelt, Theodore, *An Autobiography*, New York, Macmillan Company, 1958, 378p.
- Rosset, Clement, *La antinaturalaleza*, Barcelona, Taurus, 1987.
- Rozell, Mark y Gleaves Whitney, *Religion and the Bush presidency*. Macmillan, New York, 2007.
- Russell, Richard L. "Blundering in the War on Terrorism", *Sharpening Strategic Intelligence*, Cambridge University Press, 2007.
- Savaige, Charlie, "Bush challenges hundreds of laws: President cites powers of his office". *Boston Globe*, abril del 2006.

- Schafer, Mark y Scott Crichlow, *Groupthink versus high quality decision making in international relations*. Columbia University Press, New York, 2010, 638p.
- Scheuer, Michael, *Osama Bin Laden*, New York, Oxford University Press, 2011, 278p.
- Schlesinger, Arthur Jr., "On Heroic Leadership and the Dilemma of Strong Men and Weak Peoples," *Encounter* 15, No. 6, 1960.
- Schlesinger, Arthur, *The vital center: the politics of freedom*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1949.
- Schmitt, Erik y Tom Shanker, "After 9/11, an Era of Tinker, Tailor, Jihadist, Spy". *The New York Times*, USA, 7 de agosto del 2011.
- Schmitt, Carl, *Political Romanticism*, Cambridge, The MIT Press, 1986.
- *Situación histórico-intelectual del parlamentarismo de hoy*. Tecnos, Madrid, 1990.
- *Ex captivitate salus: experiencias de la época 1945-1947*. Madrid, Trotta, Edición de Julio A. Pardos, 2008.
- *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 1991.
- Scout, Len, "Sources and methods in the study of intelligence: a British View", en Loch K. Johnson, *Handbook of Intelligence Studies*, Routledge, 2007.
- Sherwin, Martin, *A world destroyed: the atomic bomb and the grand alliance*. Nueva York, 1975.
- Shepsle, Kenneth y Marx Bonchek, *Las Fórmulas de la Política*, México, Taurus, 2005.

- Small, Melvin, *The presidency of Richard Nixon*, University of Kansas, Lawrence, 1999.
- Schwab, G., *The Challenge of the Exception, an Introduction to the Political Ideas of Carl Schmitt between 1921 and 1936*, Greenwood Press, Connecticut, 1989.
- Spanier, John, *The Truman-MacArthur Controversy and The Korean War*, Nueva York, 1965.
- Steele, Richard, "Franklin D. Roosevelt His Foreign Policy Critics", *Political Science Quarterly*, 1979.
- Stone, Geoffrey R., *War and Liberty. An American Dilemma 1790 to the Present*, Nueva York, W. W. Norton and Company, 2007.
- Strauss, Leo, "Apuntes sobre el concepto de lo político en Carl Schmitt", en *Persecución y arte de escribir, y otros ensayos de Filosofía Política*, Chicago University Press, Chicago, 1989.
- Thach, Charles, *The creation of the presidency 1775-1789: a study in constitutional history*. Introduction by Herbert J. Storing, Liberty Fund, Indianapolis, 2007.
- *The 9/11 Commission Report*. Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks upon the United States, New York, W.W. Norton and Company, 2008.
- "The president's News Conference" *Weekly Compilation of Presidential Documents*, No. 38, 11 de noviembre de 2002.
- "The Quest for Absolute Security: the failed relations among U.S. Intelligence Agencies (review)", en *Journal of Cold War Studies*, Vol. 11, Num. 4, 2009

- Theoharis, Athan, "The succes and failures of FBI Counterintelligence", en Loch K. Johnson, *Strategic Intelligence*, Praeger, Vol. 4, 2007.
- Tocqueville, Alexis De, *La Democracia en América*. FCE, 1996.
- Todd, Chuck, *How Barak Obama won: a state by state guide to the historic 2008 presidential election*, New York, Vintage Books, 2010
- Tyler, Patrick, Patrick E. Tyler "U.S. Strategy Plan Calls for Insuring No Rivals Develop A One-Superpower World", Washington, *The New York Times*, 7 de marzo 1992.
- Vatter, Miguel E., *Between Form and Event, Machiavelli's Theory of Political Freedom*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht/Bosston/London, 2000.
- Vidal, César, *Abraham Lincoln: su liderazgo*. Nelson, Estados Unidos de América, 2010.
- Walser, Michael, *Pensar políticamente*. Barcelona, Paidós, 2010.
- Walsh, Kenneth y Stephen Walsh "A conversation with Bush", *U.S. News & World Report*. 28 de enero de 2001.
- Weiner, Tim. *Legado de cenizas: la historia de la CIA*. Debate, España, 2008, 719p.
- West, Bing, *The Wrong War. grit strategy and the way out of Afganistan*, New York, Random House, 2011.
- Westerfield, Bradford, *Inside CIA's Private World: Declassified Articles from the Agency's Internal Journal 1955-1992*, Yale University Press, New Haven (CT), 1995.

- Wittner, Lawrence, *Cold war america: from hiroshima to watergate*. Nueva York, 1974.
- Woodward, Bob, *Bush at War*, New York, Simon & Schuster, 2002.
  - *Plan of Attack*, New York, Simon & Schuster, 2004.
  - *State of denial*, New York, Simon & Schuster, 2006.
  - *Obama's wars*, New York, Simon & Schuster, 2010.
- Yaqub, Salim, *The United States and the Middle East: 1914 to 9/11*. Chantilly, VA., Teaching Company, 2005.
- Yoo, John, Memorandum for William J. Haynes II, General Counsel, DOD; from John Yoo, Re: Applications of Treaties and Laws to Al Qaeda and Talibans Detainees, January 9. *In the Torture Papers. The Road to Abu Ghraib*, Eds Karen J. Greenberg y Joshua L. Dratel, Cambridge University Press, New York, 2002.
- Zelizer, Julian, *Arsenal of Democracy: the politics of national security. From World War II to the war on terrorism*. New York, Basic Books, 2010.
- Zimmermann, Warren, *First Great Triumph*. Strauss and Giroux, New York, 2002.
- Zinn, Howard, *La otra historia de Estados Unidos: desde 1492 hasta hoy*, Editorial de Ciencias Sociales, Cuba, 2004, 529p.
  - *Postwar America: 1945-1971*, Bobbs Merrill, Indianapolis, 1973.
  - *Sobre la guerra: la paz como imperativo moral*, De Bolsillo, Barcelona, 2008.

*Sitios web consultados*

- Comunidad de Inteligencia Estadounidense.  
<http://www.intelligence.gov/index.shtml>
- Oficina del Director de Inteligencia Nacional  
<http://www.dni.gov/aboutODNI/organization.plan>
- Departamento para la Seguridad Territorial  
[http://www.dhs.gov/interweb/assetlibraray/DHS\\_OrgChart\\_2004.pdf](http://www.dhs.gov/interweb/assetlibraray/DHS_OrgChart_2004.pdf)
- Secretaría de Justicia de Estados Unidos de América.  
<http://www.usdoj.gov/dojorg.htm>
- Oficina de Asuntos Internacionales del gobierno estadounidense.  
<http://www.ustreas.gov/gov/offices/international-affairs/orgchart.pdf>
- Comisión de Servicios Militares del Senado de Estados Unidos de América  
<http://armed-services.senate.gov/members.htm>
- Comité de Inteligencia del Senado de Estados Unidos de América  
<http://intelligence.senate.gov>
- Comité Selecto Permanente de Inteligencia de la Cámara de Representantes  
<http://intelligence.house.gov/>
- Servicio de Investigación Legislativa de la Cámara de Representantes.  
<http://www.loc.gov/crsinfo/>
- Cuerpos de Paz  
<http://www.peacecorps.gov/>

- Agencia de Desarrollo Internacional de los Estados Unidos de América.  
[http://www.usaid.gov/about\\_usaid/orgchart.html](http://www.usaid.gov/about_usaid/orgchart.html)
- Comités de Relaciones Internacionales de Estados Unidos de América.  
<http://www.acfr.org/>
- Agencia Central de Inteligencia  
<http://www.cia.gov/>
- Centro de Política para la Seguridad  
<http://www.security-policy.org>
- Revista de la Nueva Izquierda (Inglaterra)  
<http://newleftreview.org/>
- Instituto Cato  
<http://www.cato.org/>
- Revista Foreign Affairs  
<http://www.foreignaffairs.org/>
- Revista Foreign Policy  
<http://www.foreignpolicy-infocus.org/>
- Revista *Seguridad Internacional* del Centro Belfer de Ciencia y Asuntos Internacionales.  
<http://belfercenter.ksg.harvard.edu/publication/>
- Centro de Investigación sobre el Terrorismo de Estados Unidos de América.  
<http://www.terrorism.com>
- Proyecto de Investigación de los Movimientos Islámicos  
[www.-prism.org](http://www.-prism.org)